

GRAN PROYECTOR MENSUAL

HISTORIAS REALES Y EMOCIONANTES



PROCESOS-REPORTAJES-DETECTIVISMO

LEA EN ESTE
NÚMERO

LOS SIETE QUE MURIERON

por **UNO QUE LOS MATÓ**

(Es la vida trágica del inventor de los casos asfixiantes)

OBRA DE GRAN ÉXITO

EDGAR
WALLACE

EL CIRCULO

EDGAR
WALLACE

ROJO

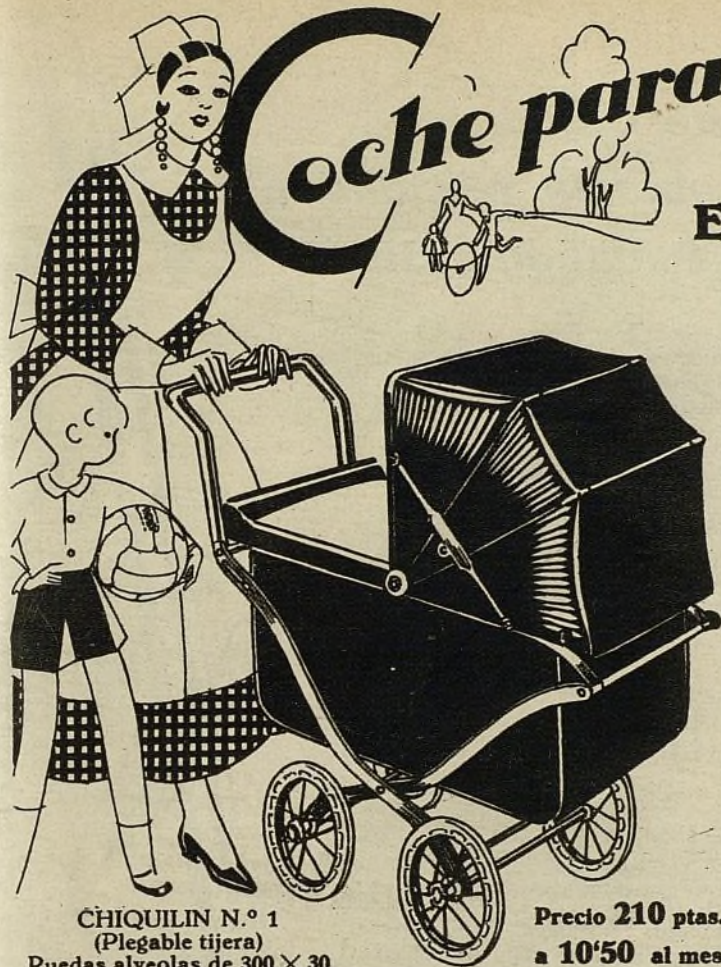
EL CIRCULO ROJO



Es imposible no
sentirse emocionado
leyendo a Wallace!

5 Ptas.

EDITORIAL JUVENTUD - Aribau, 109. - Barcelona



CHIQUELIN N.º 1
(Plegable tijera)
Ruedas alveolas de 300 X 30

Precio 210 ptas.
a 10'50 al mes

Coche para niños marca CHIQUELIN

El descanso y la tranquilidad
para la madre

El reposo y la salud
para el niño

¡MADRES! Desde hoy, ya no más tener a vuestros hijitos en brazos, en posturas inverosímiles, e incómodas, que provocan su llanto con la consiguiente alteración de vuestros nervios, y al esposo que llega del trabajo ansioso de paz y descanso, le produce desazón encontrarse ante un cuadro tan lamentable, que en muchos casos, ha sido por desgracia, la causa original de discordias matrimoniales!

Además, cuantas enfermedades de los niños, como la desviación de la columna vertebral, provienen de no saber llevarles en brazos, y de obligarles tercamente a ir rígidos, cuando la posición que necesitan es la horizontal.

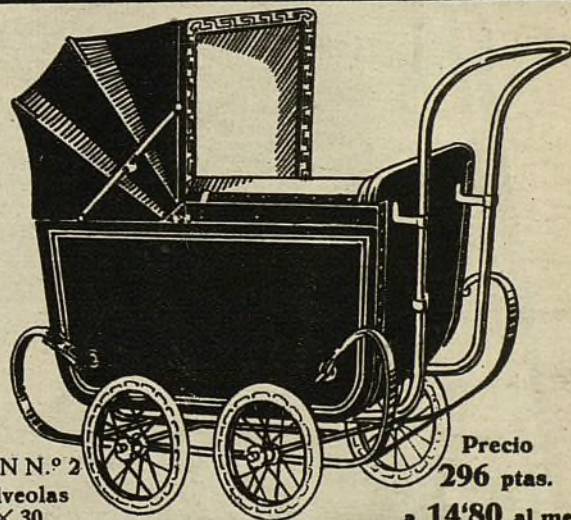
En el extranjero, el uso del cochecito para niños, no es ni mucho menos, privilegio de la gente adinerada, pues cualquier ciudadano, por modesta que sea su condición social, sabe destinar unos céntimos diarios para ofrecer este desahogo a su mujer y velar por el normal y sano desarrollo de su retoño.

20 meses de crédito

Contrariamente en España han sido hasta hoy, pocos los niños que han tenido la fortuna de ser paseados en cochecito por parques y paseos, provocando un suspiro a la humilde madre que se cruzaba a su paso, pensando que también quisiera AQUELLO para su nene...

Pero desde este instante, ya está este simpático vehículo al alcance de todas las fortunas, pues gracias a nuestra ORGANIZACION (la más perfecta, en su género) hemos logrado poder satisfacer este antiguo deseo de las madres españolas, proporcionándoles por 10'50 Ptas. al mes un soberbio cochecito, comodamente estudiado, de fabricación inglesa, sólido, esbelto de líneas, de suspensión suave, (acero puro templado) para conseguir la máxima comodidad del niño, y de un acabado tal, que solo una casa como CREDITO LOINAZ, S. A. contando con una clientela tan numerosa como selecta, es capaz de vender a estos precios sin competencia.

10'50 al mes



CHIQUELIN N.º 2
Ruedas alveolas
de 300 X 30

Precio
296 ptas.
a 14'80 al mes

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a CREDITO LOINAZ, S. A., un Coche para niños marca CHIQUELIN, Modelo N.º conforme a su descripción y por el precio de ptas. a plazos de Ptas. al mes que me comprometo a pagar por vencimientos mensuales, el primero de Ptas. a la recepción y los restantes, de Ptas. cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe de la prenda se considerará ésta en calidad de depósito en poder del comprador.

Nombre y dos apellidos Edad Profesión
Dirección del empleo Calle Población
Provincia Estación Al contado 10 % de descuento.

Cuando la expedición se hace por f. c. cargamos 6 Ptas. por el embalaje que se cobran con el primer plazo.

FIRMA

Móvil de
15 céntimos

CREDITO S. LOINAZ, S. A., Miguel Imaz, 5 - SAN SEBASTIAN

Ayuntamiento de Madrid

¿Sabe Usted que El Gran Problema Mundial es la Ética y la Pedagogía Sexual?

Todas las naciones están preocupadas tanto por las consecuencias que pueden traer a la Humanidad las sofisticadas teorías que han encontrado eco en los pueblos — especialmente en los grandes núcleos ciudadanos —, como por las dificultades de la moderna vida cara, que conducen a errores indudablemente funestos para la marcha del Mundo.
En España se han publicado dos completísimas obras sobre este tema, que deben ser conocidas por

PEDAGOGOS, MÉDICOS, MAESTROS, ESTUDIANTES, ETC.

así como por todas las personas a quienes convenga conocer este problema sin grandes estudios previos.

NUEVAS EDICIONES DE

LA HIGIENE SEXUAL

Y SUS CONSECUENCIAS MORALES,
por el *Doctor S. Ribbing*. Profesor de la Universidad de Lunh (Suecia).

Un tomo de 500 páginas en tela, 5 pesetas.

LA VIDA SEXUAL

NORMAL Y PATOLÓGICA, por el
Doctor E. Mesonero Romanos.
(Estudio médico de vulgarización).

Un tomo de 200 páginas en tela, 4 pesetas

Estos libros están escritos en forma clara, aun dentro de los principios científicos que los han motivado, resultando así su lectura recomendable para toda persona culta.

Obsequio a los compradores de PROYECTOR

Los editores de estas obras — de las que se han vendido ya varias ediciones — deseosos de divulgarlas todavía más, ofrecen

COMO REGALO

un tomo de la obra del Doctor José de Eleizegui

* * * PARA EDUCAR AL NIÑO * * *

en la que tan renombrado doctor señala normas y reglas para que los padres conozcan moral y físicamente a sus hijos, a fin de atender mejor a su educación.
Para optar a este regalo es indispensable acompañar el adjunto cupón, o copiarlo literalmente, y remitirlo a nuestra dirección con el importe de nueve pesetas, y a vuelta de correo se recibirán las tres obras.

La cuestión sexual es una cuestión moral. — Ziegler.

La castidad es la fuente de la fuerza y de la belleza en ambos sexos. Bernardino Saint-Pierre.

La cuestión sexual, es a la vez la raíz y la flor, el principio y el fin de toda moral. — Hoffding Etik.

El ideal desde el punto de vista de la Ética sexual es el matrimonio. — Dr. Mesonero Romanos.

Nuevas Ediciones - 1930

Calle de la Diputación, 211.-Barcelona **JOAN PROYECTOR** Calle de Valverde, 21 duplicado. - Madrid

D.

Calle

Población Prov.

remite nueve pesetas por giro postal n.º
en sellos de correo

para que se le envíen libre de todo gasto las obras
LA HIGIENE SEXUAL (5 ptas.), LA VIDA SEXUAL (4 ptas.)
y PARA EDUCAR AL NIÑO (gratis).

GRAN PROYECTOR MENSUAL

Año I

AGOSTO 1930

Núm. 3

SUMARIO

Cuidado con los Rateros.....	5
<i>(Editorial de «Gran Proyector».)</i>	
El Hombre Muerto en la Ventana, por Hermán Hoyos	6
<i>(Captura de una banda china de contrabandistas de opio.)</i>	
Ku-Klux-Klan, por Kate Vivien	9
<i>(Hazañas de esta tenebrosa secta norteamericana.)</i>	
Fabricando Diamantes en el Crisol, por Emilio Giroux	12
<i>(Un caso de especulación que puso en peligro de bancarrota a las compañías mineras de diamantes.)</i>	
Hazañas del Detective Tim Vesyés, historieta por Moreno	16
<i>(III. Una aventura en el barrio chino.)</i>	
Los Siete que Murieron, por Uno que los mató	17
<i>(Sensacional relato de la vida trágica del inventor de los gases asfixiantes.)</i>	
El Doble Asesinato de la Calle de la Montera, por Eduardo Granada	22
<i>(Un célebre proceso de Madrid en 1849.)</i>	
Delitos Tragicómicos, por Don Justo.....	24
<i>(Comentarios cómicos.)</i>	
Los Tomadores del Dos, por Segundo Holmes.....	25
<i>(Aspectos de la gente del hampa.)</i>	
Fotografía de Chester Morris, en The Big House	29
Fotografía de Purnell B. Pratt, en Ronda Nocturna	30
Fotografía de Fred Kohler, en Caras olvidadas	31
Fotografía de Paul Porcasi, en Broadway	32
Muerto en la Iglesia, por Paul Lacroix	33
<i>(No hubo en este caso muerte natural, ni suicidio, ni accidente, ni asesinato.)</i>	
El Secreto de Blakelock, por Caryl E. Dumond.....	36
<i>(¿Mató intencionadamente el doctor Blakelock a sus dos esposas anteriores?)</i>	
Latude, el evadido de la Bastilla, por G. P. M.	39
<i>(Latude es una víctima de la Justicia de Estado que a su antojo aplicaba Madame Pompadour.)</i>	
La Silla Eléctrica	43
<i>(El más moderno instrumento de ejecución.)</i>	
¿Venganza o Locura?, por Burton Chadwick	44
<i>(Un crimen graciosamente contado por un profesor de biología.)</i>	
El Delincuente Visto por el Cine	48
<i>(Interesantes escenas cinematográficas.)</i>	
La Pista del Bolso Ensangrentado, por Félix B. de Martini	49
<i>(Un caso en que triunfó una vez más el famoso detective De Martini.)</i>	
Casos y Cosas	52
<i>(Algo de lo que sucede en todo el mundo.)</i>	
¿Cómo Sucedió?	53
<i>(Segundo concurso de «Gran Proyector».)</i>	
El Hombre de la Litera Número 10, por Mary Roberts Rinehart	55
<i>(Novela en folletín encuadernable.)</i>	

Ejemplar suelto. 1'25 pesetas

POR SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Un año 15 ptas.
 AMÉRICA: Un año 19 ptas.
 OTROS PAÍSES: Un año 25 ptas.

REDACCIÓN
 Diputación, 211. - BARCELONA

ADMINISTRACIÓN
 Diputación, 211. - BARCELONA
 Valverde, 21 dup. - MADRID

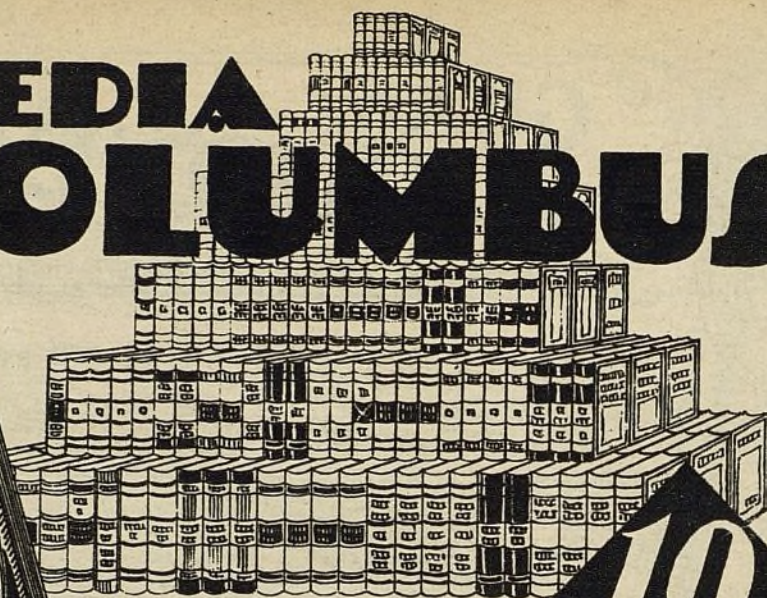
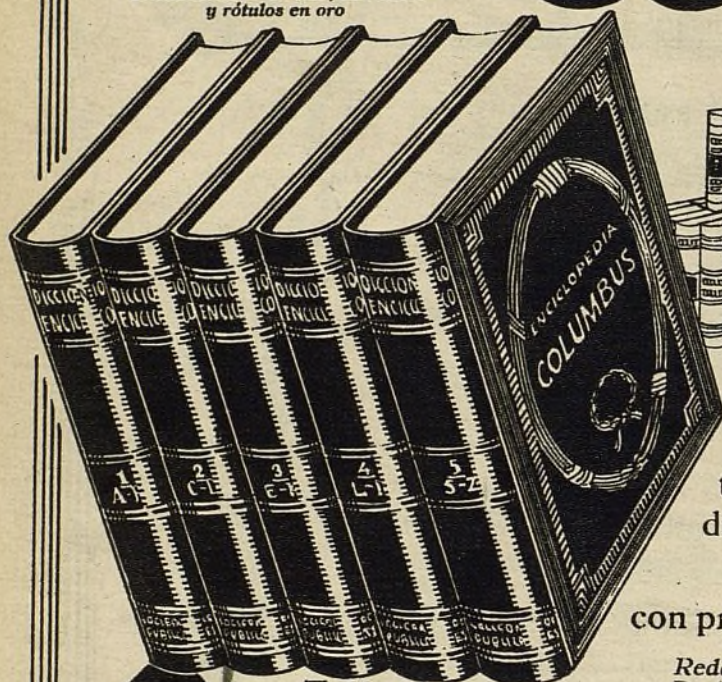
Administración de Publicidad en esta Revista
PUBLICITAS, S. A.

ORGANIZACIÓN MODERNA DE PUBLICIDAD

BARCELONA: Plaza Cataluña, 9, 1.º
 Teléfono 16406. Apartado 228
 MADRID: Gran Vía, 13
 Teléfono 16375. - Apartado 911

ENCICLOPEDIA "COLUMBUS"

Cinco Grandes Tomos
completamente terminados
Encuadernado en tela, en relieve
y rótulos en oro



Todo el
SABER humano

todo el contenido de cien obras
diversas condensado en

5 magníficos volúmenes

con profusión de grabados, mapas y láminas en color

Redactado por reputados especialistas bajo la dirección de
D. ALBERTO DEL CASTILLO Profesor de la Universidad de Barcelona

Desde un principio recibe usted la obra completa, sin estar expuesto a
dificultades de publicación ni a que se le haga anticuada.

**Edición
definitiva**

Cada uno de los cinco tomos consta de cerca de mil páginas impresas a tres columnas. En conjunto
varios millones de palabras, cuidadosamente ilustradas con millares de dibujos intercalados en el
texto, y con láminas en colores y en negro, y hermosísimos Mapas Generales y de todas las naciones,
confeccionados expreso para esta obra por la Casa Columbus, de Berlín, especializada en ediciones
cartográficas.

Edición cuidadosamente compilada y revisada, que contiene: Todas las voces de la última edición del Diccionario de la R. Academia Española. — Homónimos y sinónimos: galicismos y barbarismos. — Los americanismos generalmente usados en la América de habla española. — Locuciones latinas, francesas, italianas e inglesas, usualmente empleadas en España y América. — Los términos técnicos de los últimos inventos aceptados por el uso.

**20
meses de
crédito**

NADA DE PAGO ADELANTADO

Es imposible saberlo todo:

Pero en la vida moderna es indispensable que en cualquier momento podamos adquirir o mostrar nuestros conocimientos sobre determinados asuntos o materias.

Este es el objeto de la ENCICLOPEDIA COLUMBUS

Todas las ramas del saber. todos los conocimientos modernos están incluidos en ella. Y está todo tratado de modo que haya siempre

CONCISION y CLARIDAD en todas las materias

Hemos puesto especial cuidado en que la ENCICLOPEDIA COLUMBUS sea

La más moderna. Por eso damos, puestos al día, mapas generales y de todas las naciones a todo color, mapas de todas las provincias de España.

La ENCICLOPEDIA COLUMBUS contiene una verdadera Historia del mundo, Biografías, Historia Natural, todas las Ciencias y Artes. Es el Diccionario Enciclopédico más moderno, más práctico, más completo y más económico.

Como obra de estudio, como obra de consulta, la ENCICLOPEDIA COLUMBUS puede ser llamada sin exageración EL LIBRO DE LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS

No vacile en aprovechar las ventajas que para su adquisición le ofrecemos.

Compuesta en tipo cinco de imprenta que, a pesar de ser el más pequeño, resulta muy claro para su lectura, esta obra contiene tal cantidad de texto que en otra forma ocuparía diez gruesos volúmenes. Es un alarde de condensación, compatible con la extensión de los artículos y la claridad del texto.

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A., un ejemplar del diccionario ENCICLOPEDIA "COLUMBUS" por el precio de ptas. 200, que me comprometo a pagar a plazos mensuales de 10 ptas., el primero a la recepción y los otros cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe total de la obra, la consideraré en calidad de depósito en mi poder. AL CONTADO 180 PTAS.

FIRMA

Nombre y dos apellidos

Edad

Profesión

Dirección del empleo

Calle

Población

Provincia

¿Qué administración de correos más próxima tiene giro postal?

Móvil de
10 céntimos

ENVIO INMEDIATO FRANCO DE PORTE Y EMBALAJE

Córtese el boletín y mándese a los ESTABLECIMIENTOS QUILLET, S. A., Apartado de Correos 476. - Barcelona

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis - BARCELONA

DELEGACIÓN EN MADRID: CHURRUCA, 15, BAJOS

Ayuntamiento de Madrid



CUIDADO CON LOS RATEROS

Ya dijimos, al exponer el programa que en sus páginas iba a desarrollar GRAN PROYECTOR, que uno de nuestros propósitos era descubrir los ardides de que se valen los que viven al margen de la ley para perpetrar sus fechorías. Como es natural, tratándose de España, al hablar de gente que vive al margen de la ley no nos referimos a ninguna banda o sociedad que funcione con fines criminales, sino a ese conjunto de seres miserables que, encenagados en su propia miseria moral y material, se dedican a causarnos determinados males, pequeños, por lo común, en su valor material pero enormes casi siempre por el transtorno moral que nos causan.

Hoy podemos caminar entre bosques y barrancos, seguros de que ningún trabuco de aspecto aterrador nos pedirá la bolsa o la vida; pero no estamos a cubierto de echar mano a la cartera y encontrarnos sin ella, ni de entrar confiados en nuestra habitación y hallar los cajones vacíos y los papeles revueltos por el suelo. Generalmente, en estos casos es más el sobresalto que sentimos que no el valor de las ropas, del reloj o de los cuatro papeles que guardábamos en la cartera, papeles que a lo mejor nunca los hubiésemos tenido que utilizar.

Al inaugurar, pues, en el presente número la serie de artículos sobre *La gente del hampa*, quisiéramos que el lector se fijase bien en ellos para aprovechar los consejos u observaciones que van diseminados entre la explicación del modo de operar de los hampones y la narración de los casos curiosos que mejor caracterizan cada una de sus modalidades. Se dirá tal vez que esos consejos son ya sabidos y es inútil repetirlos aquí, pero aun así insistimos en proponerlos a nuestros lectores, pues no por ser más o menos vulgares dejan de dar buen resultado cuando la mala suerte nos enfrenta con un carterista o nos pone junto a un descuidero o timador. Y tanto más queremos insistir cuanto que, a pesar de ser tan sabidos, aun continuaremos leyendo en los diarios que a Fulano de Tal, yendo en la plataforma de un tranvía, le sustrajeron la cartera con varios documentos y un billete de cinco duros, o que a Mengano de Cual le timaron mil pesetas por el consabido procedimiento de las misas.

El autor de estos artículos—que modestamente oculta su competencia en la materia tras el seudónimo de «Segundo Holmes»—ha puesto especial atención en tratar el tema desde el punto de vista práctico. ¿Preguntas acaso, lector, cuál es aquí ese punto de vista? Lo práctico, en nuestro caso, consiste en hacer desfilar la gente del hampa en la forma amena que requiere una revista, pero sin olvidar de sembrar la positiva enseñanza — enseñanza contra el mal — que siempre debe sacarse de una buena lectura.

LA DIRECCIÓN

El Hombre MUERTO

Rápida y sigilosamente, un estilete oriental había sido ángulo formado por tres puntos rojos — símbolo de los muertos, el móvil del crimen. ¿Sería el propio detective

por HERMÁN HOYOS, ex Agente

— Siempre está mirando a la calle... Parece que esté enfermo.

MALDITA sea! — murmuré entre dientes dejando caer con impaciencia mis *chop-sticks* (1) sobre la mesa.

Y al menos por vigésima vez desde que estaba sentado a la mesa del oscuro y ahumado restaurante de Lim Mong — especie de eje alrededor del cual giraba todo el barrio chino de Nueva York, — levanté la vista y contemplé atentamente, a través de la puerta entreabierta, la ventana que se abría en una casa de enfrente y que aun se distinguía, a pesar de la creciente obscuridad.

Detrás de aquella ventana estaba sentado mi oriental ayudante, Sui Poy, a quien había enviado pocos días antes a la metrópoli para ayudarme a descubrir una poderosa banda dedicada a expender estupefacientes y que últimamente había logrado difundir el opio de manera alarmante entre los chinos de Manhattan, Connecticut y Nueva Jersey.

Mis compañeros me consideran como «hombre experimentado», pero hay ocasiones en que me encuentro con hechos que sobrepasan todas mis presunciones, y aquella era una de ellas. Había un no sé qué misterioso en el aspecto de mi compañero Sui Poy: parecía dormido y, sin embargo, tenía los ojos abiertos. ¿Era posible que ningún ser humano, aun estando dotado de la paciencia de los hijos de Confucio, pudiera conservar aquella extraña inmovilidad durante tanto rato como yo llevaba observándole? Llamé con una seña al propietario. Balanceándose, se acercó a mi mesa y, a otra seña mía, fijó la vista en el espectáculo que tanto me llamaba la atención. Sus ojos brillaron de extraña manera en su impasible fisonomía.

— Ven conmigo, Jim — exclamé levantándome y dirigiéndome a la puerta de la calle.

— Mira a ese hombre que está en la ventana. Hace más de una hora que estoy contemplándole y no se ha movido ni para respirar. ¿Te has fijado si hace mucho tiempo que está ahí?

— Sí, bastante. Siempre está mirando a la calle... Puede que haga tres días. Parece que esté enfermo.

No se movió ni un solo músculo del rostro de Jim al pronunciar estas palabras, que me produjeron tremenda impresión, pues tres días antes había encargado

(1) Cubiertos que usan los chinos y japoneses.



en la VENTANA

*clavado en la espalda del ayudante del detective. Un tri-
malhechores chinos — señalaba, en la mano derecha del
la próxima víctima de la poderosa banda amarilla?*

del Servicio Secreto del Gobierno Americano

a Sui Poy que vigilase desde su ventana cuanto ocurriese en el barrio chino mientras iba yo a Washington. ¿Se habría pasado tres días y tres noches sin mover un solo dedo? ¡Por Dios! ¿Qué significaba aquella inmovilidad?

— Debe de estar enfermo — insistió el dueño del restaurante. — Hace tres días que no se mueve.

— ¡Enfermo...! ¡Maldición! — murmuré en mi interior y añadí en voz alta: — Volveré a eso de medianoche. Tenme preparado algún buen plato caliente.

El dueño del restaurante se encogió de hombros.

Salí del establecimiento y lentamente empecé a descender por la estrecha calle hasta que, seguro de que nadie me observaba, me detuve en el umbral de una puerta. Presentía una gran desgracia, una verdadera calamidad que desbarataría todos los planes que tan concienzudamente había elaborado.

El barrio empezaba a animarse y se preparaba para el comercio nocturno; alegres luces se encendían en el interior de los cafés y tiendas mientras en las calles iba acentuándose el movimiento de chinos y mogoles, vestidos a la usanza típica de su país, negros con sus blusas de trabajo y otros transeúntes pertenecientes a las más humildes clases de la sociedad.

Pero no estaba yo de humor para fijar la atención en este abigarrado conjunto. Todos mis deseos se concentraban en subir lo antes posible a las habitaciones de mi ayudante, sin llamar la atención de nadie. Deliberadamente, retrocedí hasta la esquina, crucé al otro lado de la calle y, sin separarme de la sombra de los edificios, penetré en el sucio y pobre portal de la casa de Sui Poy, me precipité por la escalera y, un momento después, estaba delante de la puerta de sus habitaciones. Nadie me había visto. Con una llave falsa abrí la cerradura. Apenas abierta la puerta, hube de retroceder, atufado por el nauseabundo olor que llenaba la habitación; mas en seguida recuperé mi sangre fría y sin vacilar me adelanté hasta el gabinete donde el solitario e inmóvil ocupante se inclinaba a la ventana.

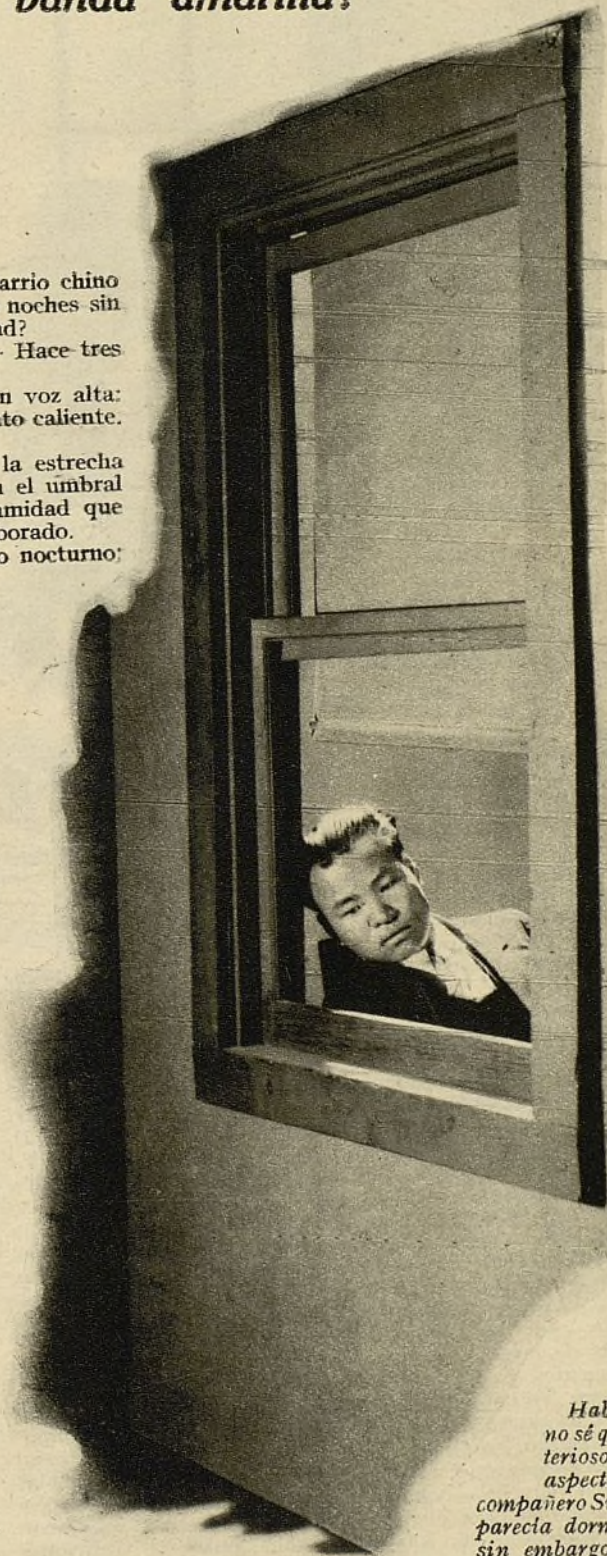
Al mirarle de cerca, a la luz que llegaba de la calle, se desvanecieron las pocas esperanzas que me quedaban. Estaba muerto, muerto con los ojos abiertos. Cogí su cuerpo y lo arrastré hasta una habitación interior, donde mi lámpara de mano me hizo ver el instrumento del crimen: un largo puñal chino, clavado hasta la empuñadura por la espalda. Y para que no existiera la menor duda sobre el motivo del asesinato, su autor había puesto sobre la mano derecha de la víctima la señal con que los malhechores chinos marcan a sus enemigos: un triángulo formado por tres puntos estampados con indeleble tinta roja.

Aquel misterioso signo me reveló por completo la clave del misterio. El principal objeto del crimen no era el de suprimir a un hombre a quien habían sorprendido espiando, sino el de darnos a entender que el asesino nos vigilaba y sabía más él con respecto a nuestros proyectos, que nosotros de los suyos.

En cuanto a la postura en que había dejado a Sui Poy al lado de la ventana, lo hizo indudablemente el asesino con el propósito de que pudiesen contemplarle cientos de chinos y así sirviese de escarmiento a todos los que intentasen luchar con los miembros de Fungy.

Sentí un terrible deseo de vengar a mi amigo; porque aquel hombre, más que ayudante, era un verdadero amigo mío, tanto como pudiera serlo el mejor de los hombres de mi raza.

A pesar de la opinión tan extendida en los Estados Unidos,



*Había un
no sé qué mis-
terioso en el
aspecto de mi
compañero Sui-Poy:
parecía dormido y,
sin embargo, tenía
los ojos abiertos.*

no todos los chinos que residen en el país son bandidos: al contrario, muchos de ellos tienen excepcionales dotes de inteligencia y corazón y saben vivir honradamente de su trabajo. Desgraciadamente, gozan de mala reputación por culpa de una insignificante minoría que, no contenta de vivir del pillaje, obligan a los trabajadores de su misma raza a servirles de cómplices amenazándoles de muerte.

Sui Poy era todo un caballero y muy instruido. Había estudiado en una universidad inglesa. Ya en su país, había luchado contra los expedidores de estupefacientes, que están minando todas las virtudes de su raza, y al llegar al nuestro ingresó — con autorización del consulado chino — en la sección encargada de combatir a los criminales que, por medio de tóxicos, lograban envenenar a los menos inteligentes de su propia raza. Y al fin, aquellos a quienes perseguía habían conseguido privarle de la vida.

Pasé un rato sentado en la obscuridad pensando y formando nuevos planes, decidido a encontrar y castigar a los asesinos de mi compañero. Por el momento no me era posible dejar el asunto que se me había encomendado y tenía que empezar por descubrir a la banda que verificaba el contrabando de opio. Probablemente entre ellos se encontraría el asesino. Uno de nosotros había caído, todos estábamos en peligro de sufrir la misma suerte y era absolutamente indispensable continuar la lucha.

Dejé a Sui Poy en la habitación a que lo había conducido y salí de la casa cerrando cuidadosamente la puerta. Desde el portal observé la calle y, seguro de que nadie me observaba, me deslicé en ella. Me apresuré hasta alcanzar Mulberry Bend, atravesé las avenidas del barrio italiano y por fin entré en las oficinas de la sección encargada del barrio chino. El capitán Calvin, jefe de la sección a cuyas órdenes había yo trabajado en otro tiempo, me recibió en su despacho particular. Era tan estrecha y sincera nuestra amistad y me fiaba tanto de su buen criterio, que no dudé en poner todas mis cartas sobre la mesa, relatando punto por punto cuanto había ocurrido desde mi marcha a Washington hasta el descubrimiento del asesinato de Sui Poy, que debió de ocurrir tres días antes.

Después de larga y minuciosa conferencia, convinimos que algunos agentes se presentarían en la casa de mi ayudante y, diciendo que les habían telefoneado que en ella había sido cometido un asesinato, entrarían en la habitación de mi compañero y se harían cargo de su cuerpo. Pero pondrían especial cuidado en evitar que ningún chino viese la señal triangular de su mano derecha, encargándose, además, de hacer las pesquisas necesarias para el descubrimiento del asesinato, mientras yo continuaría solo mis operaciones contra los traficantes de opio. Probablemente tendría que acudir a Calvin más ade-

lante, cuando se tratase de prender a los miembros de la banda de contrabandistas que buscaba.

Al separarme de él me dirigí a la compañía telefónica, donde conseguí comunicación reservada con las oficinas de la capital y, después de dar cuenta de lo ocurrido al oficial que se puso al aparato, le encargué que enviase a buscar el cuerpo de mi infortunado compañero para trasladarlo a Washington con el pretexto de entregarlo a sus parientes.

SERIAN ya muy cerca de las once cuando volví al barrio chino. No tardé en advertir la excitación de cuantos orientales se apelotonaban por aquellos parajes. La policía ya se había llevado el cuerpo de Sui Poy y había fijado en todas las esquinas pasquines dando cuenta del asesinato. Confundiéndome entre los grupos de curiosos, fui comprobando que todos hablaban exaltadamente del crimen y no solamente presumían que otros le seguirían, sino que llegaban

a comentar la marca que llevaba en la mano mi desgraciado amigo. Como estaba completamente seguro de que los hombres enviados por Calvin no habrían permitido que nadie viese el amenazador triángulo, deduje que el criminal había hecho correr la noticia para escarmiento de sus compatriotas.

¿De dónde había salido aquel rumor? Más fácil sería encontrar una aguja en un pajar que dar satisfactoria respuesta a esta pregunta.

Entré en el restaurante de Jim Mong, donde ya encontré ocupadas la mayoría de las mesas; al lado de la ventana tenía yo reservada la que había encargado al atardecer. El mismo Jim se acercó a servirme, pero no hizo el menor comentario a lo ocurrido en la casa de enfrente, a pesar de que en la calle se amontonaba un público curioso que no apartaba los

ojos de la ventana que antes ocupaba el muerto. Hubiera dado cualquier cosa por saber lo que pensaba el impasible dueño del restaurante.

Mientras esperaba la cena, me dediqué a observar a la abigarrada chusma que me rodeaba. Uno de aquellos hombres me llamó extraordinariamente la atención; era un chino alto, enjuto, decentemente vestido a la americana que, vacilando y tropezando, había llegado a sentarse detrás de mí. Estaba solo en una mesa y pidió algo de beber — algo suficientemente caro para demostrar que estaba su bolsillo mejor provisto de lo corriente entre hombres de su raza — y en seguida se puso a cabecear, presa del invencible sueño que produce el opio.

En el momento en que Jim me estaba sirviendo, llegó una pareja que distrajo mi atención: ella era una mujer alta, de raza blanca, y él un jovencito chino, de la peor catadura. La mujer, Nellie la Rubia, era un deshecho de la sociedad, cuya juventud se había deslizado en una hermosa casa de campo; había recibido esmerada educación, pero envenenada por el opio, había ido descendiendo hasta las mayores profundidades de la escala social. En diferentes ocasiones había yo intentado en vano sacarla del barrio chino y volverla al

(Continúa en la página 63)



— Esto no es ningún recibo de lavadero, sino un mensaje secreto.



Hazañas de esta secta tenebrosa

por Kate Vivien

Lo que el público no ignora

EL lector sabe que en Norteamérica actúa una misteriosa organización conocida bajo el nombre de «Ku-Klux-Klan». Es una poderosa sociedad, de fines no perfectamente definidos, y cuya actuación se mantiene siempre en la penumbra. No es una asociación secreta, por cuanto su existencia es conocida de todo el público. Pero sí es clandestina, ya que las autoridades pretenden ignorar en todo momento las hazañas de «los cien mil encapuchados».

Que sepamos concretamente, el «Ku-Klux-Klan» es como un frente único de unos ciudadanos que se dicen a sí mismos «hombres morales», unidos para combatir determinadas lacras sociales y políticas que acabarían hundiendo el orden establecido. Este es, en líneas generales, el programa del «Ku-Klux-Klan» según las declaraciones que alguno de sus jefes conspicuos ha hecho a la Prensa. Según ellos, el espíritu que anima a esta asociación es como una persistencia del viejo «cuakerismo» que impulsó — según dicen ellos — a Norteamérica a su actual florecimiento. Concretamente, puede decirse que ante la luz pública, los dos puntos básicos de su programa son la defensa de la ortodoxia anglicana frente al catolicismo y el mantenimiento

de una guerra implacable, a muerte, contra la gente de raza negra.

Pero, al margen del «cuakerismo»...

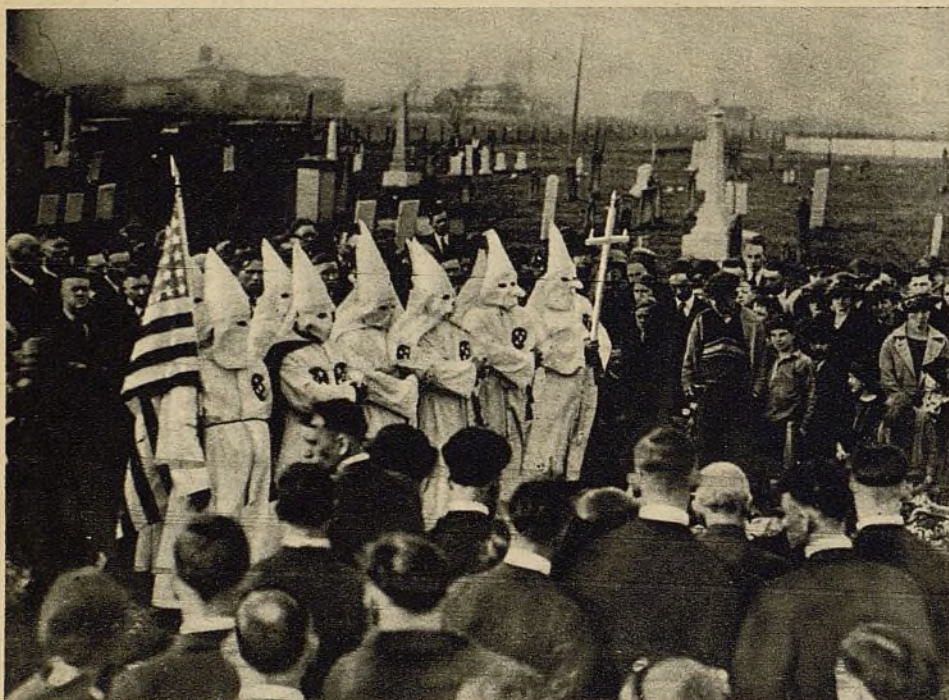
LOS hechos, sin embargo, desvirtúan, al parecer, las formales declaraciones de los directores del «Ku-Klux-Klan», puesto que se han repetido los casos en que las huellas — y hasta las pruebas indudables — del «Ku-Klux-Klan» se han hallado mezcladas en más de un delito de robo, en muchos asaltos a mano armada, en multitud de secuestros y hasta en repetidos sucesos de sangre, cuyos detalles han puesto en evidencia los peores instintos y el más cruel refinamiento.

Es posible que los primitivos propósitos de los fundadores del «Ku-Klux-Klan» fueron lo que dicen sus directores. Pero es indudable que su actuación presente es otra muy distinta, a causa, quizás, de su tenebrosa organización, o también como consecuencia de cierto juramento de fidelidad absoluta y eterna que el afiliado ha de guardar bajo pena de muerte. Y, sobre todo, por un impulso muy humano que hace que los hombres desvíen en provecho propio la fuerza que haya podido poner en sus manos, un movimiento de ideas.

Nacida esta asociación como consecuencia de la Guerra de Secesión que llevó a una lucha fratricida a los Estados del Norte, partidarios de la esclavitud, contra los del Sur, defensores de la abolición, tenía como fin principal el de proteger a los blancos contra los desmanes de los negros, muy abundantes en ciertos territorios de la Unión.

La victoria de los Estados del Sur y la consiguiente abolición de la esclavitud dieron motivo a que la gran masa de la población negra, constituida por los antiguos esclavos, quisiera imponerse por el número y pretendiera ocupar incluso los cargos públicos a pesar de su falta de cultura. Entonces apareció el «Ku-Klux-Klan», asociación que llegó bien pronto a contar varios millares de asociados.

Desaparecido el fin principal de su existencia, no tardó en derivar el «Ku-Klux-Klan» hacia otros fines, quedando convertida en una tenebrosa secta, cuyos afiliados cometieron tales tropelías y abusos, que en 1921 hubo un levantamiento popular, alentado por el periódico *New York World*, el cual puso de manifiesto sus complicados ritos, sus *raids* nocturnos contra los judíos y católicos, sus brutalidades y los sospechosos medros que de ellos sacaban sus jefes. El *Klan* quedó ahogado ante la indigna-



Varios miembros de la secta asistiendo uniformados, con sus característicos capuchones, a las exequias de un compañero, en el cementerio de Ohio.

ción pública, pero en 1922 tuvo un crudecimiento que motivó en el presidente Harding una actitud sumamente enérgica. A pesar de ello, los linchamientos y muertes en la hoguera continuaron como de costumbre.

Lo cierto es que, desde hace años, el «Ku-Klux-Klan» cuenta en Norteamérica con una fuerza muy considerable y que sus directores han aprovechado semejante poder para su medro personal o para la satisfacción de terribles odios ancestrales, hasta el punto de que el «Ku-Klux-Klan» no es hoy día otra cosa que una poderosa organización de delincuentes, sabiamente dirigida.

El horror al pasado

DETALLADAMENTE, nunca se habían podido conocer las actividades del «Ku-Klux-Klan», situado siempre al margen de la ley. Nunca hasta hoy. Y aun ahora sólo gracias al hecho de que uno de sus más importantes miembros se ha sentido — sabiéndose próximo a la muerte — arrepentido de la colaboración que durante muchos años ha prestado a la tenebrosa sociedad.

Mr. Jack Taylor sintiendo, sin duda, horror a sí mismo, quiere descargar su conciencia antes de morir, evitando así los males futuros que su silencio podría acarrear. El conoce la verdadera historia del «Ku-Klux-Klan»; la historia de aquellas actividades de la poderosa organización que la policía yanqui ha ignorado siempre e ignora todavía; de aquellas hazañas que, a pesar de todos, se han desarrollado muy a menudo a la luz del día y no pocas veces ante centenares de testigos que han acusado valientemente a los jinetes encapuchados.

Mr. Jack Taylor quiere lavar en lo posible su sangrienta historia de jefe del «Ku-Klux-Klan». Y para ello — alentado

sin duda por el hecho de saber próxima su muerte — se ha decidido a revelar episodios inéditos de la historia negra de aquella falsa asociación de «cuáqueros», episodios que, sin duda alguna, conseguirán lanzar, al fin, a la policía yanqui sobre los omnipotentes encapuchados. Unos episodios que, como verás, lector, confirman plenamente la aureola de drama y de misterio que ya había formado la fantasía popular en torno al tenebroso «Ku-Klux-Klan».

Una historia de odio y de sangre

EL Gran Maestre del «Ku-Klux-Klan» era, hace cinco años, un poderoso magnate de las finanzas norteamericanas que aquí — para evitar muy serias complicaciones — designaremos simplemente con el nombre de Mr. John.

Este magnate era originario de una aldea de la Florida. En la misma aldea había nacido el juez Richards que, también hace cinco años, presidía uno de los tribunales de Nueva-York. Y entre el juez Richards y Mr. John existía una profunda enemistad, basada en viejos odios de familia.

Pues bien. Por entonces, el juez Richards hubo de sentenciar un asunto mercantil en el cual Mr. John era la parte demandada; y como, a su criterio, toda la razón asistía al demandante, el juez Richards condenó a Mr. John al pago de un millón doscientos mil dólares.

Nunca lo hubiera hecho. Aquella sentencia fundada en la justicia estricta, fué interpretada, por instigación de Mr. John, como un reto al «Ku-Klux-Klan» de Nueva York. Los miembros más destacados de la sociedad secreta sospecharon que el juez Richards conocía la verdadera personalidad de Mr. John y supusieron que la sentencia de aquel

magistrado pretendía herir a la asociación de encapuchados, anulando económicamente la persona de su jefe.

Y esto no lo pudieron consentir los poderosos miembros del «Ku-Klux-Klan». Así se lo hizo comprender el mismo Mr. John en una asamblea general, una asamblea en la cual se otorgaron amplias facultades al presidente para que él mismo dispusiera a su antojo de las fuerzas y de los recursos del «Ku-Klux-Klan» para contestar cumplidamente al reto del juez Richards.

Y no hay que decir que Mr. John meditó con calma su venganza. Y conociendo perfectamente la vida, el carácter y los afectos del juez Richards decidió vengarse en aquello que a su enemigo había de producirle más intenso dolor.

Como él mismo, el juez Richards poseía una espléndida villa en una playa de la Florida. Una villa en la cual se pasaba seis meses del año su hija única, Ruth, de ventidós años. Pues bien; esta muchacha fué la víctima elegida por



Semejando con sus extrañas vestiduras sacerdotes de un culto extraño y extravagante, los afiliados formulan sus juramentos secretos.

Mr. John para satisfacer su venganza. Una noche de aquel año 1925, cinco encapuchados blancos que ocupaban un potente automóvil asaltaron la villa del juez Richards y lleváronse secuestrada — amordazada y maniatada — a la joven Ruth. Encerráronla en los sótanos de uno de los tugurios que el «Ku-Klux-Klan» tiene en Nueva-York, y allí estuvo sometida a un cruel encarcelamiento hasta su muerte, ocurrida dos años después.

Y ni la alta autoridad del padre, ni la vasta organización policiaca pudieron descubrir el paradero de Ruth Richards.

La cabalgata de fantasmas

EN una ciudad del Estado de Tejas se había constituido por aquel entonces una asociación de hombres jóvenes y

valerosos, con el fin de acabar con las hazañas del «Ku-Klux-Klan» que tenían aterrorizada la región.

El presidente de esta asociación de ciudadanos dignos era un ranchero acaudalado y culto que poseía una gran hacienda en la cual vivía él, constantemente, con toda su familia.

Durante los primeros meses de funcionamiento de esta asociación los directores del «Ku-Klux-Klan» no le prestaron atención alguna. Pero hubieron de preocuparse porque aquellos hombres valerosos consiguieron un día malograr todos los preparativos para el asalto a un banco; y otro, detener a dos miembros principales del «Ku-Klux-Klan» local, cogidos en flagrante delito de atentado contra los agentes de la autoridad.

Los dirigentes del «Ku-Klux-Klan» decidieron, al fin, hacer frente al nuevo enemigo y pensaron que el mejor procedimiento era atacar fuerte y con mano dura al propio jefe. Como así lo hicieron una noche, asaltando la hacienda del

la muchacha — miss Carver, — ésta se empeñaba en no hacerle caso. ¿Por qué? Nunca se lo llegó a decir concretamente, pues se limitaba a contestar que estaba locamente enamorada de otro muchacho de la localidad, mucho más joven y guapo que él. Sin embargo, en el fondo, la causa del desprecio era la sospecha de que Mr. Drina formaba parte de la tenebrosa secta.

Mr. Drina la supo o la llegó a sospechar esta razón y, sin darle importancia al caso, cesó de cortejar a la joven, dejándola en libertad de casarse con Fleming, el muchacho más joven y guapo que él.

A los seis meses se celebraba la boda, y, para pasar más solitariamente los primeros días de la luna de miel, emprendieron los novios un viaje en auto, inmediatamente después de la ceremonia, en dirección a una aldea situada a cincuenta kilómetros de Frankfort.

Llevaban ya recorridos veinte kilómetros, cuando un pinchazo inoportuno — causado seguramente por una porción de cristales arrojados con mala intención en mitad de la carretera — vino a interrumpir las delicias del viaje de bodas. El joven Fleming se fué confiadamente a la parte posterior del vehículo para coger el neumático de recambio, pero ¡cuál no sería su sorpresa al ver que se lo habían quitado!

Esperó un buen rato por si pasaba algún otro auto que les pudiese ayudar. La espera fué larga, molesta, angustiosa. No se acercaba nadie. Por fin, se decidió a ir por sus propios pies en busca de ayuda a la población más próxima, dejando a su esposa en el auto.

Si la sorpresa de Fleming al verse sin el neumático de recambio fué enorme, calcúlese cómo sería la que recibió al volver y encontrarse con que habían desaparecido la novia y el auto, sin dejar más rastro de la desaparición que una carta — firmada con las tres fa-

tídicas K. K. K., — en la cual se le recomendaba al recién casado que se abstuviese de buscar a su esposa, si no quería que le hiciesen desaparecer a él del mismo modo.

Aquel policía íntegro

EL «scheriff» de Landblack (California) se propuso también acabar con los desmanes del «Ku-Klux-Klan» en todo el territorio de su jurisdicción. Quiso recuperar aquella autoridad que las hazañas de los encapuchados — impunes hasta entonces — habían dejado muy mal parada.

Emprendió, pues, una enérgica campaña de represión, movilizándolo e instruyendo severamente a todos sus hombres. El mismo púsose a la pista de los misteriosos delincuentes que tenían aterrada la región. Y logró muy buenos resultados. Tan excelentes, que, a los tres meses de haber emprendido la campaña, tenía encerrados en la cárcel de Landblack a tres de los miembros más destacados del «Ku-Klux-Klan» local.

Pero cuando apenas hacía setenta y dos horas que había hecho esta detención, los eternos encapuchados blancos habían asaltado la cárcel de Landblack y ponían en libertad a los tres miembros del «Ku-Klux-Klan». Es más, a la mañana siguiente alguien descubrió que el cuerpo del pobre «scheriff» que quiso cumplir con su deber, colgaba de la más alta rama de un árbol corpulento, en las afueras de la ciudad...

OTROS episodios, igualmente terribles y sangrientos, ha revelado a la Prensa americana Mr. Jack Taylor. Pero basta, sin duda, con éstos para demostrar que las actividades del «Ku-Klux-Klan» no se ajustan muy exactamente a los principios del «cuakerismo»...

KATE VIVIEN



El estandarte del «Ku-Klux-Klan» de Barytown, presidiendo uno de los últimos congresos celebrados.

citado presidente veinticinco jinetes encapuchados de blanco...

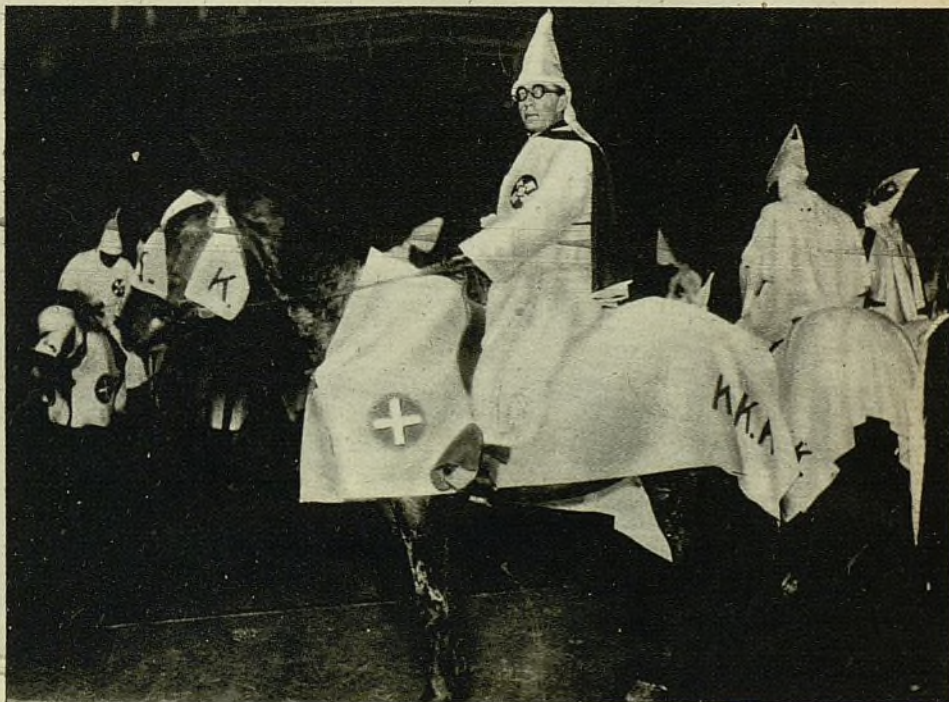
No pudieron apoderarse de su enemigo porque aquella noche el ranchero estaba ausente. Pero satisficieron su venganza, cumplidamente, pasando a cuchillo a las siete personas que estaban en la hacienda: tres criados, la esposa y los tres hijos del ranchero.

El rapto después de la boda

Y siguen, interminables, las hazañas del «Ku-Klux-Klan», hazañas como aquella del rapto de miss Carver, en Frankfort, ciudad del Estado de Kentucky.

Uno de los miembros más significados del «Ku-Klux-Klan» de aquella ciudad pretendía a la hija menor del fabricante más rico de la comarca. A pesar de la insistencia del galán — Mr. Drina — que se desvivía por dar todos los gustos a

Surgiendo, cual fantasmas, de las tinieblas de la noche, acuden a celebrar una de sus habituales reuniones nocturnas.



Fabricando *DIAMANTES*

La Coste, químico francés, «fabricaba» diamantes que los peritos consideraban exactamente iguales a los verdaderos. Los altos empleados de las grandes compañías explotadoras de las minas de diamantes, viendo en peligro su negocio, estaban consternados. Era preciso hacer algo para evitar la catástrofe de una bancarrota.



— Estos diamantes pertenecían a la remesa que recibí de las minas Vanderveer.

EMILIO — díjome el comisario Tobin, — el profesor La Coste llegará esta tarde a París.

La Coste, químico francés, había causado un pánico enorme entre los propietarios de las minas de diamantes inglesas, demostrándoles, con hechos, que podía fabricar diamantes tamaños y tan finos como los que producen las minas africanas. El pánico, sin embargo, no fué general, porque, además de estar en juego muchos miles de millones de francos, la prensa habló del asunto con bastante discreción. Los peritos de las compañías propietarias de las minas de diamantes habían comprobado las afirmaciones de La Coste.

— Usted que entiende bastante en joyería — continuó el comisario, — irá a presenciar las pruebas que como fabricante de diamantes hará La Coste el viernes próximo por la tarde. Se presentará usted con el nombre de Paul Maisonave, perito en diamantes de la Devereaux Company.

El caso era sumamente delicado, porque La Coste no tenía antecedentes criminales para poderlo coger fácilmente en fraude. Aun siendo falsa, como todos sospechábamos, su afirmación de que podía fabricar diamantes, los peritos a quienes trataba de convencer no le habían descubierto ninguna superchería en las demostraciones que hizo en Londres, ante seis autorizados sabios.

en el CRISOL



por el Inspector EMILIO GIROUX

ex Agente de Policía de la Sûreté, de París

— Pero antes — añadió el comisario Tobin — debe usted entrevistarse con Alfredo Samuels, perito de las minas Vanderveer, el cual le explicará, por haberlo visto, el *modus operandi* de La Coste.

Minutos después estaba yo ya en el Hotel Gironde conferenciando con Samuels, representante de la gran Corporación Vanderveer.

— Si el profesor La Coste hace trampas — me dijo, — hay que confesar que las disimula con la mayor habilidad. No obstante, debemos cerciorarnos bien por estar comprometidos grandísimos intereses.

— Verdaderamente — asentí yo en vista del fortunón incalculable que rápidamente haría el humilde profesor en el caso de que fueran ciertas sus demostraciones. — Ahora hágame el favor de describirme los métodos de La Coste.

— Con mucho gusto — accedió Samuels.

— La Coste mezcló los ingredientes ante los peritos, después de desnudarse. La habitación estaba iluminada con un potentísimo arco voltaico. Después de examinar los testigos los materiales y el recipiente, puso el crisol dentro del horno eléctrico. A los veinticuatro minutos, cuando la temperatura estaba a cuatro mil grados centígrados, retiró el crisol para que se enfriase. Abierto al fin por sir James Norris, distinguido perito en la materia, encontráronse veinticuatro diamantes, grandes y legítimos. Sin embargo, aun después de examinarlos detenidamente, nos resistimos a creer que aquel hombre hubiese fabricado aquellas piedras preciosas, porque tal descubrimiento significaba la ruina completa de las grandes compañías explotadoras, tal vez el cierre de todas las minas sudafricanas, a no ser que se pudiese inducir a La Coste a destruir sus fórmulas.

Hice una seña afirmativa pensando en los informes que habían llegado a la Jefatura desde Scotland Yard. Sometidos los diamantes de La Coste a escrupuloso examen científico, no hubo más remedio que declararlos absolutamente iguales a los de las minas.

— Pero sir James — añadió Samuels — dudaba de la veracidad de tal resultado, porque creía que La Coste había introducido diamantes legítimos en el crisol. La Coste tachó de ridícula tal sospecha, que, de tener fundamento, obligaría a admitir el absurdo de que los diamantes legítimos no se habían fundido al ser sometidos a un calor tan elevado.

«—¿Quiere usted hacer otro nuevo experimento?» le rogó sir James. «—Con mucho gusto — accedió La Coste. — Usted mismo, si lo desea, podrá mezclar las substancias.»

—¿De modo que el mismo sir James mezcló las substancias? — pregunté a Samuels.

— Sí, señor. La Coste pesó los ingredientes, James los mezcló y los metió en un crisol que estuvo en el horno veinticuatro minutos, al cabo de los cuales, después de dejado enfriar, se abrió y se encontraron veintinueve diamantes perfectos. Al preguntarle si podían someterlos a un examen minucioso,

La Coste consintió de buena gana. Sir James, después de dar un recibo a La Coste, los llevó a uno de los principales comerciantes de Londres.

Al examinarlos el joyero los reputó como legítimos, añadiendo que los compraría si se le daba un certificado de origen, requisito necesario en el comercio de piedras preciosas. Entonces sir



— ¡Eso es mentir! — gritó La Coste.

James los entregó al perito más famoso del país, quien declaró que los diamantes procedían de las minas Vanderveer del Africa del Sur.

— Claro está — siguió contándome Samuels — que este perito nada sabía de los experimentos de La Coste. Su dictamen se basaba en las características materiales de las piedras, pero tanto sir James como todos nosotros seguíamos preocupados. ¿Nos habría engañado La Coste? De ser así ¿cómo obtuvo las piedras y cómo las introdujo en el crisol?

Solicitamos de La Coste el favor de hacer otro experimento para que lo presenciara Adolfo Gannahue, director del Sindicato de los Diamantes Thompson-Greves. Al permitirle mezclar los ingredientes de La Coste, Gannahue metió secretamente un diamante en el crisol. Pero salió fundido.

«— La Coste, observó Gannahue, yo he metido en este crisol un diamante mío y ha salido fundido. ¿Cómo las ocho piedras que aparecieron no han quedado destruidas?»

La Coste contestó despectivo: «— Ha hecho usted una tontería estropeando un buen diamante, *monsieur*.»

«— Puede ser — contestó Gannahue. — Pero ¿por qué no se han fundido también los diamantes que usted pretende haber hecho?»

— ¿Y mientras tanto?

— Mientras tanto — explicó el comisario, — sir James y La Coste serán seguidos constantemente. La Coste no ha llegado aún de Londres, pero sir James sí. Mañana, después de la conferencia con los directores de la Devereaux, se entrevistará usted con sir James, presentándose con el nombre de Maisonave. Nuestros agentes, además de seguirle a usted, averiguarán si sir James es vigilado por alguien más.

A la mañana siguiente me presenté a Juan Feuille, uno de los directores de la Compañía Devereaux y uno de los notables peritos en pedrería de toda Francia. Ya en sus habitaciones del Hotel Lyon d'Or se nos unió el señor Devereaux en persona.

— Nosotros opinamos que ese La Coste es un estafador — afirmó Feuille, — porque la ciencia, aunque ha logrado en sus laboratorios pequeños diamantes, ha fracasado siempre que ha querido hacerlos del tamaño y de la calidad de los que este hombre pretende haber fabricado y poder fabricar en cualquier momento. También hay que tener en cuenta que en la fabricación de pequeñas piedras el gasto de la operación

LA COSTE pesó los ingredientes, James los mezcló y los metió en un crisol que estuvo en el horno veinticuatro minutos, al cabo de los cuales, después de dejado enfriar, se abrió y se encontraron veintinueve diamantes perfectos.

«— ¡La, la! — exclamó el profesor. — ¿No hay aquí hombres de ciencia que puedan resolver su duda? Puesto que nadie responde, hablaré yo. ¿Qué ocurre, *monsieur*, cuando se mete en el horno una patata cocida con tres crudas? Pues que cuando están asadas las últimas, la primera se ha convertido ya en ceniza. Si dejara en el horno estos diamantes que acabo de hacer, veinticuatro minutos más del tiempo debido, también se fundirían.»

Gannahue se encogió de hombros.

— Después de una discusión — continuó Samuels, — La Coste se enojó, acabando por decir que él no nos exigía que creyésemos en lo que veíamos. Nada debía a las compañías de diamantes, a las que había tratado con toda consideración. Por consiguiente, fabricaría los diamantes que le diese la gana.

Todos nosotros, a excepción de sir James Norris, nos lavamos las manos en este asunto, aunque abrigando cierta desconfianza. Porque en el supuesto de que La Coste no nos hubiese engañado, la bancarrota de los propietarios de minas de diamantes era inminente. Sir James se quedó con La Coste después que nos hubimos marchado los demás. Luego supe que entrambos habían llegado a un acuerdo, aunque ignoro en qué consiste. Sir James está en París. Supongo que asistirá el viernes a otra demostración de La Coste.

INMEDIATAMENTE fui a conferenciar con el comisario Tobin, dándole cuenta de la conversación tenida con el perito Samuels.

— Sí — me dijo cuando le hablé de sir James Norris. — Nosotros, los policías, estamos en una situación crítica. Sir James confiesa haber hecho con La Coste un convenio, que no quiere revelar. Samuels y los representantes de las compañías más poderosas nos incitan a que prendamos a La Coste porque pone en peligro muchos millones, y La Coste, por su parte, carece de antecedentes criminales y, además, es un hombre de ciencia.

Por añadidura, su descubrimiento puede ser verdadero. Si no es así, resulta el estafador más ingenioso que he conocido en mi vida.

— Ya hemos convenido — le dije — que el viernes próximo presenciaré yo su experimento con el nombre de Paul Maisonave, de la Compañía Devereaux.

— Muy bien. Mañana preséntese usted a los directores de la misma, que están muy recelosos a causa de las declaraciones de sus representantes en Londres. Por eso quieren que usted presencie el experimento.

excede en mucho, por regla general, al valor que tendrían siendo naturales. Sintéticamente, la fabricación de diamantes no es un negocio. Cabe, no obstante, la posibilidad de que La Coste haya encontrado realmente algún secreto para fabricar piedras de valor con poco gasto. Ya puede usted comprender, pues, cuál es nuestra situación. Si esto resulta cierto, la Compañía Devereaux, en caso de llegar a un acuerdo con las demás organizaciones mineras, tendrá que proponerles la compra de las fórmulas de La Coste. Lo que más nos preocupa — continuó el señor Feuille — es la conducta de sir James, por representar al Gran Sindicato de Diamantes Lawson, que ha dominado el mercado durante los últimos seis años. Este sindicato quería que nos viésemos obligados a abandonar los negocios, según ha intentado repetidas veces, ya tratando de comprar las acciones, ya valiéndose de otros medios menos confesables.

— Creo que sir James se deja engañar de La Coste — dijo sonriendo Devereaux. — Estoy seguro de que entre los dos han organizado una conspiración, que si tiene éxito arruinará a los competidores del Sindicato Lawson, y por tanto también a nosotros. ¿Ha podido descubrir la *Sûreté* — me preguntó con mucho interés — la naturaleza de esta alianza?

— Lo siento mucho, señor — respondí, — pero no puedo hablar de eso. A la policía sólo le interesa averiguar si La Coste es un estafador; nada le importan las rivalidades comerciales de las Compañías de diamantes, a no ser que exista algún hecho delictivo.

Entonces, como fingido representante de los Devereaux, pregunté qué clase de relaciones mediaban entre La Coste y su Compañía. Y supe que el objeto del profesor era idéntico al que le obligó a hacer experiencias en Londres, es decir, convencer a las compañías francesas de que era capaz de fabricar diamantes de calidad en la cantidad que le pluguiese. Conseguido esto, es de suponer que vendería su secreto al mejor postor.

DESPUES de telefonar al hotel en que se hospedaba sir James, anunciándole mi visita, me recibió a eso del mediodía. El maestresala me presentó como Paul Maisonave, de la Compañía Devereaux.

— Celebro mucho conocerle, caballero — dijo sir James después de manifestarle que el señor Feuille y yo representaríamos a la casa Devereaux en la experiencia del viernes de La Coste. — Espero que me hará el honor de almorzar conmigo.

A mí me habían seguido dos agentes de Seguridad. También sir James era vigilado. Después de almorzar, traté de hacerle hablar. Si bien expresó gran interés por la compañía Devereaux y reveló que abrigaba la esperanza de que, caso de haberlo, acabaría por descubrirse el fraude de La Coste, en cambio nada dijo de su alianza con el profesor.

— Aguardo con ansia sus experimentos — me confesó. — Ese hombre parece capaz de producir diamantes de calidad, puesto que nos da la ocasión de descubrir cualquier fraude que pudiera haber. Hasta ahora no ha habido ningún descubrimiento sospechoso, a pesar de haber permitido el profesor que se vigilaran todos los detalles de su procedimiento, que se examinaran sus aparatos y hasta que otras personas hicieran las mezclas de sus ingredientes.

De todas estas manifestaciones deduje que sir James se inclinaba a creer en la sinceridad de La Coste y en la pureza de su método, lo cual, hasta cierto punto, no dejaba de ser sos-

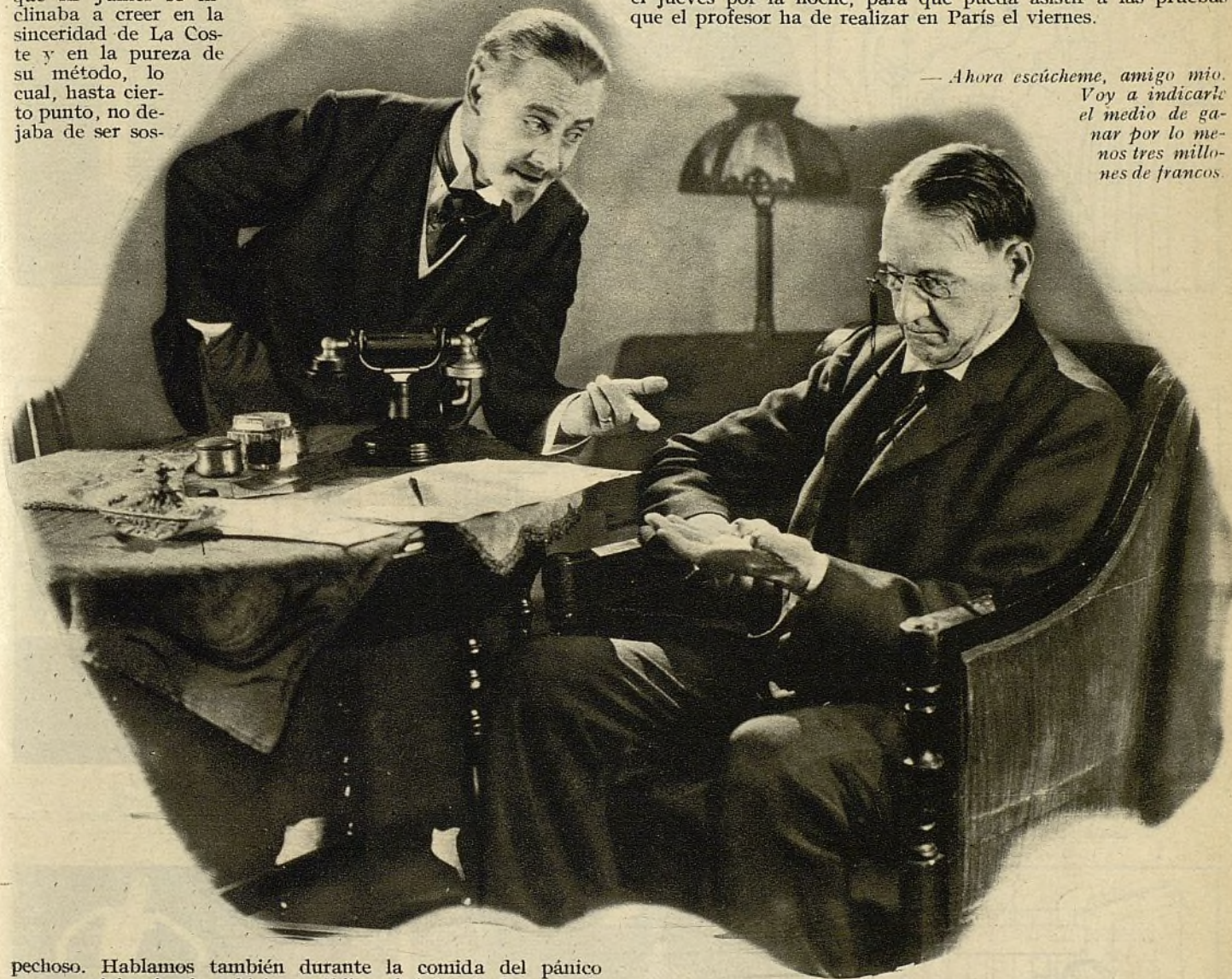
— De modo que...

— El dinero se pagó de su cuenta corriente en el banco de Inglaterra, en el cual el profesor La Coste lo depositó íntegro, fuera de unos cuarenta mil francos. La Coste tiene cuenta corriente en dos bancos franceses: uno de París y otro de Saint-Nazaire, aunque ignoramos la cantidad depositada en cada uno de estos bancos. Pero éste es un detalle sin importancia. ¿Conoce usted el pueblo de Nuen?

— Sí, señor — contesté. — Está muy cerca de la costa, no lejos de Burdeos.

— Eso es. Pues bien, La Coste posee allí una residencia, casi un palacio, que compró hace pocas semanas. Es preciso que vaya usted allí esta misma noche. Mañana a las ocho y media, La Coste llegará a la estación. Tal vez vaya su mujer a recibirle. Usted debe vigilarlos, averiguar de quién son amigos y cuanto crea conveniente. Se le relevará de esa vigilancia el jueves por la noche, para que pueda asistir a las pruebas que el profesor ha de realizar en París el viernes.

— Ahora escúcheme, amigo mío. Voy a indicarle el medio de ganar por lo menos tres millones de francos.



pechoso. Hablamos también durante la comida del pánico que se originaría si se hiciese público el éxito de los experimentos de La Coste. Y nos separamos en la calle después de saludarnos con la mayor cordialidad.

Pero nuestra separación no fué completa, porque algunos agentes de Seguridad le siguieron mientras yo me iba tranquilamente a la Jefatura para dar cuenta al comisario Tobin de lo ocurrido.

— Ha hecho usted todo lo que podía — me dijo el comisario. — No hay duda de que sir James Norris ha celebrado algún trato secreto con La Coste. Hoy hemos averiguado que en los dos últimos meses ha firmado dos cheques a favor de La Coste de un millón ochocientos setenta y cinco mil francos.

— Mon Dieu! — exclamé asombrado.

— Es verdad, Emilio — prosiguió Tobin sonriendo. — Y el caso es que todavía no podemos hacer nada. Sir James representa al sindicato Lawson, y, aunque hubiese gastado todo el dinero de esta empresa, nosotros no podríamos intervenir en sus actos mientras el sindicato no presente una denuncia.

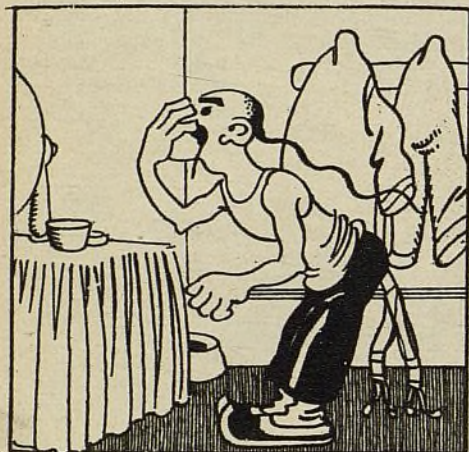
TRES horas después ya estaba camino de Nuen. Los dos días que estuve allí no descubrí cosa de importancia. La Coste era bajo de estatura, muy vivaracho, no obstante sus sesenta años de edad; llevaba perilla y lentes de concha. Llegó de París a la hora señalada. Su esposa le salió a recibir a la estación. En un coche de punto se dirigieron ambos a su casa, de la que apenas salieron hasta el jueves en que La Coste tomó el tren de la noche para París. En esos días no hicieron más que una visita a la señora Grillon, vecina y amiga íntima de la esposa de La Coste. La señora Grillon fué, a su vez, vigilada, aunque ella y su esposo, comerciante retirado, eran de las personas más principales de la colonia.

Tomé el mismo tren que el profesor La Coste, a quien seguí hasta un hotel importante de la capital. Después de ser relevado, me encaminé a la Jefatura para dar cuenta al comisario Tobin de lo ocurrido.

(Continúa en la página 71)

HAZAÑAS DEL DETECTIVE **TIM YESYÉS**

III. — Una aventura en el barrio chino, historieta por Moreno



Del opio el negocio sucio
al buen Yesyés le exaspera
y se viste, hecho una fiera,
como un hijo de Confucio.



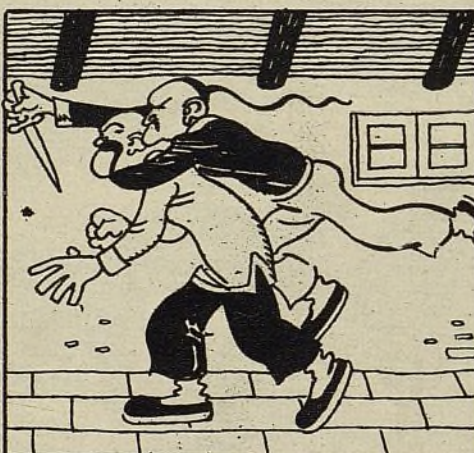
Sin importarle un comino
el peligro en que se mete,
en menos de un periquete,
se planta en el barrio chino.



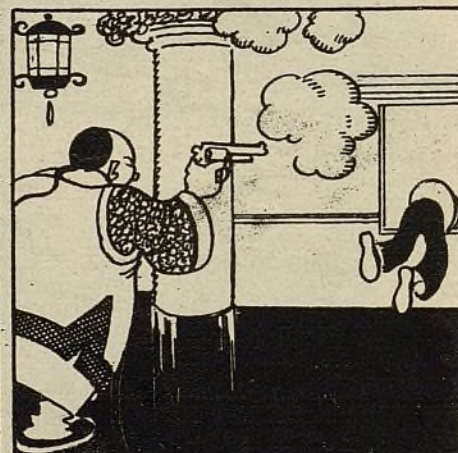
Hace de valor acopio
hasta llegar a una puerta;
y ve por la entrada abierta
que allí dentro fuman opio.



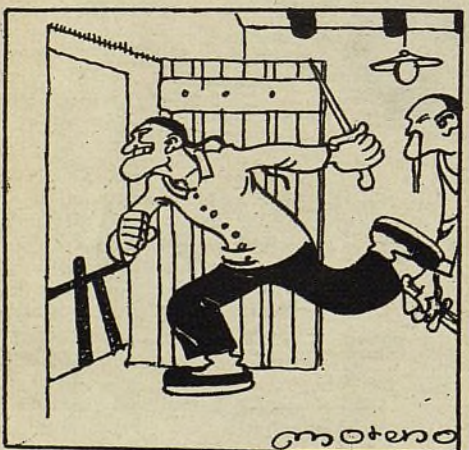
Al entrar al fumadero
pierde la trenza postiza
y oye que dicen: «¡Atizai!
Aquí viene un embustero.»



Un chino con un punal
«¡Ven aquí — dice — so fresco!
¡Por mi fe de hombre chino
que vas a pasarla mal!»



Y con una arma de fuego
otro intenta darle muerte,
mas Yeyés, que está de suerte,
toma las de Villadiego.



Con intenciones de fiera,
los chinos tras él se lanzan.
Y él se dice: «Si me alcanzan,
me dan la gran panadera.»



Un barril en una esquina
llama la atención de un chino,
que por cierto es muy ladino,
y le da muy mala espina.



Al barril, lleno de cal,
cayó Yesyés al huir,
y así pudo producir
un espanto general.

LOS SIETE que MURIERON

*Sensacional historia contada
por UNO QUE LOS MATÓ*

A PESAR de que sólo voy a referir un auténtico episodio de mi vida, existen razones suficientes para que mi nombre continúe secreto hasta mi muerte. No tardará el lector en darse cuenta de los motivos que me aconsejan tal discreción.

Es posible que alguien recuerde todavía que, hace cosa de tres años, los periódicos dieron cuenta de una serie de extraños y, al parecer, inexplicables asesinatos, debidos probablemente a la misma mano. Siete personas — una de las cuales era una hermosa mujer — aparecieron muertas de modo incomprensible. Estas muertes ocurrieron en Nueva York, Filadelfia, Washington y Boston. Cerca del cuerpo de cada una de las víctimas se halló una diminuta ruleta de madera, roja y negra. Esta misteriosa circunstancia relacionó los siete asesinatos, dando a entender que los había cometido la misma persona, probablemente loca, ya que los muertos no tenían ninguna relación entre sí.

Yo soy ese supuesto loco. Pero si en aquel tiempo la policía hubiera profundizado un poco más su investigación, es posible que no me hubiesen creído tan perturbado como parecía. Entonces habrían descubierto que cierto buque, que salió del Havre algunos años antes de cometerse aquellos siete crímenes, llevaba a bordo a las siete personas que luego fueron asesinadas. Tal vez esa circunstancia les hubiera dado a entender a los detectives y policías que había cierto método en mi locura.

Pero permítame el lector que rápidamente proceda a referir mi historia desde el principio.

INMEDIATAMENTE después de haberme graduado en una escuela americana, fui a Francia con objeto de seguir cursos superiores de química en una escuela situada en Enghien-les-Bains, a once minutos de París por ferrocarril. En aquella época — antes de la gran guerra — Enghien era un Montecarlo en miniatura, y su casino resultaba ser su mayor atractivo y su principal fuente de beneficios.

Una noche, aburrido a más no poder, me dirigí a la terraza que daba al lago y luego entré en el Casino. Media hora después conocí a Carmelita Pérez, hermosa joven española, destinada a representar un papel importantísimo en mi vida. Aunque yo no era demasiado sensible a los encantos femeninos, confieso que desde el primer momento mis veintidós años se sintieron atraídos hacia Carmelita.

Aquella misma noche penetré en la sala de juego y, casi sin pensarlo, aventuré una moneda de diez francos a la ruleta. La suerte me favoreció y cuando conté mis ganancias vi que ascendían a doscientos mil francos.

Con sólo dos dólares había ganado cuarenta mil en el espacio de dos horas. Eso era bastante para trastornar la cabeza de un hombre de más edad que yo, aunque no se me ocurrió siquiera que hubiese peligro en llevar encima tal suma de dinero hasta que, una vez en la terraza, Carmelita, al pasar junto a la mesa a que yo me había sentado para tomar un refresco, dejó caer un papel escrito en francés que decía: «Vigile bien cuando se vaya a casa.»

Yo había observado que un grupo de hombres de pésimo aspecto me vigilaban junto a la mesa de la ruleta y parecían contar las sumas que iba ganando. Reflexioné rápidamente y decidí no ir a mi casa de Enghien aquella noche. Así, evitaría el peligro de perder mi dinero. En cambio, decidí alquilar un taxi sin chofer y dirigirme a París.



Maravillosa historia de la vida trágica del inventor de los gases asfixiantes, cuya fórmula, de incalculable importancia bélica, ambicionaban poseer varios gobiernos que se preparaban para una guerra inminente.

Francia y Alemania, por medio de habilísimos servicios de espionaje, intentaron comprarle — o arrebatárselo — la fórmula del invento que había de ser el azote más atroz de la Guerra europea.

Precisamente cuando subía al vehículo oí un grito femenino. En la semiobscuridad, bajo una fila de árboles frondosos que había a veinte metros de distancia, pude ver a Carmelita que luchaba con un grupo de hombres. Como en la escuela de mi país tenía yo fama de luchador agilísimo, me fui decidido a libertar a la muchacha y lo conseguí, si bien he de confesar que en aquella ocasión mi éxito se debió a haber podido atacar de improviso a los bandidos.

Casi a rastras me llevé a Carmelita al automóvil y di cuanto gas pude al vehículo, mientras seguía el camino de París. De pronto, una de las ruedas delanteras recibió un pinchazo, y el coche dio media vuelta sobre sí mismo. Por fortuna, tanto mi compañera como yo salimos ilesos. A todo esto, los bandidos, repuestos del inesperado ataque, siguieron en otro automóvil y nos alcanzaron; pero de nuevo la fortuna intervino en mi favor, precisamente cuando ya creía llegado el último momento de mi vida. De pronto, se vió brillar a la luz de la luna una serie de aceradas bayonetas. Yo traté de escapar, y en aquel momento se oyó el sordo rumor de muchos pies que se aproximaban por la curva inmediata. «*Allez! Vite!*», exclamó secamente uno de los hombres que me habían amenazado y, en el acto, tanto él como sus compañeros se apresuraron a montar en su coche. Llegaba un regimiento de infantería que se trasladaba a uno de los fuertes inmediatos a París, y gracias a la bondadosa ayuda del coronel Gaveau, que mandaba la fuerza, se reparó nuestro automóvil, y Carmelita y yo pudimos continuar el camino

AL día siguiente ingresé en el Crédit Lyonnais las ganancias de la noche anterior y, después de corta búsqueda, me instalé en un lindo pisito en el barrio latino, pues ya tenía decidido trasladarme a París para disponer de más facilidades en mis experimentos de laboratorio.

Un día más tarde, Carmelita me invitó a que le hiciera una visita en su propia casa, donde me presentó a un hombre que, según dijo, era su padre. Apenas le oí hablar, me entró la duda de si era el mismo que dos noches antes me había amenazado con un cuchillo y probablemente me habría muerto de no haber llegado tan a tiempo el auxilio de los soldados. Aquel individuo llevaba un bigote que se me antojó postizo. De todos modos, me habría sido muy difícil reconocer su rostro porque apenas le pude ver aquella noche; en cambio, estaba casi seguro de que su voz era la misma. Pregunté a Carmelita quiénes eran los hombres que la atacaron aquella noche, pero no sólo

que yo acababa de hacer. Sin embargo, me cuidaron muy bien y al día siguiente, después de haber estado sin sentido cuarenta y ocho horas dándoseme por muerto, y después de haber pasado otras veinticuatro en la cama para reponerme, me levanté y me vestí, aunque sin atreverme a salir todavía a la calle.

Los médicos se despidieron de mí poniéndome en guardia para que no volviese a respirar nada que no conociera. Esta advertencia se debió a que yo les dije que había respirado el vapor de la cubeta que contenía la desconocida mezcla mientras se calentaba a la llama de alcohol. Les prometí seguir su consejo, pagué la cuenta y se marcharon algo más satisfechos, a pesar del hecho de que estuviera vivo y no muerto como era mi deber.

En cuanto fui capaz de pensar de modo coherente, mi primera idea fué Carmelita. ¿Qué día era? ¿Había venido acaso a visitarme? El portero pudo contestar a mis preguntas. El

He aquí el pensamiento del inventor de los gases asfixiantes:

La horrible matanza de que sería causa se me representó en la imaginación y vi a los hombres fuertes y valerosos morir destrozados en la flor de su juventud.

No quería que sobre mi conciencia pesara la muerte de millones de hombres, a costa de cuyo fin horroroso me habría enriquecido.

se negó a contestar, sino que me rogó que no le preguntara más acerca de ello. Aunque esto me dejó muy preocupado e inquieto, no permití que tal preocupación se interpusiera en mis relaciones con la joven, que iban progresando con la mayor rapidez.

Poco después de haberme instalado en mi nuevo domicilio, me dediqué, como de costumbre, a los experimentos químicos.

Aquella tarde estaba mezclando dos sustancias químicas en una retorta, mientras tenía la mente ocupada por el recuerdo de Carmelita. Al día siguiente habíamos de almorzar juntos y yo esperaba tal acontecimiento con el mayor placer que pueda imaginarse. Tomé una pequeña parte del líquido que se formó y lo eché en una cubeta plana, dispuesta sobre una llama de alcohol. Inmediatamente empezó a silbar y a crujir de un modo raro, desprendiéndose del fondo de la cubeta un vapor ligero y amargo, en extremo desagradable.

Al inclinarme sobre el recipiente para examinar mejor la mezcla, todo se puso de pronto negro a mi alrededor, y perdí el sentido.

Cuando abrí de nuevo los ojos, me vi tendido en la cama, junto a la cual estaban dos médicos y una enfermera.

— Ha recobrado el sentido, doctor — exclamó ésta.

Los dos hombres dieron rápidos media vuelta y acudieron a mi lado. Uno de ellos me tomó el pulso.

— ¿Quieren ustedes decirme dónde estoy y qué ha ocurrido? pregunté con dificultad a causa de una extraña sensación que sentía en el pecho y la garganta.

— Pues ante todo está usted vivo joven, lo cual es bastante raro, porque... porque ha estado usted muerto — concluyó uno de los médicos — hombre de imponente barba blanca, — mientras me examinaba como si el hecho de estar vivo fuese un verdadero insulto para todo el protomedicato francés.

— Siento mucho darle a usted un disgusto, doctor, pero me siento muy vivo, aunque un poco débil.

El doctor barbudo se rió y el otro me miró con la curiosidad que miraría un rarísimo ejemplar del género humano.

— Yo en su caso no hablaría mucho — dijo el médico volviéndose hacia su compañero.

— Es asombroso a más no poder. Y no puede negarse que su pulso es absolutamente normal. ¿Cómo se explica esto?

Movió la cabeza y su compañero le imitó. Al parecer, es un asunto muy serio el desmentir a los médicos cuando ya han certificado la defunción de alguien, y eso es precisamente lo

fué quien, dos días antes, me halló como muerto, tendido en el suelo de mi laboratorio. El mismo — según creo, aunque él no lo sospechaba siquiera — debió la vida a la casualidad de que la ventana estuviese abierta y a que el fuego había evaporado ya por completo la sustancia química. Luego llamó al médico y a una enfermera para que se encargaran de cuidarme.

Carmelita y su padre me visitaron el día antes y les recibí el médico dándoles cuenta de mi estado. Según dijo el portero, se habían marchado muy emocionados y prometieron volver al día siguiente, lo que así fué, en efecto, pues llegaron poco después de haber terminado de hablar con el portero.

Conmovidos primero por el accidente, me felicitaron luego por mi maravillosa salvación. Los ojos de Carmelita estaban iluminados por franca simpatía hacia mí, que me resultó muy agradable. — No debe usted correr esos riesgos, Carlos — me dijo en voz baja y suave mientras su padre se hallaba en el extremo opuesto de la estancia admirando un cuadro.

— ¿Por qué? — le pregunté, más con deseos de oír su respuesta que por el hecho de ser una pregunta natural.

— Pues en obsequio a... a sus amigos — contestó oprimiéndome la mano con la suya hasta dejarme sumido en agradable éxtasis.

En aquel momento volvió su padre y nos fué imposible continuar nuestro íntimo coloquio.

Se habló de mi extraña aventura, y entonces les dije lo que me proponía. Aunque lo ocurrido estuvo a punto de serme fatal, en cierto modo me resultó beneficioso. Numerosos e importantes descubrimientos químicos se han debido a un accidente, y en mi caso no ocurrió ninguna excepción a la regla.

Había descubierto un vapor que, siendo un violento veneno, produciría efectos instantáneos al ser respirado en suficiente cantidad. Yo sólo había aspirado un pequeñísimo volumen; un poco más, sólo un poquito, y ya no habría podido contarle. Tenía de ello absoluta seguridad.

Ahora bien, la situación sobre mi descubrimiento era la siguiente: una gran compañía americana de productos químicos me había ofrecido, tiempo atrás, pagarme una cantidad respetable si llegaba a presentarles la fórmula de un gas mortífero para las ratas y ratones. Ellos, por su parte, habían hecho largos experimentos sin resultado satisfactorio.

Yo, en mi experimento accidental, había encontrado un gas venenoso para los seres humanos. Pero el caso es que todos

los venenos capaces de matar a un hombre son también fatales, aun en cantidades mucho menores, para las ratas y ratones, y esta es la razón de que tales animalitos se utilicen con tanta frecuencia en los experimentos médicos. Recordaba con la mayor exactitud cómo había producido aquel gas desconocido y estaba seguro de poder repetir el experimento en cuanto quisiera. A juzgar por lo que sabía de aquel flúido, pensé que podría ser embotellado sin grandes dificultades. Eso sólo era un sencillísimo detalle de fabricación. Por tanto, una pequeña cantidad inyectada en cualquier agujero de ratas mataría instantáneamente a todas las que hubiese.

formaba un vapor más pesado que el aire, y, si bien sería fácil embotellarlo y guardarlo, permanecería siempre en los agujeros ocupados por las ratas, y los esfuerzos que se hicieran para quitarlo de allá tendrían por resultado el difundirlo por la casa, lo cual ni que decir tiene que resultaría peligroso para sus habitantes.

Por lo demás, el gas en cuestión presentaba detalles muy curiosos, tales como el de que el viento se lo llevaba sin dispersarlo como si fuese una gasa arrastrada por el espacio. Al ver que desaparecía así, abandoné aquel día mi experimento, temeroso de que el gas pudiera causar alguna víctima



Siguió calentando la punta del instrumento y en cuanto estuvo bastante caliente me lo acercó lentamente al rostro.

Me pareció que había conquistado la fortuna y Carmelita y su padre se alegraron conmigo cuando les referí la historia.

Al marcharse me invitaron a almorzar en su casa el siguiente domingo, y al mismo tiempo convinimos que, después de comer, yo iría con Carmelita al fuerte para dar las gracias al coronel Gaveau, que con tanta bondad nos socorrió cuando yo luchaba con los bandidos que intentaron arrebatarme mis ganancias en la ruleta.

Al día siguiente hice un nuevo experimento con el gas, pero ya provisto de una máscara que me permitía evitar sus mortales efectos. Descubrí varias cosas, una de ellas, que el gas en cuestión — que sería fatal no sólo para las ratas, sino para todo ser vivo — resultaba poco práctico por varios motivos. Primero porque las ratas morirían instantáneamente sin tener tiempo de salir de su escondrijo, lo cual era muy desagradable, pues no convenía que los roedores muriesen dentro de la casa. En segundo lugar, aquel gas ponzoñoso

por mi falta de cuidado y por mi gusto de realizar experimentos.

En consecuencia, después de haber tomado notas mentalmente acerca del proceso para fabricar aquel gas — por más que no comprendía qué utilidad podría tener, — resolví no trabajar más en aquel asunto. En cuanto a mi desencanto de llegar a enriquecerme gracias al gas raticida, duró, por cierto, muy poco. La juventud es animosa, y la vida me pareció entonces dulce y deseable aun sin haber conquistado la fortuna. En realidad, gozaba de una envidiable situación financiera y, además, conocía a Carmelita. ¿Qué más podía desear?

Al día siguiente Carmelita y yo visitamos el fuerte. El coronel Gaveau, su jefe, nos recibió con la mayor bondad, aunque sin duda más a causa de Carmelita que de mí mismo. Nos enseñó todo cuanto podía ver un profano y extranjero como yo. Todo aquello me pareció muy interesante, pero lo que más me importaba era estar en compañía de Carmelita. Esta daba calor a mi vida, y creo que entonces y aun

durante algún tiempo después sólo viví por ella y para ella.

En el curso de la conversación Carmelita refirió mi extraño accidente al coronel, quien, interesado en extremo por el asunto, me hizo innumerables preguntas acerca del gas o vapor que yo había producido. Y me explicó la razón de su interés.

— Sin duda ya sabe usted — dijo, — y en realidad no lo ignora nadie, que está a punto de estallar una guerra que dejará reducidas las anteriores a la categoría de escaramuzas. Al decirle a usted eso no divulgo ningún secreto que no me pertenezca. Todo hombre consciente lo sabe. Ha llegado la ocasión, según creo, en que Alsacia y Lorena volverán a nuestras manos. Sin embargo, esta no es la principal razón de la guerra que se avecina, sino que también hay un factor económico. Pero, como yo soy un patriota, y a un soldado lo que más le interesa es la reconquista de esas dos provincias, poco me importa lo que los hombres de negocios de Francia, Inglaterra, Rusia y hasta los Estados Unidos puedan hacer cuando hayamos obligado a Alemania a devolvernos lo que tan injustamente nos quitó hace cincuenta años. Lo que a mí me interesa es la maniobra y la eficacia de los ejércitos. Esta guerra será muy distinta de cualquiera de las anteriores, lo mismo que serán diferentes las armas que en ella se empleen. Nuestros químicos hace ya tiempo que andan buscando un gas que por medio de proyectiles pueda ser llevado hasta las filas enemigas. Tampoco, según creemos, lo han alcanzado los químicos de nuestros probables enemigos, que me abstendré de nombrar, aunque puedo asegurarle que odio el alma estoica y flemática de Alemania.

Yo sonreí, en tanto que él continuaba sin darse cuenta quizás de lo que había dicho. Todos los franceses consideraban enemigos a los alemanes, y ¿con quiénes habían de luchar sino con sus tradicionales enemigos? El militar prosiguió:

— A juzgar por lo que me ha dicho usted, creo que ha inventado un gas útil para ser producido en grande escala, y desde el punto de vista militar lo que ha logrado usted no es despreciable. Por otra parte he entendido que solamente respiró una pequeñísima porción de ese gas, porque de haberlo hecho a pleno pulmón habría muerto. También me ha dicho que no se diluye en la atmósfera, que es más pesado que el aire, y que por esta razón permanece junto al suelo. Si en realidad el gas en cuestión es como me dice y resulta posible encerrarlo en una granada, creo que es, precisamente, lo que andamos buscando. Yo carezco de autoridad para hacerle ninguna proposición, pero si me lo permite puedo ponerle en relación con las autoridades competentes. Eso resultaría muy útil para la República y es muy probable que fuese una fortuna para usted.

Le miré unos momentos en silencio. Su modo de hablar era propio de un militar. A mí no se me habría ocurrido en un millón de años la posibilidad de dedicar mi gas a tal objeto. Sin contestar me quedé sumido en mis ideas; aquella era demasiado nueva para que yo la comprendiese inmediatamente por entero, además de que estaba sobrado lejos de mi manera de pensar. Por fin, repliqué:

— Creo que es un asunto digno de reflexión, coronel. Pero me gustaría hacer algunos experimentos complementarios antes de volver a tratar de eso.

— Comprendo — me contestó afable el coronel. — No creo que haya una prisa extremada. Pero en cuanto esté dispuesto, vuelva y trataremos de nuevo acerca de ello. Mientras tanto ¿quiere prometerme ofrecer a la República Francesa la primacía, en caso de que logre usted perfeccionar el gas de manera que dé los resultados apetecidos?

— Desde luego — le prometí. — Me será muy grato.

NOS despedimos poco después y Carmelita y yo volvimos a casa de ella a tomar el té. Me invitaron a que me quedara a cenar, cosa que hice muy a gusto, pues no era necesario insistir mucho para obligarme.

Pasaron las horas muy agradables. Carmelita refirió a su padre lo que el coronel Gaveau había dicho del gas descubierta por mí, y me pareció observar que el señor Pérez demostraba aún más interés que el mismo coronel. Poco después se excusó y salió de casa.

Carmelita y yo continuamos la velada charlando y haciendo música. Aquellas horas fueron inolvidables para mí, ya que me di cuenta de que amaba a la joven y me hice el propósito de pedirle su mano si las cosas seguían un rumbo favorable. En realidad, ella estaba tan bien dispuesta para conmigo, que no dudé de ser aceptado. O mejor, fui lo bastante inocente por las atenciones que me prestaba para creer que yo era el único hombre hacia el cual se sentía ella inclinada.

Antes de retirarme a mi casa llegó el padre de Carmelita acompañado de cinco amigos, uno de los cuales era un joven cuyo rostro me pareció familiar, aunque no pude recordar dónde lo había visto. Me presentaron a todos ellos muy afablemente, aunque lo cierto es que me fueron antipáticos desde el primer momento, sobre todo el joven, cuyas maneras con respecto a Carmelita — con gran sorpresa mía — parecían indicar cierto derecho sobre ella. ¿Qué libertad podía tener nadie para obrar de aquel modo, aunque fuese inconscientemente? Y lo peor fué que a ella no le pareció molesto aquel modo de hablar y de obrar, lo cual me disgustó en extremo.

Permanecí todavía un rato en la casa, a pesar de la antipatía que me inspiraban aquellos hombres y que me esforcé en disimular, hasta llegar en cierto modo a hacernos amigos. Entre tanto, Carmelita había tomado la costumbre de llamarme por un apodo que ella misma inventara, *Roulette*, quizás a causa de mis ganancias en aquel antiguo juego.

Durante las siguientes semanas, cuando me había convertido ya en contertulio de la casa de los Pérez, vi varias veces a aquellos individuos, juntos o aislados. Yo les llamaba siempre por sus respec-

tivos nombres de pila y ellos a mí por mi apodo. Poco tiempo después, contadas personas había ya que supiesen que mi nombre de pila es Carlos: tanto era el favor que había alcanzado el apodo de *Roulette*. Menciono este detalle porque, además de tener mucha importancia en mi historia, este apodo fué la causa de que Carmelita me regalara algún tiempo después una pequeña ruleta de oro, para la cadena del reloj, que había comprado en la «rue de Rivoli». Llevé algún tiempo aquel dije, cuya belleza y rareza suscitaban los comentarios de cuantos lo veían.

AL día siguiente de haber hablado con el coronel del fuerte continué mis experimentos acerca del vapor venenoso, poniendo en ello el mayor cuidado, pues ya conocía las mortíferas propiedades del gas. Trabajé durante algunas semanas hasta que me convencí de que seguía buen camino; añadí nuevos ingredientes para hacer el gas más venenoso y pesado a fin de que permaneciese mucho tiempo en contacto con la tierra.

Mientras tanto visitaba asiduamente la casa de Carmelita. A veces podía pasar agradablemente la velada con ella; otras, en cambio, el joven de quien he hablado y que parecía tener derechos sobre la joven, monopolizaba casi por completo su atención. Mi pretendido rival se llamaba Emilio Duval y hablaba en correcto francés, aunque desde el primer día tuve la impresión de que aquel hombre no era francés.

**Si me matan, tampoco
podrán obtener la
fórmula — dije.**

**— Es cierto, pero, por
lo menos, tendremos la
seguridad de que no se
aprovechará nadie más
de ella.**

**De momento guardé
silencio porque no se me
había ocurrido tal cosa.**

Por fin, un día, contemplándole atentamente, me figuré saber dónde le había visto, es decir, me pareció que era el mismo individuo entre cuyos brazos luchó Carmelita la noche en que me la llevé en automóvil a París. Y, una vez persuadido de ello, se lo pregunté a Carmelita sin ambages.

Ella me contestó con una cristalina carcajada.

— Pero ¡qué divertido es usted, *Roulette!* ¡Deje ya en paz a ese pobre muchacho y a los dichosos bandidos, que sabe Dios por dónde andarán a estas horas! — Y después añadió, riéndose. — No puedo negar que me pretende. ¿Por qué no? ¿Acaso usted no hace lo mismo?

— Es verdad, Carmelita — repliqué, — pero...

— Ya comprendo. A usted le gustaría impedir que los demás hombres me mirasen.

— Exactamente — contesté.

Luego nos echamos a reír los dos y así terminó la cuestión, aunque yo no quedé satisfecho.

A los pocos días terminé mis experimentos con el gas venenoso. Lo había perfeccionado tanto, que quedé satisfecho en extremo de él. Sin embargo, aquel día tomé una decisión, algo rara para un hombre joven como yo, pero que respondía a mi temperamento idealista, aunque sea ahora responsable de la existencia de un millón de viudas y de otras tantas muertes. Aquel día resolví tirar por la borda la fortuna que, al parecer, estaba ya en mis manos.

En una palabra, decidí no vender el secreto del gas venenoso ni al gobierno francés ni a otro cualquiera. Me imaginé la horrible matanza de que sería causa y ví a los hombres fuertes y valerosos morir destrozados en la flor de su juventud. Y esto no era yo capaz de consentirlo. Y acabé por comprender que en el mundo hay otras muchas maneras de enriquecerse, sin necesidad de hacerlo a costa de la vida del prójimo.

TOME, pues, la resolución de no ocuparme más en ello. Me alegré de no haber anotado en parte alguna la fórmula del gas asfixiante, pues hasta entonces me había limitado a fijar los detalles en la memoria.

Aquella noche dije a Carmelita que había terminado mis experimentos con el gas y que, a mi juicio, sería altamente eficaz. Ella se entusiasmó tanto ante la oportunidad que se me ofrecía de alcanzar la fortuna y la fama, que no tuve valor de comunicarle lo que había resuelto y aplacé hablar de ello hasta el día siguiente.

Pocos días antes había encontrado al coronel Gaveau y le dije que prácticamente había terminado ya mis experimentos y que, al parecer, había alcanzado el éxito. Lamenté luego haber hablado de esta manera, porque, al día siguiente de haber decidido no ocuparme más en ello, recibí su visita.

Casi inmediatamente me habló del asunto que le interesaba.

— Vengo delegado por las autoridades militares para tratar con usted acerca de la compra de la fór-



*¡Oh Roulette!
¿No sería mejor que me comunicase su secreto?*

mula de su gas venenoso, siempre y cuando resulte satisfactorio, de lo que estoy convencido de antemano. Se tratará, desde luego, de una gran suma...

Y guardó silencio, como esperando mi expresión de gratitud.

— El caso es que todavía no he decidido nada acerca de ello, coronel — le dije, al fin.

Manifestó su asombro, y yo le expliqué las razones que tenía para ello. Me contestó con los argumentos usuales de los militaristas, asegurando que realizaría un acto altamente patriótico y humano cediendo la fórmula al gobierno francés, pues la guerra llegaría a ser tan mortífera, que acabaría por desapa-

(Continúa en la página 73)

PROCESOS El DOBLE ASESINATO

*Aunque no se logró arrancar a los procesados la
pueblo y el resultado desfavorable de las pruebas
hermanos Marina, que expiaron*

Madrid, octubre de 1849

EL día 6 de octubre del año 1849, regresaba a su casa a las once de la noche el conocido sastre madrileño don José de Lafuente, que habitaba en la coronada villa, en el piso 2.º, derecha, de la casa número 56 y 58 de la calle de la Montera.

Habiendo encontrado en el portal a don Carlos Segundo de la Mata — vecino de la misma planta, pero del cuarto de la izquierda — que no tenía llave y esperaba que su criado le abriera, le franqueó la entrada y subieron ambos la escalera. Llegaron al piso en el momento que el sirviente del señor de la Mata se disponía a bajar, por lo que éste y el doméstico, dando las buenas noches, penetraron en su domicilio, dejando al sastre en el umbral del suyo, cuya puerta había sido ya abierta por su criada Clara.

Don Carlos Segundo al poco rato de estar en su habitación oyó voces en el piso de al lado, aunque sin darle al caso gran importancia por creer que se trataba de un altercado familiar. Sin embargo, asomóse al balcón y observó que el vecino del piso principal, don Carlos Buyet, echaba la llave de la puerta a dos serenos que en la misma había. Entraron éstos precipitadamente y, acompañados por varios vecinos, llamaron con insistencia a la vivienda del señor Lafuente, sin obtener respuesta de ninguna clase.

Momentos antes de llegar los serenos — que se encontraban uno en la esquina de la calle de Caballero de Gracia y otro en la de Hortaleza — percibieron, lo mismo que otros vecinos de la Red de San Luis, dos gritos angustiosos, pero perfectamente claros que decían: «¡Que me ahogan!» «¡Ladrones!»

Estas exclamaciones, dado el silencio absoluto que en aquella época reinaba, a la hora indicada, en el lugar en que se desarrollaban los sucesos, motivaron que se conociera con exactitud de dónde partían, comprobándose esta creencia, con los ruidos de golpes y de lucha que escucharon durante algunos minutos los vecinos de la misma casa.

Mientras los serenos antes mencionados, que eran los números 85 y 81, llamados Cipriano Benavente y Ventura Rebordero, pretendían entrar en casa del sastre Lafuente, el guarda de comercio José Bardá penetró por una tienda de ultramarinos de la misma casa al patio de la finca donde daban las ventanas del cuarto del sastre y presenció cómo en una de éstas aparecieron de pronto los brazos y la cabeza de



CLARA MARINA
(según un grabado de la época)

un hombre, colgando del alfeizar, del cual rápidamente se deslizó, cayendo al referido patio, con gran estrépito.

Como pasara el tiempo y nadie contestaba a las llamadas de los serenos, se dió aviso al celador del barrio para que ordenara violentar la puerta, pero antes de que éste tuviera que intervenir, se abrió la misma y apareció la criada del señor Lafuente diciendo con gran tranquilidad:

— Ya se han ido los ladrones.

Al observarse que aquella mujer tenía las manos y la cara manchadas de sangre, se procedió a detenerla.

Al entrar en el recibimiento del piso encontraron a un hombre que dijo ser hermano de la criada y tenía también grandes manchas de sangre en la camisa, en el pantalón y en las manos.

El celador y los serenos procedieron a un registro en aquella casa y en una habitación, situada a la derecha del corredor, se encontró en el suelo, tendido del lado izquierdo, con la cabeza apoyada en el brazo y las rodillas contraídas hacia el vientre, el rostro lívido y la lengua fuera de la boca, un hombre de treinta años, afeitado, de pelo castaño, vestido con un gabán de paño negro, pañuelo negro de seda al cuello, chaleco y pantalón de lana y camisa de hilo. Hechas las convenientes compro-

baciones, resultó ser el inquilino don José de Lafuente, que era ya cadáver.

Encima de un baúl, frente por frente a la puerta de la habitación antes mencionada, había una faja de seda, color carmesí y ya dentro del comedor una botella rota; cerca de ella un gran charco de sangre, cuyo reguero continuaba hasta la ventana de la cocina; junto al cadáver dos navajas inglesas, exactamente iguales, una de ellas toda tinta en sangre y la otra sin mancha de ninguna clase.

En la cocina, apoyada en la entrada del desván, había una escalera de mano de siete peldaños, y al lado de la puerta de escape de la alcoba, una estera enrollada y atada con orillos. Por último, en la sala había tres mantas palencianas extendidas en el suelo para cubrir un par de zapatos. Todas las camas estaban hechas y no se notaba desorden ni fractura en ningún mueble.

Procedióse después a examinar el patio de la finca, que sólo tenía entrada por la tienda de ultramarinos, y se encontró en

S
D
la
pas
on
49

CÉLEBRES

de la calle de la MONTERA

*confesión de su horrible crimen, la acusación del
fueron razones suficientes para condenar a los
en el cadalso su delito*

por **EDUARDO GRANADA**



medio de él, tendido boca abajo, el cadáver de un hombre, como de treinta años de edad, de estatura regular, barba rubia y melenas, descalzo, y cuyo vestido, muy manchado de sangre, era pantalón de paño pardo, chaleco de pana morado con botones dorados, faja de estambre encarnada, camisa de algodón y chaqueta de paño, con botones igualmente dorados.

Se completaron las primeras investigaciones con la afirmación unánime de los vecinos que estaban despiertos a la hora del suceso, de haber oído sólo dos voces y muy tenuemente ladrar al perro del señor Lafuente.

El Juzgado del Distrito del Barquillo, que llegó al lugar de autos a las once y media de la noche, pidió el dictamen de los médicos acerca de las causas de la muerte de aquellos dos hombres. De las conclusiones de autopsia copiamos lo siguiente:

«El cadáver del señor Lafuente tenía contusiones ligeras amoratadas debajo de la rodilla, en el cuello y en la cara; el cerebro con las membranas y sustancias congestionadas; dos equimosis en el espesor de los músculos externo-mastoides; plenitud de sangre en los vasos; inyección en la lengua, todo lo cual hace suponer que ha sucumbido por asfixia o sofocación.

El cadáver del hombre desconocido encontrado en el patio tenía una herida transversal en el cartilago tiroides y el hueso hioides de cinco dedos de longitud, que cortaba la tráquea, la laringe y la faringe y dejaba ver totalmente la entrada del esófago por la parte superior, y otra por contusión con colgajo dilacerado en la región parietal derecha. Ambas heridas se produjeron teniendo el sujeto vida y eran mortales por necesidad.»

SE ordenó por el Juzgado la prisión de la criada del señor Lafuente, llamada Clara Marina, de veintinueve años de edad, soltera, natural de San Juan del Monte, provincia de Burgos; de mediana estatura, color moreno y quebrado, cabeza aplanada, frente espaciosa, sienes y cejas prominentes, ojos rasgados torvos y fijos, pómulos amplios y salientes, nariz roma, boca hundida, barba delgada y expresión del semblante llena de continua ira.

También fué preso Antonio Marina, hermano de la anterior, de la misma naturaleza, de veintitrés años, soltero. Su color



ANTONIO MARINA
(según un grabado de la época)

moreno, sus ojos vivos y su pelo encrespado daban la sensación de una gran tenacidad y energía, resultando mucho más simpático su aspecto que el de su hermana.

En los primeros momentos fué detenido también un vecino de la casa, llamado Antonio Eustaquio Rodríguez, por percibirse manchas sospechosas en el chaleco y americana, pero comprobadas que éstas no eran de sangre, fué puesto en libertad inmediatamente.

Las manifestaciones de Clara Marina ante el juez se concretan a los siguientes extremos importantes:

Que en la noche de autos y próximamente a las once llamó el señor Lafuente a su casa y cuando ella le abrió penetraron al mismo tiempo que él tres hombres enmascarados, sujetando dos de ellos a su amo y apoderándose el tercero de la declarante; ésta le dió varios golpes en la cara, haciéndole arrojar sangre por las narices y, llevándola a su habitación, le tapó la boca con un pañuelo; la ató con una faja y metiéndola entre los colchones intentó ahogarla, pero de súbito la dejó sola, luchando ella por desasirse de las ligaduras, lo que al fin consiguió, yendo entonces en busca de su hermano, al que encontró escondido en la cocina, preso de un gran terror.

Que las manchas de sangre de su cara y manos proceden de la que ella arrojó por la nariz, al ser golpeada por el ladrón, y las que tiene en el filo de la falda, por haberse manchado en el charco que había en la cocina.

Que recuerda que su hermano resbaló y cayó al suelo, manchándose la mano de sangre, limpiándose en la camisa y chaleco, suponiendo que no acudió en su auxilio por haber sentido miedo.

Negó terminantemente haber tenido participación de ninguna clase en el asesinato del señor Lafuente, añadiendo que no tuvo jamás intención de robarle, pero que si éste hubiese sido su propósito, no habría precisado atentar contra su vida, pues estaban siempre a su disposición todas las llaves de la casa y conocía perfectamente dónde guardaba su amo los ahorros.

Dejó entrever la existencia de relaciones íntimas con el sastre y aseguró que su hermano, aunque no era criado de la casa, iba por las noches a acompañarla, con autorización del señor Lafuente, por el motivo de que éste solía retirarse tarde

(Continúa en la página 79)

DELITOS *Tragicómicos*

LA DEFENSA DEL SEXO

Nueva York. — Se ha descubierto el motivo de que George Riley, de treinta y dos años, diera muerte ayer a su esposa, Daisy, de veintitrés, con la que sólo hacía quince días se había casado. Una carta que el homicida había enviado a sus hermanas antes del crimen decía: «Dios me dice que mate a Daisy porque hay demasiadas mujeres en el mundo.» La policía ha comprobado que el marido padecía de un sentimiento de inferioridad porque su mujer había conseguido un empleo en una fábrica de camisas, mientras que a él le era imposible encontrar trabajo.

(Heraldo de Madrid.)

Siempre ha sido un problema que hubiera en el mundo más mujeres que hombres. Ahora, el feminismo ha venido a agravar considerablemente este problema. Pues no se trata ya de que siete mujeres hayan de entablar una lucha épica para disputarse al hombre que les corresponde en el reparto, sino que las siete mujeres se han puesto de acuerdo para jeringar al hombre, quitándole los campeonatos de natación, las actas de diputado y los empleos. El peligro amarillo y el peligro femenino son dos cosas parecidas, con la diferencia de que aquél no lleva trazas de cristalizar y éste está cristalizando a toda prisa, sobre todo en América, donde cada mujer vale por dos. De modo que para cada hombre hay catorce mujeres dispuestas a hacerle la cusca. Sí, amigo Riley, hay demasiadas mujeres en el mundo.



«EL TIEMPO ES ORO»

Por referencias particulares nos enteramos ayer tarde de dos palanquetas que se habían dado en la calle Mayor. La casa «visitada» fué la número 38. Los cacos penetraron al piso segundo durante la ausencia de su inquilino, don Luis Sanz, de Larrea, violentaron la puerta de la habitación, forzaron los armarios y se adueñaron de un reloj de oro, siete sortijas de oro con piedras preciosas, alfileres de oro y brillantes, cubiertos de plata y 90 pesetas en metálico.

También estuvieron los «visitantes» en el piso tercero, aprovechando igualmente la ausencia de su morador, don Fermín Gabardos Royo, sastre.

Violentaron la cerradura de la puerta y registraron los muebles, sin poder el señor Gabardos calcular el valor de lo que le habían sustraído.

(La Voz de Aragón, de Zaragoza)

En la vida moderna todo está dispuesto de modo que un hombre pueda aprovechar bien su tiempo, mediante taxis, taquígrafos, ondas hertzianas, etc.

Los «cacos» estaban algo desamparados en este sentido. Un comisionista puede usar la radio o el taxi para hacer una oferta, y dictar en un segundo a su taquígrafa una carta que se extiende por toda la clientela como una enfermedad contagiosa. Los «cacos» están supeditados a otras leyes de la vida más tiránicas. Han de esperar a que al cliente le pase por las narices marcharse, o a que se le ocurra ir al Banco a sacar dinero, y a una porción de pejugueras que hace inútil para ellos lo de «el tiempo es oro». Pero he aquí que los visitantes de la casa n.º 38 de la calle Mayor han establecido una norma que merece ser estudiada por el gremio, y más ahora que hay casas de doce y catorce pisos, con seis y hasta ocho puertas por rellano.



¡LA COSA ESTA QUE ARDE!

Bilbao. — Anoche, al salir de un taller de cepillos establecido en la calle de San Francisco, una muchacha de dieciocho años llamada Tomasa Torres Cebrán, que tenía resentimientos con algunas de sus compañeras, sacó un frasco lleno de ácido clorhídrico y lo arrojó a la cara de sus compañeras Manuela Martínez, Aurora Setién, ambas de dieciocho años, y María Pérez, de diecisiete, causándoles quemaduras en las manos y el cuello y conjuntivitis en ambos ojos.

El estado de las muchachas no ha merecido el pronóstico grave.

La agresora ha sido detenida y puesta a disposición del Juzgado.

(Heraldo de Madrid.)

Sería injusto condenar a Tomasita sin examinar bien los hechos. Aurora y Mary, por ce o por be, habían conseguido quemarle la sangre a su compañera. O no hay justicia en el mundo, o Tomasita tenía también derecho a quemarles algo a Mary y Aurora: la sangre, las manos o la cara, que todo es quemar. El argumento puede exponerse de otro modo: si a Tomasa la tenían frita sus compañeras, ¿por qué no había de tostar ella a las otras?



UNA ESPIRITUAL

Nueva York. — Dinorah Castillo, natural de España y educada en Cuba, ha presentado una demanda de indemnización contra Henry S. Carrington, joven muy conocido entre la alta sociedad neoyorquina, por incumplimiento de promesa de matrimonio.

La señorita Castillo formaba parte del coro de la popular opereta «Show Boats», que alcanzó un crecido número de representaciones.

La demandante exige a su antiguo novio 250.000 dólares por daños y perjuicios.

(El Sol, de Madrid)

Hace tiempo que todos estamos convencidos de que el corazón es tan susceptible de daños y perjuicios como la cabeza, aunque aquél no se puede tocar y las cabezas están generalmente tocadas. La corista nacional tiene toda la razón del mundo. Muy de lamentar son los chichones en la frente y las hinchazones de la nariz, pero ¿acaso no son mucho más desgarradoras las heridas del corazón? Por eso Dinorah pide doscientos cincuenta mil dólares. Por un pinchazo en un ojo se habría conformado con mil o mil quinientos... Pero esto sólo lo comprenden las personas tan espirituales como Dinorah, las que aman y sienten tanto, las que de tal modo desprecian la materia, que al compararla con el espíritu evalúan un solo efluvio de éste en doscientos cincuenta mil dólares de aquella.



MODOS DE VER LA VIDA

Oviedo. — El alcalde y varios concejales de Las Regueras visitaron al gobernador para informarle de que el vecindario se niega a pagar los arbitrios municipales, originando con esto al Municipio una situación insostenible, puesto que para atender las perentorias necesidades se ha visto obligado a acudir a un préstamo que está devengando intereses. El gobernador prometió intervenir en el asunto.

(El Sol, de Madrid)

Algo semejante ocurrió en Mora de Toledo, y lo comentamos oportunamente. Hemos de insistir en nuestro punto de vista, por bien de los ayuntamientos. Los vecinos de Las Regueras no quieren mejoras ni comodidades. Ellos viven perfectamente sin adoquinado, sin agua corriente y sin alcantarillas. Y si no quieren nada de esto ¿a santo de qué han de pagar los arbitrios municipales? La madre tierra está bien como está con su barro y con sus baches; el agua corriente no tiene objeto en un pueblo donde llueve mucho y los vecinos pueden salir a beber y a lavarse a los balcones; el alcantarillado es inútil cuando las personas están dispuestas a llevar por sí mismas a donde sea lo que las alcantarillas conducirían por debajo del suelo. ¿Acaso en el Paraíso había nada de esto? ¿Y dejaba por ello de ser un paraíso? ¡Qué empeño en no ver las cosas como son!

DON JUSTO

Los TOMADORES del DOS

Aspectos de la Gente del Hampa

por SEGUNDO HOLMES



ES la gente del hampa un sector de la sociedad, interesante y misterioso, en lucha eterna con ella, que vive una existencia extraña, maléfica y llena de sombras, como si fueran seres de otro mundo.

Todos los hampones que componen tan exótico sector viven del merodeo, de la rapiña y del engaño, tratando siempre de hacer presa en su víctima sin compasión, sin sentir la piedad ante el dolor ni comprender la desesperación que siembran a su paso. Tienen el corazón duro como la misma piedra, en el que se embotan los ayes y las lágrimas.

A rasgar esas sombras que envuelven a seres que tantos daños causan a las personas honradas, van encaminados estos trabajos que sucesivamente irán apareciendo en las columnas de GRAN PROYECTOR.

Como proyecciones en el cinematógrafo de la vida, surgirán ante vuestros ojos las figuras reales de esos misteriosos fantasmas, enemigos de la sociedad, descubriéndolos sus usos, sus costumbres, sus artimañas, su lenguaje y, en fin, toda su existencia, hasta ahora envuelta en la noche del misterio, para recreo y aviso de humanos; para que esos enemigos dejen de serlo quedando inermes ante todos nosotros ya que en su desmedido afán de rapiña, en su ansia de lo ajeno, no reparan en los medios empleados, ni calculan el daño que llegan a causar.

La galería que compone la gente del hampa es extensa, curiosa y sumamente pintoresca. El reino de la gallofa está compuesto de infinitos súbditos, mangantes y ladrones, que irán apareciendo aquí tales como son, en toda su cruel dureza. Los carteristas; los tiradores de relojes, los espadistas, los topistas, los descuidados, los ahantavilleros, los nazarenos, los jugadores de ventaja, los falsificadores de moneda y toda esa fatídica fauna criminal que vive del delito

desfilarán por estas columnas en mil facetas y detalles que al mismo tiempo que os encanten por la novedad y el exotismo de sus vidas, os hagan ver de cuerpo entero a esos seres del mundo del delito, para poder librarnos de sus dolorosas exacciones, de sus tristes golpes de mano, una vez conocidos sus variados procedimientos de latrocinio, siempre de fatales consecuencias para las personas honradas.

Comenzaremos hoy presentándoos a los tomadores del dos, cuyas modalidades son los carteristas, los tiradores de relojes y los alfileristas o pinchistas. Las ilustraciones serán en su mayoría apuntes de acreditados dibujantes, las cuales darán más perfecta sensación de cómo trabajan los rateros.

Los tomadores del dos

LOS tomadores del dos, una planta de la delincuencia que se desarrolla principalmente en las grandes poblaciones, son los que hurtan carteras, relojes y alfileres de corbata. Reciben tal denominación porque regularmente suelen trabajar con dos dedos, de donde se deriva también la palabra dosista, aunque, en sus fechorías, emplean cuando les conviene tres y aun todos los dedos de la mano, según sea el objeto que traten de sustraer.

Los tomadores del dos más temibles y que más estragos hacen, son los carteristas, que en la jerga del hampa tienen los nombres de sañeros, sainistas y chinadores, según sustraigan la saña, o la cartera, valiéndose de los dedos, o bien se valgan del chino, un instrumento con el que cortan la americana para que a su peso caiga la cartera en la mano del ladrón.

Los tomadores del dos van algunas veces acompañados del consorte, que recibe también los nombres de contra, tapia y empacador, el cual se hace cargo de los objetos hurtados, des-



He aquí cómo el carterista opera, mientras le tapa la vista al julay por medio de la muleta, que en este caso es el periódico, el que simula estar leyendo.

apareciendo inmediatamente. Para operar con libertad, tapan la vista de la futura víctima — llamada en su jerga *julay* o *barbalote* — por medio de la *muleta*, la cual puede ser el gabán o el pañuelo, el sombrero, un periódico, un paquete o cualquier otro objeto. Esta es la razón por la que debemos desconfiar de cuantos vayan en la plataforma de los tranvías — campo de acción predilecto de los *tomadores* — leyendo periódicos, con la gabardina o el gabán al brazo, o se quiten el sombrero para limpiarse el sudor o lleven en las manos paquetes o bultos.

Los *tomadores del dos* suelen vestir hasta con lujo, habiendo muchos de porte tan distinguido como jóvenes *bien* o ancianos respetables. Estemos, pues, ojo avizor con nuestros compañeros de tranvía, por muy fastuoso que sea su exterior, pues, a veces, según reza el refrán, detrás de la cruz está el diablo.

Los *tomadores* trabajan asimismo con frecuencia en las entradas y salidas de teatros, cines, iglesias, subidas y bajadas de tranvías y, en general, en cualquier parte donde se reúna mucha gente, que ellos llaman *maraña* o *mara*.

Los carteristas

LA primera tarea de los *carteristas* cuando operan en la plataforma de los tranvías es *barbear* al *barbalote*, es decir: explorar disimuladamente con el codo el sitio de la cartera, cuyo bulto exterior recibe el nombre de *bimba*. Cuando ya están seguros de que existe la cartera, *hacen sombra*, como ellos dicen, con la *muleta*, colocada bajo el mentón de la futura víctima, para evitar que se vean sus movimientos.

Con sumo cuidado y cautela, como prestiguidadores consumados, introducen los dedos índice y medio, el *pico*, en el bolsillo interior de la americana, cogen la cartera, tiran de ella y hacen la palanca de canto sobre el borde del bolsillo para abajo y hacia afuera.

Todos estos movimientos han sido tan rápidos y seguros, que la víctima no siente ni nota nada. Cuando el ladrón tiene en su poder la cartera, suele avisar al *tapia* con las palabras: *empacado o servido*. Este último se hace cargo de ella y desaparece *ipso facto*, como alma que lleva el diablo.

Hay algunos *carteristas* tan diestros, que, de espaldas a la víctima, vuelven el brazo sin moverse e introducen los dedos en el bolsillo, procediendo al despojo con la misma seguridad que si trabajaran de frente. Claro está que han de operar cuando haya mucha aglomeración de personas y aun así necesitan una seguridad que casi habría de calificarse de admirable.

Dentro de la variedad de los *carteristas*, como ya dije antes, están los *chinadores*, los cuales, para hurtar la cartera, cortan la americana interiormente, con objeto de que caiga a su peso valiéndose del *chino*, que es un instrumento de unos tres centímetros de extensión en forma de hoz, regularmente de dos filos y con punta tan aguda como la de una navaja. El corte es tan afilado, que basta un ligero esfuerzo para que rasgue la tela sin sentir.

También suelen utilizar para el mismo objeto un cortaplumas afilado, un raspador, un bisturí, una hoja de máquina de afeitar con mango especial, etc. El corte de la americana lo dan por la parte interior para evitar que cualquier persona inmediata a la víctima pueda reparar en ello y dé la voz de alarma antes que el autor tenga tiempo de huir. Por lo regular, cuando aparece el corte exteriormente, puede asegurarse que la subtracción ha sido simulada por el denunciante.

Destripada la cartera, la arrojan a una alcantarilla y los billetes los meten en el *plante*, un tubito de unos ocho centímetros, hecho de cinc, marfil o hueso con la tapa en rosca, que ocultan luego en el ano, para evitar que, al ser detenidos y cacheados, se les puedan intervenir.

La cartera en lenguaje jergal, además del nombre de *saña*, recibe los de *carti*, *jilá*, *música*, *luisa* y *chicharra*, siendo una *saña blanca* la cartera sin valores, y una *saña con tela* la que contiene billetes. Asimismo dicen *servir una saña*, por hurtar una cartera, y *llevar una saña a la buca* o *a la mala*, por llevar la cartera al lado derecho o al izquierdo.

Vivan, pues, prevenidos mis amables lectores vigilando a los pasajeros de los tranvías, teniendo en cuenta lo anteriormente dicho, si bien lo mejor es llevar los billetes en un billeteo en el bolsillo interior del chaleco, dejando la cartera sólo para papeles sin importancia. Con todo, es preciso advertir que contra la pericia de los *tomadores del dos* no hay nada seguro, pues yo conocí a un individuo al que sin darse cuenta le *desbridaron* — como ellos dicen en su argot al acto de desabrochar el chaleco, — despojándole de cuantos billetes llevaba ocultos en el bolsillo interior del mismo. Es tan asombrosa e inaudita la destreza de algunos pícaros, que son capaces de desnudar a un santo, como vulgarmente se dice.

Recuerdo a este propósito que, en cierta ocasión, tuve que intervenir

con motivo de la subtracción de una cartera de que fué despojado, en el tranvía, un caballero elegantemente vestido, el cual notó la falta cuando aun el *carterista* tenía en su poder la cartera. Al revuelo que se produjo en el tranvía, acudí presuroso, pues me encontraba providencialmente cerca de él, y conduje al *carterista* a la comisaría acompañado del caballero, a quien tuve que rogar insistentemente que nos acompañara para formular la correspondiente denuncia, pues quería desistir de ello.

Y mi asombro no tuvo límites, cuando, comprobada la personalidad del caballero robado, resultó ser uno de los más famosos *carteristas* mundiales. ¡Había sido despojado por otro *carterista* más listo que él!

Por eso hay que estar atentos a las maniobras de cuantas personas nos rodean, aunque sean mujeres, pues no faltan ladronas que se dedican a esta especialidad, como os lo podría acreditar citando nombres de famosas *carteristas*, que se hicieron célebres en el mundo del delito.



Al subir o bajar del tranvía, el *carterista* sabe aprovechar la distracción del pasajero — que en este apunte contempla a una muchacha — para quitarle rápidamente la cartera, simulando un involuntario tropiezo.

Tiradores de relojes

LA segunda clase de los *tomadores del dos* son los *tiradores de relojes*, o sean los que los hurtan en los mismos lugares de acción de los *carteristas*, aunque procediendo de la manera a propósito.

Cuando ya han hecho sombra a la víctima, los *tiradores de relojes* cogen con los dedos la cadena, llamada por ellos *briga*, *soga* o *tralla*, y tiran suavemente con movimientos ondulantes, hasta que sale del bolsillo el reloj sin que se note, para lo cual sirve de mucho lo resbaladizo del metal, aunque el chaleco esté muy ajustado. Huelga decir que la operación ha de hacerse con suma habilidad, con esa habilidad característica de los maestros del delito.

Ya extraído el reloj y colocado en la mano de forma que ocupe la palma, cogen la anilla con los dedos pulgar e índice y *dan garrote a la angui*, es decir, oprimen la anilla con fuerza, haciéndola saltar sin ruido, y dejan caer muy suavemente la cadena del reloj, la que ya designan en su jerga con el nombre poco sonoro y limpio de *moco*.

El reloj se le conoce con el nombre de *peluco*, *parlo* o *parlu*. Cuando es de oro, *parlo de sorna* o *de color del caso*; cuando es de plata, *parlo de lama*. El acto de quitarlo es *marcillar un parlo*.

Y ya que hablamos de *tiradores de relojes*, es preciso evitar en los paseos la aglomeración de gente, porque no sólo puede ocurrir que le despojen a uno del reloj, sino que le ocurra lo que a un compañero mío, que estando cierto día oyendo la peroración de un *sacamuelas* en un corro de la vía pública, armóse un alboroto fenomenal al notar un individuo — que estaba a su lado — que le habían hurtado el reloj. Acusó a un golfo, que salió como alma que lleva el diablo y fué alcanzado por mi compañero a poco trecho. Fué registrado el *ratero* sin que se le encontrara la alhaja. Ladrón y víctima fueron conducidos a la comisaría, donde se formuló la correspondiente denuncia. Y cuando ya se daba por perdido el reloj, ¿dónde se imaginarán que apareció? En el bolsillo del policía, donde el ladrón, al verse acusado, estando aún en el corro, lo deslizó diestramente por no haber tenido tiempo de entregárselo a su compadre.

Este recurso suelen emplearlo mucho los ladrones para eludir responsabilidades; y así se comprende que algunas personas se hayan encontrado alguna vez, en el bolsillo del gabán o de la americana, una cartera, un reloj u otra alhaja por el estilo, sin saber por dónde les vino.

También es digna de conocerse la aventura que le ocurrió en un teatro a cierto campesino que llegó a la capital a hacer compras.

Durante la representación teatral, observó que el espectador que tenía al lado le había tocado uno de los bolsillos del chaleco. Llevóse la mano a tal sitio y se encontró sin el reloj. Por no dar un escándalo durante la función y en la seguridad de

que aquél era el ladrón, le dijo al oído que si inmediatamente no le devolvía el reloj reclamaría el auxilio de un guardia.

El ladrón, al verse descubierto, le confesó lastimeramente que la necesidad le había llevado a cometer el hurto y que le perdonara; pero con el fin de evitar que alguien le sorprendiera, por si anteriormente le había visto sustraer el reloj, le rogaba que él mismo se lo sacara de su bolsillo. Accedió el paleta, y cuando éste tenía ya la mano en el bolsillo del ladrón, el pícaro le sujetó fuertemente y a grandes voces comenzó a pedir auxilio. Todos los circunstantes vieron la actitud de aquellos dos

hombres, y mientras se acercaba un guardia que fué reclamado, el pobre pueblerino sufrió insultos a granel y hasta recibió algunos puñetazos de los que le rodeaban, sin darse cuenta de que el ladrón aprovechaba el revuelo para desaparecer con la alhaja. Al ser conducido a la Comisaría el pobre despojado, le costó lo indecible hacerse creer por la autoridad.

Hay que andarse, pues, con pies de plomo, porque la inventiva de los ladrones es extraordinaria.

Los alfileristas

LA tercera clase de *tomadores del dos* son los *alfileristas* o *pinchistas*, o sean los que se dedican a la sustracción de los alfileres de corbata, que ellos conocen con los nombres de *pincho* y *pinto*.

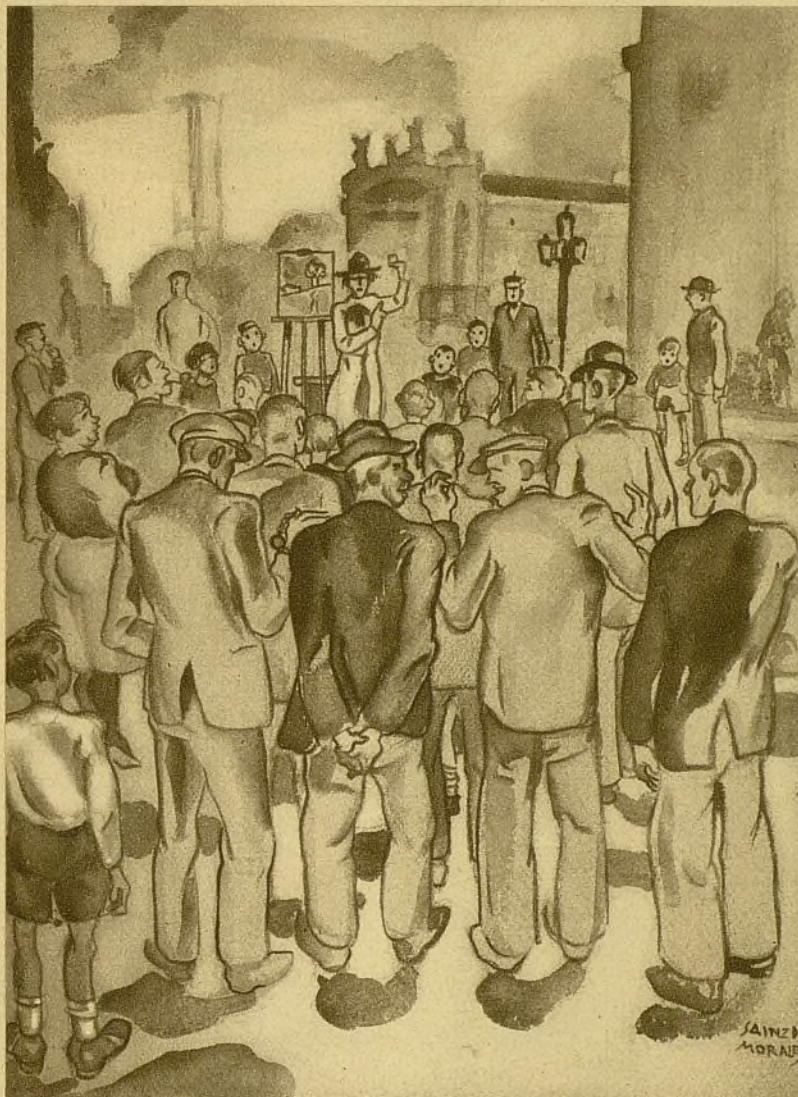
Los puntos estratégicos de los *pinchistas* son los mismos que escogen los *carteristas* y *tiradores de relojes*, teniendo también, como aquéllos, predilección por las plataformas del tranvía, en las que se colocan siempre junto a la entrada, aguardando pacientes a que el vehículo se llene de pasajeros, contra los cuales chocan al menor movimiento brusco del tranvía, arrebatando rápidos en tal momento el alfiler de la víctima, ya de antemano elegida. También suelen fingir que pierden el equilibrio al ir a bajar, buscando al punto de apoyo sobre el que van a despojar, al cual

se abrazan, colocando la mano en su cuello y llevándose el alfiler al retirarla; piden perdón muy atentos y desaparecen con el fruto de su rapiña.

Otras veces, con el pañuelo de bolsillo hacen como que se limpian el sudor, extienden el brazo negligentes y, con rapidez suma, se llevan entre sus pliegues el alfiler, mientras con el otro brazo hacen sombra al sujeto, es decir, le tapan la vista. En muchos de estos casos el *consorte* les ayuda dando un golpe en el hombro a la víctima para que ésta vuelva la cabeza, instante que aprovechan los *tomadores* para realizar su trabajo.

También operan en las entradas y salidas de las iglesias, sirviendo el sombrero de *muleta*. Lo colocan ante los ojos de la víctima y amagan sobre ellos un golpe como distraídos, lo cual le obliga a cerrarlos y levantar el brazo para contener el sombrero; y este es precisamente el momento propicio en que el ladrón realiza el despojo del alfiler.

Para evitar el hurto del alfiler, aparte de una vigilancia extrema con cuantos sujetos nos rodean, es conveniente que



Los grupos de curiosos que se forman alrededor de los *sacamuelas* es un campo de acción muy frecuentado por los *rateros*. Véase en este apunte cómo trabaja un *tirador de relojes* mientras el *tapia* distrae al *barbalote*.

lleve en la punta una tuerca o un ojal como el de una aguja, en el que va enroscado o atravesado interiormente un pequeño alfiler, que impide que salga la alhaja al dar el tirón. Este pequeño aparato de seguridad recibe el nombre de *gato*.

Tales son las tres modalidades del *tomador del dos*, tipo de la delincuencia que tanto abunda en las grandes poblaciones y al que debemos considerar como un verdadero enemigo.

La acción de la policía contra los tomadores del dos

LOS *tomadores del dos* suelen abandonar en algunas épocas del año el punto en que habitualmente viven. Corretean entonces por las distintas regiones de España, ejerciendo sus punibles artes en fiestas, ferias y demás solemnidades públicas. También pasan la frontera, internándose en otras naciones europeas, pues muchos de ellos hablan idiomas con gran perfección. La nación preferida por los amigos de lo ajeno es Holanda, a causa

de lo benigno de sus leyes. Francia, en cambio, es el punto en que más se castiga a los ladrones, por lo que éstos apenas si la visitan. Cuando uno de ellos ingresa en las prisiones francesas, ha de ganarse con su trabajo el alimento, que por lo regular es poco y malo. De sus primeras ganancias, según manifestación de un *carterista*, se les descuenta el importe de la caja de muerto, en previsión de que fallezcan durante su estancia en la cárcel. Así como en España existen los arrestos gubernativos para los rateros conocidos, en Francia sólo se les castiga cuando delinquen, siendo penada la tentativa duramente, y la reincidencia con algunos años de presidio.

En España, la policía persigue con tesón a los que hacen medio de vida del latrocinio. Los puntos más vigilados son las líneas de tranvías, especialmente las que van a los barrios extremos, en los cuales, debido a la duración de los trayectos, pueden maniobrar descasadamente. Claro está que con frecuencia son sorprendidos por los agentes de la autoridad mientras trabajan, y acaban con sus huesos en la cárcel para cumplir una *quincena*, si no han consumado ningún hurto de momento, o, en caso contrario, son puestos a disposición del juez de guardia, que también los manda a la cárcel, como autores de una sustracción.

Para terminar, voy a relatar dos hechos rigurosamente auténticos acaecidos uno en Madrid y otro en Barcelona.

Montóse cierto día un agente de vigilancia en un tranvía encomendado a su custodia, cuando observó a un sujeto que,

colocado junto a la puerta del interior del vehículo, impedía la entrada y salida de los pasajeros. Aunque no era conocido como profesional del hampa, le fué sospechoso al momento, pues llevaba el consabido periódico que sirve de *muleta* a los *tomadores del dos*, según queda explicado.

En la primera parada del tranvía subieron algunas personas, quedando en la plataforma un elegante señor, que lucía un soberbio alfiler de corbata. Ciego y deslumbrado por la joya, fué el individuo sospechoso a él y arrebatósela con asombrosa rapidez y maestría. Pero cuando retiraba el alfiler de la corbata del poseedor, el policía, que había seguido todos los movimientos del ladrón, le echó mano a la muñeca y le hizo mostrar la joya ante los ojos de la víctima, quien, reconociéndola, le agarró súbito las dos manos, exclamando:

— ¡Mi alfiler!

Fué una escena con ribetes cómicos a fuerza de realista.

En el otro caso la víctima fué un extranjero, que son generalmente las personas más castigadas por los *tomadores del dos*, debido a que desconocen la práctica de nuestros *hampones*. Cierta consumado *carterista* vió, en uno de los tranvías en que trabajaba constantemente, a un extranjero a quien se propuso hacer víctima de sus malas artes. Y, al efecto, le sustrajo, sin que el otro lo advirtiera, una libreta llena de papeles y documentos. De espaldas a la víctima, la abrió cínico el ladrón y, al darse cuenta de que no contenía los billetes que imaginaba, se la guardó despedido en el bolsillo. Volviendo a atacar al extranjero, le sustrajo prontamente la cartera que con frialdad examinó, como había hecho con la libreta, y vió que sólo contenía un billete de cien pesetas. Se guardó contrariado la cartera y le sustrajo de nuevo el reloj y la cadena, sin que tampoco lo advirtiera el expoliado, y por último, no satisfecho de sus fechorías, le arrebató un portamonedas del bolsillo de atrás del pantalón, que era donde estaba el dinero que con tanto afán buscaba.

Desgraciadamente para el tomador, subió en aquellos instantes al tranvía un agente de vigilancia, que ya le conocía, y le detuvo *ipso facto*, siendo de notar el asombro del extranjero cuando, advertido por el policía, se encontró sin libreta, sin cartera, sin reloj y sin monedero. Seguramente aun no habrá salido de su estupefacción ante la hazaña de aquel consumado *tomador del dos*, uno de los más célebres del hampa española.



El plante en que los carteristas ocultan los billetes robados.



En el tranvía, en el metro, en el autobús, sobre todo cuando van llenos, los alfileristas operan a sus anchas, con sólo ponerse frente a la víctima tapándole la vista con la muleta y alargando la mano bajo el periódico para recoger el botín.

El próximo artículo se titulará "Los Descuidados"



CHESTER MORRIS
en THE BIG HOUSE
de la «Metro-Goldwyn-Mayer»





PURNELL B. PRATT
en RONDA NOCTURNA
de «Artistas Asociados»



FRED KOHLER
en CARAS OLVIDADAS
de la «Paramount»

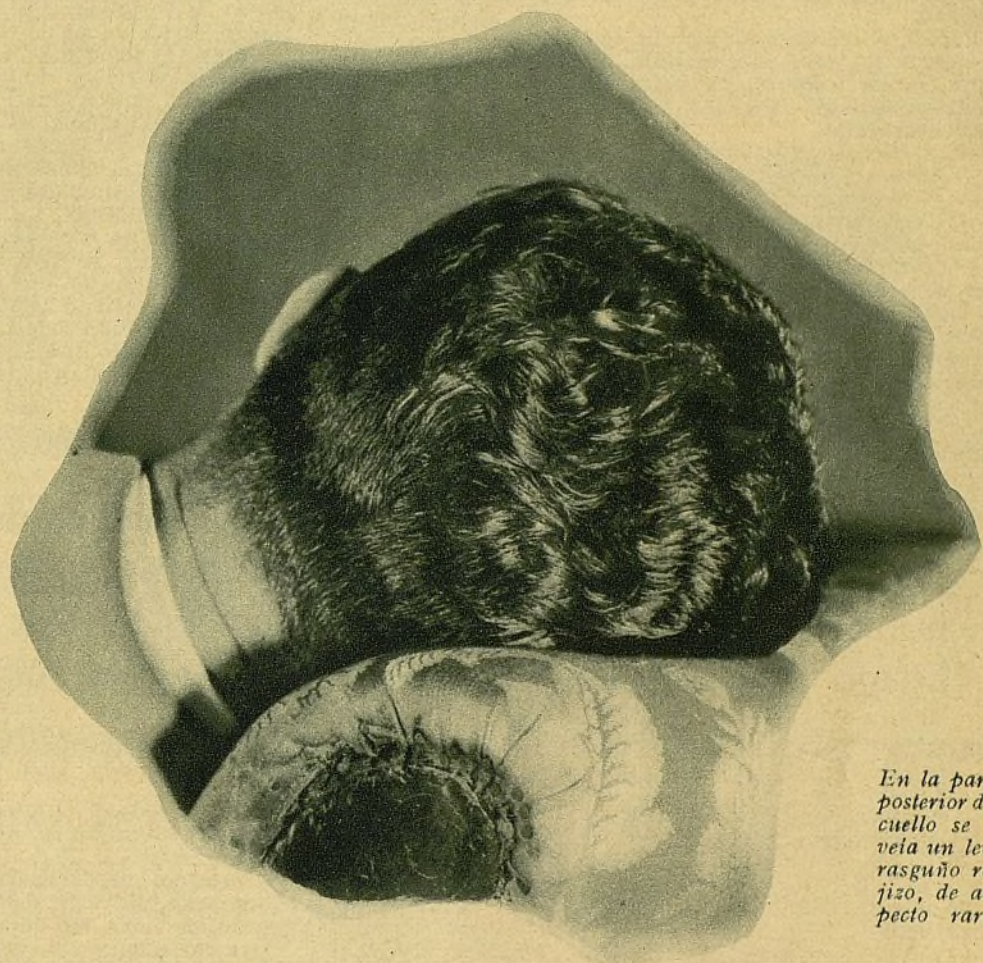


PAUL PORCASI
en BROADWAY
de la «Universal»

MUERTO en la IGLESIA

La muerte de Federico Coombes es uno de los casos más desconcertantes que se registran en los anales judiciales. No hubo en este caso suicidio, ni accidente, ni muerte natural, ni la leve línea roja que presentaba el cadáver en el cuello era causa suficiente para asegurar que se trataba de un asesinato.

por el Detective
PAUL LACROIX



En la parte posterior del cuello se le veía un leve rasguño rojizo, de aspecto raro.

La muerte de Federico Coombes en la iglesia de Little Stone durante los oficios religiosos de la mañana de un domingo, es uno de los casos más desconcertantes y extraños en que me ha tocado intervenir. Fue estrangulado, según se dijo, mientras estaba rezando, con el cuerpo inclinado hacia adelante...

La iglesia de Little Stone, como otras muchas de las comarcas rurales de la provincia de Ontario, en el Canadá, está situada en una carretera poco frecuentada. En ellas abundan los clérigos humildes, sencillos y abnegados, como el Reverendo Felipe Entisttel que aquel día predicaba.

Cuando llegué a la iglesia, hacía ya unas dos horas que había muerto Coombes. El comisario del distrito, impresionado por las circunstancias del crimen, telefoneó a la Dirección de Policía, donde me designaron a mí para dilucidar el caso.

Nadie se atrevió a tocar el cuerpo mientras el juez, que vivía a unos kilómetros de allí, no lo ordenase. Desde el principio vi que se trataba de un caso extraordinariamente difícil, pues a juzgar por los indicios que se ofrecían a la vista, Coombes había sido asesinado de manera insólita. No obstante, parecíame increíble que hubiera podido cometerse el crimen en la iglesia sin que a la numerosa concurrencia le llamara la atención.

El cadáver, inclinado hacia adelante en actitud de orar, estaba sentado en el último banco de la iglesia, con los codos sobre el respaldo del banco de delante, y la frente sobre los brazos. Parte de la lengua le sobresalía de entre los dientes apretados. Los ojos los tenía hinchados. En la parte posterior del cuello — casi en el cogote — se le veía un leve rasguño rojizo, de aspecto raro...

Al mirarle el rostro vi que expresaba el espanto característico de toda muerte violenta. Di una ojeada rápida al banco. Los únicos objetos que allí había eran el sombrero, los guantes y el bastón del difunto.

A la sazón me acompañaban el comisario del distrito, el Reverendo Entisttel y dos diáconos, que a mis deseos de más amplios detalles contestaron con la siguiente narración: La función religiosa, como de costumbre, empezó a las once, ocupando los feligreses las dos terceras partes de los asientos disponibles. Como no hay coro en la pequeña iglesia de Little Stone, los coristas — poco más de una docena — estaban sentados en los dos bancos delanteros.

Los fieles, dejados sus autos o sus carruajes detrás de la iglesia, entraban por una puerta lateral, yendo generalmente a ocupar los bancos más próximos al púlpito, pues el Reverendo Entisttel no tenía mucha voz. Así es que apenas se utilizaba la puerta principal, o delantera, de la iglesia.

Federico Coombes había ocupado uno de los últimos bancos durante la primera parte de la función religiosa. El Reverendo Entisttel era el que podía verle mejor, tanto por estar de cara a la concurrencia como por hallarse en un plano más elevado.

— Observé que cantaba muy fervorosamente — me dijo el buen párroco.

— Y luego... ¿qué? — interrogué.

— No sé decirle... Pero durante mi plegaria, que por lo regular dura cinco o seis minutos, me pareció oír como un grito ahogado o reprimido.

— Y ese grito ahogado que le pareció a usted oír... ¿partía de los últimos bancos?

— De fijo no lo sé, pero creo que sí. Al principio, pensé que era un niño, mas desde ese descubrimiento horrible, cabe la duda — dijo el señor Entisttel.

— ¿Vió usted a algún niño?

— No levanté los ojos durante mi oración.

— ¿Y luego, señor Entisttel?

— Cuando la acabé, al mirar, instintivamente, hacia el fondo de la iglesia, me pareció que el señor Coombes se había marchado, o, por lo menos, yo ya no le veía. Al poco rato, Farrell, el sacristán, me comunicó el espantoso hallazgo que había hecho mientras la gente se retiraba...

Hay que tener presente que los respaldos de los bancos de la iglesia son muy altos. De ahí que el Reverendo Entisttel se figurara que Coombes había salido de la iglesia durante el acto religioso.

Farrell, el sacristán, declaró lo siguiente:

— Al ir a cerrar, ya terminada la función, la puerta de delante y una ventana que había permanecido abierta, miré casualmente hacia este lado de la iglesia y vi el cadáver tal como está ahora.

— ¿Se recogieron las ofrendas antes o después de la plegaria?

— Antes — me contestó el señor Entisttel.

— ¿Y a la sazón se encontraba bien el señor Coombes?

— Usted pasó por su banco ¿no?, señor Smither... — inquirió el señor Entisttel de un hombre de alta estatura y tez cetrina.

— Sí, señor — contestó. — Como sabrá usted, el señor Coombes era entre nosotros casi un forastero... Cuando le presenté la bandeja, sonriente, dejó caer en ella una moneda de cincuenta centavos. Le pregunté en voz baja si no le agradaría sentarse más cerca del púlpito para oír mejor el sermón, y me respondió cortésmente:

Desde la puerta de la cocina, entre la confusión de voces oí varias suposiciones sobre la forma en que pudiera haberse cometido el crimen. Pero aquellas buenas mujeres ignoraban por completo las circunstancias del suceso, y de su conversación sólo pude deducir que el señor Coombes era muy respetado por todos.

POR la tarde averigüé bastantes datos acerca del asesinado y de su mujer. Su actual residencia había sido antiguamente granja de un tal Gaspar Neroton, fallecido mucho tiempo atrás. Al adquirirla Coombes la mejoró extraordinariamente, abriendo puertas y ventanas, renovando tabiques, instalando calefacción, hasta convertirla en una vivienda cómoda.

Muchos se extrañaban de que él y su joven esposa, criados en ciudades de gustos refinados y acostumbrados a viajar constantemente, hubieran venido a vivir a un lugar que les debía de parecer un destierro, sobre todo no teniendo hijos que pudieran distraerles.

Los Coombes eran sociables, aunque no acostumbraban recibir, ni hacer, muchas visitas. Los obreros que habían reparado la casa decían que estaba atiborrada de libros. El señor Coombes, al parecer, era novelista.

Varias personas habían visto a Coombes dirigirse aquel día a la iglesia; pero nadie había visto a la esposa durante toda la mañana. Alguien oyó decir que Riley Smith la había visto

JUNTO a unas matas del camino las huellas del zapato de mujer eran más espesas, como si la persona a quien pertenecían se hubiese parado un momento, mirando tal vez a su alrededor... Luego desaparecían por completo entre las matas.

— Gracias, estoy muy bien aquí.

— ¿Estaba casado el señor Coombes?

— Sí, señor.

— ¿Vino hoy aquí su esposa?

El señor Entisttel y los demás se miraron... Luego contestó el primero:

— No lo sabemos de cierto, aunque siempre solía venir con su marido.

En estas llegó el juez, doctor Mallon, e hizo un examen minucioso. Era un médico de pueblo de la antigua escuela, inteligente, con mucha clientela.

— ¿Qué le parece a usted, doctor? — le pregunté por fin. Movió la cabeza con gravedad, como dando a entender que no se explicaba el caso.

— Ciertamente que ha habido una agresión — respondió, — pero no puedo por ahora diagnosticar la causa del fallecimiento.

— ¿Cree usted que se trata de estrangulación? — interrogué yo.

— Quizá... Al principio inclinábame a creer que sí, pero vea usted — dijo colocando el dedo índice sobre la tráquea. — Aquí no se advierte señal alguna de compresión, prueba de que hay que descartar esa hipótesis.

El doctor Mallon inclinó hacia atrás la cabeza del cadáver, y al dejar al descubierto la garganta, todos pudimos ver que el rasguño cercano al cogote era poco extenso.

— La tráquea se ha de comprimir fuertemente — explicó el doctor — para causar la muerte por estrangulación. Repito, sin embargo, que no me explico cuál haya podido ser la causa de la muerte. La autopsia, tal vez, nos dará alguna luz.

Y empezó el procedimiento rutinario señalado por la ley. El cuerpo fue trasladado a otro lugar; se aplazó el caso y se citaron los testigos.

POR mi parte, resolví hablar con la señora Coombes, a cuyo domicilio, distante de la iglesia poco menos de un kilómetro, me encaminé en seguida. En la casa, llena de granjeras vecinas, había un pánico espantoso. Dijéronme que la señora Coombes estaba postradísima y que su médico, que acababa de darle un calmante a base de opio, había prohibido que la molestasen...

salir corriendo de la iglesia a eso de las doce, pero este detalle fue pura invención de Riley, un jovenzuelo de diecisiete años, medio idiota...

Tampoco aquella noche pude ver a la señora Coombes. Su postración nerviosa, debida, según diagnóstico del médico, al susto, no había aún desaparecido. Pasé la noche en casa de un granjero acomodado, donde pude allegar más noticias sobre los Coombes. Estos, a pesar de su reserva, se mostraban generosos en cuantas peticiones se les hacía para fines benéficos o culturales. También supe que en tiempo de crisis industrial, pasaban con frecuencia por el pueblo transeúntes sin recursos, y uno de ellos, hacía pocos días, se insolentó con el señor Coombes hasta el extremo de tener éste que echarle a la calle a la fuerza.

— Podría haber sido ése... ¡Quién sabe! — apuntó mi anfitrión,

— ¡Quién sabe!... — subrayé a mi vez y me fui a acostar.

AL día siguiente, poco después de amanecer, me encaminé de nuevo a la iglesia. Desde los peldaños de la entrada miré hacia donde se encontraba la vivienda de los Coombes.

El rocío de la noche había humedecido la carretera, siendo esta la causa de que todos los rastros se distinguiesen más claramente. Delante mismo de la iglesia dibujábanse, intrincadas y confusas, numerosas pisadas, prueba evidente de que eran muchas las personas que habían ido allí a curiosarse el día antes, al tener noticia del misterioso crimen. Y entre aquel mosaico de huellas resaltaba la de un tacón alto de mujer, perteneciente a un calzado de moda, muy distinta de las impresas por los zapatos toscos de los campesinos.

A uno o dos metros de distancia se notaba con más claridad la traza de un pie pequeño y elegante, que luego, en el camino para peatones, junto a la carretera, volvía a aparecer. Las huellas eran profundas, si bien algo borrosas, como si el que las iba dejando hubiese resbalado unos centímetros a cada paso. Es más, en algunos sitios veíase la huella perfecta de todo el zapato.

El camino conducía a la vivienda de los Coombes. Cuanto más se acercaban a ésta, las huellas aparecían más claras, lo cual indicaba que por allí tenía menos prisa la persona que

las dejaba. Junto a unas matas las huellas eran más espesas, como si la persona a quien pertenecían se hubiese parado un momento, mirando tal vez a su alrededor... Luego desaparecían por completo entre las matas.

No sé por qué me llamaron la atención aquellas matas. Allí debía de haber ocurrido algo. Tal vez la persona de las huellas había subido a un coche allí estacionado o bien, para disimular su rastro, había echado a andar muy despacio sobre el césped entre la carretera y el camino, hipótesis por otra parte poco probable por no observarse en la hierba señal alguna de pisadas.

A menos de medio kilómetro de donde desaparecían las huellas estaba la casa de los Coombes. Llegué hasta cerca de ella, por el sendero lateral, esperando encontrar allí la clave que buscaba. Pero, al no ver nada que aportase más luz, tuve que darme por vencido. Vuelto a la iglesia, el sacristán me entregó la llave de la puerta principal. Un detenido examen del vestíbulo, junto al portal, hizo descubrir dos o tres señales muy leves de aquellos mismos tacones.

Como la iglesia había sido cerrada después del traslado del cadáver, ninguno de los que, movidos por la curiosidad, husmeaban en las cercanías, había podido pasar de los peldaños de la entrada. Busqué en vano, dentro del edificio, nuevas señales de las mismas pisadas. No obstante, con la ayuda de una lente de aumento, descubrí por último, sobre el suelo pintado, las huellas casi imperceptibles de la parte delantera de un zapato de mujer, lo cual hacía suponer que la persona a quien pertenecían anduvo por allí de puntillas. Estas huellas iban desde cerca de la entrada hasta detrás de un banco, precisamente el mismo en que se encontró a Coombes.

El Reverendo Entisttel dijo — como se recordará — que estaba orando cuando creyó oír aquel grito ahogado.

¿Quién podía ser — me preguntaba yo — ese asesino subrepticio, que, penetrando en el santuario mientras todos rezaban fervorosamente, había llevado a cabo, con instintos de fiera, su crimen sacrilego?

Resolví ver sin tardanza a la señora Coombes. Urgía poner todos los medios para averiguar quién había sido el criminal.

Al recorrer nuevamente el camino de la iglesia a la vivienda de los Coombes, aquellas huellas de tacones parecía que me hacían mofa... Detúveme otra vez cerca de las matas, confirmándome más y más en que allí debió de haber ocurrido un cambio repentino en los movimientos de la fugitiva.

Al cabo de diez minutos de un nuevo examen minucioso del terreno, encontré, junto a un montón de hierbas, una daga de forma singular. Pero, recogida cuidadosamente con mi pañuelo de bolsillo, resultó que era un pequeño abanico de mujer de seda primorosamente pintado, mas, cerrado, parecía un estilete o daga florentina, con cinceladuras maravillosas.

El abanico, sin duda, era obra de algún artista levantino obscuro, pero genial. Los bordes del mismo, esmeradamente trabajados, encajaban tan bien entre sí, que aquel objeto no sólo parecía un estilete, sino que casi podía producir los efectos de tal. Al pasar el dedo a lo largo del filo, pensé instintivamente en la extraña señal roja que tenía cerca del cogote Federico Coombes...

Envuelto el abanico en mi pañuelo, me lo metí en el bolsillo. Enferma o no, era preciso que la señora Coombes me concediera una entrevista, para hacerle dos o tres preguntas. Pero cuando llegué a la casa, una mujer alta y fornida, de aspecto repulsivo, me cerró el paso resueltamente, impidiéndome la entrada.

Recurrí al juez y al fiscal, pero ni uno ni otro accedió a mi demanda. Nada podía adelantarse — dijeronme — interrugiéndola en aquel momento; valía más aguardar las investigaciones oficiales. Y no tuve más remedio que aguardar.

El caso, entre tanto, era la comidilla de todo el vecindario. Sus extrañas circunstancias habían despertado el interés de toda la región. Los periodistas, venidos de muchas partes, me asediaban para que les concediera una «entrevista», pero me guardé bien de revelar a nadie los pocos datos que había averiguado. El juez, no obstante, les autorizó fotografiar la misteriosa señal roja del cuello, presunta causa de la muerte.

El primer interrogatorio se hizo en las Casas Consistoriales de Suttbery, pueblo situado a poco más de tres kilómetros del lugar del crimen. Aunque espacioso, el local estaba atesta-

dísimo de gente. La señora Coombes, sentada entre una amiga íntima y el médico que la atendía, era uno de los testigos.

Escuché atentamente los testimonios, pero nada nuevo aportaron. Al fin el doctor Tracy, patólogo notable que había practicado la autopsia, dió su dictamen acerca de la misma.

— Señores — dijo, dirigiéndose al juez y al jurado, — éste es un caso tan especial que me desconcierta por completo. Lo único que puedo afirmar es que la muerte se debió a una conmoción violenta.

El doctor Tracy consultó su informe.

— La única señal de lesión que he podido hallar es un rasguño bastante superficial de seis centímetros de largo, en la parte posterior del cuello. Ni siquiera hay desgarró de la piel.



Sólo le acompañé hasta la puerta para darle el sombrero y el bastón.

Y, sin embargo, debajo de él hay muestras evidentes de una lesión considerable que se extiende hasta el espinazo. Luego...

— Un momento, doctor Tracy — interrumpió el juez. — ¿Dice usted que ese rasguño era sólo superficial?

— Sí, señor.

— ¿Y no obstante se ha hallado por debajo una lesión importante que llega al espinazo?

— Eso es.

— ¿Qué carácter tenía esa lesión, doctor? — preguntó, incrédulo, el juez.

El facultativo, tras una pausa, contestó:

— Los músculos del cuello estaban magullados... También observé lesiones en la carótida y en la médula espinal.

— ¿En qué consistían esas lesiones?

El rostro del doctor Tracy tomó una expresión de gravedad.

(Continúa en la página 81)

EL SECRETO DE BLAKELOCK

Escudado en su título profesional, un médico se libra sucesivamente, por medios insospechados, de sus esposas — siempre jóvenes y ricas — con el fin de acrecentar sus riquezas

por CARYL E. DUMONT

LLEGUE aquella noche a casa bastante tarde, pues un endiablado asunto de la Trade Esing, alta entidad bursátil de Los Angeles, me había entretenido en la Jefatura más de lo corriente.

Sin embargo, a pesar de la hora, el criado me hizo saber que una visita aguardaba desde las seis en mi despacho.

— ¿Quién es? — pregunté al doméstico.

— Una señora. Este es su nombre.

Leí «Gladys Alhen» y una dirección de la calle Treinta y Dos.

No la conocía. Pasé al despacho.

La visitante, una señora de unos cuarenta y cinco años, salió a mi encuentro, tendiéndome la mano con cierta emoción.

— He tenido el gusto de leer su nombre — le dije. — Tenga la bondad de sentarse. ¿En qué puedo serle útil?

Mistress Gladys, antes de contestar, tosió ligeramente, como para expulsar de su garganta la presión que debía de sentir; luego me dijo:

— No vengo a hacerle ninguna denuncia concreta, señor. El caso de que voy a informarle se limita a simples sospechas por mi parte, pero es tal la instintiva certidumbre que tengo acerca de la desgracia que nos amenaza, que no podría vivir sin haber dado este paso.

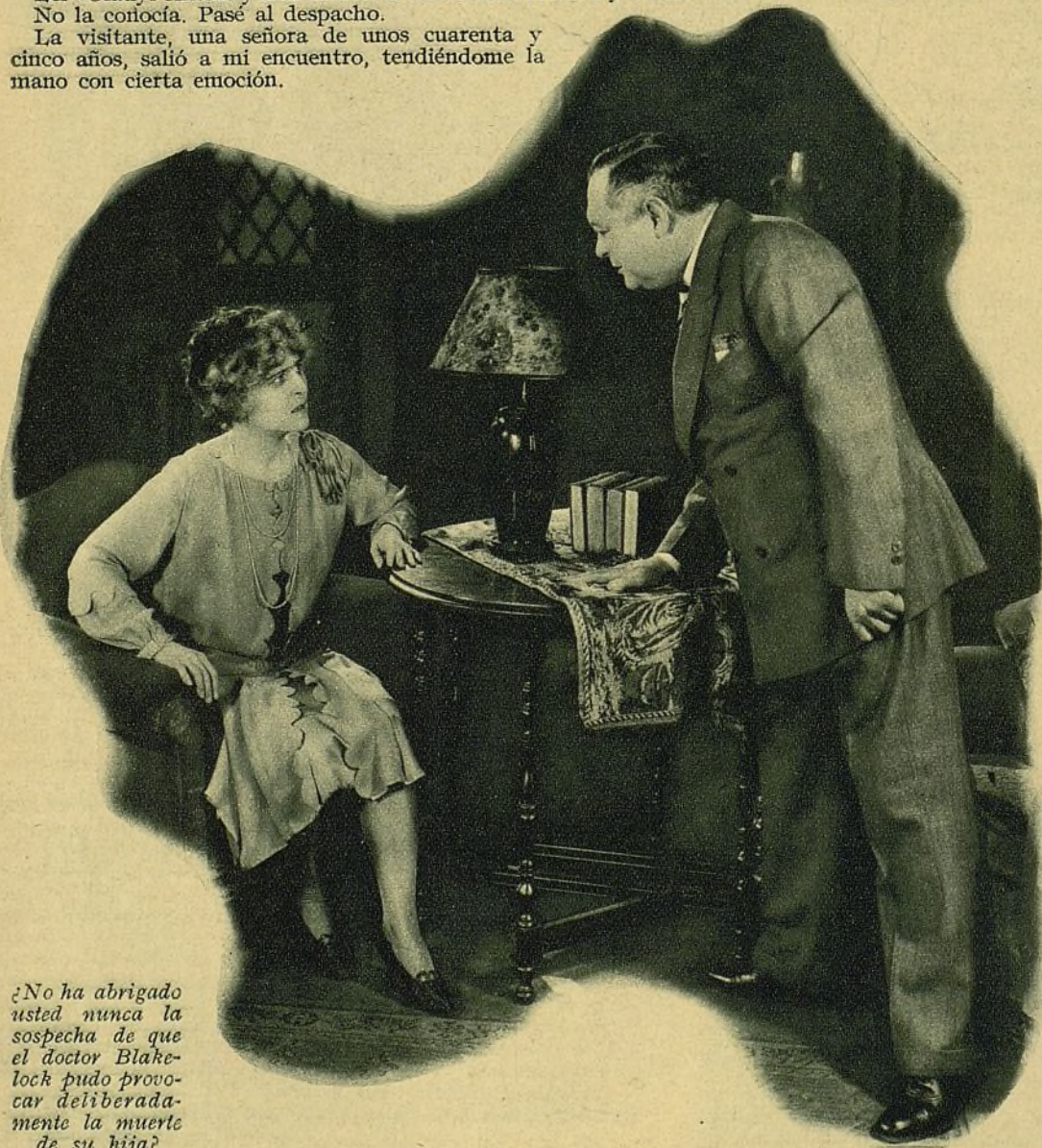
— Explíquese usted con entera claridad.

— Verá usted, señor. Tengo una hija casada con un médico, el doctor Blake-lock, que habita en mi propio domicilio. El doctor Blakelock, profesor del Instituto homeopático «Samuel Hahnemann», era viudo por dos veces cuando se casó con mi hija. No hay detalles determinadamente sospechosos acerca del fallecimiento de sus dos esposas anteriores, pero, en mi concepto — no sé si porque ya estoy influida por mis recelos — tampoco ocurrieron de una manera enteramente clara.

— ¿En qué se funda usted?

— No sé..., no podría decirselo. Las dos esposas del doctor Blakelock eran dos señoritas jóvenes y, al parecer, de excelente salud, cuando se casaron con él. Inesperadamente, la primera de ellas enfermó a los tres meses de la boda y dos después fallecía. Casado al año con su segunda mujer, seis meses después quedaba nuevamente viudo. Con mi hija hace ocho meses que se se ha casado. Mi hija gozaba de perfecta salud, si se exceptúa una pequeña afección propia del sexo, aunque sin importancia, que padece desde su adolescencia. Al mes de casada, esta enfermedad se le había recrudecido notablemente, y hoy, ocho meses después del matrimonio, su estado es de tal gravedad, que me aflige la sospecha de que sobrevenga un desenlace irreparable.

¿No ha abrigado usted nunca la sospecha de que el doctor Blake-lock pudo provocar deliberadamente la muerte de su hija?



Vi que entraba el doctor con un vaso en la mano y se inclinaba hacia su esposa para dárselo.



— ¿Cómo trata el doctor Blakelock a su hija?
— Inmejorablemente, señor. Sus atenciones son tan extremadas que, frecuentemente, tengo que intervenir para impedir que ella coma las mil golosinas con que él la obsequia. Últimamente ordené a la doncella que retire todas las chucherías que encuentre en su alcoba.

— ¿Entonces sus sospechas?...
— No sé... Ya le digo que no podría concretarle nada. Tal vez al margen de esta conducta irreprochable del doctor Blakelock haya yo entrevisto gestos, actitudes, maniobras que no están de acuerdo para establecer mi tranquilidad. En general, mis sospechas se reducen a un desasosiego instintivo en el que, no sé por qué, entreveo algo irregular y alarmante. Esto es todo, señor.

Guardó silencio mi visitante y yo dediqué unos instantes a reflexionar sobre el oscuro caso. Estos instantes me bastaron para comprender que de todo cuanto me había dicho no podía sacarse nada en claro. Sospechas instintivas, desasosiego inexplicable... Total, nada. Un caso de histerismo que, más bien que mis servicios, parecía reclamar los de un hábil psicópata en obsequio a mistress Gladys Allen.

No obstante, como el largo ejercicio de mi carrera me ha conducido muchas veces a descubrir misterios en donde todo parecía estar absolutamente claro, prometí a la señora encargarme del asunto y, para comenzar las únicas investigaciones viables, pedí que me facilitara la dirección de las dos familias a que pertenecían las esposas anteriores del doctor Blakelock.

El día siguiente me personé en el domicilio de la señora viuda de Humberto Withe, madre de la primera mujer del

médico que, según los informes de mistress Gladys, había fallecido a los cinco meses de su matrimonio con el doctor.

La señora Withe era una mujer de mediana edad, el pelo entrecano y el rostro surcado por débiles arrugas prematuras.

Me recibió amablemente en una salita íntima, donde la pobre señora se pasaba las horas leyendo, y le expuse mi pretensión de conocer algunos detalles relacionados con el matrimonio de su hija.

Se extrañó, naturalmente, y hube de inventarle una historia en la que me adjudiqué el papel de un virtuoso de la investigación clínica que hacía estudios especulativos relacionados con la muerte de personas jóvenes.

Establecido el truco, la señora me informó detalladamente. Su hija había casado con el doctor Blakelock de esa manera rápida, exenta de expedientes inútiles, con que se realizan casi todas las cosas en nuestro país. Era rica, por una dote especial que le había legado su padre al morir. Murió, como sabía, a los cinco meses de casada, y el doctor Blakelock había dado muestras de sentir profundamente el suceso, al extremo que no quiso volver a pisar la casa para evitar recuerdos dolorosos.

— ¿Quién heredó la dote de su hija, al fallecer ésta? — pregunté.

— El doctor. Era su legítimo heredero.

— Su hija, ¿padecía alguna enfermedad al casarse con el doctor?

— Una afección cardíaca hereditaria, pero sin importancia — me contestó la señora Withe.

El detalle me hizo reflexionar un momento, aunque sin sacar de momento ninguna consecuencia clara.

Recordé que la tercera mujer del doctor Blakelock, con la que estaba casado a la sazón, también era víctima de un ligero padecimiento crónico, de orden íntimo. ¿Tendría propensión el doctor Blakelock a desposarse con mujeres enfermas? No dejaba de ser extraño.

— ¿De qué murió su hija? — pregunté a la señora Withe.

— De la misma enfermedad que padecía.

— ¿Hubo recrudescimiento?

— Al parecer, sí, señor.

Me levanté para formularle inopinadamente esta pregunta, a fin de estudiar el efecto que le producía:

— ¿No ha abrigado usted nunca la sospecha de que el doctor Blakelock pudo provocar deliberadamente la muerte de su hija?

La señora Withe me miró con sobresalto.

— ¿Qué quiere usted decir? — balbució.

— Señora — repuse con cierta calma: — sería muy doloroso que mis recelos se confirmasen; pero abrigo la penosa impresión de que va a ocurrir así. ¿Quiere usted hacerme el obsequio de olvidar por unos días mi visita y las palabras que le he dicho esta tarde?

Se levantó, emocionadísima.

— ¿Cómo puedo olvidar lo que usted ha dicho, caballero? ¿Quién es usted? Exijo que me explique todo lo que calla...

— Si lo hiciera, señora, probablemente no llegaríamos al resultado que me propongo. Solamente voy a decirle quién soy en realidad, pero a cambio de que guarde usted una absoluta reserva acerca de todo esto y prometa no preguntarme nuevos pormenores.

Díjale a continuación mi nombre, exhibiéndole al propio tiempo mi insignia.

— ¡El detective Dumont! — exclamó. — ¿Y hace usted investigaciones cerca del doctor Blakelock?

— En interés de usted, señora, no me pregunte más — rogué. — Hago investigaciones cerca del doctor Blakelock y creo que no van a ser inútiles. Seré y prometo cumplir por su parte lo que le he pedido anteriormente. Una hora me costó convencerla. ¡Era la madre!

Al fin pude salir de allí, seguro de que la señora Withe seguiría fielmente mis instrucciones.

DESDE un bar, en el que entré expreso para este fin, telefoneé al domicilio del doctor Blakelock, preguntando por la señora Gladys Alhen. Afortunadamente era ella misma la que estaba puesta al aparato.

Después de decirle mi nombre, le rogué que pasase por mi despacho dentro de una hora.

Eran las doce cuando la recibía en él.

— Señora — le dije, — es preciso fingir una comedia audaz si queremos llegar al esclarecimiento de lo que usted anhela. Me miró sin decir palabra.

— ¿Usted tiene algún pariente fuera de Los Angeles?

— Sí, señor. Un hermano de mi difunto esposo, que reside en Washington.

— ¿Cuánto tiempo hace que no le ve usted?

— Desde el día de mi boda. Vino a la ceremonia y regresó aquella misma tarde. Desde entonces no he vuelto a verle.

— Esto indica que, por feliz casualidad, su hija no le conoce siquiera...

— No, desde luego.

— Pero, ¿le ha visto en retrato?

— Sólo en uno de cuando era joven; pero hace muchos años que este retrato se perdió y no creo que recuerde demasiado a su tío.

— Bien — resolví, — pues ese pariente voy a ser yo por unos días.

Mistress Gladys quedóse mirándome con la natural extrañeza.

Le expliqué:

— Preciso residir en su casa, cerca del doctor Blakelock, durante algunas semanas. Fácilmente comprenderá usted el

motivo: se trata de vigilar sus actos. Como no hay ningún otro medio que justifique mi presencia en su casa, forzosamente he de ser su cuñado que llega de Washington y se hospeda en su casa. ¿Ha comprendido usted?

— Perfectamente. ¿Qué debo hacer?

— Nada absolutamente. Usted procederá como si realmente fuese el pariente quien va a venir. Recibirá usted una carta de él dentro de tres o cuatro días, pues yo saldré esta misma tarde para la capital de la República con objeto de expedir desde allí mismo esa carta, y usted comunicará la noticia en su casa, enseñando incluso la carta, con la naturalidad que lo haría en caso de ser cierto. El resto, ya puede usted comprenderlo: Yo llegaré aquí el día fijado en esa carta; ustedes irán a recibirme — soy el pariente lejano que llega al cabo de mucho tiempo de no verse — y me hospedarán, procurando que la habitación no esté muy lejos del quirófano del doctor. Nada más. ¿Tendrá usted la serenidad suficiente para obrar así?

— Puede usted confiar — me dijo simplemente la señora Alhen.

SEIS días más tarde estaba hospedado en la casa de mistress Gladys. Se había realizado todo exactamente como se había planeado.

Mi habitación, instalada junto a la clínica del doctor, era, conforme a mis deseos, un verdadero observatorio. El doctor Blakelock tenía sus consultas durante la mañana, y por la tarde, de tres a cinco, iba a ver a sus enfermos al Instituto homeopático. A eso de las ocho, regresaba a casa, para salir después de cenar y no volver ya hasta medianoche.

La vida de la esposa, mi sobrina Alice Blakelock, era todavía más sencilla a causa de su estado de salud. Levantábase a las nueve, desayunaba y se pasaba leyendo en la terraza, bajo el benigno sol de octubre. Por la tarde hacía *croché* o bien se acostaba, si la dolencia le fatigaba demasiado. Hacía unos días que iba bastante mejor. Según la señora Alhen, el celo de la doncella impedía por completo que las

golosinas llevadas a su esposa por el doctor se consumiesen.

Una mañana, pedí que me llevasen un paquetito de bombones que por la noche había colocado el doctor en la alcoba de su esposa. Salí aquel día, como de costumbre, y en la jefatura hice que analizasen escrupulosamente la golosina.

En los bombones no existía el menor vestigio tóxico.

— ¿Por qué hace usted esto? — me preguntó el médico que había hecho el análisis, al devolverme los bombones.

Le expliqué detalladamente el caso.

— ¿Cuál es la enfermedad que padece la señora Blakelock? — preguntó.

— No lo sé, ni creo que sea una enfermedad concreta, sino un mal estado general producido seguramente por una afección del sexo. Sin embargo, he llegado a sospechar si el doctor podría venir suministrándole lentamente algún veneno, pues usted ya sabe que los estados morbosos producidos por una intoxicación progresiva se resuelven en enfermedades concretas, sin definición.

— Así es — me contestó el médico. — Mas he de advertir a usted que, según sea el carácter de la primitiva enfermedad padecida por la señora Blakelock, aun siendo del orden que usted dice, estos dulces, sin estar intoxicados, pueden constituir por sí mismos un veneno...

— ¡Ah! Verdaderamente... Esa es la conclusión que yo había ido a buscar, pero quería que usted me la confirmase.

Como viese mi interlocutor que guardaba silencio, reflexionando, me preguntó:

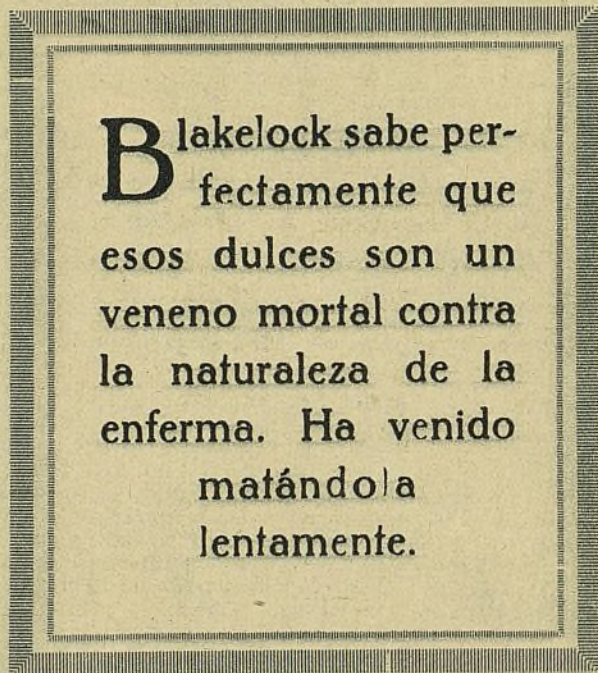
— ¿Qué medidas piensa usted tomar?

— Pensaba en eso mismo ahora. Opino que lo más urgente es poseer un diagnóstico exacto de la presunta víctima, y para ello, nada más fácil que idear un subterfugio con el fin de que usted pueda reconocerla...

— Yo creo que hay algo más fácil — observó el doctor.

— ¿Qué?

(Continúa en la página 84)



Blakelock sabe perfectamente que esos dulces son un veneno mortal contra la naturaleza de la enferma. Ha venido matándola lentamente.

LATUDE el evadido de la Bastilla



DE entre las víctimas de la arbitrariedad se destaca poderosamente una figura de la época en que la marquesa de Pompadour dominaba en Francia por el favor que el rey le dispensaba.

Se trata de la historia de un hombre que por una insignificante causa fué sepultado por espacio de treinta y cinco años en las más crueles prisiones.

El nombre de este desgraciado, que jamás olvidará el pueblo, es Latude, la víctima de la arbitrariedad. Fué juzgado por el capricho, condenado sin proceso y castigado sin jueces.

ENRIQUE Masers Latude nació el 25 de marzo de 1725 en el castillo de Gravich, cerca de Montagnac. Su padre era caballero de San Luis y teniente del regimiento de dragones de Orleans.

No estaban mal de fortuna, pero el joven Latude, ávido de placeres y dinero, soñador de fantásticas esperanzas y dispuesto a todo, se fué a París.

Esto ocurrió en 1748.

Casi sin recursos anduvo de un lado a otro, siempre con la idea de alcanzar primero un puesto, luego un nombre. Mas para lograr lo que se proponía necesitaba el apoyo de una persona influyente. Y como en aquellos tiempos esa persona era la marquesa de Pompadour, a ella recurrió Latude con el firme convencimiento de llegar a serle agradable por cualquier medio.

Pero lo que, desgraciadamente, buscó Latude para agradar a la poderosa dama fué la causa de sus terribles tormentos.

Se formó una fábula en su imaginación y, sin estudiar las consecuencias, la puso en práctica con el mayor candor.

Pretendió que estando sentado en un banco de los jardines de las Tullerías había oído la conversación de dos hombres que hablaban de perder a Mme. Pompadour. Uno de éstos dijo que le habían fracasado cuantos medios intentara para que el rey le retirara sus favores, y por lo mismo, ansioso de vengarse de ella, iba a enviar a la favorita del rey una cajita que contendría tan sutil veneno, que el solo olor le causaría instantáneamente la muerte.

Esto es lo que Latude fué a participar a la Pompadour, recomendándole que estuviera sobre aviso. Y para que la fábula tuviese todos los visos de realidad, antes de presentarse puso en la estafeta una cajita con unos polvos inofensivos con la dirección de la dama.

Ya la caja en poder de la marquesa, ordenó ésta que se hiciera un experimento propinando los polvos a unas bestias, las cuales no sufrieron daño alguno, demostrándose así que no había tal veneno. Inmediatamente, la misma marquesa cotejó la letra del sobrescrito de la caja con la letra de una carta que había recibido de Latude, y así quedó descubierta la trama, tan mal dispuesta por el ambicioso joven.

Este se hallaba entregado a sus esperanzas cuando a las siete y media de la tarde del día 1 de mayo de 1749 llamaron a la puerta del cuarto que ocupaba en una modestísima casa de huéspedes. Latude se apresuró a abrir y se encontró ante un exento acompañado de otras personas de mal agüero. El exento se descubrió, desplegó cortésmente la orden de pri-

Audaz evasión de un preso que constantemente se rebelaba contra la Justicia de Estado que a su capricho aplicaba en Francia la marquesa de Pompadour,

por G. P. M.

sión y pronunció la terrible frase:

— En nombre del rey, daos preso.

— ¿Por qué? — preguntó Latude palideciendo.

— No puedo contestaros; pero es preciso que me sigáis.

A la puerta de la casa esperaba un coche, donde se colocó la ropa del detenido y una gran maleta que había en un rincón de la habitación.

Latude subió después al carruaje, y a eso de las ocho entraba en la Bastilla.

Una vez allí se le condujo a una sala baja llamada la Cámara del Consejo, donde estaban reunidos

los empleados principales de la prisión. Después de ser minuciosamente registrado, se le desnudó y se le puso un mal traje que ya habían usado Dios sabe cuántos presos.

Un escribano inscribió al infeliz en el libro de entradas con el nombre de Denry.

¡Hasta sin nombre se había quedado!

A continuación se le hizo subir a un cuarto de la Torre del Rincón, cuyas puertas se cerraron con gran estrépito y dejaron a Latude abandonado a sus reflexiones, sin comunicación ninguna con el mundo.

SERIAN las ocho de la mañana del día siguiente, cuando recibió la visita de M. Berryer, teniente de policía, que, por estar emparentado con personas principales de la Corte, era muy estimado por la marquesa de Pompadour, la cual le envió a la Bastilla para que le diera amplias noticias del preso Latude.

Este, al ser interrogado por M. Berryer, refirió su pecadillo con el mayor candor. La poca gravedad del asunto y la noble franqueza del preso interesaron al teniente en su favor.

— Yo defenderé vuestra causa — le prometió al marcharse.

Entretanto, M. Berryer, con la mejor voluntad, mandó que se suavizara algún tanto la situación de aquel joven iluso.

Como un especial favor se le concedió que tuviera un compañero, con el cual pudo expansionarse.

A los dos días de estar juntos ya eran verdaderos amigos, tanto, que acordaron ayudarse para salir de allí fuese del modo que fuese.

Pero estas mutuas confidencias las escuchó uno de sus carceleros y dió en seguida cuenta de ellas al mayor general. Al día siguiente fué trasladado Latude a la cárcel de Vincennes.

EN Vincennes también le favoreció mucho M. Berryer, haciendo que se le diera el mejor cuarto de la torre del castillo y que se le permitiera pasear dos horas diarias por uno de los jardines del cercado.

La ventana de su cuarto estaba tan bien situada que podía ver todo lo que pasaba en el segundo jardín del castillo, destinado a paseo para un anciano sacerdote jansenista, que gozaba de bastante libertad.

Latude pudo apreciar desde su observatorio que el cura daba lecciones en el jardín a los hijos de los empleados y a algunos jóvenes de familias principales de la ciudad. Pasado algún tiempo, ya estaba muy bien enterado de lo que pasaba.

Horas de lección, horas de recreo, horas de visitas: todo lo había observado. Y aquellas carreras de los niños bajo las hileras de árboles redoblaban su sed de aire y de libertad. Además, había comprobado que sólo había dos carceleros al servicio del departamento que él ocupaba. Mientras el más joven de ellos esperaba en el jardín la hora de paseo, el otro abría la puerta para que bajase el preso.

Dispuesto ya el plan que bullía en su mente, esperó un día de espesa niebla. Era el 25 de junio de 1750, cuando ya llevaba preso catorce meses.

gritar como un loco y a dar tremendos golpes en la puerta de la prisión, hasta conseguir que le oyera el compañero y subiera a abrir el calabozo.

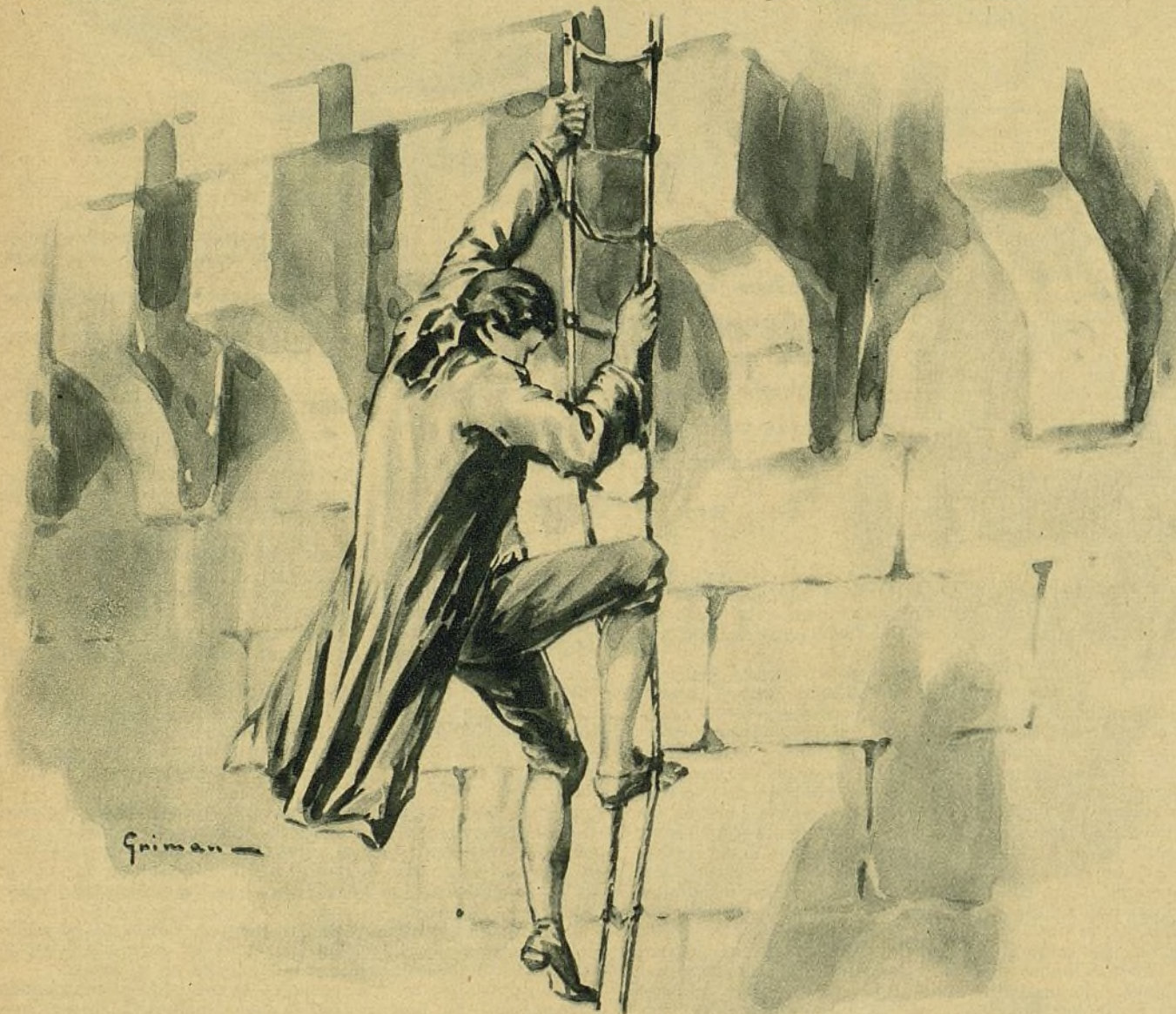
— ¿Dónde está el preso? — preguntó.

— Eso te quería yo preguntar.

— Pues se ha fugado.

Y los dos echaron a correr nerviosamente hasta que, enterados por los centinelas, se dieron cuenta de lo real del caso.

Entretanto, corría Latude como un desesperado, respirando con indecible placer el aire de la libertad.



Para no ser víctima del vértigo, cerró los ojos y continuó el peligroso descenso.

En el instante en que le abrió el carcelero, empezó a andar, como de costumbre, pero, al llegar junto a él, le descargó en las mandíbulas un tremendo puñetazo que le dejó sin sentidos. Sin perder tiempo, le arrastró hasta un rincón de la mazmorra y cerró con llave la puerta.

Con la mayor rapidez se dirigió a llamar a la puerta de salida que la guardaba un centinela por la parte de afuera.

Allí, sin darle tiempo ni para pensar, le dijo:

— Voy en busca del hijo del mayor. Hace dos horas que nuestro pobre cura le espera en el jardín. ¡Ea!, voy a buscarle, pero juro que me ha de pagar esta caminata.

Y sin dejar de hablar, fué ganando terreno, hasta que, encontrando a otro centinela, le hizo la misma pregunta y siguió corriendo sin esperar respuesta.

Una vez al otro lado del puente levadizo, dió con otro soldado.

— ¿Habéis visto pasar al hijo del mayor? — volvió a preguntar. — ¿No? Pues pronto le encontraré yo.

Latude se vió al poco rato bastante separado del castillo, casi invisible por una espesa capa de niebla.

A todo esto, el carcelero, recobrado el sentido, empezó a

NO tardó en llegar a París.

Pero ¿qué haría sin dinero?

No encontrando el medio de salir del atolladero, pensó que no había cometido ningún crimen y que con catorce meses de prisión estaba bien castigada su falta, debida, al fin y al cabo, a un natural impulso de ambición. Así discurría aquel muchacho; y esta confianza le hizo buscar el medio de volver a la gracia de la marquesa de Pompadour.

Para ello, recordó que había visto muchas veces ir a Vincennes a un hombre de los más distinguidos de aquel tiempo: el doctor Quesnay, médico de cabecera de Luis XV. Este caballero había manifestado interés por Latude, y a él acudió el alocado joven, mandándole un respetuoso memorial para que se lo entregara al rey.

Como al pie de la memoria había escrito dónde podría encontrarse, al día siguiente de remitida — es decir, al sexto de su evasión — volvió a presentarse el exento con su acompañamiento acostumbrado; y Latude fué llevado de nuevo a la Bastilla, encerrándosele ahora en un calabozo de los peores.

El bondadoso M. Berryer se informó por Latude de todos

los detalles de su evasión, y, una vez asegurado de que ninguno de sus carceleros había sido sobornado, le tranquilizó diciendo que se tendría en cuenta la confianza que había demostrado dirigiéndose y entregándose al rey.

El teniente hizo cuanto pudo por su protegido respecto a la alimentación, y como en aquella especie de cueva penetraba alguna luz por un agujero, consiguió también que le dieran libros, papel y tinta.

Transcurrieron seis meses más, y el pobre mozo se desesperaba no viendo el fin de su cautiverio. Su único consuelo fué

TODAVIA pasó Latude doce meses en su calabozo. A los dieciocho meses de este suplicio, su incansable protector consiguió que le trasladaran a otra celda mejor, logrando poco después que le permitieran tener un criado.

Latude encontró un pobre diablo, llamado Cochar, el cual, mediante un buen salario, pagado por el padre del preso, consintió en encerrarse con él. Este hombre, que por cierto tenía esposa e hijos, empezó a entristecerse viéndose separado de ellos, y enflaqueció de tal manera, que no hubo más remedio que sacarle de allí para que no se muriera.



Encontró al fin Latude una juntura de dos bloques de piedra bastante desunidos para que las puntas de las dos barras entraran perfectamente

componer un epigrama, que verdaderamente no era un modelo en su clase ni mucho menos, pero que contribuyó a aumentar su mala fortuna.

Decía así:

*Sin talento y sin encantos;
sin ser hermosa ni nueva,
puede amarnos el más alto.
La Pompadour es la prueba.*

Latude, buscando lectores para su epigrama, escribió los cuatro versos en el margen de uno de los libros que le prestaron, y aunque se propuso disimular la letra, un carcelero la reconoció y presentó el epigrama al gobernador, el cual lo pasó a su vez a la Pompadour.

Desde aquel día, miró la favorita a Latude como uno de esos hombres peligrosos que no deben volver a ver la luz del día. La dama, irritada, llamó a M. Berryer y, mostrándole el libro exclamó:

— El autor es ese Latude, uno de vuestros protegidos...

Latude volvió a quedarse solo; pero M. Berryer no tardó en proporcionarle un compañero de su edad, de genio vivo y lleno de juvenil audacia, el cual, con poca diferencia, había cometido el mismo crimen que Latude. Según le contó a éste, había escrito una carta a la favorita dándole consejos para atraerse a la opinión general, que le era muy poco favorable. Y llegó su atrevimiento hasta el punto de decirle que dejara sus frivolidades y empleara su poder, su belleza y su talento en algo que redundara en beneficio del pueblo.

Este imprudente que se permitía tratar así a la gran dama se llamaba D'Allegre. Era gascón como Latude y hacía ya tres años que estaba preso, por el único delito de dar consejos. Los dos presos unidos por una misma desgracia se dedicaron a trabajar día y noche buscando la manera de escapar de la Bastilla. Un día recibieron la visita del lugarteniente de policía, el cual les manifestó con hondo pesar que la marquesa de Pompadour se había cansado de oír sus réplicas y que no podía hacer nada respecto a su libertad.

— Pues bien—dijo Latude, cuando se quedaron solos,—ya que no nos quieren dar la libertad, nos la buscaremos nosotros mismos

— ¿Pero cómo?
 — La constancia es el arma más eficaz para ayudarnos a conseguir lo que tanta falta nos hace.
 — ¡Es imposible poder salir de la Bastilla! — suspiró D'Allegre.
 — Ya se me alcanza; pero con buena voluntad todo lo venceremos.
 — Es preciso bajar de una gran altura, oradar muros, arrancar gruesas rejas...
 — Todo eso lo haremos, y saldremos de aquí. ¿Lo entendéis? Nosotros recobramos la libertad.
 — ¿Pero de dónde sacaremos las herramientas que se necesitan? ¿Dónde está la escalera que nos ha de servir para descender hasta el suelo, de lo alto de esta torre.
 — Para todo eso no necesito más que un tambor — dijo Latude dando varios golpes sobre los ladrillos que tenía a su pie.
 — No lo comprendo — manifestó el compañero.
 — Tambor es un hueco que entre piso y piso suelen dejar los albañiles en algunas construcciones antiguas. Un hueco que si, como me figuro, lo tiene el techo de la habitación que está debajo de nosotros, nos hemos salvado.

acero? Rompiéndole la extremidad del anillo, en menos de dos horas me propongo hacer un excelente cortaplumas para labrar los mangos. Pues bien, con esta pequeña navaja y con las visagras arrancaré todas las barras de hierro de la Bastilla que sean necesarias.

— Faltan aún las cuerdas para la escala.
 — Fijaos en mi maleta de viaje. ¿No hay dentro más de mil pies de cuerda?

— ¿Habéis perdido el juicio?
 — Nunca lo he tenido claro como en este momento. ¿No hay en la maleta docenas de camisas, de medias de hilo, de calzoncillos, de servilletas y de gorros de dormir? Pues todo eso bien trenzado nos servirá para descender hasta los fosos de la Bastilla.

El compañero, sugestionado por la fuerza de voluntad de Latude, se fué convenciendo al cabo y se reanimaba por momentos.

Mucho tenían que trabajar. Hacían falta días, meses, años tal vez... Mas ¿no se podría perdonar todo si al fin conseguían la ansiada libertad?

CUANDO entró de nuevo en la Bastilla se dió cuenta de la importancia que tenía su captura al ver a la guarnición entera sobre las armas.

— ¿Pero en qué puede ayudarnos eso para salir de aquí?
 — Dejádme que medite.
 Y Latude, después de reflexionar un buen rato, volvió a hablar.

— Cuando vengan a buscarnos a la hora de la misa, colocad este estuche en el pañuelo; al regreso, cuando pasemos frente a la puerta número 3, que está debajo de nuestro cuarto, dejad caer el estuche de manera que ruede por la escalera. Entonces suplicad al carcelero que baje a recogerlo, y aquí termina vuestro trabajo.

— ¿Y qué?...
 — De lo demás me encargo yo.

El asunto salió tal como lo había pensado Latude. Oyeron la misa, regresaron a las celdas, rodó el estuche, escaleras abajo, el carcelero bajó por él, y entretanto penetró el preso en la habitación número 3, que estaba abierta en espera del que la ocupaba.

Latude examinó el cuarto rápidamente, midió con ojo ejercitado la altura desde el piso al techo, y volvió a salir al pasillo sin producir el menor ruido. Inmediatamente midió con el pañuelo la altura de uno de los escalones y subió pausadamente contando los que había de un rellano a otro.

El carcelero no se dió cuenta de nada, y los dos compañeros se volvieron a ver encerrados en el cuarto que les servía de prisión.

— Nos hemos salvado — exclamó Latude abrazando a su amigo.

— Pero, ¿por qué esa alegría?

— En el cuarto número 3 hay un tambor. El cuarto de abajo no tiene más que diez pies y medio de altura. Treinta y dos escalones lo separan del nuestro y cada escalón tiene seis pulgadas de elevación. Contad treinta y dos escalones de seis pulgadas y resultarán diez y seis pies. ¿Dónde están los cinco pies y pico que faltan? Pongamos un pie de espesor al piso que nos separa y el resto lo ha de formar una bóveda de cuatro pies en la cual podremos ocultar todos nuestros instrumentos de salvación.

— Muy bien — continuó D'Allegre. — ¿Pero, dónde están las escalas y las herramientas que hemos de guardar en ese famoso tambor?

— Tenemos unas visagras en esa mesa; las arrancaremos, les pondremos dos mangos de madera, y las afilaremos sobre estos ladrillos.

— ¿Y los mangos?

— ¿Se os ha olvidado también que poseemos un eslabón de

AQUELLA noche arrancaron una de las visagras de la mesa, y al poco rato ya tenían levantado un ladrillo del suelo. Cavarón después alternativamente, hasta encontrar la bóveda o hueco que Latude había calculado. La evasión era ya segura.

Al otro día rompió Latude el eslabón, lo afiló bien y pudo hacer los mangos para las dos visagras con unos pedazos de leña.

Sin descansar, empezaron a deshilar ropa blanca, y anudando sus hilos lograron hacer varios gruesos ovillos, que escondieron en la bóveda que les servía de almacén. A los pocos días de esta operación, contaban con una cuerda de unos cincuenta y cinco pies.

Con la leña del hogar hicieron veinte peldaños de diez y ocho pulgadas de longitud, que fueron anudando a la cuerda, hasta tener hecha una escala que les sirvió para trabajar en la chimenea y arrancar las barras de hierro de que estaba provista.

Lo de las barras resultaba muy penoso, pues el trabajador tenía que emplear la escala de veinte pies y sólo le quedaba una mano libre para ir desprendiendo la argamasa y poder desprender el hierro sin dar golpes. En esta operación emplearon cerca de seis meses.

¡Cuántas veces se dejaron caer en sus camastros, rendidos de fatiga, y algunas de ellas desalentados por completo!

Sin embargo, con paciencia, que muy bien pudiera llamarse sobrehumana, hicieron otras herramientas muy toscas, pero que no dejaron de ayudarles en la magna empresa.

Terminada la gran cuerda y arrancados los hierros de la chimenea, ya no faltaba más que señalar la noche de la evasión.

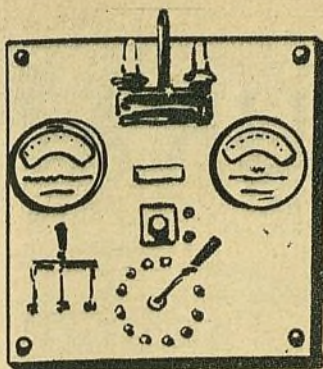
Habían pasado dieciocho meses preparando el material de que disponían para la fuga.

A fines del mes de febrero de 1756, todo se hallaba dispuesto. El deshielo había desbordado el río y las aguas iban llenando los fosos del castillo. Esto, lejos de perjudicarles, podía serles favorable.

El día 25 de febrero, después de la comida, subieron la gran escala y la escondieron debajo de una de las camas. Llegó la noche y sonó la hora de la evasión.

Latude, a pesar del reuma que le dificultaba el uso del brazo izquierdo, fué el primero en arrastrar la escala hacia la chimenea. Después, sin soltar uno de los extremos, fué subiendo con grandes dificultades. Unas veces le cegaba el hollín que se desprendía de las paredes, otras resbalaba y, al apoyarse, se hería las manos y los brazos. Mas no se le oyó lanzar ni la más pequeña queja.

(Continúa en la página 85)



La Silla Eléctrica

ENTRE los prodigiosos inventos que en los tiempos modernos ha producido el ingenio de los hombres, únicamente la electricidad ha sido aplicada al triste objeto de ejecutar la máxima pena con que la justicia humana puede castigar a los delincuentes. Y ha sido precisamente Norteamérica — el país filántropo y democrático por excelencia — el que se ha valido del invento de uno de sus más ilustres hijos para crear el sillón de la muerte, cuya sombra parece presidir el ejercicio de la justicia en los Estados Unidos.

Ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que la adopción de la silla eléctrica — como en su tiempo la de la guillotina — responde a un elevado sentimiento de humanidad. En contraposición a las ideas dominantes durante la Edad Media, en que los procedimientos de ejecución se creaban para causar la muerte lentamente produciendo dolorosos y sangrientos sufrimientos, el legislador se ha preocupado desde hace siglo y medio de suprimir en las ejecuciones toda clase de tortura, procurando que la muerte se produzca instantáneamente en el reo.

A esta tendencia respondió la invención de la silla eléctrica, instrumento que, además de la rapidez en la ejecución, presenta la ventaja de no producir ninguna mutilación en el cuerpo del condenado y evita el repugnante espectáculo de las ejecuciones sangrientas.

La electrocución no tiene nada de aparatoso. En todos los grandes establecimientos penitenciarios de los Estados Unidos existe una cámara especialmente destinada a las ejecuciones capitales. Es una sala sencilla, generalmente con las paredes enjalbegadas, y sin otro mobiliario que unas pocas sillas adosadas a la pared, destinadas a los testigos legales que asisten a la fúnebre ceremonia.

En medio de la habitación, sobre una plataforma rectangular de caucho, se halla el escalofriante patíbulo llamado comúnmente *silla eléctrica*, aunque es más bien una butaca, hecha de madera. Tiene una correa en cada brazo, otra en el respaldo a la altura del pecho, y otra más en la parte inferior del soporte central, todas ellas con el fin de sujetar las muñecas, el pecho y las piernas del condenado.

Como la muerte ha de ser producida por el paso de una corriente eléctrica de alta tensión a través del cuerpo, cuando el reo ya se halla sujeto al siniestro sillón, se le coloca sobre la cabeza uno de los electrodos en forma de casco conteniendo una esponja empapada de agua salada, y el otro electrodo se le ajusta a la pierna derecha, previamente desnuda.

En esta disposición, desde un gabinete situado en un extremo de la pieza, que el reo no puede ver, el verdugo u operador establece por medio de una palanca una corriente de mil setecientos voltios que forma el circuito entre la cabeza y la pierna, al mismo tiempo que eleva el sillón unos siete centímetros del suelo con objeto de que el aparato y el reo queden por completo aislados de tierra. La corriente se mantiene por espacio de cuarenta y cinco segundos y se va disminuyendo gradualmente hasta quedar interrumpida, lanzándose de nuevo durante algunos segundos más.

La electrocución fué ensayada por primera vez en 1890 sobre un asesino llamado Kemmler. Debido a la in-

ficiencia de los estudios preparatorios y al desconocimiento de los efectos de la fuerza eléctrica — entonces aun recién descubierta, — la prueba resultó un lamentable fracaso, pues el condenado murió materialmente quemado vivo entre horribles convulsiones y atroces sufrimientos. No habiendo dado mejor resultado las pruebas posteriormente efectuadas, se elevaron violentas protestas contra esta forma de ejecución, y el gobierno no tuvo más remedio que suspenderla, hasta que, después de concienzudos estudios en los que tomaron parte eminentes tratadistas — el propio Edison entre ellos — se llegó a un resultado más satisfactorio.

Actualmente, los partidarios de la electrocución afirman que los sufrimientos en la silla eléctrica quedan reducidos al minimum, sobreviniendo la muerte instantáneamente, puesto que desde el momento en que funciona la corriente se produce en el reo una completa contracción muscular con detención de las funciones motrices del cerebro y cesación absoluta de los movimientos del corazón y de los pulmones.

Con todo, ante los numerosos accidentes sufridos en las fábricas de electricidad por individuos que han escapado de la muerte después de experimentar los efectos de una corriente de alta tensión, cabe pensar si será cierto, como dicen los impugnadores de la tétrica silla, que la vida del electrocutado se prolonga un corto espacio de tiempo, aun después de haber cesado de funcionar aparentemente el corazón y los órganos respiratorios.

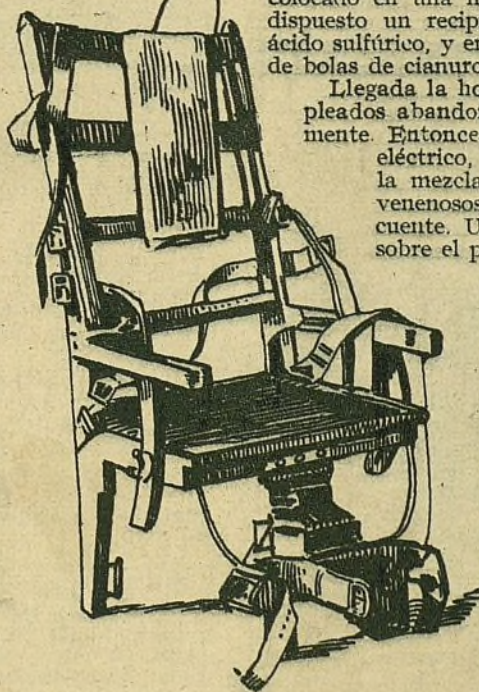
Lo que sí es indudable es que el hombre siente una aversión instintiva hacia este método de ejecución, debido sin duda al temor que le inspira la electricidad, fuerza que aun hoy sólo es conocida por sus efectos.

Quizás a todo esto se deba que en la misma Confederación norteamericana se haya pensado en substituir la silla eléctrica por otro procedimiento más eficaz. De momento se ha efectuado una prueba en el Estado de Nevada, ejecutándose un condenado por medio de una mezcla mortífera de gases deletéreos.

En este nuevo procedimiento el reo, atado a una silla, fué colocado en una habitación en la que previamente se había dispuesto un recipiente conteniendo una mezcla de agua y ácido sulfúrico, y encima del mismo, una cajita con una docena de bolas de cianuro potásico.

Llegada la hora de la ejecución, las autoridades y empleados abandonaron la sala, que fué cerrada herméticamente. Entonces, desde fuera, por medio de un conducto eléctrico, se hicieron caer las bolas de cianuro en la mezcla sulfúrica formándose unos espesos gases venenosos que envolvieron rápidamente al delincuente. Un especial aparato auscultador colocado sobre el pecho del condenado permitió a los facultativos seguir desde el exterior el curso de la ejecución, comprobando que al cabo de tres minutos justos la justicia humana se había cumplido.

¿Substituirá este procedimiento de ejecución a la horrible silla eléctrica, mientras llega la ansiada hora en que la pena de muerte sea borrada de los códigos modernos? No parece probable. Como si las fuerzas de la naturaleza se resistiesen a cumplir la lúgubre misión a que el hombre las destina, tampoco los gases mortales evitan los inconvenientes de todos los sistemas de ejecución, pues es de presumir que durante los escasos minutos que tardó la mortífera mezcla en realizar su obra, el condenado se debatió en los espasmos de una atroz agonía.



¿VENGANZA o LOCURA?

por BURTON CHADWICK

Profesor de Biología

Impenetrable misterio sobre la muerte del jardinero Simmons, misterio que el presunto autor del crimen, un simpático profesor de biología, sabe rodear de un agradable humorismo.

ESTA noche hará diez años que murió asesinado Enrique Simmons. El caso, de un misterio impenetrable, fué archivado por la policía sin que llegara a dilucidarse. Para escribir esta verídica historia, no puedo alegar que sea policía, ni siquiera detective; pero tampoco soy el asesino, como en algunos momentos se figuraron muchos. Soy simplemente un profesor de biología, tímido, retraído y sumamente aficionado a coleccionar mariposas y ejemplares raros de todo género de insectos.

La memorable noche en que Enrique Simmons murió tan misteriosamente, mi familia se componía de mí mismo (tengo cuarenta y ocho años), de mi esposa Marta (cuya edad no viene al caso) y de una excelente camarera, que se llamaba Margarita.

Simmons, el jardinero — hombre taciturno y sombrío, de unos cincuenta años de edad, a quien había contratado unos dos meses antes, — vivía en el ala antigua de nuestra residencia veraniega, en pleno campo. Como conocía muy bien el oficio, soportábamos con paciencia su mal genio, que ignoro, por lo demás, a qué pudiera ser debido.

La noche de marras habíamos ido al teatro Marta y yo, y regresamos a casa entre once y doce de la noche. Marta se fué directamente a su habitación, que estaba en el segundo piso, mientras yo, después de quitarme el frac y envolverme en una bata, me retiraba a mi despacho del primer piso para fumar un pitillo, leyendo un rato. Pero aquella noche no pude ni fumar ni leer, pues en mi propia butaca giratoria, frente por frente a la puerta, estaba sentado Simmons, completamente exánime.

No sé lo que hubiera hecho en mi lugar el protagonista de un cine drama; yo me limité a dar un chillido de terror y a subir corriendo al aposento de mi esposa.

— ¡Marta! — grité descompuesto. — ¡Marta! ¡Ha muerto...!

Ella siguió peinándose tranquilamente con la afectada indiferencia que sabe adoptar cuando yo me exalto...

— ¡Hombre, no hay para tanto! — murmuró distraídamente. — No será la primera que has matado.

Yo temblaba como un azogado.

— Pero si no se trata de... de... una mariposa... Me refiero al jardinero... Sim...mons... ¡Está ahí alajo... muerto!

Sin soltar el peine, estuvo unos momentos examinándome con aire de incredulidad. Convencida al fin por el espanto de que me veía presa, envolvióse cuidadosamente en su *des-habillé* y sin decir palabra bajó conmigo al despacho.

Salvo la pavorosa figura sentada en mi sillón, todo lo demás se hallaba del mismo modo que yo lo había dejado por la tarde, antes de salir. El viejo jardinero parecía contemplarnos con su habitual cara de vinagre, sólo que su mirada tenía una fijeza aterradora y en su sien izquierda aparecía una extraña contusión sanguinolenta. La alfombra que había entre la puerta y el cadáver estaba cubierta de manchas de lodo todavía húmedas, las pisadas sin duda del asesino o de la víctima.

— Hemos de avisar a la policía — dijo Marta con sosiego,

si bien su rostro encendido, contrastando con la palidez de los labios, revelaba claramente la agitación de su ánimo.

— Hemos de avisar a la policía — repetí yo como un eco. No sé por qué me parecía que una red invisible me apisonaba poco a poco.

Uno de los primeros en llegar fué un detective de la ciudad. Era uno de esos tipos presuntuosos y violentos como los que figuran en las novelas, en cuyo temperamento encaja a maravilla la tarea de examinar cadáveres y perseguir criminales.

No tardó mucho, por cierto, en enemistarse con mi esposa por su persistencia en tirar la ceniza de su mal oliente cigarro puro dentro de un jarro de porcelana de Delft que nos habían regalado unos amigos al volver de Holanda; pero él ni remotamente se daba cuenta de lo que hacía. Su corpulenta figura iba pomposamente de un lado a otro de la habitación, examinándolo todo, y cuando el jarrón de Delft no se hallaba a su alcance, tiraba la ceniza, subrepticamente, detrás del diván...

— ¿En dónde estaba usted cuando ocurrió eso?

Me chocó que pusiera tanto interés en el «usted», pero al cruzarse mi mirada con la de mi esposa, resolví tener paciencia.

— Amigo mío — respondí con mansedumbre, — estaba en el teatro. Por cierto que la función...

— Bueno; déjese de comentarios... — interrumpió bruscamente. — Aquí no estamos para ninguna función.

Y así era, en efecto: él no había ido a mi casa para una función, sino para una defunción.

— ¿A qué hora volvió usted?

— A las once y media — contesté con cierta altanería para contrarrestar la impertinencia de aquel palurdo.

— ¿Ah, sí? ¿V quién encontró al muerto?

— Yo.

— ¿En dónde estaba su esposa?

— Arriba, en su habitación.

Una expresión malévola asomó a sus ojos.

— ¡Ya! ¿De manera que usted estaba sólo aquí con ese espantajo?

— ¿El espantajo...?

— ¡Vaya, hombre! ¿Cuánto tiempo estuvo usted aquí solo con él? ¡Conteste!

Un escalofrío corrió por todo mi cuerpo. Se hubiera dicho que el muy bruto sospechaba de mí...

— Señor mío, no pude haber estado solo aquí más que contados segundos. Apenas le vi, subí corriendo a avisar a mi mujer.

— ¡Ya, ya! — profirió burlescamente. — ¡A mí con éstas! Mis palabras no le merecían crédito.

— ¿Cuándo contrató usted a ese hombre?

Esta era precisamente la pregunta que yo más temía. Simmons, en efecto, se había presentado en un momento en que, dado el estado inculto de nuestro jardín, necesitábamos un jardinero con verdadera urgencia, y se le había admitido sin

hacer preguntas, ni tomar informes, en una forma, en fin, algo irregular. Con un perro de presa como el que tenía yo delante, cualquier respuesta imprudente podía ser mi perdición.

— Verá usted... llamó a la puerta un día. Dijo que era un jardinero experto... y nos lo quedamos — contesté yo trasdando de pura aprensión.

— ¿De veras? — dijo con sarcasmo, tirando su colilla detrás del radiador.

— Oiga, caballero — prosiguió cambiando de actitud. — No estoy dispuesto a dejar que ni usted, ni nadie de esta casa me tome el pelo. He ve-

cada por el policía antes de que pudiera recriminarme a mí.

Comenzó seguidamente a interrogar a Margarita. Esta, al revés de lo que ocurre en las novelas policíacas, no daba lugar a ninguna sospecha... No escuchaba detrás de las puertas ni atisbaba por las cortinas, ni contestaba de manera ambigua, y ni siquiera era extranjera. Aquella noche, precisamente, tenía la pobre un dolor de muelas atroz y se había ido a acostar temprano gimiendo lastimosamente. En suma: que no tenía nada que ver con el asunto.

TRANSCURRIERON días sin que el detective — que no ocultaba sus sospechas sobre mí y, en general, sobre todos los del pueblo — hallara indicio alguno en que fundamentar su acusa-



— ¡Marta! — grité descompuesto. — ¡Marta!
¡Ha muerto!...

nido para descubrir al asesino de este hombre y lo descubriré. Preciso es confesar que yo no «las tenía» — como suele decirse — todas conmigo». Lo único que me tranquilizaba eran las pisadas impresas en la alfombra por el asesino y no por mí, ya que ni mi ropa ni mi calzado llevaba aquella noche la más pequeña señal de barro. La presencia de ese barro en la habitación era palpable muestra de mi inocencia — debía ser expli-

cación. Y no era ciertamente por falta de haber sometido a un riguroso interrogatorio a todos los habitantes, desde el campesino tuerto que venía diariamente a traernos legumbres y hortalizas hasta la vieja Pepa Briggs, que estaba medio lela y vivía miserablemente ganándose unos céntimos, alguna que otra vez, con las faenas que hacía en la casa bajo la inspección de Marta. Esa infeliz, ya no muy cuerda por lo regular,

sumióse en una idiotez completa al ser interrogada por el impetuoso y malhumorado detective. La tuvo que soltar sin conseguir que contestara a sus preguntas, y eso acabó de ponerle de mal humor.

ESTOY convencido de que, después de enterrado Simmons, se habría olvidado aquel incidente, de no haberse antojado al asesino, no sé por qué, buscarme camorra en mi propia casa.

Una noche, a los ocho días de haber ocurrido el crimen, me hallaba en la terraza, después de cenar, fumando un puro con verdadero placer, cuando tuve la funestísima ocurrencia de dar un paseo antes de irme a acostar.

Crucé tranquilamente el terreno dedicado a huerto que hay detrás de la casa. Recuerdo perfectamente cómo brillaba en la profunda oscuridad de la noche la lumbre de mi cigarro. Y, desgraciadamente, eso es todo cuanto puedo recordar de aquella noche, pues cuando recobré el sentido yacía tendido boca arriba al pie de un manzano,



Loco de miedo, me volví rápidamente.

con un zumbido tremendo en las doloridas sienes y el eco acerbo en los oídos de la voz de Marta que me llamaba desde la casa.

Me levanté del suelo de muy mal talante. Sentíame francamente molesto por esa agresión injustificada. ¿A qué podía obedecer la animosidad del asesino, ya que mi existencia era casi providencial para él, puesto que a todos (salvo a los de casa) inspiraba yo sospechas?

Penosamente regresé a la casa meditando en lo ocurrido. Indudablemente, habían utilizado un instrumento contundente para asestarme el golpe, quizás el que sirviera para herir al desdichado Simmons. Como se comprenderá, eso distaba mucho

de hacerme gracia. ¿Acaso iba a ser yo la víctima siguiente?

Se me despejó algo el entendimiento mientras iba andando y resolví no decir nada de mi aventura. Armar escándalo con motivo del porrazo recibido en la cabeza no haría más que alarmar a Marta — ya bastante atribulada — y tener al malhechor alerta. Además, se me acababa de ocurrir una idea luminosa y no juzgaba conveniente comunicarla a mi mujer.

— ¡Gracias a Dios! ¿En dónde has estado? — gritó en cuanto me pudo ver.

Respondí confusamente que de paseo, pero advertí que me escudriñaba detenidamente.

— ¡Pero si estás lleno de barro! ¿Dónde te has metido? ¿Qué has hecho?

Me miré los pies, esforzándome por hallar alguna respuesta convincente, pero comprendí que mi actitud era la de un hombre acorralado.

— Pues nada. Estuve cavando en el huerto. ¿Qué tiene eso de particular?

— Pero este barro... — repitió ella, y tuvo que callarse para no evocar malos recuerdos.

¿Por qué demonio proferiría yo esas palabras estúpidas? ¿Estar cavando una noche oscura yo, que en mi vida había cogido un azadón! En fin, la cosa no tenía ya remedio y me retiré a mi habitación.

Reflexionando sobre lo ocurrido me pareció bien claro que alguien tenía empeño en que yo no fuera más allá del huerto. ¿Pero qué había allí?... Nada de particular: la cabaña de Pepa Briggs, la quinta de la señorita Clifton, una apacible solterona tan impedida por el reuma que apenas se movía; unas cuantas granjas y luego la carretera, larga y polvorienta. Era un caso raro, y en mi mente

lo estuve revolviendo hasta muy entrada la noche. Antes de dormirme había resuelto llevar a la práctica a la siguiente noche el plan que se me había ocurrido.

EL día siguiente parecióme interminable, tanto más cuanto que Marta daba inequívocas muestras de agresividad. Al bajar yo por la mañana al sótano, no sé para qué, la hallé que con una esponja quitaba el lodo de mi ropa; su actitud furtiva y el hecho de que ni siquiera me mirase me llenaron de zozobra. ¡Dios mío! ¿Se figuraría acaso que fui yo quien dejó las huellas de barro en el despacho la noche en que murió Simmons? ¿Creería como los demás que yo le maté?

Al anoecer hice los preparativos para mi pequeña expedición, lo

cual no era muy fácil teniéndoselos que ocultar a Marta... Me sorprendió varias veces, y hube de disimular lo mejor que pude. Por fin logré escabullirme acompañado de Mayer (así se llamaba nuestro perro, un ejemplar de rara inteligencia), con un abrigo largo al brazo y la pipa entre los dientes, poniendo especial cuidado en que ésta ardiera con algo de resplandor. Las espesas sombras que envolvían aquella noche el huerto causábanme opresión. Ni luna, ni estrellas; sólo un olor pesado a tierra húmeda y unas tinieblas pavorosas.

Al cabo de pocos pasos me había abandonado por completo el espíritu de empresa. Sentía miedo. Instalado cómodamente en mi despacho, el proyecto que concibiera me había parecido

espléndido; pero aquí, de noche, en el huerto, con ese olor de tierra que recordaba el tufo de los cementerios, más bien me parecía empresa propia de un demente. Es más, hasta se me antojaba que mi inquietud se le había contagiado al perro, pues de cuando en cuando gemía lastimosamente, como si me siguiera a disgusto.

No obstante, seguí adelante, aguijoneado por el deseo de acabar definitivamente con las sospechas que me molestaban lo mismo que el prurito de pasar por héroe si conseguía coger al asesino.

De pronto, advertí que estaba ya muy cerca del lugar en que me habían agredido la noche anterior. Me

sobre él. Un alarido salvaje desgarró seguidamente el aire, oyóse un ruido sordo como el de un cuerpo que cae al suelo y acabó todo en un quejido lastimero. De momento me quedé como petrificado, aunque era precisamente aquello lo que yo esperaba.

De repente, recobré el ánimo y, mascullando una maldición, me lancé tras el agresor del perro. El hombre, que a la sazón se daba cuenta de la trampa en que había caído, echó a correr desesperadamente por la tierra blanda, en dirección al campo y a la carretera. Tropezando a cada paso, pisoteando los plantíos, le perseguía tenazmente, hasta llegar al camino que lindaba con el huerto, y de allí hasta la choza de la Pepa Briggs, por debajo de cuya puerta veía algo de luz.

— ¡Está acorralado! — dije para mí con acento triunfante. — ¡Acorralado como un zorro!

Y, efectivamente, el fugitivo no podía haber escogido un refugio más inadecuado, pues la vieja Pepa era incapaz de ayudarle a esconderse.

Dando una voz franqué el umbral de la choza y, abanzándome sobre mi presa, la derribé, rodando ambos por el suelo. Yo forcejeaba con un vigor que a mí mismo me causaba asombro... Saqué, como se dice, fuerzas de flaqueza, y tras una desesperada lucha en que nos esforzamos mutuamente por estrangularnos, logré dominar a mi adversario, que sucumbiendo a mis fuerzas dió por fin una última contorsión y quedó inerte entre mis manos.

Atontado, seguí yo oprimiéndole, aun no haciendo él esfuerzo alguno para escapar, hasta que me di cuenta de que yacía como muerto... Sentí un escalofrío, me sobrecogió un trasudor de angustia. ¿Le habría matado?

Desesperado, cogí aquel cuerpo yerto para incorporarlo, y entonces comprobé lo difícil que es el levantar a una persona muerta. Lo sacudí repetidas veces con exaltado frenesí, y, al hacerlo, rodó el cuerpo a un lado de manera que la luz le dió de lleno. Retrocedí presa de asombro indecible. El rostro que contemplaba no era el de un malhechor temible, ni siquiera el de un hombre, si no el atontado y exangüe de Pepa la lela. A Pepa, grotescamente vestida con traje

(Continuación de la página 89)



La Pepa había conseguido levantarse y estaba allí de pie, en plena crisis de locura

agaché furtivamente y, haciendo pasar al perro delante de mí, le cubrí el lomo con mi abrigo. Tal vez era una treta de mala ley, pero, en medio de todo, prefería que si se escapaba algún palo, lo recibiera mi compañero. Un día para cada uno.

Mientras el animal avanzaba torpemente con aquel peso inusitado, su aspecto, en la obscuridad, era exactamente el de una persona que se arrastraba a gatas. Apenas había llegado junto a los árboles cuando una figura humana se abalanzó



Una oficina de identificación criminal de Norteamérica admirablemente reconstruida para la película «Mientras la ciudad duerme», de la Metro Goldwyn Mayer.



Roberto Montgomery posando para que le hagan la ficha antropométrica como le corresponde en su papel de penado en la película «The Big House», de la Metro Goldwyn Mayer.



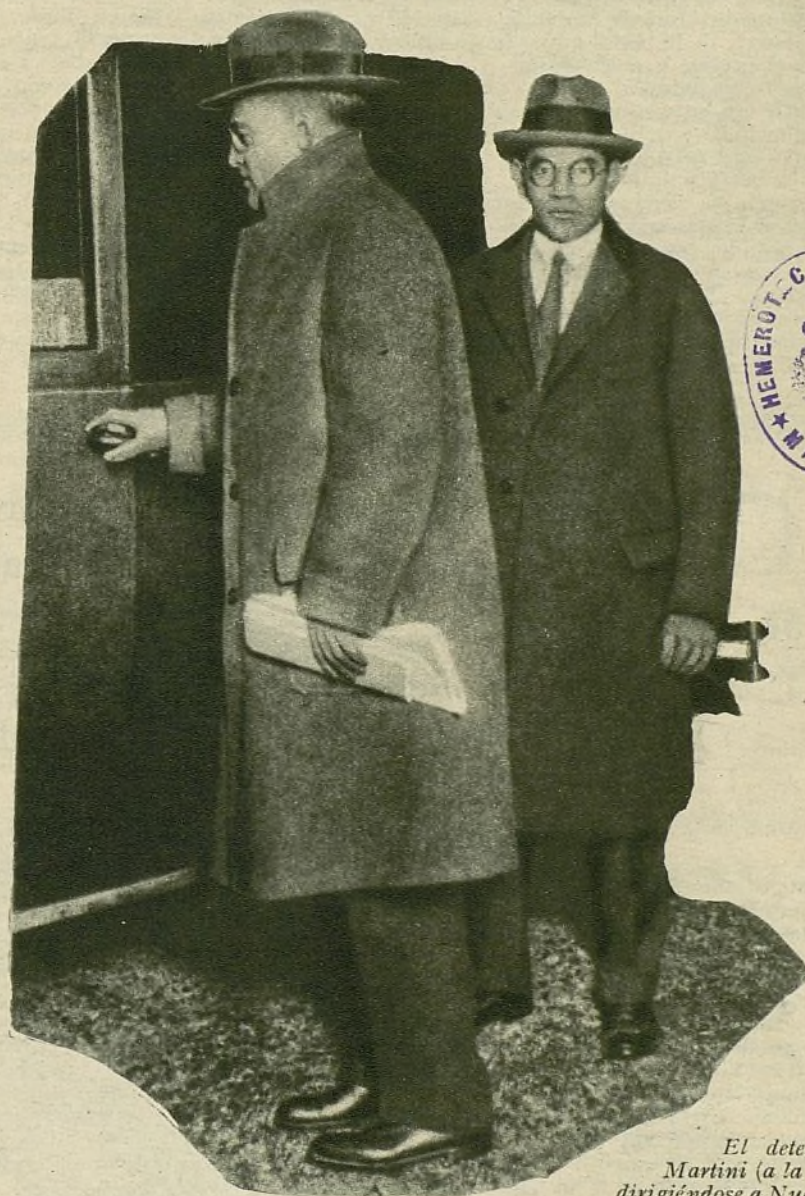
Reconstrucción de las téticas jaulas en que son transportados a la Guayana los penados franceses, tal como aparecen en la película «Condenado», de Artistas Asociados.

LA PISTA DEL Bolso *ENSANGRENTADO*



Según el detective De Martini, hombre experimentado en todo lo referente al crimen, son cinco, en general, los motivos que inducen a cometer un asesinato: La codicia, la venganza, los celos, el deseo de eliminar a alguien y, el más raro de todos, el de matar por el solo gusto de hacerlo.

por
FELIX B. DE MARTINI,
ex Detective del Departamento Criminal de la Jefatura de Policía de Nueva York



El detective De Martini (a la derecha) dirigiéndose a Nueva York para hacer investigaciones acerca del asesinato de Clara Branch.

HE intervenido como detective en millares de misteriosos crímenes, pero ninguno puede compararse en crueldad, ferocidad y sangre fría al que ocasionó la muerte de Clara Branch, en Valley Stream (Nueva York).

Si el asesino no hubiese cometido un pequeño error, el caso habría que clasificarse entre los que no han logrado solucionarse, pues es preciso tener en cuenta que, aunque la prensa y el público estén convencidos de quién es el culpable, la justicia necesita pruebas legales para actuar. Si no logra adquirirlas, no tiene más remedio que soltar al criminal.

EN la tarde del viernes del 14 de noviembre de 1919. me confiaron el caso de la muerte de la señora Branch. Yo, que desde hacía algún tiempo había dimitido mi puesto en el departamento de la policía, me dedicaba entonces al detectivismo particular.

Cuando aquel día me disponía a abandonar mi despacho, sonó el timbre telefónico. Me proponía ir a presenciar un *match* de boxeo, pero, como les ocurre a los médicos, los policías han de interrumpir muchas veces sus diversiones para ocuparse

en los asuntos profesionales. De mala gana, pues, me dirigí al teléfono y tomé el receptor.

— Habla la oficina del fiscal del distrito — dijo una voz. — ¿Puede usted ir inmediatamente a casa del capitán Enrique Warren, en Valley Stream, cerca de Lynbrook, para investigar el asesinato de una mujer a quien se encontró muerta en la cama?

Acepté renunciando al *match* de boxeo. Mi oficina se halla en la parte baja de la ciudad, cerca del puente de Brooklyn. Cinco minutos después me hallaba en el metro en dirección a Atlantic Avenue y allí tomé el tren que me dejó en Valley Stream. Media hora más tarde, al bajar del tren, me encontré en la calle principal de Lynbrook, en donde no se hablaba más que del atroz asesinato de Clara Branch.

La casa del capitán Warren estaba a corta distancia. Era muy sencilla, pintada de blanco, y tenía un jardincillo ante la puerta, del que se desprendía un agradable aroma de rosas.

Un policía situado en la puerta mantenía alejados a los cu-

riosos. Dándome a conocer, penetré en la vivienda, limpia, ordenada y confortable, y, guiado por el ruido de algunas voces, llegué a la habitación del crimen, convertida en una carnicería.

Tendida en la cama vi a la mujer asesinada con la cabeza inclinada hacia la derecha. El rostro tenía un aspecto horrible. El cabello estaba enredado y sucio. Las paredes aparecían manchadas de la misma sangre que empapaba la ropa de la cama. Y en el suelo, cerca de la cama, había un martillo.

En la estancia se hallaban el médico forense, el fiscal suplente del distrito, el detective del condado y varios reporteros.

Según el médico forense, había transcurrido ya algún tiempo desde la muerte de la pobre mujer hasta que el capitán Warren comunicó el hecho. Y el detective — que daba esta noticia a los reporteros cuando yo entré — añadió que casi podían asegurar quién era el asesino, pero que de momento se imponía suma discreción.

Un periodista preguntó:

— ¿Es hombre o mujer?

El detective se negó a contestar. Entonces los periodistas abandonaron la estancia con objeto de recoger cuantos detalles les fuese posible, porque el asesinato misterioso de una mujer atractiva es asunto como para publicarlo en la primera página del periódico.

Me dirigí al fiscal del distrito a quien hice notar que el criminal había obrado con extraordinario ensañamiento.

— Ya lo creo — replicó estremeciéndose. — Sin duda estaba

— ¿Qué sabe usted de la amiga que visitó a la señora Branch? ¿Existían buenas relaciones entre ellas? — pregunté.

— Sé muy poco de ella. Creo que se hace llamar María Bow o Mabel Berlín. Está sin trabajo, y Clara la ayudaba un poco. Ni era amiga mía ni me gustaba mucho verla por aquí, pero hacía ya bastante tiempo que Clara y ella sostenían buenas relaciones, y condescendía a todo. Por eso, cuando Clara quiso que Mabel o María pasara algún tiempo en esta casa, no me opuse.

— ¿Sabe usted dónde está ahora?

— No, señor. Anoche dijo que esta mañana deseaba ir a Nueva York para visitar una agencia de detectives que le prometió trabajo. Esta era su profesión, pero creo que también trabajaba en un teatro.

— ¿Cuándo le dijo a usted que iría a solicitar ese empleo?

— Ayer por la noche. Estaba jugando al poker con Clara cuando ésta me dijo que, hacia las once de la noche, María se iría a la cama porque tenía que levantarse temprano para ir a Nueva York en busca de trabajo.

El capitán dió el nombre de la agencia indicada por la muchacha y yo lo anoté por si en adelante me podía ser útil.

La conducta de aquel hombre me convenció de que era sincero y se esforzaba en obrar correctamente con aquella muchacha ausente, hacia la cual no sentía simpatía. Nos interrumpió la entrada del detective Plant y del fiscal sustituto. El primero tenía en las manos un revólver, cargado, del calibre 32, una botellita y un fajo de billetes de banco.

Como usted dice que ha sido detective, sabrá la diferencia que hay entre una declaración falsa y otra verdadera. Sé que usted ha sido la asesina. He aquí la prueba. Y desenvolví el paquete poniéndoselo ante los ojos. Ella lo miró un instante, llena de terror.

loco mientras manejaba ese martillo. La cabeza de la víctima está materialmente convertida en papilla.

De una ojeada comprobé que no hubo lucha, porque todo estaba en su lugar, detalle que contrastaba singularmente con las numerosas manchas de sangre.

— Esto me parece obra de algún cocainómano o de alguna mujer — indiqué. — ¿Sospechan ustedes de alguien?

— No puede decirse que tengamos sospecha alguna — contestó el fiscal suplente, — pero Warren nos ha dado el nombre de una mujer que fué la última persona que vió viva a la señora Branch. Si quiere interrogarle está sentado en la sala. Refiere una historia muy lógica y fácil de comprobar.

El detective Plant empezó a registrar la casa y yo me dirigí a la sala, donde encontré a un hombre de edad madura, ancho de hombros y alto de estatura, que paseaba inquieto por la estancia. Al verme se detuvo y me miró con fijeza.

— ¿Es usted el capitán Warren? — pregunté y, en vista de que me decía que sí con la cabeza, añadí: — Quisiera hablar con usted. Hágame el favor de sentarse... Tenga la bondad de decirme en pocas palabras qué ha hecho usted desde que se levantó por la mañana — concluí, tomando un sillón para sentarme a su lado.

— Salí temprano de casa — dijo con voz suave — para ir a pescar con unos amigos. Clara se levantó para hacerme el desayuno. Al marcharme, me siguió hasta la puerta para cerrarla. Supongo que volvió a acostarse, porque eso es lo que solía hacer cuando yo salía temprano. Fuimos a bordo del *Commodore*. Volvimos a las cuatro de la tarde. Yo llegué a las seis a casa y me extrañó encontrarla a oscuras. Llamé a Clara y, en vista de que no contestaba, empecé a buscarla creyendo que estaría dormida, pero la encontré muerta. Eso es todo.

Aunque no hizo protesta alguna, me pareció que el capitán Warren se esforzaba en ayudar a alguien. Refirió su historia con naturalidad.

— Hemos encontrado este revólver debajo de la almohada de la muerta — dijo. — ¿Sabe usted si solía tenerlo a mano?

— El revólver es mío — confesó tranquilamente el capitán. — Con frecuencia daba a la señora Branch algunos centenares de dólares para que me los guardase hasta que pudiera depositarlos en el banco. Sé que cuando tenía alguna suma importante en su poder se ponía el revólver debajo de la almohada.

— En tal caso hay que suponer que la señora Branch guardaba anoche bastante dinero — dedujo Plant. — Pero todo lo que hemos encontrado asciende sólo a ciento treinta dólares, que estaban en una carterita en el bolsillo de su traje de noche.

Tras unos instantes de silencio, el capitán cerró los ojos, frunció las cejas y, por fin, con tono inseguro dijo:

— Ayer, es decir, anoche, le di unos centenares de dólares. Ignoro cuántos, pero podré averiguarlo por los libros que tengo a bordo. Clara temía mucho a los ladrones. Y estoy seguro de que, a pesar de que se ponía el revólver bajo la almohada, no se habría atrevido a utilizarlo.

— ¿Sabe usted si la señora Branch tenía la costumbre de tomar estupefacientes? — preguntó el fiscal señalando la botellita que tenía Plant.

— No, no — contestó el capitán con vehemencia. — Era incapaz de eso, pero...

E hizo una pausa mientras nosotros esperábamos con ansiedad.

— ¿Sabe usted si María Bow utilizaba ese estupefaciente? — pregunté.

— No puedo asegurarlo — respondió. — No quiero afirmar nada sin estar seguro. Si eso es cocaína tal vez se la olvidó el ladrón.

Ninguno de nosotros creía que el robo hubiese sido el móvil del crimen, pues la señora Branch era sorda como una tapia, según se decía, y por tanto habría sido fácil robarle el dinero sin que se despertara.

— ¿Sabe usted si la muerte de la señora Branch beneficia a alguien? — preguntó el fiscal.

No lo creo — contestó Warren con voz extraña.

Como el capitán parecía estar con las fuerzas agotadas, nos retiramos dejando a un agente de guardia.

La obscuridad era tan completa que, seguramente, todos los habitantes de la localidad se habrían acostado ya. Cuando nos disponíamos a subir al automóvil del fiscal, vi el perfil de un hombre joven, alto y delgado.

Procuraré ver a esos dos hombres que esta tarde a primera hora estaban cerca de la casa — dije en voz bastante alta para que me oyese el desconocido.

A la luz de los faros del automóvil reconocí en él a un reportero de uno de los principales periódicos de Nueva York. En realidad, no se había visto a nadie sospechoso en la vecindad, pero quise engañar al periodista con objeto de que publicase esta opinión y así se tranquilizaría el verdadero asesino.

Aquella noche no se podía hacer nada más. Habíase encargado a algunos detectives la comprobación de la historia del capitán; los expertos en huellas digitales investigaban las manchas de sangre de la puerta del dormitorio; el forense haría a la mañana siguiente la autopsia del cadáver; el fiscal del distrito se encargaría de hacer declarar a varios testigos mencionados por el capitán, y luego se interrogaría a la esposa de éste. A pesar de que hacía ya algún tiempo que vivían separados, no cabía duda que sus declaraciones serían de interés.

A mi juicio, el crimen lo cometió alguien que pertenecía a la casa. Si aquello hubiese sido obra de un ladrón, no cabe duda de que habría robado todo el dinero.

Al investigar un asesinato lo primero que busca el detective es averiguar el motivo. En general, existen cinco, que son: la codicia, la venganza, los celos, el deseo de eliminar a alguien y, el más raro de todos, el de matar por el gusto de hacerlo.

No es frecuente que una mujer mate a otra, y si lo hace la causa suele ser la codicia. Un hombre puede matar a otro o a una mujer por cualquiera de los motivos expresados. De acuerdo con los psicólogos, puede inducirle a matar el instinto atávico de eliminar al enemigo que, de algún modo, amenaza sus intereses, y en este caso está el hombre que le roba a su rival la esposa o la novia; la mujer que le traiciona y lastima su orgullo a los ojos de los demás; el competidor en los negocios que logra vencerle, etc.

Por otra parte, la mujer siente animosidad contra el hombre cuando demuestra sus atenciones a otra. Su rival, aunque le inspira el mayor odio, generalmente se contenta con difamarla por medio de sus chismes. En cambio, cuando mata a otra mujer, casi siempre obra impulsada por motivos económicos y entonces su crimen se distingue por una ferocidad tan extraordinaria que, cuando la cogen, aun está dominada por la pasión de venganza.

Por estas razones el asesinato de la señora Branch me pareció obra de una mujer, si bien no dejaba de tener las características del crimen cometido por un aficionado a las drogas heroicas, las cuales hacen a sus adictos vengativos, crueles y peligrosos, ya que bajo su influencia pierden toda facultad de razonar.

De acuerdo con los detectives que habían interrogado al capitán antes de mi llegada, la señora Bow brilló en un tiempo como estrella de primera magnitud en la agitada y viciosa vida nocturna del Broadway. Tales mujeres suelen aficionarse a

los estupefacientes para reanimar sus nervios desgastados. También cabía que, siendo la señora Branch antigua amiga de la señora Bow, podía haber frecuentado los mismos luga-

res que ella y contraído las mismas costumbres. Al considerar a las mujeres impulsadas por un motivo económico, era preciso tener en cuenta a la señora Warren. El capitán ganaba bastante dinero y podía ser...

Pero esta teoría no conduciría a ninguna parte hasta que se interrogase a la señora Warren. Y, decidido a levantarme temprano a la mañana siguiente para seguir a la señora Bow, me acosté pensando en el problema.

A la mañana siguiente al viajar en el metro compré el periódico. En la primera página, según esperaba, se daba cuenta del crimen con grandes titulares y se indicaba la existencia de dos individuos sospechosos a quienes se prendería dentro de las veinticuatro horas siguientes.

En la oficina de detectives indicada por la señora Bow averigüé que allí no la conocía nadie, y la misma respuesta recibí en otras agencias similares. Era, pues, evidente que aquella mujer había mentido, con fines premeditados, no sólo en el detalle del empleo, sino también al afirmar que había trabajado como detective.

Visité la oficina del fiscal de distrito en Mineola, a fin de darle cuenta de mis hallazgos, y allí supe que la señora Bow había telefonado diciendo que después de ver publicado su nombre en los periódicos se presentaría lo antes posible en Lynbrook.

Uno de los secretos de tratar con éxito a un individuo sospechoso consiste en situarse siempre ante él y precederle a los lugares a que desea dirigirse. Tal vez aquella mujer previó que comprobaríamos si era verdad lo de su empleo y habría preparado ya una explicación adecuada. Pero a mí, con los datos que tenía sobre el particular, me sería posible ponerla en un apuro cuando me refiriese su historia.

Deseando encontrarme en Lynbrook antes de la llegada de aquella mujer, vi que apenas me quedaba tiempo. Desde mi oficina celebré varias conferencias telefónicas, y una de ellas con una agencia teatral, que me prometió hacer investigaciones inmediatas y comunicármelas cuanto antes. En efecto, pocos minutos después me dijeron que en otro tiempo una tal Mabel Berlín trabajaba en compañías de vaudevilles; que un empresario retuvo su equipaje para responder de su incumplimiento del contrato y que el día anterior se presentó a él y, después de pagar una parte de la indemnización que debía, retiró algunos documentos de su baúl.

Le di las gracias y me apresuré a ir a Lynbrook, pues las pruebas comprometían cada vez más a aquella mujer. Con todo, no me dejé impresionar por estos hechos, e hice bien, porque de haber conocido el proceder de la señora Warren habría sabido que también ella realizó algunas transacciones sospechosas y empleó el día en cosas que no deseaba que llegasen a ser conocidas por sus amigos. Y como muchas veces me había enredado yo mismo en estas telarañas, tenía sumo cuidado en no reincidir.

Al aproximarme a la casa de Warren vi que la hierba del jardín había sido hollada por muchos pies y el rosál arrancado. A poca distancia unos niños, jugando con salvajismo instintivo, reproducían el crimen.

Al preguntar al policía de guardia si había llegado la señora Bow, supe que ya estaba en compañía del fiscal sustituto y de algunos detectives, todos los cuales se habían reunido en la sala de la casa. Antes de entrar llamé al detective Plant para comunicarle los infor-

(Continúa en la página 90)



Clara Branch, la víctima del asesinato, según una fotografía hecha poco antes de su muerte

CASOS Y COSAS

El timo ruso del reloj

HACE poco, *La Investia*, de Karkoff, publicó el siguiente anuncio:

«Ayer encontré en la calle Soukkaia un reloj de oro. Quien lo haya perdido puede pasar por mi casa — y aquí la dirección, — a recogerlo. El reloj le será entregado siempre que pruebe ser su dueño y me gratifique con la cantidad de cinco rublos.»

El resultado de este anuncio fué sorprendente. Desde las siete de la mañana fueron verdadera legión las personas que se presentaron en la dirección indicada. Todos declaraban haber perdido el día antes, en la calle Soukkaia, un reloj de oro cuyas señas coincidían exactamente con la descripción del reloj perdido.

El que decía haberse encontrado el reloj recibía a todos los solicitantes en su despacho y, después de un corto interrogatorio, sacaba un reloj del cajón de una mesa y lo enseñaba.

— ¿Es éste su reloj? — preguntaba. — ¿Está usted seguro?

Todos juraban que aquel reloj era, efectivamente, el suyo. Y algunos hasta se atrevían a añadir:

— No es porque sea de oro por lo que estimo yo ese reloj; sino porque se trata de un recuerdo de familia.

El hombre del anuncio entregaba el reloj y recibía, en cambio, un billete de cinco rublos y un recibo por el cual el «propietario» reconocía haber entrado en posesión de «su reloj».

Después recibía al solicitante siguiente. Y de este modo el autor del anuncio distribuyó novecientos setenta y siete relojes de metal, que él había adquirido a razón de un rublo cada uno.

Fué un bonito negocio, al cual puso fin la policía, avisada por uno de los timadores-timados.

El país de los enterrados vivos

GUARDATE, lector, de morir en Francia! Claro está que debes guardarte de morir prematuramente, sea donde fuere. Pero, sobre todo, en Francia... Por lo menos hasta ahora.

De hoy en adelante, gracias a la intervención del Parlamento, en Francia van a ser comprobados con escrupulosidad todas las defunciones. Cosa que, al parecer, no hacían ahora. Por ello asusta pensar — hoy que se han denunciado en París no pocas cosas — en las probabilidades que tenía uno en Francia de ser enterrado vivo. Que lo digan si no las numerosas denuncias que, en este sentido, se han formulado en pleno Parlamento francés.

Y que tan lamentable estado de cosas era viejo, demuestran los casos que se han citado en el Palais Bourbon. En erudición que bordea lo macabro, pocos les ganarán a los diputados franceses. La cita ha sido densa, aleccionadora: la genial actriz Rachel, dada por muerta durante una travesía marítima y reani-

mándose cuando la iban a arrojar al agua; el abate Prevost resucitando al primer corte del bisturí con que se le iba a hacer la autopsia; el mariscal de Ornano, retirado vivo de la misma fosa en que iba a ser inhumado; el cardenal Donnat, levantando la cabeza en el ataúd, en plena catedral de Burdeos, cuando se celebraba una misa «còrpo re insepulto»...

¡Y que haya sido preciso relatar todo esto para que en Francia se comprueben seriamente las defunciones!

Aires norteamericanos

EL caso ha sucedido en París. James Hamilton, ciudadano de la libre Norteamérica, llegó a la capital francesa con ánimo de vengarse de las abstenciones a que la libertad — ¿cómo se explica esto? — de su país le tenía sometido.

El alegre James pensó en seguida en Montmartre — un Broadway delicioso donde no hay que esconderse la botella en el bolsillo trasero del pantalón — y allá se fué nuestro hombre en un taxi.

El chofer le dejó ante uno de los cabarets del delicioso suburbio y James, antes de entrar, entregó al del taxi

15,000 francos, diciéndole que le esperara y que ya se los devolvería cuando saliera, pues hay lugares a los que no conviene entrar con la cartera demasiado abarrotada.

Mientras por la garganta de James pasaba el contenido de una y otra botella, por la mente del chofer se deslizaban oscuras tentaciones relacionadas con aquellos 15,000 francos que en su vida se había visto juntos.

Huir era perderse, pues estaba casi seguro de que el americano habría apuntado el número del taxi. Y devolver los billetes parecía a aquel corazón codicioso una primada internacional. Se debatía el chofer entre estos dos caminos y su pecho palpitaba junto a los 15,000 francos, pues realmente la cantidad no era para menos.

Halló la solución, y cuando James, ya de madrugada, salió del cabaret y le reclamó la cantidad, el chofer se encogió de hombros como si le hubieran reclamado el pago de las deudas de guerra, y como la gente comenzó a rodearles, el taxista hizo al público signos significativos de que el alcohol había trastornado al extranjero.

Verdad es que James estaba hecho una cuba, pero la negativa del chofer fué para él como un hectolitro de amoníaco y se dispuso a demostrar que en su tierra todos saben un poco del oficio de Dempsey.

Viéndose perdido, el chofer puso en marcha el auto y entonces ocurrió lo mejor del programa. El americano cogió otro coche y, recordando las maravillosas películas de ladrones y detectives que se editan en su tierra, emprendió una persecución sensacional. Fugitivo y perseguidor cruzaron las calles de París poniendo el corazón en un puño a transeúntes, perros y gatos, derribando varios puestos ambulantes.

Por fin, James alcanzó al fugitivo y recuperó los 15,000 francos.

Lo que no se explica es por qué un hombre tan deportista y pelicularo temía entrar al cabaret con los 15,000 francos encima. ¡Caramba con el tímido!

El consejo de una mujer

COMO una esposa abandonada se presentase ante el Tribunal de Nueva Jersey pidiendo el divorcio, el juez, que era también mujer, la citó en su despacho y le dijo:

— ¿Qué le sucede a usted con su esposo? ¿Que no la quiere? Pues usted tiene la culpa. No hace nada por retenerle a su lado. No es usted seductora, y ésta es la causa principal y casi única de su desgracia. ¡Vaya usted a comprarse una barrita de carmén y una caja de buenos polvos! Arréglese. Procure hacerse agradable. Trate a su marido como seguramente le trató durante su noviazgo... Y después ya hablaremos de eso del divorcio.

Y nosotros pensamos: «Esto, esto es psicología judicial.»



¿No opinas, lector, que esta figura parece uno de esos muñecos que, al tocar un resorte, surgen de improviso de las cajas de sorpresa y sirven para asustar a los ingenuos y curiosos? Pues nada de eso; es sencillamente un policía inglés que está regulando el tráfico de una calle londinense y, para ver y ser visto con facilidad, sobre todo entre la niebla, se ha subido a esas andaderas, cubierto con un impermeable blanco que le acaba de dar aspecto de muñeco de sorpresa.

¿CÓMO SUCEDIÓ?



SEGUNDO CONCURSO DE «GRAN PROYECTOR» (1)

Los dibujos que figuran en esta página forman entre sí una historia. Nosotros los damos desordenados, y la solución del concurso consiste en ordenarlos de modo que coincidan con la solución que, debidamente cerrada en un sobre, ha depositado el dibujante en la Gerencia de la «Sociedad General de Publicaciones S. A.» El concursante ha de sujetarse a las siguientes bases:

1.^a Para tomar parte en el concurso es preciso recortar los veinticuatro cuadritos de la historia y pegarlos en una hoja de papel en el orden debido para que se vea claramente *cómo sucedió* el caso.

2.^a Al pie de cada dibujo es conveniente poner una breve explicación de lo que representa la escena. No es necesario hacer literatura, sino explicar el asunto con la menor cantidad posible de palabras.

3.^a Cada concursante puede remitir las soluciones que crea conveniente, siempre que difieran entre sí en la colocación de uno o varios cuadros, ya que en ningún caso podrá obtener dos premios un mismo concursante.

4.^a Cada solución debe traer al pie, con toda claridad, el nombre y domicilio del concursante.

5.^a Las soluciones han de estar en nuestro poder antes del 31 de octubre del corriente año, debiendo remitírsenos en sobre cerrado con la indicación de «Para el concurso ¿Cómo sucedió?»

6.^a Se distribuirán por sorteo tres importantes premios entre los tres concursantes cuya solución tenga colocados los cuadros de modo exactamente igual a como están ordenados en la solución que obra en poder de la Gerencia. Los tres premios son:

- 1.º Una lujosa gramola marca «Quillet».
- 2.º Una magnífica bicicleta marca «Quillet».
- 3.º Una enciclopedia «Columbus», obra completamente moderna en cinco grandes tomos.

7.^a Caso de ser más de tres las soluciones exactas que se reciban, se sortearán entre ellas los tres premios ofrecidos.

8.^a No se mantendrá por ningún concepto correspondencia acerca del fallo o incidencias de este concurso.

(1) Teniendo que entrar en máquina el presente pliego sin haber terminado aún el plazo para el envío de soluciones al concurso de LA NOVELA PARTIDA EN DOS, publicaremos el fallo y la solución de Angel Marsá en el número de septiembre próximo.



ARMARIO de soltero

"QUILLET"

Armario C6moda Escritorio Tocador

De construcci6n s6lida y es-
merada en maderas finas; con
chapas de fantasía, pulido y
barnizado para su entrega, en
colores caoba o nogal.

MEDIDAS

altura total 1.95 metros
ancho total 1.17 »
fondo total 0.50 »

DETALLE

Armario con departamento para
sombreros, aparato extensor con per-
chas para trajes y abrigos; soportes de
madera con varillas para el calzado;
id. id. para corbatas.

C6moda con tres cajones de $40 \times 48 \frac{1}{2}$
cm. luz interior, uno de ellos con divi-
siones para cuellos, puños, pañuelos etc.

Escritorio con estantes vertica-
les y horizontales para papel,
sobres, libros, tintero, etc.

Tocador con estante de 57×50 cm.
con moldura en el borde, para cepi-
llos, objetos de aseo, utensilios de
afeitar etc. y luna biselada de 60×40
cm. en el fondo.

4 MUEBLES EN 1

PRECIO: 550 PTAS.
a plazos de 27'50 al mes
Al contado: 490 ptas.

No es 6ste un mueble m6s, sino una verda-
dera novedad en el ramo. Es el armario
indispensable para el soltero, para el estu-
diente, para el empleado que vive en pupi-
laje. Todo cabe en 6l: ropa interior y exterior,
sombreros, zapatos, corbatas, enseres de
tocador, papeles y libros, y todo tiene en 6l
lugar c6modo y adecuado. Es imposible
almacenar m6s cosas en menos sitio. El ar-
mario-c6moda-escritorio y tocador resuelve
uno de los grandes problemas de la habita-
ci6n moderna: el del espacio, cada vez m6s
reducido y cada vez m6s necesario.

El nombre "Quillet" denota distinci6n, cr6dito,
seriedad y buen gusto. ¡No lo olvide! Es, en su
g6nero, la casa m6s antigua de España.

Se remite montado y perfectamente embalado. El precio
del embalaje, de ptas. 20, se carga en el primer plazo.

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A., un
ARMARIO de soltero "QUILLET" conforme a su descripci6n y por el precio de 550 ptas., a
plazos de 27'50 Ptas. al mes que me comprometo a pagar por vencimientos mensuales,
el primero de Ptas., a la recepci6n, y los restantes, de 27'50 Ptas. cada mes,
hasta completa liquidaci6n. Mientras no se haya satisfecho el importe de la prenda
se considerar6 6sta en calidad de dep6sito en poder del comprador.

Al contado 490 ptas.

FIRMA

Nombre y dos apellidos
Edad
Profesi6n
Direcci6n del empleo
Calle
Poblaci6n
Provincia
Estaci6n

M6vil de
25 c6ntimos

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis; Apartado 476 - BARCELONA

de irritarme. En cambio, veíame ya en un calabozo, pasando por la exasperante rutina de un juicio por asesinato...; por la intervención del jurado, los interminables careos, las alternativas de esperanza y temor. Creo haber dicho ya que soy poco nervioso por temperamento; sin embargo, durante unos minutos vine amenazado de un ataque de nervios. Crucé los brazos sobre el pecho y procuré rehacerme mentalmente. Yo era el centro donde convergían todas las miradas, expresando todos los matices de la duda y la desconfianza, pero traté de no flaquear. Entonces se originó una desviación del asunto.

El *detective* por afición hallábase sumamente atareado. Se trataba de averiguar la procedencia de la navaja de afeitar, así como el nombre del fabricante de la chalina tornasolada. Mas de repente interrumpió su tarea y frunció el ceño, como si hubiera sido derrocada alguna de sus teorías favoritas.

Luego, de un rincón del maletín extrajo y expuso a la luz un trozo de cadena fina de oro como de unas tres pulgadas de longitud, uno de cuyos extremos aparecía tinto en sangre.

El revisor alargó la mano, pero el hombrecillo no parecía dispuesto a entregársela así como así. Se volvió a mí diciendo:

— Dijo usted que se había quedado sin reloj...; ¿pendía por casualidad de una cadena como ésta?

— No — respondí hoscamente; — a excepción de los botones de oro fijo que llevo en la camisa que tengo puesta, no gasto ninguna clase de joyas.

— Y sus lentes, ¿dónde están? — me preguntó en tono brusco.

Me llevé la mano a los ojos instintivamente. No los había llevado puestos en toda la mañana, y ni siquiera los había echado de menos.

— Hágame el favor de examinar esto — insistió el hombrecillo. — ¿Es o no un trozo de la cadenita de oro que lleva usted pasada por detrás de la oreja?

Yo hubiera preferido no tocarla, porque aquel extremo manchado me hacía estremecer, pero como se clavaban en mí trece, o mejor dicho, catorce ojos recelosos, ya que allí no había ningún tuerto, tomé el fragmento de cadena con la punta de los dedos y lo contemplé alelado.

Por fin pude decir:

— Todas las cadenitas de oro se parecen entre sí; sin embargo, ésta podría ser la mía. Lo que no sé es cómo ha podido ir a parar al interior del maletín de piel foca, siendo así que yo no lo he visto hasta esta mañana y a plena luz.

— ¡Ah! Confiesa que ha tenido el maletín — dijo un pasajero que se hallaba a mis espaldas. Después agregó, dirigiéndose esta vez

— Está hecho muy limpiamente — observó el doctor con el tono de quien sabe apreciar el valor de una obra cualquiera. — Ni yo mismo lo hubiera hecho mejor. Atraviesa en línea recta el espacio intercostal; no dejó tiempo ni aun para un gruñido.

— ¿Y no está situado por ahí cerca el corazón? — pregunté. El médico me miró sonriendo con gravedad.

— Se halla justamente debajo de ese agujero... cuando no se le atraviesa a uno en la garganta — repuso.

Esta frase del doctor me inspiró un respeto nuevo por su persona. Es decir, cualquiera que se hubiera atrevido a bromear en aquellas circunstancias me hubiera inspirado un mismo sentimiento, máxime si lo hacía pasando un dedo por la herida y las manchas de sangre. Es particular, aunque no por ello menos cierto, que el hombre sano, en su estado normal, considere la carrera facultativa con cierto desdén, pero que en cuanto cae enfermo o se encuentra ante un caso parecido a aquel en que yo me hallaba, se dirija humildemente al hombre que conoce a fondo los repliegues de su envoltura carnal. Entonces se aceptan sus píldoras y hasta su tiranía, y se acoge uno a él como un buque sin gobierno busca refugio durante una galerna.

— ¿Se trata de un suicidio, doctor? — pregunté.

Se irguió en toda su estatura, luego de haber tapado el rostro del muerto con el embozo de la sábana, y quitándose los lentes, los limpió lentamente.

— No — respondió con acento decisivo. — Se trata de un asesinato.

Aunque yo esperaba que dijera esto, como es natural, la palabra me hizo estremecer. Comenzaba a temer un vahido. Detrás de mí el negro respiraba anhelante; muchos rostros se volvían a mirarnos con curiosidad desde distintos puntos del vagón.

Una mujer corpulenta, que iba vestida descuidadamente, avanzó por el pasillo y vino a encararse con el negro. Llevaba puesto un peinador color de rosa y traía consigo una parte de sus ropas.

— Mozo — comenzó a decir con la misma voz de la mujer que, horas antes, preguntaba si iba a estar aguardando todo el día. — ¿Hay en la Compañía un reglamento que consienta que una pasajera se encierre por espacio de una hora en el tocador para rizarse el pelo mientras las personas respetables no sabemos dónde...

Se calló de repente y se quedó mirando la litera número diez. El color huyó de sus frescas mejillas, su mandíbula se desencajó. Recuerdo que traté de decir algo, pero que no dije nada. Entonces ella se tapó los ojos con las estrambóticas prendas de vestir que llevaba al brazo y se marchó tambaleándose por donde había llegado.

Poco a poco un grupito compuesto de hombres, silenciosos en su mayoría, se había ido congregando en torno a nosotros. El doctor verificaba un registro en la litera cuando llegó el revisor seguido por el curioso individuo que había cerrado primeramente las cortinas. Este había sido, con toda seguridad, quien había ido a buscarle. Por el momento, yo había perdido de vista a la muchacha del traje azul.

— ¿Se ha suicidado? — preguntó el revisor tras favorecer al cadáver con una mirada puramente reglamentaria.

— No; no se ha suicidado — repuso el doctor. — No hay arma ninguna en la litera, y la ventanilla está cerrada; por consiguiente, no ha podido arrojarla por ella ni tampoco se la ha tragado..., pero ¿qué busca usted ahí? — agregó cambiando de tono.

Se dirigía a un hombre echado a nuestros pies, que, con el rostro en tierra, miraba debajo de la cama. Mascullando una excusa, el hombre se puso de pie y entonces vimos que era el que había ido en busca del revisor. Estaba perdido de polvo; en cambio, surgía alegre y triunfante, arrastrando tras sí la maleta del difunto. Su vista me recordó en el acto el conflicto en que me había puesto la pérdida de mi saco de noche.

— No sé si existe alguna relación entre ambos casos, revisor — dije, — mas yo también soy una víctima..., en menor grado, naturalmente. He sido despojado de todo lo que poseía, a excepción de una bata roja y gualda, que llevaba puesta por casualidad. Este es, tal vez, el motivo de que no me haya sido robada también.

Se oyó un murmullo, y alguien se echó a reír nerviosamente. El revisor estaba muy enojado.

— No puedo ocuparme ahora de eso — gruñó. — La Compañía responde del transporte, pero no de las ropas, las joyas o la moral de sus pasajeros. Si éstos son asesinados o despojados, suya es la culpa. ¿Por qué no dormía usted vestido? Yo así lo hago siempre.

Avancé un paso, encolerizado, pero alguien me tocó en el brazo y volví a abrir el puño que había cerrado. Comprendía muy bien la actitud del revisor; además, ante la Ley yo era culpable de negligencia.

— No ha sido mi intención hacerle a usted responsable del hecho — protesté del modo más amable que pude. — Creo que el traje que el ladrón me ha dejado es tan bueno como el mío, o por lo menos es más nuevo, pero mi maletín contenía valiosos documentos, y el interés de usted, como el mío, debe cifrarse en hallar al hombre que me los ha robado.

— ¡Naturalmente! — aprobó el doctor con vivo acento. — Hallad al hombre que se ha largado con las ropas de este caballero y tal vez cogereis al asesino.



CAPÍTULO VII

LA CADENITA DE ORO



El revisor me la ofreció con faz severa, acusadora.

— ¿Es esta una nueva y fatal coincidencia — preguntó, — o acaso el hombre que le dejó su ropa, su pañuelo listado y sus botas estrechas, le ha cedido también el producto de su crimen?

Los que me rodeaban habían retrocedido un paso; por consiguiente, comprendí que era inútil protestar.

¿Visteis alguna vez cómo sin tropezar con la telaraña que la apisona cae una mosca en un papel inventado en esta época de adelantos higiénicos y se atasca en él cada vez más hasta que finalmente cesa de debatirse y se sume en la calma de la desesperación?

Pues bien: yo era la mosca. Mi experiencia en materia de pruebas me hacía dudar de que una comprobación de identidad fuera suficiente para contrarrestar el efecto producido por aquellos indicios condenatorios y éstos significaban, no sólo mi encausamiento y la pérdida probable de mi libertad, sino que además traerían consigo el escándalo y la pérdida de mi clientela. Es increíble lo rápidamente que piensa el hombre cuando se halla en apurada situación. Estas consideraciones habían pasado por mi mente con la velocidad del rayo mientras tendía el brazo para apoderarme de la cartera; pero no la cogí.

— No la quiero — dije; — miren ustedes dentro de ella. Quizás el ladrón la ha dejado después de apoderarse de los cuartos.

La abrió el revisor, y el grupo se movió como un solo hombre hacia delante. Pero mi desilusión fué terrible; el dinero estaba allí. Mientras se contaba, contemplaba yo la operación como un idiota. Había cinco billetes de a cien dólares cada uno, seis de veinte, y otros de cinco y de uno, respectivamente, que arrojaron un total de seiscientos cincuenta dólares.

El hombrucillo del libro de notas se empenó, aun a riesgo de suscitar el enojo del revisor, en apuntar los números de los billetes. A mí me daba igual; las cosas pequeñas habían perdido la virtud

El maletín de piel de foca se encontró, al fin, sobre el tercer asiento a partir de la litera número siete, pero como se hallaba debajo de un impermeable, el hecho era altamente sospechoso. ¿Habría yo tratado de ocultarle? Se le trajo al lado del revisor y éste le abrió en el acto.

Contenía la impedimenta de rigor en estos casos: una muda de tela de hilo, una chalina tornasolada, cuellos, puños y una navaja de afeitar... Mas lo que llamó la atención de los circunstantes, lo que atrajo todas las miradas, fué una cartera plana de piel de Rusia, cerrada por ancha cinta de goma, cuyas letras doradas ostentaban el nombre de su dueño: Simón Harrington.

Mi mente de nuevo estaba llena por el recuerdo de los perdidos documentos, así es que continué diciendo:

— ¡Resulta curioso! Me eché a dormir en la litera número nueve y esta mañana me he despertado en la número siete. Anoche me dediqué a vagar por el vagón en vista de que no podía conciliar el sueño e indudablemente me metí, al volver del paseo, en la otra litera. De todos modos, hasta que el mozo me ha llamado esta mañana no me he dado cuenta de mi error. En el interregno, el ladrón, quizás el asesino, debió volver y descubrir mi equivocación, aprovechándose de ella para escapar.

El raro individuo me miró por entre los semientornados párpados a semejanza de un hurón.

— ¿Sabía alguien del tren que llevaba usted documentos importantes? — me preguntó.

La concurrencia escuchaba en silencio.

— Nadie — repuse pronta y convencidamente.

Entre tanto, el doctor hacía un inventario de los efectos del muerto. En los bolsillos del pantalón se encontraron unas llaves y calderilla; en el correspondiente a la cadera, un revólver de señora con la culata incrustada de perlas. Entre la colchoneta y la ventanilla se habían escurrido el reloj, de oro, y un dije masonico; en la pechera de la camisa que llevaba puesta, continuaba prendido un vistoso botón de diamantes. Aquellos objetos eran, por su valor, propios de una persona acomodada, aunque no de clase muy refinada en cuanto a buen gusto. El doctor los juntó formando un montón.

— O el robo no ha sido el motivo del crimen — observó reflexivamente, — o el ladrón tenía mucha prisa y se vió obligado a abandonar estos objetos.

Esta última hipótesis fué la que nos pareció más admisible cuando nos encontramos, después de haber efectuado un registro más minucioso, con que faltaba la cartera. Por otra parte, la calderilla hallada no llegaba a componer un dólar.

La maleta no nos proporcionó tampoco la clave del misterio. Sólo contenía un frasco vacío forrado de cuero, una botella, igualmente vacía, de a litro, una muda de tela de hilo y algunos cuellos marcados, sin duda en el lavadero, con las iniciales S. H. En el exterior de la maleta, pendiendo del asa de cuero, había un membrete que decía: Simón Harrington, Pittsburg.

El revisor tomó asiento en mi revuelta litera y procedió a tomar nota de aquel nombre y dirección. Después escribió unas líneas en un sobre viejo y se lo entregó al mozo. Éste salió del vagón.

— Bien; no puedo hacer más de lo que hago — observó. — Mi disgusto en este viaje ha sido tan grande, que sus efectos me durarán



un año por lo menos... En estos trenes no se necesitan ya revisores, sino un *sheriff* y varias parejas de la policía.

El mozo que iba en el coche contigo entró y le habló al oído. El revisor se puso en pie, malhumorado.

— El coche contigo se ha contagiado de nuestro mal — gruñó.

Doctor, ¿quiere usted pasar a él? Según dicen, hay una mujer enferma. Tendrá viruelas, o la peste bubónica, o algo por el estilo.

El mozo se apartó para dejarle paso, advirtiéndole al propio tiempo:

— La señora se encuentra en el centro del coche. Va vestida de negro, señor, y sus cabellos son de un color extraño..., algo así como si fueran de cobre.

— Me alegro en extremo de que usted no me crea culpable — le respondí mansamente desde mi puesto. — Lo demás me importa poco.

El revisor había vuelto a sacar su librito de notas.

— ¿Su nombre y apellido? — preguntóme con áspero tono de voz.

— Lorenzo Blakeley, de Washington.

— ¿En qué se ocupa usted?

— Soy apoderado, y además socio de la razón social Blakeley y MacKnight.

— Bien, señor Blakeley; dice usted que esta noche ha ocupado una litera ajena y también que ha sido víctima de un robo. ¿Conoce usted al ladrón?

— Únicamente por lo que me ha dejado. Híste vestido...

— ... que le stenta admirablemente, por cierto — dijo el otro con súbita desconfianza. — ¿No es mucha casualidad? Porque usted no es de una talla corriente.

— Pero ¡Dios mío! — repliqué enfurecido de veras. — ¿Por quién me toma usted y cómo puede suponer que a mí me agrada este género de corbatas, así como los pañuelos a franjas rojas y amarillas? Además, ¿cree usted, que, a no haber perdido el juicio, iba yo a ponerme unos zapatos de un número menor que mi pie?

El revisor titubeaba.

— Mi situación es algo delicada, caballero, y espero que se dará usted cuenta de ello — me dijo, — por otra parte, sólo tengo su palabra como garantía del cambio de literas..., y he de cumplir con mi deber. ¿Hay algo en los bolsillos de ese traje que nos pueda proporcionar algún indicio?

Vacé mis bolsillos por segunda vez, y él anotó su contenido.

— ¿Esto es todo? — concluyó entonces. — ¿No hay nada más?

— Nada.

— No es esto todo, señor — dijo aquí el empleado negro destacándose del grupo de viajeros. — Falta por registrar todavía un pequeño malecón negro.

— ¡Así es! — exclamé. — Ya me olvidaba de él. Pero ni siquiera sé donde está.

Las muchedumbres varían fácilmente de opinión; el grupo tornaba a desconfiar de mí. Acostumbrado a leer en los rostros de aquellos que componen el jurado, a verles pasar de la certidumbre a la duda, y de ésta a la certidumbre otra vez, estudio de un modo intuitivo las expresiones que alteran un semblante; por consiguiente, este hábito me hizo comprender que mi olvido me había perjudicado, haciendo concebir nuevas sospechas.

El *detective* por afición se abrió paso entre el grupo. Llevaba en la mano un lápiz y un trozo de papel carbón.

— Pido permiso para calcar las manchas — dijo ansiosamente. — Y también — dirigiéndose a mí — desearía que me hiciera el favor de pincharse un dedo con un alfiler..., aguja..., o cualquier objeto punzante.

— ¡Voy a ser yo el que le pinche a usted como se meta en este asunto! — saltó ferozmente el revisor. Después agregó volviéndose a mirarme: — En cuanto a usted...

Yo era inocente, desde luego, mas en aquel momento comprendí que parecía la verdadera imagen de la culpa; me hallaba cubierto de un sudor helado y el zumbido persistía en mis oídos, hasta el punto de darme vértigo.

— En cuanto a usted...

El incorregible *detective amateur* se abalanzó repentinamente sobre la almohada y desabrochó la funda, sacando ante nuestros incrédulos ojos una daga de acero que allí estaba enterrada hasta la pequeña cruz que le servía de empuñadura.

Sucedió un coro de voces a este descubrimiento y un impulsivo movimiento de avance por parte de los que nos rodeaban. ¡Así, era la daga la que me había arañado la mano! Oculté el rasguño metiendo la mano en el bolsillo de mi americana.

— Bien — dije tratando de hablar con naturalidad; — esto les demostrará si he dicho o no la verdad. El hombre que perpetró el crimen era el propietario de esta litera, de la que se mudó, no sé cómo, inmediatamente después de haber cometido el asesinato. ¡Quién sabe! Quizás cambió los números para que yo me metiera aquí. — Esta era una inspiración, y yo me hallaba sumamente complacido con ella. — ¡Esto es lo que hizo! — repetí, — ¡cambiar los números!

Se oyó un murmullo general de asentimiento. El doctor, que se hallaba en pie, a mi lado, puso su diestra en mi brazo.

— Si este caballero es el asesino, lo que me permito dudar, ¿quién es, pues, el hombre que se ha fugado, y por qué lo ha hecho? — dijo. Pero el revisor contestó en son de mofa:

— La palabra de un solo hombre no basta. Yo he viajado más de una vez en estos coches y a nadie se le ha ocurrido jamás cambiar «conmigo» de litera.

Entonces uno del grupo afirmó que desde aquel día en adelante sólo viajaría de día. Levanté la vista y mis ojos se encontraron con los de la muchacha del traje azul.

— Todos están locos — me dijo. Hablaba en voz baja y sin embargo yo la oía muy bien. — No les tome usted en serio y procure defenderse.

CAPÍTULO V

LA MUJER DEL VAGON SIGUIENTE



EN cuanto el revisor hubo salido con el médico, se disolvió el grupo congregado en torno de la litera número diez, para volver a juntarse instantáneamente en forma de reducidos corrillos, que ocupaban el centro del vagón. El empleado se había quedado de guardia junto al muerto. Volví a mi sitio y me dejé caer en el asiento, experimentando cierta sensación de alivio. Deseaba estar solo para pensar, para recordar los detalles de lo ocurrido durante la noche anterior, pero, por lo visto, el curioso individuo del diario pensaba de otro modo, porque subió al pasillo y vino a sentarse a mi lado. Había tomado nota, lo mismo que el revisor, de los efectos del hombre asesinado, así como de su nombre y apellido, dirección, vestidos, etc., y circunstancias especiales en que se había cometido el crimen, y ahora disponíase a gozar de la emoción menor que en él originaba el robo de mis cosas.

— ¡Vamos con la segunda víctima! — Esta fué la alegre exclamación con que me abordó. — ¿Hará el favor de decirme su nombre y apellido, así como su dirección? Le miré receloso.

— Lo perdí todo, menos mi nombre y domicilio — dije por ganar tiempo. — ¿Para qué quiere usted saberlos? ¿Para publicarlos? El hombrecillo pareció ofenderse por mi suposición.

— ¡Oh, no, no! ¡Nada de eso! — exclamó. — Deseo saberlos para mi propio conocimiento. Por medio de los datos que voy recogiendo puedo llegar a una conclusión y esto me agrada de un modo extraordinario; es una tarea interesante y al propio tiempo absorbente. En materia de investigación he llegado a anticiparme, dos veces, a la policía, si bien le aseguro que es por puro placer.

Recordé, muy oportunamente, por cierto, que en otra ocasión conocí a un individuo que llevaba el pañuelo dentro de la manga de su chaqueta en lugar de meterlo en el bolsillo y que asimismo sentía una chifladura por coleccionar ciertas láminas en color que sacaba del «*Lady's Book*», de Godey, y moví tolerantemente la cabeza. Todos tenemos nuestras debilidades.

— En mis pesquisas — continuaba diciendo mi interlocutor — empleo el método inductivo que creó Poe y que Conan Doyle ha seguido después con tan gran éxito. ¿Ha leído usted *Gabriel*? ¿No? ¡Ah, qué lástima! Es una obra deliciosa; pero... volviendo a nuestro asunto: ¿sabe ya el nombre y apellido de «nuestro» ladrón y presunto asesino?

— ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa? — respondí con impaciencia. — ¿Acaso lo dejó escrito con sangre en alguna parte?

El hombrecillo se resintió; parecía desilusionado.

— Entonces ¿están vacíos los bolsillos de ese traje? — preguntó señalando el que yo llevaba puesto.

¡Los bolsillos, Dios mío! En mi turbación habíame olvidado de registrarlos, así como tampoco echaba de menos el maletín de piel de foca, que el empleado colocaba en aquel momento a mis pies. Mientras yo los vaciaba sobre el asiento de enfrente, que estaba desocupado, el desconocido se ocupaba en hacer su inventario. Hallamos: en el bolsillo izquierdo superior del chaleco, dos lámpicas de plomo y una pluma estilográfica; en el inferior del lado opuesto, una caja de fósforos y un librito de sellos; un par de guantes, nuevos, de piel de Suecia, en el bolsillo derecho de la americana; en el izquierdo, una pitillera de bronce incrustada de perlas, llena, hasta la mitad, de cigarrillos egipcios. Los bolsillos del pantalón contenían un cortaplumas o cuchilla de oro, una pequeña cantidad en billetes y calderilla, y un pañuelo marcado con una S.

Un nuevo y más minucioso registro de la chaqueta nos hizo dueños de un tarjetero cuyas tarjetas rezaban todas un mismo nombre: «Enrique Pinckney Sullivan», y de un frasco de cuero con tapón de metal dorado, lleno de *whisky*, y de superior calidad, a juzgar por su aspecto, con el monograma: E. P. S.

— Su nombre es, evidentemente, Enrique Pinckney Sullivan — observó el alegre discípulo de Poe mientras lo apuntaba en su librito de notas, — pero su dirección no la conocemos aún. Probablemente es rubio. ¿Ha reparado usted en que el hombre rubio gusta de ir vestido de gris con algún detalle rojo, como por ejemplo, la corbata, en su indumentaria? Pues es un hecho. Una vez que se me ocurrió hacer un inventario del atavío masculino veraniego, comprobé que el noventa por ciento de los hombres de cabello claro siguen esta regla. En cambio, los hombres morenos, como usted, prefieren el marón o el azul marino.

La sagacidad de aquel hombre me divertía a pesar mío.

— En efecto — aprobé; — el traje que yo llevaba, y del cual me han despojado, era azul..., un azul obscuro.

El otro se frotó las manos, sonriendo.

visor y el empleado, y el primero salió a mi encuentro retorciéndose su erizado y cano bigote.

— Quisiera decirle dos palabras, pero no aquí; en el vagón — me dijo al propio tiempo que miraba curiosamente a mi compañera.

— ¿No podría esperar un instante? — pregunté; — la señorita y yo nos disponíamos a ir en busca de algo que almorzar.

— El almuerzo aguardará — replicó el otro. — Vamos, venga que no le detendré mucho tiempo.

Su voz era autoritaria y me molestó, mas como, después de todo, nos encontrábamos en unas circunstancias excepcionales, accedí.

— Demoraremos por ahora el proyectado desayuno — dije a la muchacha. — Mas no desespere; por ahí quedará siempre alguna taza de café.

Ella se separó de nosotros cuando entramos en el vagón; sin embargo, advertí que nos seguía. En torno de la litera número siete, que aun no había sido deshecha, se habían reunido media docena de hombres, según vi con sorpresa. Al pasar por el pasillo, reparé en los semblantes de los pasajeros; todos tenían una nueva expresión. La mujer alta me observaba con las pupilas contraídas, la mujer gorda, en cambio, la del corazón tierno y sensible, rehuía mi mirada poniéndose a contemplar el paisaje por la ventanilla.

No sé si fué ilusión mía, pero me pareció que una vez nos hubimos abierto paso entre el grupo éste se cerraba amenazador tras nosotros. El revisor no dijo nada y me condujo sin ceremonia junto al lecho.

— ¿Qué ha sucedido? — pregunté. Me hallaba perplejo si bien no desconfiaba. — ¿Han encontrado ustedes alguna de mis prendas de ropa? Estos zapatos me vienen tan exageradamente estrechos, que miraría con agradecimiento al que hubiera dado con los míos.

Nadie me contestó y yo también guardé silencio al reparar en la almohada de la litera, que había sido vuelta. La blanca funda estaba allí surcada de manchas rojizas. Creo que transcurrió algún tiempo antes de que yo me diera cuenta de que las manchas eran de sangre, y asimismo de que los rostros de los circunstantes expresaban recelo y desconfianza.

— ¡Toma! ¡Parece... sangre! — tartamudeé como un idiota.

Me zumbaban con persistencia los oídos, y la voz del revisor llegó hasta ellos como debilitada por la distancia.

— «Es» sangre — afirmó sombríamente.

Miré en torno mío aparentando una indiferencia que no sentía.

— Bien; ¡pero no vayan ustedes a imaginar que yo supiera una palabra de ello! — protesté.

talones para volver al vagón «Ontario». Dos o tres empleados del tren, revisor inclusive, hablaban en pie y a la sombra. En aquel momento, de una granja próxima salió el tañido de una campana llamando a almorzar a los trabajadores que se hallaban en la era y en los campos de pasto. Retrocedí lo andado y volví al lado de la muchacha.

— Es posible que estemos detenidos por espacio de una hora — observé, — y no llevamos coche restaurante. Si no recuerdo mal, ese tañido significa jamón, huevos, manteca y café. ¿Se atreve usted a...?

— No tengo gana — replicó ella interrumpiéndome; — aunque quizás no me vendría mal una taza de café... ¡Ay, sí!, me parece que sí tengo apetito — concluyó, — sólo que...

Tornó a interrumpirse y miró expresivamente a su espalda.

— Si así lo desea, llamaré a su compañera — sugerí sin entusiasmo.

Pero la muchacha movió la cabeza.

— No tiene apetito — repuso; — además..., ¡nada, es seguro que no vendrá! ¿Tenemos que correr mucho para ir a almorzar? — preguntó luego.

— No sé; — contesté en tono alegre, — mas si perdemos un tren, ya tomaremos otro. Cualquiera será mejor que éste.

— Sí; cualquiera será mejor — aprobó ella gravemente.

Yo espiaba su expresivo semblante. Apenas habíamos cruzado media docena de palabras, cuando notaba ya las inflexiones tristes o alegres de su voz. ¡Yo; que sé cómo cabalga una mujer cuando va de caza, pero que jamás supe decir cuál es el color de sus cabellos...!

Puse un pie en el estribo y me volví para ayudarla a descender. Juntos volvimos ambos a donde el conductor y el empleado del «Ontario» sostenían animada conversación. Instintivamente me llevé la mano al bolsillo que contenía los cigarrillos... y la saqué vacía. La muchacha reparó en mi ademán.

— Puede usted fumar, si lo desea — me dijo, — Yo ya estoy «fogueada», como dice un primo mío, muy voluminoso, que fuma incansablemente.

Saqué la pitillera de bronce y la abrí en silencio. Pero esta acción tan sencilla produjo un efecto extraordinario. La muchacha se había detenido de repente y la contemplaba inmóvil, como fascinada.

— ¿De... de dónde ha sacado usted eso? — me preguntó con un leve temblor en la voz, sin separar sus ojos de ella.

— ¡Cómo! ¿No le han contado el resto de la tragedia? — dije yo sosteniendo la pitillera en mi mano. — Pues vale la pena de saberla, aunque se trate de mi mala suerte. Verá usted...

En aquel mismo instante cesó el coloquio entablado entre el re-

— Entonces, usted no llevaba zapatos claros, sino negros — observó después de haber mirado los llamativos zapatos amarillos que yo tenía puestos.

— Tiene usted razón una vez más. Llevaba zapato negro y caletín bordado del mismo color. Si se mantiene usted en este terreno, va a concluir descubriendo el móvil del crimen. Ahora acompañeme al *fumoir* y le daré ocasión de que juzgue si el *whisky* que el asesino bebía es bueno o malo.

Me puse en pie y volví a llenar mis bolsillos con los objetos que de ellos había sacado hacía poco.

— ¿Servirán la comida por ahí? — dijo. — Porque no me vendría mal tomar algún alimento.

En aquel momento me di cuenta de la presencia de un tercero a mi espalda. Volvíme en el acto y me hallé frente a la muchacha del rostro vagamente conocido. Sorprendida en el acto de ir a hablar, retrocedió ruborizándose.

— ¡Ah, perdón! — dijo con viveza. — Yo pensaba..., creía que era usted... otra persona.

Con expresión rebosante de perplejidad, contemplaba la chaqueta que yo llevaba puesta. Yo experimenté la humillante sensación del que por casualidad ha cogido un paraguas ajeno. El cuello se me clavaba en el cogote.

— Pues... no soy esa persona — respondí hecho un idiota, — y crea que lo siento de veras.

Mi interlocutora tenía el cabello de color castaño y brillante, cuyas sueltas ondas bajaban hasta sus orejas; sus ojos eran azules, de un intenso color azul; en cambio, sus pestañas eran negras. Todos estos detalles los conozco desde que por primera vez me habló en el tren. Mas ¿qué importa? El valor de una pintura se aprecia por su conjunto, no mediante la suma de sus detalles.

Entonces ella vió el frasco del *whisky* y éste le recordó la misión que la había traído hasta nosotros.

— Allá, en el extremo del vagón, se ha desvanecido una señora — se apresuró a explicarnos. — He creído que tal vez le sentaría bien un estimulante y por eso me he atrevido a...

No la dejé acabar. Me apoderé instantáneamente del frasco y la seguí pasillo adelante. Asistían a la mujer indisputada otras dos o tres mujeres, que le habían desabrochado el cuello y despojado de todas las horquillas que llevaba en el pelo..., aunque no sé qué alivio pensaban proporcionarle con esto. Cuando yo llegué, la mujer corpulenta le frotaba vigorosamente las muñecas, con objeto, sin duda, de restablecerle la circulación. La desmayada era aquella a quien yo había proporcionado la litera número once. Estaba reclinada

en su asiento y tenía los ojos cerrados. Verti aturdidamente el licor en su boca entreabierta, se atragantó, tosió y acabó por reanimarse un poco

— ¡Pobrecilla! — exclamó la mujer corpulenta con acento compasivo. — Así, recostada como está, en su asiento, me recuerda a mi madre. ¡La pobre se desmayaba con tanta frecuencia...

Y otra mujer observó:

— La verdad es que no sé cómo no nos desmayamos todas. A quien se le diga que en una sola noche y en un mismo vagón se han perpetrado un robo y un asesinato... Bien puedo estar contenta de llevar dentro de un saquito pendiente de mi cuello mis sortijas... aunque a veces no pueda dormir, porque tengo miedo de aplastarlas.

La muchacha del traje azul nos miraba sorprendida, con los ojos muy abiertos. La vi palidecer ligeramente, y cómo lanzaba una rápida y temerosa mirada a su compañera de viaje, aquella mujer-cita morena en quien yo había reparado antes. Hubo un cruce, casi un choque de miradas, y la mujer bajita frunció el ceño. Esto fué todo. Yo volví a dedicarme a la enferma. Se encontraba mejor y nos togó que abriésemos la ventanilla. El tren había vuelto a detenerse y hacía un calor inaguantable. A nuestro alrededor, los viajeros murmuraban acerca del retraso; muchos consultaban sus relojes. El doctor acababa de entrar metiendo ruido y le oí hacer una observación referente a la excesiva tarea que se le presentaba aquella día. El *detective amateur* y el empleado velaban junto a la litera número diez. Afuera, el calor se levantaba de los carriles en trémulas oleadas; la madera misma del coche ardía al tacto. Una «*Cambertwell Beauty*» (1) penetró con la rapidez de una flecha por la puerta abierta y agitando sus grandes alas bajó describiendo caprichosos zigzags por el soleado pasillo. La paz de la naturaleza, la quietud y el silencio ascendían de los recién segados campos que nos rodeaban.

Còrtese por aquil

LA MUCHACHA DEL TRAJE AZUL

CAPÍTULO VI

UNA creciente cólera se apoderó de mí. El recuerdo del crimen había quedado postergado en mi mente por el sentimiento que me causaba la pérdida de los billetes y lo que ésta significaba en mi carrera. La forzosa inacción que tenía que guardar se me hacía intolerable.

El empleado no había hallado en todo el tren un maletín cuyas señas coincidieran con la descripción que yo le había hecho del mío, pero yo estaba dispuesto a realizar una nueva pesquisa; por consiguiente, di una vuelta por los coches escuchando desde los objetos más variados y lujosos en materia de equipaje, como los maletines ingleses de dorados engastes, hasta los más modestos, de mimbrres y lona, que iban en el vagón de la cola del tren. No iba solo; la muchacha del traje azul me precedía. No se había dado cuenta de mi presencia y recorrería el tren delante de mí examinando al paso el rostro de los viajeros. No sé por qué me figuré que la tarea le era desagradable, pero sin duda se había trazado una línea de conducta y la seguía hasta el fin. Ambos llegamos casi al mismo tiempo al extremo del último vagón... con las manos vacías.

La muchacha salió a la plataforma, me vió y se hizo a un lado para dejarme paso. Yo salí detrás de ella. La vía se extendía ante nosotros en pronunciada curva. El tren proyectaba su larga sombra negra sobre los caldeados campos inundados de sol. Procedente de la vanguardia del convoy llegaba hasta nosotros persistente martilleo. La muchacha no había despedido los labios, pero la tirantez de sus facciones, que yo veía de perfil, me angustió.

— No puedo alabarle del éxito de mis pesquisas — le dije, — pero si... si es que ha perdido usted algo, le agradeceré que me permita ayudarla.

Sin mirarme apenas, lo que era bien poco isonjero para mí, me respondió tranquilamente:

—Veo que se figura que he sido víctima de un robo, y no es así. Estoy confusa y perpleja... Nada más.

No supe qué contestar. Me quité el sombrero y giré sobre mis

(1) Belleza de Camberwell. Mariposa de una especie clasificada con este nombre

El Hombre Muerto en la Ventana

(Continuación de la página 8)

camino recto, y ella, por su parte, me había salvado la vida una vez en que caí en una emboscada tendida por los mismos criminales a quienes perseguía.

Sin fijarse en ninguno de los presentes, condujo a su compañero a una mesa que acababa de desocuparse a mi lado. Comprendí en seguida que me había visto y que en aquel momento estaba libre de los efectos de la terrible droga; pero como no me habló, ni pareció conocerme, tampoco yo quise saludarla, convencido de que su proceder encerraba oculta intención.

Mientras comían, hablaba Nellie en voz baja con su compañero. Cuando yo acabé, me recosté en el respaldo de la silla para encender un cigarro y dejé sobre la mesa la cajilla de plata en que acostumbraba guardar las cerillas. Nellie sacó también un cigarrillo, se lo llevó a la boca e, inclinándose hacia mí, me hizo esta pregunta con indiferente sonrisa:

— Perdone... ¿tendría usted la bondad de darme una cerilla?

Casi sin mirarla, le alargué la caja. Nellie frotó un mixto e intentó encender su pitillo; pero, viendo que no tiraba, abrió el bolso, sacó otro y encendió un nuevo mixto. Enseguida se inclinó y me puso la cajetilla en la palma de la mano. Tuve que dominarme para no descubrir la emoción que se apoderó de mí en aquel instante. Bajo la cajetilla, mi antigua amiga había deslizado un trozo de tarjeta: metí en un bolsillo ambas cosas, y en cuanto se presentó la primera oportunidad, saqué la cartulina y, escondida debajo de la mesa, leí:

El chino que se finge borracho está espiándole.

La joven advirtió mi maniobra y, riendo, pronunció en voz alta «O.K.» (visto bueno). Me di perfecta cuenta de que estas letras estaban dirigidas a mí.

Sali del local. Al llegar a la puerta advertí que el chino se levantaba pesadamente de su asiento y comenzaba a andar balanceándose a uno y otro lado. Nellie no se había equivocado; pero, por astuto que fuera un chino, podía reírme de su persecución desde el momento en que la conocía. Me detuve al llegar a la esquina y encendí un cigarro para que el joven tuviese tiempo de coger mi pista. Estando ya muy cerca de mi destino, me detuve en un escaparate lleno de chillones artículos de bisutería.

No miraba yo los géneros expuestos, sino el espejo en que se reflejaba todo lo

que en la calle ocurría. Así pude contemplar cómo mi perseguidor, que continuaba simulando su vacilante paso de beodo, me lanzó escrutadora mirada al pasar a mi lado. Seguro ya de lo que tenía que hacer, continué apresuradamente hasta dejar atrás al espía y penetré en el restaurante Dinky Connor, sabiendo de antemano que el chino sería lo suficiente

El crimen de la calle de Oriente

Tal es el nombre con que popularmente se conoce el misterioso suceso ocurrido hace veinte años en una importante capital de provincia de España.

Este crimen sensacional, que interesó y conmovió a España entera por sus misteriosas circunstancias, lo publicará

Gran Proyector

en su número de septiembre, reproduciéndolo tal como se dió a conocer al público en el principal diario de la población en que ocurrió.

El número de septiembre de
GRAN PROYECTOR

se pondrá a la venta a fines de agosto.

Pídalo en todos los quioscos.

1'25
ptas.

avisado para no seguirme en el interior del salón, donde no podría ocultarse, y que se limitaría a permanecer en el bar o en la calle esperando mi salida. En consecuencia, en vez de sentarme en el salón, me dirigí a una habitación de la parte trasera, abrí una puertecilla que daba a otra calle y por ella volví a la misma que acababa de dejar, en la cual me esperaba el chino escudriñando ansiosamente el interior del restaurante.

Y así pasó una hora entera, hasta que

se decidió a entrar y registrar con los ojos el salón. Debí de convencerse de que yo había marchado por alguna otra puerta y que había perdido mi pista por aquella noche, porque se enderezó por completo, dejó su paso vacilante y con premura se dirigió al centro de la ciudad.

Entonces yo me convertí en perseguidor, no sin tomar la precaución de poner mi automática en condiciones de sacarla rápidamente si se presentaba el caso. El hecho de que mi compañero hubiese sido asesinado y de haberse encontrado en su mano el amenazador triángulo, me demostraba que estaba siguiendo de cerca las huellas de la peligrosa banda que buscábamos, y no quería caer entre sus garras como en una ratonera. Al menos haría pagar cara mi vida. Bajé, pues, el ala del sombrero en forma que me ocultase en parte el rostro y subí el cuello de la chaqueta hasta esconder la barbilla. No era este ningún

disfraz que pudiese infundirme confianza; pero, a distancia y en la obscuridad, disimularía un poco mi silueta. Al llegar a la Sexta Avenida mi hombre se dirigió al ferrocarril aéreo por una escalera mientras yo subía por la opuesta, y los dos cogimos el mismo tren. Vigilándole desde la plataforma posterior, le vi bajar en Hell Kitchen y continué siguiéndole hasta que desapareció en el oscuro portal de una casa de misero aspecto. Es aquél uno de los peores barrios de la ciudad, una especie de madriguera donde se cobija la hez de la sociedad, pero a aquella hora de la noche estaban las calles casi desiertas. Aprovechando esta soledad y con grandes precauciones fui dando la vuelta alrededor de la manzana. Observé que, al lado de la casa en que había desaparecido el chino, había un almacén, cuyas luces brillaban apagadamente a través de las corridas cortinas. Agazapado y procurando no salir de las sombras, me acerqué a un muro que separaba el almacén de los lavaderos que ocupaban el edificio contiguo.

A tientas fui pasando la mano por la pared hasta encontrar una puerta; logré abrirla, me interné en un gran patio, me acerqué a una ventana velada también con pesadas y oscuras cortinas y aproximándome cuanto me fué posible, procuré oír lo que se decía en el interior. Aquel antro era uno de los puntos de reunión de los orientales, en el cual se dedicaban a juegos prohibidos. Comprendiendo que era muy comprometida mi situación y que si me descubrían no sólo peligraba mi vida, sino el éxito de mi trabajo, me apresuré a salir del patio y abandonar los alrededores. Me sorprendió un poco no ver ningún centinela por aque-

DOS OBRAS ÚLTIMAMENTE PUBLICADAS EN LA COLECCIÓN LOS GRANDES HOMBRES



B É C Q U E R

POR

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ

La vida brevísima del autor de las *Rimas* no abunda en hechos trascendentales, pero sí tiene en cada uno de sus pasos un mundo infinito de ideas y sentimientos, que sólo un espíritu delicado y puro como el suyo era capaz de percibir. Y José Andrés Vázquez, en esta obra, ha sabido ir descomponiendo ese mundo becqueriano del sentimiento y de la idea con una precisión y delicadeza dignas del respeto que merece el incomparable poeta sevillano.



RUBÉN DARÍO

POR

GUILLERMÓ DÍAZ PLAJA

La figura de Rubén Darío, tan conocida por el fervor que ha suscitado su obra, estudiada en aspectos parciales por numerosos ensayistas, se encuentra falta de estudios que la enfoquen de una manera global, en la totalidad de su trascendencia. Esta obra constituye quizá la más completa aportación crítica que se ha publicado sobre la obra del gran poeta, y presta un servicio importantísimo a todo el que se interese por la figura del lírico de Nicaragua.

UN TOMO CON NUMEROSAS ILUSTRACIONES

En tela y oro 4 pesetas

En rústica 3 »

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA
SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

EDITORES

Calle de la Diputación, núm. 211.

Barcelona

LIBRERÍA «EL HOGAR Y LA MODA», Valverde, 21 dupl.º — Madrid

llos contornos, porque estaba absolutamente convencido de que el chino a quien había yo seguido estaba íntimamente relacionado con el asesinato de mi compañero y seguramente casi todos los allí reunidos tenían cuenta pendiente con la policía. Pero después comprendí que, como en todo aquel barrio habitaba gente de la misma calaña, nada tenían que temer unos de otros.

Sin embargo, aun estaba yo en condiciones de defender mi persona y podría escapar de cualquier emboscada que se me tendiera. Además, no pensaba volver al restaurante de Jim en bastante tiempo.

Llegué a mi casa bien entrada ya la mañana y, después de tomar un bocado, me metí en la cama, deseoso de dormir algunas horas antes de empezar la nueva jornada.

vestido — a entregar un paquete de ropa, sobre todo en aquellos pobrísimos barrios.

Animado por esta observación, me decidí a seguir al muchacho, y pronto se presentó una verdadera sorpresa. El chico, en vez de entrar en alguna de las casas del vecindario, se dirigió a la estación y subió a uno de los ferrocarriles aéreos que atraviesan la ciudad. Me senté

Ha muerto CONAN DOYLE

Sir Arthur Conan Doyle, el popular novelista escocés que cautivó al mundo entero con sus inimitables creaciones, ha fallecido en Londres.

Había nacido en Edimburgo (Escocia) en 1859. Desde su juventud dedicóse a la literatura, la cual cultivó, alternándola con el ejercicio de la medicina, hasta los treinta y nueve años de edad, en que decidió entregarse de lleno a las letras.

Sus primeros ensayos pasaron inadvertidos, hasta la publicación, en 1887, de su deliciosa novela Un estudio en rojo, en la que presenta ya, perfectamente delineado, el famoso Sherlock Holmes.

Sus producciones atraen singularmente por el ingenio y la fantasía con que están imaginadas las extraordinarias aventuras del gran detective, utilizado como personaje principal en numerosas obras (El perro de Baskerville, La marca de los cuatro, Memorias de Sherlock Holmes, La vuelta de Sherlock Holmes, etc.).

Sin caer nunca en la vulgaridad — tan corriente y peligrosa en el género detectivesco — supo desarrollar Conan Doyle



sus novelas entre la ingenuidad y el humorismo propios de su raza, rodeando la bien urdida trama de un atractivo ambiente de misterio — de terror algunas

veces — que hace doblemente interesante el relato de sus obras.

Cultivó igualmente otros géneros literarios, entre ellos la novela histórica, como Las aventuras del general Gerard y Sir Nigel. Habiendo servido en un hospital militar durante la guerra de los bóers, publicó una historia militar de aquella guerra y, posteriormente, una ingeniosa defensa de la política inglesa en el África del Sur, obra que se tradujo a casi todos los idiomas del mundo.

En 1902 el Gobierno inglés le concedió el título de caballero.

Los achaques de la vejez, unidos a la pena que le produjo la muerte de su único hijo en las trincheras de Bélgica durante la gran Guerra, dejaron honda huella en su espíritu, dedicándose desde entonces a la metapsíquica.

Al sorprenderle la muerte cuando contaba setenta y un años, lega al mundo el tesoro de sus producciones, y el mundo entero lamenta la pérdida del genial novelista que le cautivó con las maravillas de su fecunda imaginación.

Durante el camino de vuelta fui pensando detenidamente en los diferentes aspectos de la situación. Aunque estaba seguro de que la banda que perseguía conocía los proyectos de Sui Poy y le habían matado para castigarle y verse libre de él, no me era posible conocer hasta qué punto habían llegado aquellos malhechores en sus descubrimientos. De lo que dudaba es de que supieran gran cosa de mí y hasta de que me conociesen. Lo más probable era que nadie se hubiese fijado en mi persona hasta el momento en que debieron de sorprenderme al entrar o salir de las habitaciones de Sui Poy; acaso me siguieron cuando fui a ver el capitán Calvin y después a telefonear a la policía de Wáshington. También era muy posible que Jim Mong, el dueño del restaurante chino, hubiese hablado a sus compañeros acerca de que yo había observado la inmovilidad del chino de la ventana y le había hecho algunas preguntas. El restaurante de Jim era bastante decente en su clase y nada sabía yo contra él, pero... Es inútil hacer cálculos sobre la moralidad de un hombre de aquella clase: tanto él como cualquiera de sus parientes o amigos podía estar interesado en la venta de estupefacientes; no se puede basar ningún razonamiento en la recta conducta de un chino cuando están por medio sus intereses.

A eso de media tarde, después de comer, me eché de nuevo a la calle tomando la dirección del sospechoso barrio que la noche anterior visitara y, al llegar, busqué un sitio escondido que pudiese servirme de observatorio.

Durante la primera hora sólo vi muchos chinos que entraban y salían de los lavaderos, y aun pasó otra hora larga antes de que el objeto de mis sospechas, el chino que la noche anterior me había seguido, hiciese su aparición. Cuando al fin se dejó ver en la esquina de la calle, hizo una seña a un muchacho de unos diez y seis años que, al verle se separó de un grupo de chinos jóvenes con los que hacía largo rato hablaba y se aproximó a los lavaderos. La actitud desenvuelta del joven indicaba que estaba en buenas relaciones con el recién llegado y que no era aquella la primera vez que se citaban.

Los dos desaparecieron en el interior de los lavaderos y, pocos minutos después, salió de nuevo el muchacho cargado con un gran paquete que parecía de ropa.

La primera regla a la que un buen detective debe ajustar siempre su conducta, es la de averiguar todo aquello que le parezca que sale de lo acostumbrado, y, en mi caso, no podía considerarse natural el hecho de que un chino enviase a un muchacho americano — no muy mal

no muy lejos de él para observarle mejor. El paquete debía de pesar mucho más de lo que por su tamaño hacía suponer, pues el jovencillo continuamente se lo cambiaba de mano. Dando por supuesto que contenía paquetes de opio, era seguro que, si llegaba a averiguar a quién iba destinado, habría dado un gran paso adelante que me facilitaría extraordinariamente las pesquisas que venía realizando para descubrir la banda de contrabandistas.

El muchacho bajó en la calle de Franklin y tomó la dirección del barrio chino. Andaba con seguridad, como persona que conoce bien el camino, atravesó el parque de Mulberry Bend y al fin penetró en la calle de Pell. Desde la acera de enfrente le vi entrar en el portal de una pobre casa e internarse en un patio que estaba en la parte trasera. Un chino que estaba sentado a la puerta, vestido a la oriental, se fijó en mí, permaneció un rato siguiéndome con la vista y después extendió un brazo hacia la pared. Supuse que tocaba el botón de algún timbre con el cual avisaba a los ocupantes del patio que se aproximaba una persona extraña. Era el sistema usado entre los que se dedicaban a juegos prohibidos, si bien estaba seguro de que allí no se trataba de juego y que lo que el muchacho llevaba era un paquete de opio.

No me atreví a continuar la persecu-

ción en aquellos momentos, pero se me ocurrió una idea. Corrí a la calle de Bayard y subí de tres en tres los escalones que conducían a las habitaciones de mi amiga Nellie la Rubia.

Afortunadamente estaba en casa y abrió en seguida la puerta; pero al verme, la cerró inmediatamente y me preguntó, malhumorada:

— ¿Qué es eso, Herman? ¿Qué demonios viene usted a hacer aquí? Piense que cualquiera puede seguir su pista y...

— No tengas cuidado, Nellie, no te preocupes por mí...

— Pero...

— No puedo darte explicaciones ahora. Aquí tienes esto — y deslicé en su mano un montón de billetes de banco —. Yo me voy al número tantos de la calle de Pell. Ven en seguida y sígueme de cerca.

Seguramente era un egoísmo mezclar a la pobre Nellie en aquel peligroso asunto, pero necesitaba una ayuda y no tenía tiempo para buscar otra.

Antes de un cuarto de hora volvía a estar escondido observando lo que ocurría en la casa donde había entrado el muchacho y un segundo después vi a Nellie volver la esquina; la puerta continuaba vigilada por el mismo chino, que fingía tomar el sol tranquilamente. El tiempo iba corriendo y yo empezaba a desesperar de ver salir al muchacho — que podía haber marchado durante mi ausencia — cuando apareció en la puerta con otro paquete de menores dimensiones y de mucho menos peso, pues lo llevaba sin dificultad. Yo le seguía a distancia y Nellie, desde la acera de enfrente; pero los dos tuvimos que correr cuando vimos que iba a tomar de nuevo el ferrocarril. En aquel instante llegaba un tren y la gente se apolonaba para cogerlo. Valiéndome de la confusión, me acerqué a Nellie y susurre a su oído:

— Ve a verme luego en Cookie, calle de Roosevelt.

Y mientras el chico subía a la plataforma, yo fingí resbalar y pesadamente me apoyé contra él, que a su vez tuvo que soltar el paquete para valerse de las manos y no caer; aproveché el momento y de un puntapié disimulado eché el bulto al andén. Las puertas se cerraron antes de que mi perseguido hubiese recobrado el equilibrio y advirtiéndose la pérdida del fío de ropa. Cuando se dió cuenta, se volvió furioso contra mí y empezó a golpear la puerta intentando abrirla. Era demasiado tarde. El tren había arrancado.

Convencido de que Nellie había visto y comprendido el juego con el bulto, procuré calmar la indignación del muchacho, le di cuantas disculpas se me ocurrieron, le aseguré que el paquete lo recogería algún empleado de la estación y seguramente volvería a su poder, demostrando que era su dueño en el departamento de objetos perdidos. Mientras tanto, llegamos a la siguiente estación y, sin dejar de blasfemar, tomó medio dólar que le ofrecí y bajó del tren. Yo continué en el ferrocarril hasta que paró de nuevo y desde allí me dirigí en un taxi a la calle de Roosevelt, donde tenía alquilado un cuarto por si alguna vez lo necesitaba en casos de compromiso.

Nellie, que me esperaba con el paquete todavía cerrado, me recibió con estas palabras:

— ¿Qué se ha propuesto usted, Herman? ¿Qué nos maten a los dos?

Hablaba con más miedo que mal humor,

NAPOLEÓN

por H. A. LAURENS FISHER



Interesante Biografía

PUBLICADA EN LA COLECCIÓN

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura del caudillo, que llenó con su grandeza todo un siglo de la historia de Francia y aun de Europa entera, y cuya sombra sigue proyectándose todavía en nuestros tiempos, aparece magníficamente descrita por la pluma de Laurens Fisher. Este escritor inglés, en una versión notablemente documentada, nos cuenta la vida del ambicioso emperador, su juventud, sus amores, sus heroicidades, su ambición misma que, como imparcial y acertadamente señala en esta excelente obra Laurens Fisher, tuvo que detenerse ante dos enemigos peligrosos que le salieron al paso: la Iglesia católica por una parte, y el espíritu de nacionalidad por otra, sintetizado en el alzamiento español.

Un tomo ilustrado con
32 artísticas fotografías

En tela y oro 4 ptas.
En rústica 3 ptas.

Otros títulos publicados en la colección **LOS GRANDES HOMBRES**

DANTE, por I. Vázquez Yepes.
CERVANTES, por M.^a Luz Morales.
MOLIERE, por José Escofet.
BISMARCK, por A. Herrero Miguel.
GOYA, por T. Gutiérrez Larraya.
VICTOR HUGO, por A. H. Miguel.
BÉCQUER, por J. Andrés Vázquez.
RUBÉN DARÍO, por G. Díaz Plaja.

De venta en todas las librerías
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

— Nada de eso, querida Nellie. Ya verás cómo los dos salimos de este asunto sin un rasguño. Perdona que me haya permitido disponer de tu ayuda para realizar esta hazaña, pero no tenía tiempo de buscar la de nadie más.

— ¿Qué hay en ese paquete?

— Ya lo veremos después. Ahora escucha.

Convencido de que podía tener confianza en la pobre muchacha hasta el punto de dejar en sus manos mi vida, le explique el motivo de mi estancia en Nueva York y hasta le dije que el asesinato de Sui Poy se debía a que el infeliz era mi ayudante.

— Lo adiviné en cuanto me dieron la noticia del crimen. Además, entre los chinos se dice que han *suprimido* a ese muchacho por espiar a los traficantes de opio..., esa droga que tanta falta nos hace...

— No sigas por ese camino, Nellie.

— Perfectamente, dejemos el asunto. Ahora escúcheme usted. Anoche comprendí que Fu Long le espiaba. Es uno de los criminales de Frisco y tiene fama de ser de los más atrevidos. Lo traje Wang Shu cuando llegó hace unos tres meses...

— ¿Está otra vez ese bandido en Nueva York? Creí que había embarcado para China hacía un año.

— Eso se dijo, pero yo le he visto aquí y estoy en condiciones de explicarle lo que hay de este enredo. Podrá usted seguir avanzando hasta que encuentre quien le detenga en su camino y le envíe tal vez a reunirse con su amigo..., aunque probablemente allí encontrará o encontraremos — por mejor decir — siete jueces celestiales que nos darán la bienvenida.

Se echó a reír con amargura hasta que se le escapó un sollozo de desconsuelo. Luego, acercando una silla, me obligó a sentarme a su lado.

Yo sabía que Wang Shu era uno de los criminales más temibles de toda América. En otro tiempo había pertenecido a la banda de On Leongs y, después de traicionarle y robar sus fondos, se agregó a la de los Hips, apareciendo luego complicado en algunos crímenes en San Francisco, Chicago y Nueva Orleans. Se le había sorprendido jugando a los prohibidos, había tomado parte en la venta de algunas jovencitas, compatriotas suyas, y, finalmente, se le conocía como capitán de bandoleros.

Y a esta hoja de servicios del famoso Wang, añadió Nellie que, apenas llegó a Nueva York, había arrendado tres antiguos almacenes en la calle de Pell, donde vivía con algunos de sus compañeros, entre ellos Fu Long, hombre de toda su confianza. Si era él quien traficaba con el opio — y Nellie se inclinaba a creerlo así, porque desde su llegada era fácil encontrarle entre los chinos — el asesinato de Sui Poy no podía atribuirse más que a orden suya, y seguramente fué ejecutado por mano de Fu Long. También me dijo que entre los chinos del barrio era voz general que aquel espía había sido expuesto en la ventana de su habitación para que sirviese de escarmiento a todos los que pensasen dedicarse a perseguir a los traficantes de opio.

Terminada la conversación examinamos el contenido del paquete, que se componía de ropa blanca sucia. Dentro de una de las camisas encontramos arrollado un papel que a primera vista parecía un recibo del lavadero, escrito en chino, aunque, en realidad, era un men-

saje dirigido a alguien. Los caracteres eran regulares, mas para descifrarlos se necesitaba la clave. A pesar de que conozco tan bien como cualquier otro a los chinos y su lenguaje — hasta en mis venas corre algo de su sangre — necesité tiempo y paciencia para comprender lo que allí decía. Al fin, saqué en limpio que se hacía saber a alguien que podía volver tranquilamente al barrio y que alguna cosa estaba para llegar «tres lunas después». Estas palabras estaban seguidas de un signo que, por lo imposible que me fué comprender, deduje que sería algún símbolo secreto.

— Esto no es ningún recibo de lavadero, sino un mensaje — murmuré dirigiéndome a Nellie cuando me convencí de la verdad de mi presunción.

Como el portador había salido de los sospechosos lavaderos donde yo sabía que se escondía Fu Long, era fácil comprender que a él estaba dirigido el mensaje; es más, probablemente en el pesado bulto que el muchacho había entregado iba algún papel haciendo preguntas, a las cuales Wang Shu contestaba en el que yo tenía en mis manos diciendo en concreto que la policía no sospechaba de él como asesino de Sui Poy y que podía volver tranquilamente al barrio chino. Lo único que me confundía era lo de las «tres lunas». Claro está que no era difícil comprender que alguna cosa había de llegar el viernes, tres días después; pero... ¿qué? ¿Más opio? ¿Y por qué medio?

Envolví de nuevo el paquete procurando dejar las cosas exactamente en el mismo estado en que las había encontrado y ordené a la patrona de la casa que fuese a la oficina de objetos perdidos encargándole que diese falsos nombre y dirección y que explicase que uno de sus hijos había encontrado aquel paquete en una estación y lo había llevado a su casa creyendo que contendría algo de valor. Yo mismo la seguí y la esperé a la salida de la oficina. Me alegré mucho de haber tomado estas precauciones porque vi al jovencillo esperando a ver si su precioso bulto volvía a sus manos. Cuando salió de nuevo con él, marché en su seguimiento un rato; pero no tardé en convencerme de que estaba perdiendo el tiempo, porque era seguro que el chico llevaría el lío a su destino e inventaría cualquier excusa para justificar su tardanza, pero nunca confesaría que se había separado un solo momento de él.

Cuando me interné en la ciudad, me apresuré a llamar por teléfono al capitán Calvin y, poco después, estábamos reunidos con algunos de sus agentes en un local donde nadie podría fijarse en nosotros.

El capitán me comunicó que sus hombres no habían averiguado nada con respecto al asesinato de Sui Poy, que algunos parientes del muerto habían trasladado a Washington su cuerpo y que todavía ocupaba la policía las habitaciones del difunto, donde no habían permitido la entrada a ningún chino, aunque varios lo habían intentado en diversas ocasiones valiéndose de diferentes pretextos.

Comprendiendo que no podía esperar ayuda de la policía, me determiné a jugarle el todo por el todo y, en un rasgo de audacia, averiguar si podíamos considerar a Fu Long como el asesino de mi infortunado amigo. Además, si lograba averiguarlo, me sería más fácil concentrar todas las fuerzas policíacas sobre Wang Shu. Calvin escuchó atentamente cuantos pormenores le expliqué, las suposiciones que sobre estos datos había

VICTOR HUGO

por A. HERRERO MIGUEL



Nueva e interesante biografía publicada en la colección

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura de Victor Hugo ofrece en la historia de la literatura un interés excepcional por su doble aspecto de incomparable escritor y de plasmador del espíritu romántico francés. Por eso una biografía suya es un medio eficazísimo de conocer más profundamente la recia personalidad que le hace sobresalir sobre todos sus contemporáneos.

A través de los nueve capítulos de este tomo va desarrollándose la vida íntima del genio con una nitidez de acción realmente notable. Desde la accidentada infancia, con los inquietos viajes por Italia y España, hasta la serena ancianidad, con los triunfos literarios y las intervenciones políticas, toda la vida de Victor Hugo nos la presenta Herrero Miguel como un esfuerzo sublime del que lucha por la patria y por las letras, dando en cada caso el preciso análisis de las causas que motivan el hecho o el esquema del fin a que tienden.

Un tomo ilustrado con 32 artísticas fotografías:

En tela y oro. 4 ptas.

En rústica. 3 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 dup. — MADRID

formado y los proyectos que iba a llevar a cabo. Aprobó en un todo mi plan, que consistía en disfrazarme y tomar posesión de las habitaciones de Sui Poy fingiéndome primo suyo; los agentes que las ocupaban simularían dejarme solo y se esconderían en cualquier sitio del vecindario, preparados para acudir en mi ayuda a la primera señal. Sabía perfectamente que exponía mi vida, pero me parecía que el asunto merecía la pena.

Por lo demás, la policía se guardaría muy bien de demostrar que habían concebido las menores sospechas con respecto a Wang Shu o a los suyos. Por mi parte, estaba más que convencido de que el feroz asesino no consentiría que un pariente de Sui Poy se instalase en sus habitaciones sin hacer algo para asustarle y evitar que continuase las huellas de su primo, ya que seguramente la banda de malhechores creería que la intención del pariente del muerto, al ocupar su departamento, era la de vengarle; y resultaba peligroso para ellos continuar el comercio prohibido mientras pesase sobre su cabeza la amenaza de una venganza personal. En una palabra, mi sospecha era que la misma persona que había realizado el asesinato de mi ayudante intentaría obrar en la misma forma conmigo.

ESTABA seguro de haber llegado, protegido por mi disfraz, a las habitaciones de Sui Poy sin haber llamado la atención de nadie. Llevaba alimentos al menos para tres días.

Cuando los agentes se alejaron obedeciendo las órdenes de su capitán, dijeron a los orientales, dueños del establecimiento, que dejaban muebles, ropas y la habitación del muerto a cargo de un primo suyo.

Ya solo en el piso, cerré y atranqué la puerta de entrada, ajusté también las ventanas y corrí cuidadosamente las cortinas de manera que nadie pudiese sospechar que estaban ocupadas aquellas habitaciones. Mas la falta de ventilación empezó a hacerme sufrir, convirtiendo los cuartos en verdaderos hornos. Al cabo de algunas horas me decidí a abrir una ventanilla — situada en la parte superior de mi alcoba — que recibía luz por una especie de patio o callejón interior, al cual no daba ninguna otra ventana del edificio que teníamos al lado; es decir, elevándose frente a mí sólo un muro sin la menor abertura, nada tenía que temer por aquel lado.

Pasó la primera noche sin incidente alguno, a pesar de que, escondido tras las cortinas, pude observar que muchos chinos, al pasar, levantaban los ojos hasta mi ventana. Al día siguiente llamaron con unos golpecitos a la puerta, pero como no seguían el ritmo convenido con los agentes de policía, decidí no abrir.

El hecho de que alguien tuviese interés en entrar en mi casa dió vuelos a mis sospechas y decidí no ocupar aquella noche la cama. Repito que nada tenía que temer, mas siempre era posible que desde la casa de enfrente tiroteasen mis ventanas con la intención de asustarme o de que la casualidad me metiese una bala en el cuerpo. Y, a pesar de todo, me ilusionaba esta idea, porque, si resultaba cierta, podría saber quiénes eran los que me perseguían.

Al llegar la noche coloqué en mi cama un fantecho hecho de mantas convenientemente envueltas, dejé una lámpara encendida, velé su luz y abrí ligeramente las cortinas de la habitación. Después

me coloqué lo mejor que pude un una silla de extensión que llevé a la cocina y me quedé amodorrado.

No sé qué ligero ruido me despertó a las primeras horas de la madrugada. Puse atención y percibí una especie de susurro que me despabiló por completo. Sin dudar un instante, me arrastré sigilosamente hasta la puerta. Siguió un rato de absoluto silencio.

De pronto, en la ventanilla de mi alcoba apareció la cabeza de un hombre. Mi primera impresión fué la de la sorpresa, porque creía completamente inaccesible aquella pequeña abertura; pero en seguida recobré mi sangre fría y, pistola en mano, me preparé a defenderme.

El intruso adelantó un poco más el cuerpo y volvió la cabeza de forma que la luz cayó de pleno en su rostro. Reconocí en aquellas amarillas y odiosas facciones las de Fu Long.

Alargó el brazo y disparó tres veces sobre el muñeco que ocupaba mi cama. Yo apunté desde mi cadera, sin mover la mano y disparé en el preciso momento en que desaparecía.

Un grito de dolor respondió a mi disparo.

Un segundo después estaba yo sobre una silla y con la cabeza asomada por la ventanilla mirando al exterior. A la luz de la luna, que iluminaba de lleno el callejón, vi que Fu Long, para alcanzar mi habitación, se había valido de una larga cuerda de nudos que pendía del tejado y caía a plomo sobre la ventanilla. El asesino había huido trepando por ella. ¡Cómo sentí no haberle matado!

Y no me quedó más remedio que admirar la agilidad e ingenio de mi amarillo enemigo.

Inmediatamente me di cuenta del alboroto que se había armado en el vecindario, de donde, por todas partes, llegaban a mis oídos gritos y exclamaciones. Corrí a la puerta y llegué en el mismo instante en que los agentes de Calvin llamaban con la señal convenida. Al abrir, aparecieron tres guardias uniformados, uno de los cuales era un antiguo compañero, mi buen amigo John.

— Limpia de chinos el vestíbulo — ordené precipitadamente.

— Ya lo hacen Murphy y Levinsky. ¿Estás herido?

— No, pero se me ha escapado el bandido. No le he hecho más que un arañazo. Escucha, uno de vosotros id a telefonar a Calvin para que me espere en la oficina y volved en seguida con otro policía y un taxi; y otro que suba al tejado y recoja la cuerda de nudos que ha servido al chino para bajar hasta mi ventana.

Los dos hombres fueron a cumplir mis órdenes mientras yo explicaba a John la situación y le pedía que permaneciese en aquellas habitaciones hasta que viniese algún agente a relevarle.

No tardaron en llegar otros policías de servicio en los alrededores y me avisaron que un auto me esperaba.

Con la cara vendada simulando estar herido, pero en realidad para ocultar mi rostro, subí al auto y di orden de conducirme a la delegación donde me interné en el despacho particular de Calvin.

En pocas palabras le expliqué lo ocurrido desde que nos separamos; le hablé de mi convencimiento con respecto a que Fu Long formaba parte de la banda de expendedores de estupefacientes y de la seguridad que tenía de encontrar en los lavaderos el principal depósito. Me figuraba, basándome en el cálculo de las tres lunas, que el día siguiente

sería el designado para la entrega de algo que en mi opinión era opio.

Después de discutir un rato decidimos que yo saldría de la delegación disfrazado con un uniforme de policía, lo cual me permitiría burlar la vigilancia de los espías, que sin duda me habrían seguido desde la casa de Sui Poy y así me dirigiría al cuartel donde daría las órdenes oportunas para que tanto el barrio en que se encontraban los lavaderos como la casa de la calle de Pell estuviesen constantemente vigilados y para que ante cualquier anomalía que se observara en un sitio u otro me telefonasen a las habitaciones que tenía alquiladas en la calle de Roosevelt. Uno de los agentes habría de permanecer constantemente al lado de un teléfono, tal vez en alguna tienda de comestibles, y allí recibiría órdenes de sus compañeros.

Calvin también mandaría algunos hombres vestidos de paisano a las inmediaciones de los lavaderos y él mismo me esperaría cerca de la entrada de la calle de Mott. Si yo recibía algún aviso iría a buscarle en persona y juntos obraríamos. Seguramente, en el momento oportuno, tendría que vestirme con un traje oriental para no excitar sospechas a los astutos hijos del Celeste Imperio y deslizarme así más fácilmente entre ellos hasta el interior de sus salas de juego o almacenes.

DESPUES de vestirme de uniforme, salí de la delegación cuando apenas alumbraban las calles las primeras luces del alba. En el cuartel di las órdenes necesarias y, dos horas después, estaba todo el mundo en su sitio, esperando las aventuras de aquel memorable día.

En seguida tomé un taxi, me dirigí a mi cuarto de la calle de Roosevelt, me teñí cara, brazos y manos y me vestí con un traje oriental. Acababa de almorzar cuando sonó el timbre del teléfono: era el agente que tenía orden de colocarse al lado de algún aparato; me avisaba que había podido encontrarlo en una tienda de comestibles, y que los cinco hombres que le acompañaban estaban ya en sus puestos, convenientemente escondidos. Poco después me llamó también mi amigo Calvin para decirme a su vez que tanto él como sus hombres estaban preparados.

Pasaron varias horas sin que nada rompiese la monotonía, y, unas veces fumando, otras amodorrado, esperé a que llegase nuevo aviso.

Poco después de mediodía el timbre del teléfono volvió a sonar y, entre emocionado y complacido, me dirigí al aparato, a través de cuyos hilos supe que una camioneta vieja, guiada por un hombre blanco, y con el anuncio del lavadero en los costados, acababa de detenerse a la puerta del sospechoso lugar, y que dos chinos, vestidos a la usanza del país, habían salido de los lavaderos con un gran cesto, al parecer de ropa, y lo habían metido en el vehículo; era tan pesado el bulto, que parecía imposible que sólo contuviese ropa, y sospechaban que se trataba de grandes paquetes de opio.

Ordené que continuasen sus hombres vigilando los lavaderos y que nadie saliese de ellos sin ser visto. También encargué que se avisase a la central de teléfonos a fin de que tomasen las medidas convenientes para que ningún chino consiguiese telefonar desde aquel sector. Sin perder un minuto, tomé un taxi que me condujo a donde estaba Calvin a quien expliqué lo ocurrido.



LOS AMORES DE CHOPIN

por Carmela Eulate

Esta bellísima obra es la novela de la vida sentimental del artista polaco, y su lectura es imprescindible para cuantos deseen gozar y penetrar más íntimamente en el sentido de las obras del gran compositor.

Un tomo de 254 páginas 5 ptas.

Publicado en la colección
EL ARTE DE LA MÚSICA

en la que también figuran los siguientes títulos:

La religión de la música, por Camilo Maclair. 4 ptas.

Historia de la música moderna, por Camilo Maclair 5 »

Para entender y saborear la música, por Arturo W. Pollitt . . 4 »

Perfiles y recuerdos, por Camilo Saint-Saëns 4 »

Dicen los músicos..., por José M.^a Borrás . . 5 »



De venta en todas las librerías
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 dup. — MADRID

Colección de Novelas



WILLIAM J. LOCKE

El novelista más leído en todo el mundo, por lo humano de los caracteres de sus personajes, por su fino humorismo y por sus acertados detalles de observación de la vida real. Sus obras están traducidas a todos los idiomas.

OBRAS PUBLICADAS

LA GLORIA DE CLEMENTINA
EL AMADO VAGABUNDO
SÉPTIMO
EL VENDEDOR DE FELICIDADES
MOORDIUS Y COMPAÑÍA
LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE ARÍSTIDES PUJOL
UN JOVEN AFORTUNADO

EN PRENSA

STELLA MARIS

PRECIOS DE CADA VOLUMEN
Encuadernado en cartón, 5 ptas.

Solicite el catálogo, que se envía gratis.

EDICIONES DE
Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — Barcelona

De venta en todas las librerías
de España y América

Librería "El Hogar y la Moda"
Valverde, 21 dup. — Madrid

— Yo me voy ahora mismo a la calle de Pell, a donde creo que podré llegar antes de una hora, y tanto si se presenta la camioneta como si no, registraremos la casa.

ENTRÉ por uno de los extremos menos poblados del barrio chino y me escondí en el interior de un portal donde podía vigilar la casa sospechosa sin ser visto.

El mismo centinela de la otra vez estaba en su sitio, sin hacer el menor movimiento cuando un chino entraba o salía de la casa. De tiempo en tiempo, pasaba alguno de los agentes de Calvin, pero con el fin de no llamar la atención del portero, ni siquiera miraba el edificio. Una vez distinguí al mismo Calvin que cruzó por el extremo de la calle.

Transcurrieron alrededor de tres cuartos de hora sin que ocurriese la menor novedad. Al fin, en un extremo de la calle se presentó un vehículo que reunía todas las señas que me habían dado por teléfono y se detuvo a la puerta de la casa que vigilábamos. No cabía duda que, bajo la destartada carrocería, se ocultaba un magnífico motor, pues uno en consonancia con el aspecto del coche no hubiera hecho tan larga travesía en tan poco tiempo.

Dos chinos saltaron de la parte posterior de la camioneta y se apresuraron a sacar una cesta enorme, que debía de ser pesadísima a juzgar por el esfuerzo de los dos hombres. El centinela tampoco hizo el menor movimiento ni pronunció una palabra.

Cuando la camioneta desapareció por el otro extremo de la calle salí de mi escondite con la lentitud y tranquilidad del que no intenta ocultarse; Calvin también se hizo visible y vino hacia mí. Al llegar a la puerta de la casa en cuestión, pude distinguir todavía la cesta, que desaparecía en aquel momento en un patio interior.

Me interné en el portal con tanto aplomo como si aquella fuera mi casa y después de pasar delante del portero — que, como de costumbre, no se movió — me volví y le llamé en su propio idioma. Pareció sorprenderse un poco, pero se levantó y se acercó a mí sin poner el dedo en el timbre de aviso.

Inmediatamente saqué mi pistola y se la apoyé en el vientre. El chino se estremeció de pies a cabeza y se detuvo sin pronunciar una sola palabra. Un momento después entraba Calvin con algunos de sus agentes.

— Sujeta a este hombre — ordené en voz baja. — Yo voy al patio interior donde me parece que acaban de llevar un cargamento de opio. No se muevan ustedes de la puerta; si les necesito tiraré un tiro o romperé un cristal y en ese caso vengan corriendo.

En un abrir y cerrar de ojos me interné en el patio. Aun oí en el piso superior el ruido de la cesta al arrastrarse; me quité los zapatos y, procurando no producir ni el más ligero roce, ni dejar la pistola de la mano, me aventuré por una escalera que nacía en el patio. Cuando llegué a la parte superior, los dos chinos hacían desaparecer la cesta en una habitación cuya puerta se abría frente a la escalera; siempre en silencio, corrí hasta lograr detener la puerta en el momento en que iba a cerrarse y penetré en el interior, donde estaban reunidos algunos chinos que me miraron con la mayor expresión de asombro que he visto en mi vida. En uno que estaba cerca de la puerta reconocí a Fu Long, que, al ver el revólver que llevaba yo en la mano — y que obligó a los restantes a agaza-

parse en los rincones — dió un salto fantástico y, antes de que pudiese yo evitarlo, penetró en una habitación y cerró la puerta tras sí. Temiendo que se me escapase y sin atreverme a dejar solos los otros me acerqué a una ventana y con el codo rompí un cristal.

Unos segundos después, segundos que a mí me parecieron siglos, llegó Calvin con sus agentes y maniataron a los tres prisioneros, que no ofrecieron la menor resistencia.

— Guardad la entrada de la casa — grité a uno de los agentes mientras procuraba abrir la puerta tras la cual acababa de ocultarse Fu Long.

Viendo que resistía a mis esfuerzos, llamé a Calvin para que viniese en mi ayuda; los demás policías también se aproximaron y juntos empujamos la puerta, que empezó a ceder. Pronto se rompieron sus goznes y, coincidiendo con su crujido sonó el estampido de un tiro.

Fu Long, que se había disparado una bala en la cabeza, estaba ya muerto cuando llegamos a él.

EL resto de la historia puede explicarse en pocas palabras.

Uno de nuestros prisioneros era el mismo Wang Shu.

Encontramos en el cesto opio ya dispuesto para el consumo por valor de unos once mil dólares. Pero en el registro que hicimos del local descubrimos cosas de mayor importancia, tal como una caja de cuero que contenía algunos cuchillos idénticos al que encontré clavado en el cuerpo de Sui Poy. Faltaba uno solo en el estuche.

También nos acompañó el éxito en el registro que se verificó en los lavaderos y en el almacén contiguo, donde encontramos opio sin preparar por valor de unos sesenta y cinco mil dólares e hicimos seis prisioneros.

Claro que no nos fué posible probar que el asesinato de mi ayudante se había cometido por orden del jefe de la banda, pero como todos abrigábamos idéntico convencimiento, logramos que los tres hombres capturados sufriesen larga condena. En cuanto a los seis prisioneros cogidos en los lavaderos, aunque negaron su intervención en el asunto e incluso que conociesen la existencia del opio y no nos fué posible probar su culpabilidad, fueron todos deportados.

Por más que negasen, era indudable que, después de haber conseguido introducir de contrabando la prohibida droga, la iban amontonando para prepararla en el almacén vecino a los lavaderos. De allí, poco a poco, según la demanda, la iban transportando a la calle de Pell, donde Wang Shu se encargaba de distribuirla entre los chinos del barrio.



— ¿Sigues "parao" tu marido?
— No; ahora tiene faena "pa" rato. Le han "condenao" a diez años de trabajo "forzao".

Entretenga sus ocios con amenas lecturas

Para ello ninguna publicación más indicada que "LA NOVELA ROSA"

Tiene la experiencia de sus siete años de contacto continuo con el público. Tiene montado un cuerpo de asesores literarios encargados de seleccionar las mejores novelas que aparecen en España y en el extranjero.

Ha tenido el acierto de familiarizar entre el público de habla española nombres como los de Muñoz Pabón, Aguilar Catena, Berta Ruck, Concordia Merrel, María Sepúlveda y otros prestigiosos novelistas. Observe como anualmente renueva sus aciertos descubriendo a nuevos autores.

Tiene el aliciente de publicar libros para todos los gustos, que pueden llevarse al hogar y pueden ser leídos por toda la familia.

Desde este año, "LA NOVELA ROSA" publica cada quincena, además de la novela inédita, una reimpresión de gran éxito. Pida a su librero que le reserve las reimpresiones que Ud. no conozca, pues todas ellas son novelas de gran éxito que se agotaron rápidamente.

Le ofrecemos nuestro nuevo departamento de ventas a plazos

Libros publicados en lo que va de año

Precio : 1'50 ptas. volumen corriente

- N.º 227* - Corazones que no se encuentran
- N.º 39 - El secreto de Julia Godoy
- N.º 152 - El alojado
- N.º 80 - Afortunada en amores
- N.º 151 - Las veleidades de Consuelo
- N.º 150 - El ama de llaves
- N.º 112 - La sin nombre
- N.º 226* - Camino difícil
- N.º 103 - La millona
- N.º 148 - Justa y Rufina
- N.º 36 - Yo... no era yo
- N.º 147 - El heredero
- N.º 101 - El Amor y Diana
- N.º 146 - La estatua velada
- N.º 145 - Error

- Berta Ruck
- A. Marín Alcalde
- Berta Ruck
- Berta Ruck
- Carmela Eulate
- Henry Greville
- Concordia Merrel
- Concordia Merrel
- J. F. Muñoz y Pabón
- J. F. Muñoz y Pabón
- Berta Ruck
- Francis H. Burnett
- Concordia Merrel
- M. Maryan
- María Sepúlveda

Los números señalados con * se venden a 2 pesetas.

Pida la lista de los 156 títulos publicados. Entre ellos encontrará las mejores obras de sus autores favoritos. Tenemos existencias de todos los números atrasados.

"LA NOVELA ROSA" se vende en las buenas librerías y en algunos quioscos. Si no la encuentra en su localidad, pida los títulos que desee a los editores que le enviarán los libros contra reembolso.

EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - PROVENZA, 216 - BARCELONA

Fabricando Diamantes en el Crisol

(Continuación de la página 15)

Le encontré tan harto de aquel asunto, que me confesó que no asistiría a la prueba de La Coste.

— Es orden del Prefecto — añadió Tobin — que suspendamos nuestra intervención en este asunto, mientras no se presente una denuncia por fraude contra La Coste. Y si he de decir la verdad, me alegro de esa orden, porque tenemos muchas otras cosas en que ocuparnos.

De todos modos, yo hubiera deseado asistir a los experimentos de La Coste, porque, de ser un tramposo, habría podido descubrir el hecho. Pero la prueba, según supimos, constituyó un verdadero éxito.

DOS meses más tarde sir James Norris denunció a La Coste por estafa. Dió la casualidad de encontrarme yo en la Jefatura cuando los gendarmes hicieron entrar a La Coste acompañado por sir James, monsieur Devereaux y un inglés para mí desconocido. Este era un célebre prestidigitador londinense que sorprendió al profesor en el momento de introducir en el crisol varios diamantes sin tallar, que llevaba escondidos en un guante de piel. Al abrir el crisol caliente, los soltó por un agujero que había en la punta de un dedo de dicho guante.

Pero el profesor rechazó, indignado, la afirmación del prestidigitador. Ni Devereaux ni sir James habían observado la sustitución, que debió de ser muy rápida en caso de haber existido. Examinados los guantes de La Coste, se vió que, en realidad, estaban desgastados por el uso y que tenían un agujero en la punta del índice de la mano derecha, pero el profesor, muy enojado, se defendió diciendo que habían sido reconocidos por los testigos de los experimentos anteriores y que no tenía inconveniente en repetirlos en presencia de la policía.

Aparte de la acusación del prestidigitador, existía otra prueba contra él. Sir James dijo que había adelantado grandes sumas de dinero a La Coste para construir una fábrica en Argelés, cerca de un salto de agua, que proporcionaría la energía motriz de las turbinas. Parece que, según el convenio pactado entre La Coste y sir James, era allí donde habían de fabricarse los diamantes.

— Di a La Coste sesenta mil libras esterlinas para construir y montar la fábrica — declaró sir James. — Pasados tres meses, me pidió más dinero para obras secundarias y jornales complementarios. Le di una importante suma y esperé otro mes, al cabo del cual, iniciada ya la fabricación, me mandó seis diamantes bastante grandes.

Transcurridas varias semanas sin saber nada de él, empecé a sospechar. Salí de Londres, me encaminé de incógnito a Argelés y vi que la fábrica era sólo una barraca. Sin visitar a La Coste, pues deseaba guardar el secreto de mi viaje, regresé a Londres. Desde aquí me carté con La Coste, que me hizo otra petición de dinero. Le contesté que un amigo mío podría dárselo si le hacía una demostración práctica de la fabricación de diamantes en su laboratorio de París.

Aceptó satisfecho, sin duda, de poder encontrar otro incauto. Mi amigo era el señor David Huber, el celebrado prestidigitador que descubrió el truco.

— Se figuró que lo descubriría — inte-

rrumpió el profesor, — pues no había tal truco ni tales carneros.

— Le sorprendí a usted en el momento de echar los diamantes dentro del crisol — replicó Huber.

— Está usted equivocado — contrareplicó La Coste con calma. — En cuanto al dinero de sir James Norris, puedo demostrar su debido empleo hasta el último céntimo.

Entonces hizo una cuenta detallada dando razones plausibles del por qué la fábrica no estaba montada cuando sir James hizo su visita secreta.

A pesar de su sangre fría, se le encareció hasta que se celebrase el juicio.

La Coste escogió para su defensa a los abogados más eminentes de Francia.

DESPUÉS de siete meses de lucha legal, la solución del ruidoso pleito sólo dependía de que La Coste convenciera al tribunal de que en realidad era capaz de fabricar diamantes.

Se le condujo a su laboratorio escoltado por la policía. Vigilado por los detectives, por los magistrados, por sir James y otras personas, después de preparar el horno, pesó las substancias que era preciso mezclar para su transformación en diamantes.

Como siempre, realizó completamente desnudo estas operaciones después que los presentes inspeccionaron con todo detenimiento los ingredientes y su equipo. Dos potentísimos arcos voltaicos contribuían a evitar cualquier trampa.

Sir James, a petición de La Coste, mezcló las substancias y las colocó en el crisol. A los veinticuatro minutos, a una temperatura de cuatro mil grados centígrados, el magistrado retiró por sí mismo el crisol. Se dejó enfriar un rato y lo abrieron los mismos empleados de la curia. En cuanto se abrió la matriz aparecieron cuarenta y un diamantes muy pequeños.

— Ya lo ven ustedes — intervino sir James triunfante. — Todos son pequeños, no hay ni uno solo de regular tamaño.

— Quizás — replicó La Coste encogiéndose de hombros, — las substancias no fueron debidamente mezcladas, o tal vez algunas de ellas estaba pasada.

— Excusas, nada más que excusas — atacó de nuevo sir James — Y además...

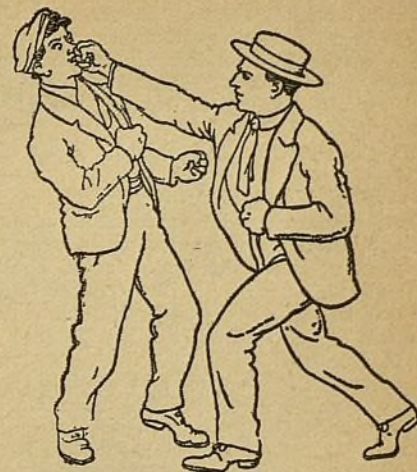
— Este señor olvida — interrumpió enojado La Coste — que sólo yo conozco al detalle este proceso y que, por consiguiente, soy el mejor juez para fallar acerca de sus resultados. Tampoco tiene en cuenta que por pequeñas que sean, estas piedras son, sin embargo, verdaderos diamantes y que el objeto de esta demostración era convencer al tribunal de que en realidad puedo fabricarlos y que no soy, como se pretende, un tramposo ni un estafador.

La Coste fué llevado de nuevo a la cárcel en espera de la decisión del tribunal. Se examinaron los diamantes, que resultaron legítimos, y al reanudarse el juicio se daba como seguro que la defensa ganaría el pleito.

Pero a las once de la mañana el acusador privado presentó a dos testigos inesperados; uno, Francisco Jacoby, importante comerciante parisiense de piedras preciosas, y otro, Julio Schwartz, capitalista de Trieste.

Jacoby fué el primero en declarar,

NUEVA EDICION DE



MODOS DE DEFENDERSE EN LA CALLE, SIN ARMAS

Lecciones prácticas de boxeo, jiu-jitsu, lucha grecorromana, etc.

por el Doctor SAIMBRAUM

PRINCIPALES PUNTOS TRATADOS EN ESTA OBRA:

PUNETAZOS. — ZANCADILLAS. GOLPES CON LOS PIÉS. — TORCEDURAS. — GOLPES DADOS CON LA CABEZA. — REGLAS GENERALES PARA DEFENDERSE EN UN COMBATE. — OBSERVACIONES GENERALES SOBRE EL CUERPO A CUERPO. GOLPE CON LA RODILLA. — GOLPE DE LA HORQUILLA. — GOLPE CON EL SOMBRERO O LA GORRA. PARADAS EN UN CUERPO A CUERPO. — ALGUNOS GOLPES DE APACHE. — DEFENSA EN EL SUELO, etc.

Un tomo con profusión de fotografías y dibujos 2 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración de

GRAN PROYECTOR

DIPUTACIÓN, 211, BARCELONA
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID

Utilice el siguiente cupón, que le da derecho a recibir la obra en su domicilio, libre de gastos de envío.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de la nueva edición de la obra **Modos de defenderse en la calle, sin armas**, por el Dr. Saimbraum, cuyo importe de 2 pesetas remito por giro postal n.º — adjunto en sellos de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

— ¿Ha visto usted estos diamantes con anterioridad? — le preguntó el acusador privado.

— Sí, señor, algunos de ellos — contestó sin vacilar después de examinarlos. — Estos diamantes pertenecían a la remesa que recibí de las minas de Vanderveer. Fueron vendidos a madame Crillon, de Nuen, el catorce de abril pasado.

El profesor se puso en pie, lívido de rabia.

— ¡Eso es mentira! — gritó.

Los empleados del tribunal le apaciguaron, pero los abogados de la defensa hicieron algunas objeciones a las declaraciones del testigo. Mas el comerciante mostró sus libros de contabilidad y dió detalles de los pesos de las piedras y de la transacción.

Madame Crillon que, con madame La Coste, estaba presente, fué llamada al estrado. Confesó haber comprado los diamantes para madame La Coste. Esta declaración promovió una discusión enconadísima que interrumpió la presidencia aplazando la vista para otro día. Las dos sesiones siguientes fueron dedicadas a resolver algunos puntos técnicos. A la tercera mañana madame La Coste fué llamada a declarar originando una nueva tempestad, aunque sin mejorar la situación de su marido.

Schwartz, el financiero de Trieste, atestiguó:

— Hace unos dos meses, el profesor La Coste me aseguró haber perfeccionado un procedimiento para fabricar diamantes...

Los abogados de la defensa exigieron que el testigo indicase fechas fijas.

— Creo que era el veinte de noviembre...

— ¿Sólo lo cree usted? — exclamó Fleuriot, el principal abogado de La Coste. — Señor presidente, este testigo...

Pero el presidente, que ya estaba cansado de las interrupciones de Fleuriot, le amonestó.

— Era el veinte, ahora lo recuerdo bien — aseguró Schwartz. — No creí sus afirmaciones, pero acepté ser testigo del experimento.

Y dijo que en París presencié la fabricación de dieciocho diamantes de gran tamaño y de excelente calidad.

— Pero aun después de asegurar los técnicos que las piedras eran legítimas, yo me quedé receloso. El profesor La Coste deseaba que le adelantase dinero para construir una fábrica.

Uno de los abogados de La Coste se puso en pie inmediatamente y de nuevo se armó una batalla entre los letrados. Por fin el acusador privado recibió permiso para continuar con su testigo, a quien preguntó cuánto dinero le había pedido La Coste. Schwartz citó la suma y dijo que él solicitó otro experimento. La Coste accedió obteniendo en este segundo experimento diecisiete grandes diamantes, que entregó a Schwartz para que los hiciera examinar. El perito dijo que eran legítimos.

— ¿En qué fecha ocurrió eso y quién era el perito? — le preguntaron.

El alemán sacó un librito de notas de su bolsillo y proporcionó los datos que le pedían.

— ¿Y seguía usted creyendo que La Coste había logrado engañarle?

— Sí, señor; pero comprendía que lo hizo muy hábilmente, lo cual no impidió que yo le acusase de falsario, tramposo y estafador.

Y se volvió a mirar al profesor, que sonreía con desdén.

— ¿Qué le contestó La Coste a sus acusaciones? — preguntó el abogado contrario.

— Con una negativa. Dijo que, por regla general, la gente suele ser escéptica con respecto a los nuevos triunfos de la ciencia y que no me censuraba porque el asunto tenía una importancia enorme.

«— Le aseguro, sin embargo, Herr Schwartz — añadió, — que no le he engañado. Le juro que no ha sido usted víctima de ninguna superchería.»

— Entonces, pudiendo usted producir diamantes en su laboratorio actual en cantidad suficiente para obtener los fondos necesarios, ¿por qué quiere que ponga dinero en su empresa? — le pregunté.

Una obra de amena lectura para el hombre de negocios

Memorias de un industrial de nuestro tiempo

por Pedro Gual Villalbi

En este libro se exponen, en forma sugestiva, los incidentes de la azarosa vida de los industriales de hoy. La psicología del fabricante español, la época de grandes negocios y especulaciones absurdas, la crisis económica y el desastre bancario tienen un comentarista desapasionado.

Un tomo de 249 páginas. . 6 pesetas

EDICION DE

**Sociedad General de
Publicaciones, S. A.**
Diputación, 211, Barcelona

De venta en todas las librerías
de España y América

EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 dup.º, Madrid

— Voy a exponerle hechos que no he revelado a nadie — me dijo el profesor. — En primer lugar se ha construido una fábrica en Argelés con el dinero proporcionado por un capitalista inglés. Aun no ha sido montada ni lo será tampoco, porque deseo devolver el dinero al inglés. Yo le pido prestada a usted la cantidad necesaria.

— ¿Cómo? — exclamé. — Me figuraba que quería usted dinero para construir una fábrica.

— Eso le dije al principio por ciertas razones que pronto resultarán clarísimas — replicó. — Quise ante todo asegurarme de que usted se interesaría en mi obra.

— Debe de estar usted loco — contesté. — Primero me dice que ha construido una fábrica, luego que quiere abandonar el proyecto, devolviendo el dinero a ese inglés. ¿Indicará todo esto que no es usted capaz de fabricar diamantes?

— Yo estaba furioso a más no poder — siguió diciendo Schwartz — viendo que me había engañado y había malgastado mi tiempo, y el tiempo es oro.

— No le he engañado — siguió protestando el profesor, cuyas maneras suaves no le abandonaban, — ni le he malgastado el tiempo. Ahora escúcheme, amigo mío. Voy a indicarle el medio de ganar por lo menos tres millones de francos.

— Hable usted.

— Las Compañías mineras — continuó La Coste — ignoran que la fabricación de estas piedras resulte sumamente cara. Están, como es de suponer, muy preocupadas porque saben que soy capaz de fabricar diamantes, según lo he demostrado palpablemente; pero no saben que sale más a cuenta extraerlos de las minas. Si lo supieran, ni que decir tiene que no se preocuparían para nada de mi invento. Vea usted mi plan. Haremos público el anuncio de que yo, La Coste, he perfeccionado el procedimiento para fabricar diamantes con un minimum de gastos, revelando al mismo tiempo mi convenio con ese financiero inglés y el hecho de que se ha montado una fábrica en Argelés. ¿Qué ocurrirá entonces? Pues que habrá un pánico entre los accionistas de las compañías propietarias de las minas de diamantes. ¿Se da usted cuenta de lo que ocurrirá en las Bolsas respecto a las acciones de estas empresas?

— Sí — contesté, — que habrá una baja tremenda.

— Así es. Entonces podríamos comprar estas acciones por casi nada. Una vez en nuestro poder la mayor cantidad posible de acciones, yo anunciaría públicamente que el procedimiento es demasiado caro para ponerlo en práctica y devolvería a sir James el dinero que adelantó para la fábrica. Consecuencia natural de esto sería la subida de las acciones, subida que nosotros aprovecharíamos para vender las nuestras quizás con cinco millones y hasta con diez millones de beneficio.

La Coste se puso en pie de nuevo y gritó furioso.

— ¡Es usted un embustero! Yo nunca le he hecho semejante proposición.

Sus guardianes le retuvieron a la fuerza. Herr Schwartz le miró irritado.

— Esta es la verdad, miserable estafador. Y lo que debiera haber hecho yo era entregarle entonces a las autoridades.

El presidente llamó al orden al alemán, que continuó su declaración. Poco le quedaba ya por decir. Se negó a intervenir en aquella estafa contra los accionistas y, después de recriminar, iracundo, al profesor, se volvió a Trieste.

Se presentaron nuevos testimonios confirmativos de que La Coste hizo proposiciones similares a otras personas. El juicio, que duró algunos días más, resultó el más sensacional de entonces.

A La Coste le fué imposible llevar a cabo su enorme estafa y devolver el dinero que le prestara sir James Norris antes de que éste visitase la fábrica, que en realidad no era más que una barraca.

Declarado culpable, fué sentenciado a seis años de trabajos forzados, y así terminó la carrera del más grande estafador de diamantes que se ha conocido.

Una obra que deben
conocer todos los
padres de familia

LA DELINCUENCIA EN LOS NIÑOS

Causas. Remedios

Obra premiada por la Sociedad
Barcelonesa de Amigos de la Ins-
trucción.

por el doctor

VÍCTOR MELCIOR Y FARRÉ

El alto valor moral y educativo
de esta obra queda manifiesta-
mente expresado en el extracto
del sumario:

*El Aumento de la criminalidad
infantil.*

*Consideraciones acerca del tipo
criminal.*

La herencia.

Las causas de degeneración.

Casamientos consanguíneos.

El alcoholismo.

*Remedios para prevenir la dege-
neración y la criminalidad.*

*Medios para combatir la prosti-
tución.*

*La cristalización de la delincuen-
cia, etc.*

Un tomo de 250 páginas

== 2 pesetas ==

De venta en todas las librerías

Si no lo encuentra en su localidad,
pídalo a la casa editora, utilizando
el siguiente cupón, que le da dere-
cho a recibirlo franco de portes en
su domicilio.

**Sociedad General de
Publicaciones, S. A.
Diputación, 211, BARCELONA**

Agradeceré me remitan un ejem-
plar de la obra **La delincuencia
en los niños**, por el Dr. Víctor
Melcior, cuyo importe de 2 ptas.
adjunto en sellos de correo (certifi-
cando la carta) — remito por giro
postal n.º

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

Los Siete que Murieron

(Continuación de la página 21)

recer de la tierra. Así, yo sería un bien-
hechor de la Humanidad. Yo renuncié
a ello, porque no quería que sobre mi
conciencia pesara la muerte de mil-
lones de hombres, a costa de cuyo
fin horrible me habría enriquecido. Tal
vez el lector, recordando que yo maté a
los siete, replicará que he cambiado mu-
cho desde entonces. Es cierto. Tengo
algunos años más y he visto mucho, tan-
to, que apenas queda ya altruismo en
mí.

El coronel Gaveau se marchó muy
disgustado, pero antes me hizo prome-
ter que si cambiaba de idea daría a
Francia la primera oportunidad de ser
la dueña del mortífero gas.

La siguiente visita que recibí fué más
sorprendente aún y tardó tan poco en
llegar, que se cruzó con el coronel en
el pasillo. Noté que éste se detenía un
momento para mirar al recién llegado,
muy extrañado, cual si quisiera recordar
también dónde le había visto. Por fin,
el militar pareció identificar a aquel
hombre y continuó su camino. La se-
gunda visita era Duval, el hombre de
quien desconfié instintivamente desde
el primer momento.

Me saludó efusivamente, pues, aunque
de un modo superficial, nos tratábamos
con cierta cordialidad, reconociendo que
en el fondo sentía él por mí la misma
antipatía que yo por él.

También su visita obedecía a negocios
de Estado y resultó que su intención
era la misma que trajo al coronel Ga-
veau.

— Estoy autorizado — dijo — a ha-
cerle una oferta por la fórmula del lla-
mado «gas venenoso».

Le miré asombrado y contesté:

— Ignoraba que fuese usted repre-
sentante del gobierno francés.

Me sonrió cual si yo fuese un inocente
niño.

— No represento al gobierno francés,
sino al... — replicó al mismo tiempo que
unió los tacones y los golpes uno contra
otro de un modo que no me pasó inad-
vertido. — Represento... ¡jejem!... unos
intereses particulares. En cuanto al
precio, le garantizo que será satisfac-
torio.

— Lo siento mucho — le contesté
fríamente, — pero he ofrecido la prefe-
rencia al gobierno francés, aunque en
realidad he resuelto no vender la fór-
mula a nadie y no ocuparme más del
asunto.

— ¿De veras? — preguntó algo pre-
ocupado. — Ya comprendo.

Volvió a guardar silencio y añadió al
fin:

— Vamos a hablar como buenos ami-
gos. Usted y yo somos hombres de mun-
do. Usted, por ejemplo, no es francés,
de manera que el patriotismo no ha de
obligarle a dar la preferencia a la Re-
pública. Por esta razón creo que el
asunto llegará a depender de quien le
ofrezca más dinero. Y estoy seguro de
que no tendrá usted nada que objetar
a la oferta que le hará... mi cliente.

Por mi parte le di a entender clara-
mente que no se trataba de dinero ni
tenía la menor intención de hacer ne-
gocios con él.

— Estoy seguro de que se arrenpen-
tirá usted de eso, *Roulette* — dijo mi-
rándome con fijeza, resuelto ya a mar-
charse.

— No lo crea — le repliqué. — Ade-
más, le ruego que no me llame *Roulette*
porque no veo que seamos tan amigos
como para que esté justificada tanta fa-
miliaridad.

Comprendo que era violento hablar
así, pero aquel hombre me molestaba
y se me hacía antipático por momentos.

— Como usted quiera — replicó, in-
clinándose. — Tal vez volvamos a en-
contrarnos — añadió desde la puerta.

— Es posible.

— Si cambia usted de intención...

— Con respecto a usted no cambiaré
— contesté con firmeza. — No deseo
hacer negocios con sus... clientes.

Pronuncié estas palabras con algo de
sarcasmo para darle a entender que su-
ponía por cuenta de quién obraba él.

— Otros mejores que usted, amigo
mío, harán negocios con ellos. Y además...
¿quién sabe si cambiará usted de pa-
recer!

Y dicho esto, se alejó.

DESDE luego, comprendí muy bien la
situación. También el gobierno alemán
deseaba obtener mi fórmula. Y, puesto
a elegir entre Francia y Alemania, no
era dudosa mi elección. A pesar de ello,
persistía en mis propósitos y no deseaba
tratar con ninguno de los dos países,
para no tener que cargar con el remordi-
miento de conciencia que había de aca-
rrearle la venta de mi secreto. No obs-
tante, el asunto me preocupaba mucho.

Un hombre solo, como yo, era una
fácil víctima para cualquiera de los dos
gobiernos. Entonces me alegré más toda-
vía de no haber anotado la fórmula por
escrito, pues ahora comprendía que ello
habría sido en extremo peligroso.

Aquella noche dormí muy mal. Soñé
que los enemigos me amenazaban por
todos lados; oía, sin cesar, los gritos de
los heridos y moribundos; percibía el
horrible estampido de los cañones; el
cielo se volvía rojo a causa del incendio
de varias ciudades, en tanto que la tierra
estaba empapada de sangre de hombres
jóvenes y fuertes. Un gigantesco soldado
alemán avanzó hasta mí, apuntándome al
cuello con su ensangrentada bayoneta...
Y yo, cubierto de sudor frío, me des-
perté, sobresaltado, en mi oscuro dor-
mitorio.

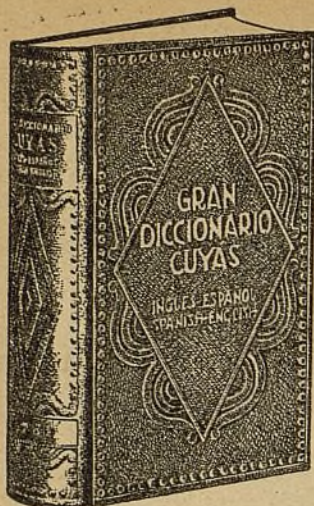
Efectivamente, unas manos descono-
cidas me oprimían la garganta y unas
formas confusas iban de un lado a otro
de la habitación en busca sin duda del
conmutador eléctrico. La opresión que
sentía en la garganta me hacía difícil
la respiración y me impedía hasta gritar.

Aquello ya no era un sueño sino una
realidad, y un momento más tarde po-
dría ya contarme entre los muertos.

Sentí un mareo especial y ante mis
ojos torturados vi unos puntos y unas
rayas de color rojizo.

En cuanto una de las figuras que ocu-
paban mi habitación hubo encontrado
el conmutador de la luz, se oyó una
orden seca en francés, y los dedos que
me oprimían, a punto ya de estrangula-
rme, se aflojaron lo suficiente para
dejar me respirar. Al darse cuenta de
que intentaba defenderme, tres hombres
se arrojaron sobre mí, y, con uno de los
cordones de las cortinas, me ataron per-
fectamente y me dejaron amordazado.

Al encenderse la luz me vi en compa-
ña de seis hombres que registraban la



GRAN DICCIONARIO CUYÁS INGLÉS - ESPAÑOL SPANISH - ENGLISH

REDACTADO POR EL FILOLOGO
Arturo Cuyás Armengol

REVISADO Y AUMENTADO POR
Antonio Cuyás Armengol

EN COLABORACION CON
Alberio del Castillo Yurriña

Doctor en Historia y Letras, Profesor de la
Universidad de Barcelona.

Según los grandes léxicos: Oxford
Webster, Standard, etc., y la última edi-
ción del de la Real Academia Española

CONTIENE:

Vocabulario completo, científico y moderno, con todas las acepciones posibles de las palabras; pronunciación figurada de cada vocablo; verbos reflexivos e irregulares, con los tiempos fundamentales de estos últimos; terminología técnica y científica especializada; nombres propios; millares de modismos y refranes, como no se hallan en ningún otro diccionario de esta clase; habla popular inglesa y norteamericana; diferencias ortográficas entre Inglaterra y los Estados Unidos; compendio de gramática inglesa.

Más de 150,000 palabras. — Más de 100,000 frases y modismos. — Más de 1.000,000 de acepciones. — Más de 1,300 páginas de texto.

Un tomo lujosamente encuadernado en tela y piel. 25 ptas.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

De venta en las principales librerías de España y América

Librería EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

estancia con tanta libertad como si yo no existiera. Todos ellos llevaban unos antifaces de seda negra que les cubría la parte superior del rostro, animada por unos ojos brillantes y de maligna expresión.

¿Quiénes eran y qué querían? En cuanto a la última parte de mi pregunta no me costó mucho comprenderlo. En cambio, no adivinaba quiénes podían ser. De todos modos, me parecieron gente conocida, sobre todo dos de ellos. Uno era alto y tenía un aspecto digno y respetable, como si fuese el jefe de los demás. El otro se me antojó que era el propio Duval, a quien aquel mismo día expulsé casi a la fuerza de mi despacho después de haber rechazado su proposición.

Me revolví en la cama en señal de protesta. El jefe se volvió, mirándome intensamente a través de los agujeros del antifaz y en voz baja, que trataba de disfrazar, me ordenó:

— ¡Quieto!

Yo no obedecí y me maldije por no haber ofrecido mayor resistencia sin darme cuenta de que me habían sorprendido durante el sueño y que, al despertar, ya estaba a merced de ellos.

El jefe les dió entonces una orden. Inmediatamente comprendí que debía permanecer quieto porque uno de ellos contestó al mandato con un movimiento de conformidad y desenvainó un afilado estilete, mientras se acercaba a mí. Levantó el arma sobre mi cuerpo y la hizo descender hasta que, por un momento, estuvo sobre mi cuello. Pensando lo contrario de antes, me arrepentí de haber ofrecido resistencia, y cuando ya creía segura mi muerte, el jefe detuvo aquella amenaza y me increpó.

— ¿No quiere estar usted quieto? Comprenda que si no obedece no tendremos más remedio que matarle — y al mismo tiempo, con un movimiento de cabeza, señaló el estilete.

Yo les di a entender con la mirada que me abstendría de toda resistencia, y el jefe, gruñendo algunas palabras, ordenó a los suyos que continuaran el registro.

Jamás vi una habitación tan cuidada y totalmente registrada como lo fué la mía. No sólo examinaron los papeles que había sobre la mesa, sino que desmontaron el mueble para cerciorarse que no tenía ningún secreto. Uno por uno fueron examinando mis diversos instrumentos; registraron entre las páginas de los libros; leyeron minuciosamente todos mis papeles; miraron por debajo de las sillas; buscaron en toda mi ropa; me sacaron incluso de la cama y la deshicieron y desmontaron para convencerse de que no ocultaba cosa alguna. Igual conducta siguieron en todas las habitaciones de la casa.

Yo seguía sus movimientos con la mirada, sabiendo ya muy bien lo que buscaban y convencido, por otra parte, de la inutilidad de sus esfuerzos.

Por fin, me revolví un poco como dando a entender que tenía algo que decirles, y el jefe, al advertirlo, dió orden de que me quitasen la mordaza.

— Si tienen ustedes la bondad de indicarme el propósito de sus... de su visita, tal vez podré serles útil — dije con sarcasmo, aunque el jefe de los intrusos pareció no hacer caso de ello.

— ¿De modo que no sabe usted lo que buscamos? — preguntó.

— Si por ahora no me ha honrado usted todavía con su confianza, ¿cómo puedo saberlo?

— ¿Desea que se lo digamos?

— ¡Claro! — contesté. — Tal vez podría salvar aún alguno de mis muebles si usted...

El me hizo callar con un movimiento de mano.

— Lo que queremos hallar — dijo con voz tranquila y firme, aunque no era difícil advertir su amenazador significado — es la fórmula de cierto gas o vapor que ha descubierto usted en sus experimentos químicos. Fíjese en que no le ruego que nos lo entregue, sino que le signifique la necesidad en que se halla de hacerlo.

— ¿Y si no quiero? — pregunté sin más objeto que el de ganar tiempo.

— No le creo tan imprudente.

— Sin embargo, suponga usted que lo soy.

— ¡Oh! No importa. Ya sabe usted que hay muchos medios de hacer hablar a un hombre — contestó rápidamente.

Reinó un corto silencio entre nosotros y por fin añadió:

— Tenga en cuenta que se nos ha confiado muy encarecidamente esta misión y no somos hombres capaces de salir con las manos vacías.

— Suponga usted que no existe tal fórmula y que, en realidad, no he descubierto lo que usted indica.

— Creo que pierde usted el tiempo — contestó en seguida, — porque nos consta lo contrario.

— Pues me parece que por ahora no han encontrado ustedes la fórmula — observé con sarcasmo.

— Es verdad, pero si está aquí la encontraremos.

— Si está aquí, eso es — repetí en voz baja, aunque él me oyó.

— ¿No está aquí? — preguntó con violencia.

No le contesté.

— Le daré una nueva oportunidad para responder. Si no lo hace, dispondré las cosas de manera que podamos realizar un registro completo sin temor de que usted nos moleste. ¿Me comprende? — preguntó el enmascarado después de cortos instantes de silencio.

— Haga el favor de repetir la pregunta.

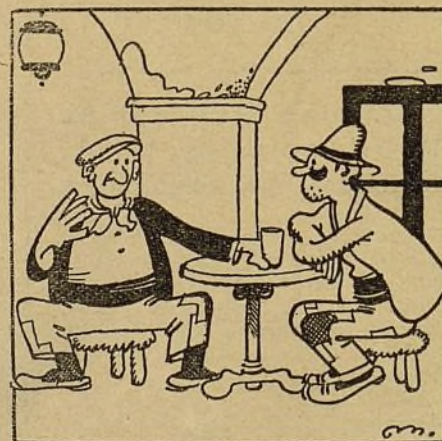
— ¿Dónde está el papel que contiene la fórmula?

— En ninguna parte — contesté.

— ¿Qué quiere usted decir con eso?

— Pues, sencillamente, que no existe.

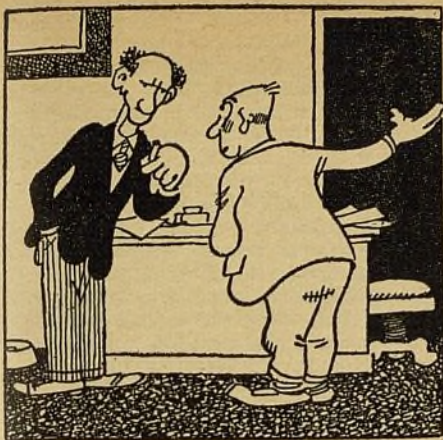
— ¿Que no existe? Debo entender...



— ¿No sabes que anoche entró un ladrón en casa?

— ¿Y se llevó algo?

— Nada. Mi mujer le confundió conmigo, y ahora está en el hospital.



—Vengo a denunciar por injurias al señor Pérez, que hace dos años me llamó hipopótamo.

—¿Hace dos años? ¿Y cómo no le denunció entonces?

—Porque hasta esta mañana no he visto lo que es un hipopótamo.

—Exactamente — le contesté sonriendo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que en caso de que exista una fórmula, lo cual desde luego niego, nunca ha sido anotada en un papel.

—¿De manera que usted es la única persona que la conoce? — y al preguntarlo me miró con ojos escrutadores como si quisiera convencerse de la verdad o mentira de mis palabras.

—Sí, es posible — contesté tratando de contenerme, en vista de la rapidez de mi respuesta. — Quiero decir que no existe tal fórmula, pero que si realmente yo la hubiese hallado, sería el único en conocerla.

—Está usted jugando con las palabras — me avisó. — Y debo advertirle que eso es peligroso. No somos gente que nos prestemos a las burlas. Si conserva usted la fórmula en su memoria, es preciso que nos la comunique antes de salir de aquí, esta misma noche. En cuanto a eso, no hay ninguna duda.

—¿Y cómo lo hará usted? — pregunté.

—Hay muchos medios conocidos para hacer hablar a un hombre, y los conocemos todos. Por tanto, si es preciso, se los aplicaremos a usted uno tras otro.

—¿Y si fracasan?

—En tal caso — y sintiéndolo mucho, porque estaremos obligados a ello, — nos veremos en la desagradable precisión de matarle.

Me miró fijamente. Aquel hombre no hablaba en broma. Sentí un escalofrío y experimenté la sensación de que se me erizaba el cabello.

—Bueno, y ustedes ¿qué conseguirán con eso?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si me matan, tampoco podrán obtener la fórmula.

—Es cierto, pero, por lo menos, tendremos la seguridad de que no se aprovechará nadie más de ella.

De momento guardé silencio porque no se me había ocurrido tal cosa.

Desde luego, no quiero dar a entender que mi conducta fuese heroica, pues en mi historia sólo me mueve el objeto de referirla y no el de vanagloriarme por lo que hice. No obstante, confieso que en aquel momento me sentía animado

por la inquebrantable resolución de no comunicar mi secreto a aquellos intrusos, cualquiera que fuese el resultado.

Adiviné que ellos eran los representantes de un sistema de gobierno que yo odiaba, de una idea militarista que me resultaba antipática, y así comuniqué a aquel desconocido que no estaba dispuesto a obedecer a sus indicaciones.

— Perfectamente — replicó él con la mayor calma. — Puesto que no quiere usted hablar voluntariamente, le obligaremos a hacerlo por fuerza.

Dicho esto, ordenó a sus hombres que me sujetaran y que le entregasen el atizador de la chimenea. Al mismo tiempo encendió una lámpara de alcohol y con ella se dispuso a calentar la punta del instrumento.

Tales preparativos me pusieron la carne de gallina. Aquel individuo seguía calentando el hierro como si se tratara de un asunto que careciese de importancia. Cuando ya empezaba a enrojecer, se volvió de nuevo hacia mí y por última vez me preguntó si quería revelarle la fórmula de mi invento.

Aunque estaba cubierto de sudor frío y creía sentir ya el dolor y el olor de mi carne quemada, me limité a desviar la cabeza para expresar mi negativa.

—Muy bien. Ya procuraremos hacerle hablar — dijo el jefe inclinando la cabeza.

Siguió calentando la punta del instrumento y en cuanto estuvo bastante caliente me lo acercó lentamente al rostro. Yo, como hipnotizado, contemplaba el instrumento de tortura. Aunque mi razón me indicaba que hacía mal obstinándome en guardar silencio, algo me obligó a mantenerme en mi negativa, aun sabiendo lo que me esperaba.

Cuando ya parecía haber terminado todo para mí, ocurrió algo tan inesperado, que jamás se me hubiese ocurrido su posibilidad. En aquel preciso momento, cuando ya el atizador estaba a menos de cinco centímetros de mi rostro, oyéronse pasos en el corredor y resonó un fuerte golpe en la puerta de mi dormitorio, al mismo tiempo que una voz autoritaria exclamaba:

—¡Abrid en nombre de la ley!

Los seis enmascarados se volvieron para mirar hacia la puerta.

Luego, en vista de que nadie contestaba a aquella orden, la voz añadió:

—¡Abrid o derribamos la puerta!

El jefe de la banda dió una orden rápida.

—Salgamos por la parte posterior.

Y, sin ocuparse más de mí — aunque no me explico cómo no me mataron rápidamente, — apagaron la luz y salieron por la puerta de la cocina.

Me quedé solo, atado y amordazado, en tanto que la policía golpeaba la puerta. Por fin, se decidieron a derribarla; pero llegaron demasiado tarde, pues, una vez dentro del dormitorio, no encontraron a nadie más que a mí.

En cuanto me hubieron quitado las ligaduras, declaré que había estado a punto de ser torturado por unos ladrones, y estas manifestaciones debieron de contentarles porque, después de tomar muchas notas y de someternos a un interrogatorio al portero que les acompañaba y a mí, se marcharon los policías prometiendo hacer las gestiones necesarias para dar con los bandidos.

POR lo que luego supe, el portero vió entrar a aquellos individuos e, inspirándole sospechas su presencia, fué a avisar a la policía. Al volver en compañía de



Obras recomendables para la educación de los hijos

Escritas con la competencia, veracidad y concisión que requiere tan delicada materia para ser verdaderamente provechosa y útil.

HACE FALTA UN MUCHACHO, por Arturo Cuyás 5 ptas.

SUEÑOS DE TRIBILÍN, por Arturo Cuyás. 4'50 »

LOS HIJOS BIEN EDUCADOS, por el Dr. Saimbraum 2 »

COMO SE CRIAN SANOS NUESTROS HIJOS, por el Dr. Vásquez Yepes 2'50 »

PARA EDUCAR AL NIÑO, por el Dr. Eleizegui 2'50 »

LOS JUEGOS EN LA INFANCIA, por el Dr. Eleizegui 2'50 »

De venta en todas las librerías de España y América.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

DIPUTACIÓN, 211, — BARCELONA

Librería «El Hogar y la Moda»
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID



los agentes, oyeron un grito mío y así supieron el lugar en que se hallaban los sospechosos.

Como se comprenderá, no encontraron el menor rastro de mis enemigos. Para mí no fué ninguna desilusión, pues ya me esperaba este resultado. Por otra parte, no quise declarar las verdaderas razones del asalto a fin de que no se divulgase el horrible descubrimiento que a tantos peligros me exponía.

Al día siguiente examiné el asunto desde varios puntos de vista. Era evidente que, si iba a pedir auxilio a la autoridad, me lo concederían, pero al mismo tiempo había de revelar la naturaleza del invento hecho y me vería comprometido a entregarlo al gobierno francés. Claro está que el coronel Gaveau conocía mi descubrimiento, pero yo confiaba en su honorabilidad y en su discreción para no divulgarlo imprudentemente. Por otra parte, no estaba seguro contra un nuevo ataque de aquellos mismos hombres, ya que el hecho de que me dejasen con vida indicaba su propósito de obligarme en otra ocasión a que les revelase lo que tanto les importaba saber.

Mi vida, pues, estaba muy amenazada, en situación nada agradable para un hombre joven, lleno de vida y salud con ansias cada día mayores de vivir.

Tal vez al lector le parecerá que cometí una tontería al abstenerme de revelar el invento al gobierno francés, pero quien tal piense lo hará sin duda influido por el hecho de que luego Alemania llegó a ser el enemigo de los Estados Unidos, mi verdadera patria. Téngase presente que en aquella época aun no se había declarado la guerra ni nadie podía sospechar siquiera la posibilidad de que los Estados Unidos se viesen envueltos en ella. Como yo comprendía perfectamente que no tardaría en estallar un conflicto armado, me repugnaba la idea de poner en manos de cualquier gobierno un secreto tan terrible como el mío. Una nube de mi gas asfixiante sería capaz de causar la muerte de una batería entera, y una oleada acabaría en un momento con todo un batallón. Si para mí los soldados no eran tales, sino seres humanos cuya vida había que respetar, ¿para qué quería cargar su muerte sobre mi conciencia?

Durante la guerra, y aun después de ella, el mundo perdió gran parte de su sensibilidad y poco le importaba unos millones más o menos de muertos; pero en la época a que me refiero pocas eran las personas a quienes no hubiese causado horror la posibilidad de realizar una matanza como la que era capaz de hacer mi gas venenoso.

Yo estaba enterado de que los químicos de las potencias europeas estaban buscando activamente la fórmula del gas venenoso, pero también sabía que aun no habían logrado ningún resultado satisfactorio.

Estas son, en resumen, las razones que me obligaron a guardar silencio. Por otra parte, de haberme decidido a entregar mi secreto a una nación, lo habría hecho a los Estados Unidos, que son, al fin y al cabo, mi patria.

PERO volviendo a mi historia, repito que decidí no comunicar a nadie el descubrimiento que había hecho y tener los ojos abiertos para evitar toda trampa. Aquel mismo día me compré un revólver. En adelante, atranqué las puertas y ventanas antes de tenderme en la cama y dormí con el arma debajo de la

almohada, con objeto de estar preparado a todo evento.

Al día siguiente renové mis visitas a Carmelita Pérez y me disgustó el hallarla fría y preocupada, sin que pudiese explicarme la razón. La misma frialdad que advertía en la joven con respecto a mí, fué motivo para que me sintiese más excitado a conquistarla. Por mi gusto, me habría apresurado a comunicarle lo ocurrido, pero, además de aconsejarme lo contrario la prudencia, me impidió hacerlo la llegada de Duval.

Por más que careciese de pruebas concretas, estaba más que convencido de que éste había tomado parte en la tentativa de arrancarme el secreto y hasta llegaba a sospechar que, en aquel asunto, había intervenido el mismo padre de Carmelita. No me habría sorprendido nada si me hubiesen dicho que él era el jefe de la banda, el mismo que me amenazó con el hierro candente. Y, sin embargo, impulsado por el amor que sentía hacia su hija — cada día más hermosa y seductora, — yo no tenía inconveniente en concurrir a su casa.



—*Está probado que usted ha asesinado a la segunda víctima con la misma arma que la primera.*

—*Sí, señor Juez. Pero tenga usía en cuenta que en estos casos tomo siempre la precaución de desinfectar el arma.*

Decididamente, estaba enamorado como un loco de la joven, hasta el punto de que a su lado no me acordaba de cosa alguna.

Como ya he dicho, encontré allí a Duval y al padre de mi amada y, aunque me acogieron con el mismo afecto de costumbre, me pareció que me miraban de un modo significativo y a la vez curioso.

Sobre todo aquel día me molestó la presencia de Duval. Este sostenía con la joven unas relaciones más cordiales de lo que yo habría deseado. Además, cuando estaban juntos creía advertir entre ellos una intimidad bastante mayor de la que daban a entender.

El padre de Carmelita se retiró temprano y Duval no tardó en imitarle, de modo que yo me quedé solo con ella. Aunque me alegré de la marcha de Duval, me inquietó la idea de que ningún hombre deja a la mujer que ama en compañía de un rival más que cuando está seguro de que éste no logrará cosa alguna o cuando tanto le importa que se quede como que se marche.

— ¡Cuánto me alegro de que nos hayan dejado solos, *Roulette!* — dijo Carmelita dándome palmadas en el hombro.

Esta leve caricia fué suficiente para hacerme perder toda sospecha y toda facultad de razonar. En aquellos momentos sólo deseaba estrechar en mis brazos y besar a la mujer que amaba, porque tal es la influencia que las mujeres ejercen sobre los hombres. Empezamos a charlar y al poco rato ya le había hecho el relato completo de lo que me ocurriera la noche anterior.

Al terminar, observé que estaba pálida como una muerta, palidez que llegó a grado sumo, arrancándole un grito de horror, cuando me referí al hierro candente.

— ¡Qué cosa tan terrible, *Roulette!* — exclamó al fin — ¡Qué valiente es usted!

Era para mí sumamente agradable y consolador que sintiera tal simpatía por mí y tanto terror por lo que me había ocurrido.

— No, no he sido valiente — contesté con modestia, — sino que más bien me porté con estúpida testarudez.

Ella me aseguró que, en efecto, aquello era valor y la encendida mirada que me dirigió fué la mayor recompensa que yo podía haber alcanzado en aquellos momentos. Luego pareció estar muy excitada y respiraba con agitación en tanto que apoyaba sus lindas manos en el pecho.

— ¿Y usted no les ha revelado este horrible secreto, *Roulette?* — preguntó inclinándose hacia mí. — No se lo ha dicho, ¿verdad que no? ¡Qué bandidos!

Yo le aseguré no haber dicho una palabra, aunque repetí que tal vez hubiese hecho mejor obedeciéndoles.

— ¿De modo que es muy peligroso el hecho de conocer ese secreto?

En vista de que yo afirmaba moviendo la cabeza, añadió:

— Tal vez tenga usted razón, *Roulette*, pero yo lamentaría en extremo que le ocurriese algo desagradable.

— ¿De veras? — pregunté yo, cogiendo y estrechando su linda mano.

— De veras. Lloraría sin consuelo — añadió acariciando mi mano con la suya.

Yo guardé silencio, gozando de la sensación deliciosa que me produjeron sus palabras. Por fin volvió a hablarme:

— Siendo tan terrible la posesión de ese secreto, ¿no cree usted que sería mejor que lo compartiese con otra persona? En este caso ya nadie le amenazaría a usted, pues estarían convencidos de que sería inútil matarle, puesto que con usted no desaparecería la fórmula de su invento. Pero no sabe usted, mi querido *Roulette*, cuán asustada estoy por su causa.

Me apresuré a tranquilizarla. Ella, después de derramar algunas lágrimas por mi comprometida situación, me dijo con voz trémula:

— Sin embargo... ¡Oh *Roulette!* ¿No sería mejor que me comunicase su secreto?

Ambos permanecemos callados unos momentos, y, mientras tanto, ella me miraba con sus brillantes ojos. Por fin, le contesté:

— No, Carmelita. Creo que no debo revelar tal cosa.

Como ofendida por mi negativa, se retiró unos pasos y se sentó diciendo:

— Bueno, puesto que no confía en mí...

— No es eso — me apresuré a replicar. — Es que no quisiera...

— ¿Qué?

— Pues que ese Duval...

— ¿Qué tiene que ver Duval con el asunto?

— Sepa usted que ese individuo ha hecho una tentativa para comprar mi secreto. Parece tener un interés extraordinario de conocerlo, y si usted lo supiese...

— ¡Bah! Su inexplicable antipatía le hace hablar así. Duval es un hombre honradísimo que me inspira tanta confianza como mi propio padre.

— Pues a pesar de todo, no me gusta la intimidad que tiene usted con él ni con ninguno de los demás que visitan esta casa.

— Todos ellos vienen a visitar a mi padre y no a mí — se apresuró a contestar. — Pero aun cuando no fuese así..., ha de saber que a todos ellos les conozco desde mucho antes que usted.

— Ya lo sé, querida mía — contesté, poco deseoso de disputar con ella. — Pero ahora, usted y yo...

— ¿Qué quiere usted decir con eso? Me parece que, después de la prueba de desconfianza que acaba de darme, no debería hablarme así. Si le rogué que me revelase la fórmula química, lo hice tan sólo con el deseo de serle útil, pero ahora sepa usted que no quiero conocerla y que me apresuraría a dejarle si se dispusiera a confiármela.

A partir de aquel momento se mostró tan enojada, que me costó en extremo hacerla recobrar la alegría. Lo conseguí antes de marcharme y, aunque aquella noche no volvimos a hablar de la fórmula, este asunto fué traído a cuento con frecuencia en entrevistas sucesivas. Tal vez ahora no habría obrado de igual modo, pero es preciso recordar que entonces yo era muy joven y estaba enamorado, lo que se dice locamente enamorado.

¿Cómo referiré la serie de tonterías que cometí? Mi conducta fué claramente equivocada, pero entonces no me di cuenta de ello. Ocurrió lo siguiente: A medida que pasaban los días, aumentaba mi amor por Carmelita. Sólo el verla me emocionaba, y bastaba el contacto de su mano para confundir las cosas que me rodeaban. Por otra parte, me resultaba difícil verla a solas porque casi siempre la acompañaba Duval, y si por casualidad podíamos conversar sin testigos me decía que ya no creía en mi amor, puesto que no demostraba ninguna confianza en ella.

Durante todo un mes continuaron así las cosas, sintiéndome incapaz de trabajar, de dormir y hasta de comer. Sólo pensaba en Carmelita.

Por aquellos días recibí una visita del coronel Gaveau insistiendo en que entregara mi secreto al gobierno francés, pero yo me negué obstinadamente. También vino a verme Duval con la pretensión de que le revelase mi secreto, pero a éste le arrojé de mi casa. Como se comprende, mi conducta no fué la más apropiada para mejorar mis relaciones con él y con sus amigos, entre los cuales llegué a sospechar un momento que figurase la misma Carmelita.

Entonces ocurrió algo increíble. Carmelita empezó a demostrarme que correspondía francamente a mi pasión. Me figuré que la había conquistado gracias a mi bondad y a mi paciencia. A partir de entonces celebrábamos agradables entrevistas todas las noches sin excepción y aun durante el día me llamaba varias veces por teléfono.

Yo experimentaba la sensación de que el mundo era mío. Había casi olvi-

dado mi invento porque lo único que me interesaba era el amor de Carmelita. Deseaba casarme cuanto antes, pero ella aplazaba la ceremonia por alguna razón que no pude averiguar. Sin embargo, yo seguía insistiendo.

Nunca olvidaré una perfumada noche de verano en que fuimos a pasear a orillas del lago de Enghien, bajo las ramas de los árboles que rodeaban aquellas mansas aguas. La luna alumbraba brillantemente la escena, que aun puedo contemplar en mis ensueños.

La proximidad de la joven me había mareado casi. Traté de abrazarla; ella huyó, pero con poca decisión como dando a entender la posibilidad de que acabaría por consentir.

— ¿Cuándo querrás casarte conmigo, Carmelita? — le pregunté cogiéndola de la mano.

— No sé todavía si me decidiré a ser tu mujer — contestó encogiéndose de hombros, algo agitada.

— ¿Acaso no me amas? — le pregunté al oído.

— No sé. Deseas que me case contigo, pero no tienes confianza en mí — replicó.



— ¿Y cómo es que después de haber matado al padre y a la madre diese muerte también a la hija, criatura de pocos años de edad?

— Me dió lástima, señor Juez, de que quedase huérfana tan joven.

De momento me quedé sin saber a qué se refería, pero luego, al recordar su deseo de que le comunicase mi fórmula, me eché a reír.

— Ya que tanto te empeñas — exclamé — y con objeto de probarte la confianza que tengo en ti, voy a revelarte el secreto de mi invento.

— Ya comprenderás — replicó ella — que el asunto en sí no tiene ninguna importancia para mí, pero es un símbolo de fe y de confianza... ¿No comprendes acaso que mi corazón es tuyo y...?

La estreché en mis brazos y se juntaron nuestros labios.

Antes de separarnos aquella noche, decidí ir a un pueblo inmediato que ella conocía, con el propósito de casarnos en secreto. Dijo que no se atrevía a decirlo a su padre, pues sospechaba que éste favoreciera las pretensiones de Duval y, además, quería evitar que alguien o algo impidiese la realización de nuestros planes.

Por mi parte, correspondiendo al consentimiento que acababa de darme, le comuniqué la fórmula del gas asfixiante.

A la noche siguiente, después de obs-
curecer, Carmelita y yo emprendimos la marcha para celebrar nuestro matrimonio. Habíamos alquilado un automóvil, que dirigía yo mismo para evitar la presencia de un chofer. Nos encaminábamos al pueblo de Saint Marcel, situado a unos ochenta kilómetros de París, en donde Carmelita tenía amigos que podrían ser testigos de nuestra boda. Además conocía al primer magistrado de la población, que con toda seguridad procuraría complacernos.

Por más que lo intentase, sería incapaz de describir aquella excursión. Iba en compañía de la mujer amada, sentada a mi lado, apoyándose en mí y rozándome con sus cabellos el rostro, los ojos y los labios.

Por fin llegamos a la casa de sus amigos y penetramos por una amplia alameda que pertenecía a una casa de lujoso aspecto. Eché pie a tierra para ayudarla a bajar y luego nos dirigimos hacia la casa. Era evidente que nos esperaban. Abrió la puerta un individuo vestido de blanco y al entrar noté que tras él había otros cuatro hombres vigorosos y de brutal aspecto, que vestían un traje igualmente blanco.

Asombrado, me volví hacia Carmelita, que hablaba entonces con el individuo que abría la puerta.

— ¿Qué es eso, Carmelita...? — empecé a preguntar.

— Es mi marido, doctor — decía ella. — Ahora está tranquilo, pero en cualquier momento puede sobrevenirle un ataque.

— No se apure usted, señora, porque cuidaremos de él y le curaremos por completo — contestó el médico con acento bondadoso y suave.

Estas palabras me revelaron la verdad. Aquella mujer me había llevado no a celebrar nuestra boda, sino a un manicomio.

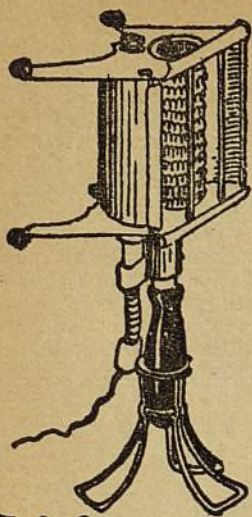
Acto seguido y con objeto de no perder la libertad di un salto en dirección a la puerta. Pero ya era demasiado tarde. Aquellos cuatro gigantes se arrojaron contra mí, me sujetaron, y a pesar de mis gritos y de mis puntapiés, me metieron en una habitación cuya puerta de hierro se cerró mientras yo la golpeaba con los puños y me destrozaba las uñas contra ella.

Aun pude ver a Carmelita, la mujer que me había traicionado, mientras me llevaban a mi encierro. Ella y el doctor, suponiendo que éste lo fuera, hablaban animadamente sin hacerme ningún caso, sin duda por el hecho de que allí era muy corriente el ingreso de un loco.

— El pobrecillo, doctor, tiene la ilusión de que es un gran químico y de que ha descubierto un gas venenoso que...

No pude oír nada más porque un momento después me habían encerrado en mi celda y separado ya del mundo. Era un proscrito, un loco, un ser desprovisto de discreción y de razón. Mis afirmaciones no servían para nada, puesto que las dictaba un mecanismo mental irresponsable. Era ya un loco o por lo menos me trataban como tal, lo que para mi caso era lo mismo.

Carmelita Pérez ha arrojado por fin la careta. Con sus engaños ha llevado a Roulette a un manicomio, y el desgraciado no puede adivinar las torturas que le esperan. De haberlo sabido, quizás se hubiese suicidado. Léase la continuación de esta sensacional historia en el número de GRAN PROYECTOR del próximo mes de septiembre. Difícilmente se olvidarán estas aventuras.



Estufa

DIXRAM

*Aparato
eléctrico de varios usos*

¡Gran éxito! ¡Más de DOS MIL vendidos en un mes!

Sirve para freír, cocer, asar, tostar, calentar la plancha y las tenacillas, como secador del pelo y como estufa

Consume de 350 a 400 wats hora (de 25 a 30 céntimos) y alcanza la temperatura útil en 6 a 8 segundos.

PRACTICO :: CÓMODO :: MANEJABLE

Construído para todas las tensiones y corrientes

La resistencia de este aparato es de tal calidad, que no se estropea ni sumergiéndolo completamente en agua fría. Cuando conviene cambiarla, es de construcción tan sencilla, que hasta un niño sabe hacerlo.

Lo servimos para corrientes de 100, 110, 120, 125, 150 y 220 voltios

Si no lo encuentra en su localidad, llene el boletín que va al pie, mándenlo y a vuelta de correo recibirá el aparato del voltaje que desee.

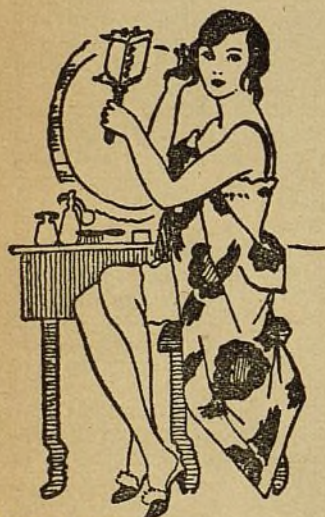
Aparato completo, a punto de funcionar 25 ptas.
Trípode y cordón con enchufes 2 »

En Barcelona se vende en los principales establecimientos del ramo, en el Palacio de Comunicaciones de la Exposición de Barcelona (Stand n.º 404 bis) y en casa del representante exclusivo para España, Portugal y Norte de Africa

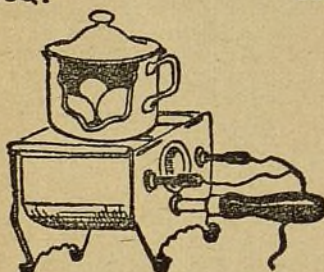
CARLOS F. DE LA REGUERA

Aribau, 130, pral., 2.ª :: Teléfono 72923

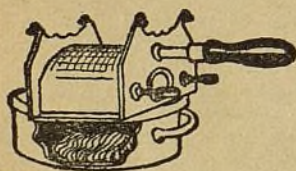
BARCELONA



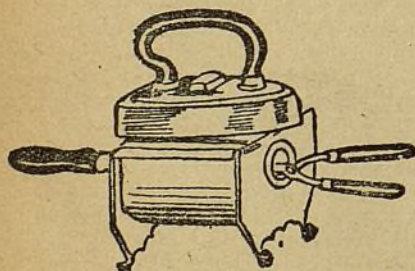
*Para secar
el pelo*



Guisar



Asar



Calentar tenacillas y planchas

BOLETIN a recortar y enviar a Carlos F. de la Reguera, Aribau, 130, pral., 2.ª

D.
Calle N.º
Población
Desea recibir aparatos DIXRAM para corriente
de voltios, cuyo importe Ptas. envía por giro postal,
Fecha

El Doble Asesinato de la Calle de la Montera

(Continuación de la página 23)

y ella no estaba tranquila permaneciendo sola.

Manifestó que no conocía ni había visto jamás al hombre que apareció muerto en el patio, suponiendo que pudiera ser uno de los ladrones que entraron con su amo y a los que no pudo distinguir por haberse apagado el velón de aceite con que se alumbraban.

La declaración de Antonio Marina coincide con la de su hermana en cuanto a negar toda culpabilidad e intervención en el hecho, afirmando que aunque oyó a Clara llamarle, no se movió de la cocina, por sentir inmenso pavor, y que las manchas de sangre que tiene debió de originárselas su hermana, cuando fué a reunirse con él para encender una luz y abrir la puerta a los serenos. Tampoco conoce al individuo del patio ni pudo ver a ninguno de los hombres que, según él, habían asaltado la casa.

Negó, por último, que fueran de su propiedad, ni la faja encontrada sobre un baúl, en el pasillo, ni los zapatos hallados en la sala.

ESTE suceso produjo en Madrid una inmensa impresión, a la que contribuía el haberse registrado en poco tiempo varios casos de robos y asesinatos domésticos, atribuidos a la servidumbre.

El clamor popular obligó a que el Ministro de Gracia y Justicia dictara una Real Orden dirigida al Juez Instructor del proceso, en la que se le relevaba de todo servicio para que dedicase la mayor actividad al esclarecimiento del crimen y la conclusión del sumario con el fin de que los criminales recibieran pronto castigo y de ese modo resultara la pena ejemplar.

En cuarenta y ocho horas se recibieron todas las declaraciones, incluso la de los testigos que citaron los inculpados para abonar su conducta.

Desde luego, ninguna de las pruebas fué favorable a los hermanos Marina, pues aquellas mismas personas que ellos designaban como testigos del aprecio que el señor Lafuente les profesaba, manifestaron o que esto era falso, pues habían oído al sastre quejarse de lo mal servido que estaba y que le habían faltado varias cosas de su casa, mientras él veraneaba en La Granja, o piadosamente se limitaron a decir que ellos sólo sabían de la conducta de los hermanos Marina lo que dijera su cartilla de servicio.

También se comprobó en el sumario que Antonio había sido con anterioridad procesado dos veces: una por hurto de un juego de bolas de billar y otra por escándalo y uso de armas prohibidas, habiendo en ambas ocasiones dado nombres y filiaciones falsas a los agentes de la autoridad.

El término legal de veinte días que, para instrucción, debía concederse al abogado a quien correspondió en suerte la defensa de los hermanos Marina, se redujo a veinticuatro horas, y, habiéndose concluido toda la tramitación el día 10 de octubre a las cuatro de la tarde, se señaló para la vista aquella misma noche a las siete en punto. Fué abierta la sesión por el Juez Instructor, don José María Montemayor, acusando el promotor fiscal don José Muñoz de Alaiz y sentándose en el estrado de la defensa el abogado don José García Navarro.

Las salas del Juzgado del Barquillo estaban abarrotadas de público, que aun conservaba la horrible impresión del doble asesinato y exteriorizaba su antipatía por los supuestos delinquentes, a los que implacable acusaba con unanimidad la voz del pueblo.

Por la puerta que daba al Juzgado de Maravillas entraron los reos, escoltados por granaderos y sirvientes de la cárcel. Después de dar con voz apagada las buenas noches, tomaron asiento en el banquillo, en medio de un rumor de hostilidad, que se acentuó al observarse la mirada altanera con que los acusados desafiaban a la multitud.

El acusador comenzó su terrible informe, deduciendo, con severo análisis lógico, la indiscutible culpabilidad de los hermanos Marina, hasta concluir así en uno de sus párrafos:

«Hay una prueba matemática mucho más fuerte que la de testigos. No habiendo nadie en la casa y habiéndose encontrado sólo a los dos acusados; ellos, los que vuestra señoría tiene a la vista, fueron los que cometieron el crimen.»

Antonio Marina, al oír esto, se levanta y grita:

— ¡No, señor! ¡Eso no es cierto!

El Juez reprende vivamente al procesado, ordenándole que calle, y éste cae desplomado al suelo, acometido de un síncope. Se le rocía la cara con agua para devolverle el conocimiento, pero, reconocido por un médico, se le hace salir de la sala, a donde ya no volvió durante la celebración de la vista.

Clara, al ver salir a su hermano sostenido por los granaderos, prorrumpe en abundante llanto, pero pronto seca sus lágrimas, se echa sobre la frente el pico de su raída mantilla y recobra su mirada la actitud furiosa con que parece desafiar a los magistrados y al público.

El fiscal termina su acusación solicitando se imponga a los reos la pena de muerte en garrote, con arreglo al artículo 324 del Código Penal, por considerarles autores de un conato de robo, con la circunstancia de haberse cometido homicidio, definido y penado en el artículo 415 del mismo cuerpo legal.

El abogado defensor realizó extraordinarios esfuerzos, tendiendo a demostrar la inconsistencia de las pruebas acumuladas contra los procesados y aduciendo que por la precipitación con que se había tramitado el sumario, habrán dejado de practicarse muchas diligencias, indispensables para el esclarecimiento del hecho.

Para el abogado defensor era absolutamente necesaria la identificación del cadáver encontrado en el patio de la finca, única forma de hacer alguna luz en aquel tenebroso asunto, pues todo lo que condenaba a los hermanos Marina eran simplemente apariencias; convicciones personales, nacidas de indicios, posiblemente erróneos, y más aún pesaba sobre el ánimo de la acusación el ambiente hostil de la calle que, guiado por un afán legítimo de que no quedara impune un delito tan monstruoso, carecía de elementos bastantes para no equivocarse al convertir ese instinto colectivo, lleno de pasión, en el brazo sereno que debe esgrimir la espada de la justicia.

Todo, menos la pena capital — decía el defensor, — puede aplicarse en este caso, pues mañana, como ha ocurrido en otros muchos sucesos, al desaparecer las sombras que envuelven la gestación del hecho de autos, podríamos encontrarnos, o con la inocencia de los que hoy se quiere llevar al patíbulo, o con una participación en el crimen, que no merece tan terrible condena.

Pero fueron inútiles todos los esfuerzos realizados por el señor García Navarro, pues el Juez de Primera Justicia dictó la sentencia, cuya parte dispositiva es como sigue:

«Atento a los datos y méritos de la causa, a que en lo necesario me remito, debo condenar y condeno a Clara y Antonio Marina a la pena de muerte en la forma que previene el artículo 90 del nuevo Código penal; y a que pague por vía de indemnización a doña Antonia Villanueva, madre de don José Lafuente, y al pariente más cercano del desconocido, la cantidad de cuatro mil reales, condenándoles asimismo mancomunadamente en todas las costas y gastos de este juicio.»

En los días que se tramitó la vista de esta causa ante el Tribunal Colegiado de la Audiencia y en una nueva inspección que se hizo en el lugar del suceso, apareció un elemento de prueba favorable a los acusados. En un rincón del patio se encontró una faja de estambre de dos varas y media de longitud y un sombrero calañés que no se adaptaba, ni a la cabeza del cadáver del hombre desconocido, ni a la de Antonio Marina.

El abogado defensor esgrimió hábilmente esta arma ante la Sala para asegurar la existencia de los ladrones de que tan insistentemente hablaban los hermanos Marina y demostró la posibilidad de que la faja hallada en el patio les hubiera servido para descolgarse por la ventana.

Otro de sus argumentos capitales fué la afirmación de las relaciones ilícitas entre Clara y Lafuente, por cuya causa la muchacha no tenía que robar lo que podía utilizar descaradamente y menos aún era de su conveniencia matar al hombre que la protegía y la regalaba.

Negó la existencia de rastro alguno de intento de robo y aseguró que el mismo pueblo que hoy clamaba justicia contra los procesados, mañana se volvería, airado e implacable, contra los jueces que pronunciaran sentencia irreparable contra un inocente.

Insistió el fiscal en sus acusaciones, haciendo más hostensible el minucioso examen de las contradicciones en que ambos hermanos habían incurrido, mostrando como prueba de la falsedad de lo depuesto por Clara, el que ésta asegurase que intentaron ahogarla los ladrones entre los colchones de su cama y, al mostrársela hecha e intacta, dijo que, cuando pudo deshacerse de las ligaduras, la arregló antes de salir a abrir la puerta.

La inverosimilitud del hecho aducido y la falta de verdad absoluta que en él se observa eran pruebas suficientes, para el fiscal, de que aquella mujer mentía cínicamente en todo.

Se confirmó la sentencia del juez, pero variándose el lugar donde debía verificarse la ejecución, pues la Sala ordenaba que fuera en la misma Red de San Luis, frente a la casa del crimen, y el abogado, para consumir hasta el último medio disputando al verdugo la vida de sus patrocinados, entabló recurso de súplica ante la Sala primera,

fundándose en la aparente mencionada contradicción entre las dos sentencias con respecto al lugar en que había de tener efecto la aplicación de la pena.

Durante la nueva vista se repitieron los informes, prodigándose la elocuencia de las partes, mas la sentencia volvió a ser de pena capital para ser ejecutada en el lugar de costumbre, o sea las inmediaciones de la Puerta de Toledo.

SE notificó a los reos la inapelable decisión del Tribunal.

Clara escuchó impasible la lectura, instando que se repitiera ésta, después de lo cual firmó, sonriente. Antonio apenas puso atención a lo que le decían y se negó terminantemente a firmar.

Entraron en capilla y Clara Marina fué convencida fácilmente por los hermanos de la Paz y Caridad para recibir los auxilios de la religión, pidiendo ser confesada por uno de los tenientes curas de la Parroquia de San Andrés, paisano suyo. Realizado aquel acto — que el sacerdote aseguró ante los concurrentes había sido verdaderamente ejemplar — recibió la Comunión y oyó fervorosamente dos misas, cambiando en absoluto su conducta y hasta la expresión de su cara, pues conversaba con todos, llena de amabilidad, sin aludir para nada al crimen. Preocupóse tan sólo, dos o tres veces, de enviar a algunos demandaderos a casa de personas por ella conocidas, preguntándoles si había alguna esperanza de recibir el indulto.

Paseó durante más de dos horas, apoyada en el brazo de un hermano de la Paz y Caridad. Cuando el verdugo le entregó la fatídica túnica, aceptóla con

humildad y se la vistió sin oposición ni repugnancia. Despidióse con cariño de cuantos la rodeaban y, en el trayecto de la cárcel al patíbulo, fué constantemente elevando en sus manos el crucifijo y rezando llena de contrición. Su conmovedora actitud hizo que el público, al distinguir de lejos el cortejo, callase emocionado y contemplase con piedad la figura de la sentenciada, que no parecía la misma que en otras ocasiones.

Se negó a decir nada antes de entregar su cabeza en las manos del verdugo, el cual cumplió rápidamente su siniestra misión.

Antonio Marina rehusó hablar con nadie desde que entró en capilla. Pedía por escrito lo que necesitaba y en la misma forma mandó preguntar por el indulto. No quiso hacer movimiento alguno, aparentando no escuchar la voz de los distintos sacerdotes, incluso el Patriarca de las Indias, que le exhortaban a ponerse bien con Dios. Marchó al patíbulo con la cabeza inclinada sobre el pecho, sostenido por los asistentes y con tal expresión de abatimiento, que parecía iba a morir antes de recibir garrote.

Ya en las gradas del cadalso, suplicó se le dijera si su hermana había muerto y, habiéndosele contestado afirmativamente, cayó de rodillas ante un sacerdote. Habló con él en voz baja, durante algunos minutos, y vió cómo la mano del ministro del Señor se elevaba sobre su cabeza y trazaba en el aire la señal de la cruz, y avanzó rápidamente al lugar del suplicio, donde se cumplió la humana sentencia.

NO puede caber duda alguna de la culpabilidad de los hermanos Marina. ¿Fué justa la sentencia?

Es posible, pero también es evidente que no la dictaron los magistrados a impulsos del libre convencimiento de su conciencia, sino coaccionados por el clamor popular. Aunque éste, en el caso que relatamos, no se equivocó, hay que tener siempre en cuenta que frente al aforismo, *vox populi vox cæli* está el terrible error de *Ecce Homo!*

¿A quién pertenecía el cadáver no identificado?

En el momento de perder la vida los hermanos Marina era un misterio, pero, años después, se logró averiguar que se trataba de un malhechor, perteneciente a una familia honrada. Con este descubrimiento consiguió tranquilizar la conciencia de los sentenciadores de Clara y Antonio.

¿Por qué se asesinó a José de Lafuente?

Los hermanos Marina se llevaron el secreto al sepulcro, aunque lo depositaran antes en sus confesores; pero la creencia más arraigada, sobre todo después de la identificación del cadáver del hombre de la barba rubia y la melena, es que no hubo intención de robar, sino afán de venganza por parte de Clara, al verse defraudada en sus aspiraciones de matrimonio con su amo, convencida de que éste iba a casarse y estaba decidido a despedirla.

Antonio no fué en realidad más que una víctima de su hermana.

El hombre de la barba rubia instigó la feroz pasión de Clara, para satisfacer el despecho que sentía hacia la prometida de don José de Lafuente.

LA INTRIGA **EL MÁXIMO INTERÉS**

están ligados al cine, las películas, los artistas, la vida y noticias de los estudios. ¿Cómo saberlo? ¿Dónde enterarse? ¿Cómo satisfacer nuestra curiosidad?

LO ENCONTRARÁ EN LA REVISTA SEMANAL

Films Selectos

que empezará a publicarse el 4 del próximo octubre. Si le interesa a usted conocer más detalles diríjase a

Diputación, núm. 219 * Barcelona

NUEVA OBRA DE LA DOCTORA FANNY

RECETARIO DEL HOGAR

(Enciclopedia abreviada
para la vida práctica)

Colección de 4.000 recetas
útiles recopiladas, explica-
das y ensayadas por la

DOCTORA FANNY

MATERIAS PRINCIPALES
TRATADAS EN ESTA OBRA:

Habitación. — Economía do-
méstica. — Higiene privada (la
alcoba, el tocador y el baño).
Puericultura. — Cuidados a los
enfermos y convalecientes.
Alimentación (la cocina, el co-
medor, la despensa y la bode-
ga). — Floricultura. — Cría y
cuidado de animales domés-
ticos. — Destrucción de ani-
males perjudiciales o molestos.
Avicultura. — Perfumería. — Fa-
bricación de vinos, licores,
refrescos, aperitivos, pon-
ches, etc.

Un tomo en tela, 12 pesetas

De venta en todas las librerías
de España y América.

Para pedidos, directamente a

EL HOGAR Y LA MODA

utilizando el siguiente cupón
que le da derecho a recibirlo
franco de portes.

EL HOGAR Y LA MODA

Diputación, 211, Barcelona
Valverde, 21 dup., Madrid

Agradeceré me remitan un
ejemplar del Recetario del Ho-
gar, por la Doctora Fanny, cuyo
importe de 12 pesetas remito
por giro postal n.º.....
acompañando en sellos de correo
(certificando la carta).

Nombre.....

Domicilio.....

Población.....

Provincia.....

Fecha.....

Muerto en la Iglesia

(Continuación de la página 35)

Se daba cuenta de que sus declaraciones
le exponían al ridículo...

— No había trazas de cortadura ni
de herida en los músculos del cuello;
pero la arteria carótida estaba quebrada.

El jurado dió muestras de nerviosidad;
el público escuchaba ansioso; la señora
Coombes apretó las manos.

El juez, asombrado, había dejado caer
la pluma. Dirigiéndose luego al jurado,
prorrumpió:

— Señores, desearía que ustedes en-
tendieran claramente las palabras del
doctor. Estamos investigando un caso
sumamente extraño, cuya explicación
espero escucharán ustedes con la aten-
ción debida.

Y añadió:

— Le ruego, doctor, que no se ofenda
si le interrumpo para saber más detalles.
No es mi propósito poner en duda lo
que afirma usted, sino esclarecer los
hechos de forma que el jurado pueda
comprender cómo ocurrió la muerte del
señor Coombes.

El doctor Tracy sonrióse benévolo.

— Comprendo perfectamente — dijo.

— Pues bien, doctor; aclaremos este
punto. ¿A qué se debió la lesión de la
carótida y de la médula espinal?

El especialista, encogiéndose de hom-
bros, respondió:

— A ciencia cierta no lo sé.

— ¿Está usted seguro de que fué pro-
ducida por una conmoción violenta?

— Aunque las circunstancias son muy
oscuras, puedo asegurar que las partes
lesionadas sufrieron una conmoción vio-
lenta, del mismo género, probablemente,
que la que causó el rasguño rojo del
cuello. Sin embargo, este rasguño en sí
no pudo producir la muerte. Debí de ir
acompañada de una conmoción inexplic-
able...

El juez estaba cada vez más perplejo.
El fiscal comenzó a interrogar a los tes-
tigos.

— ¿Cree usted que la muerte fué de-
bida a estrangulación? — preguntó.

— No. No hay trazas de ello.

— ¿A qué se debe, doctor, que la len-
gua saliera de la boca y las mandíbulas
se cerrasen?

— Supongo que a un espasmo, en el
momento de la muerte.

— Entonces, doctor, ¿cuál cree usted
que fué la causa de la muerte? — le pre-
guntó bruscamente el fiscal.

El doctor Tracy permaneció callado
unos momentos.

— Lo único que puedo afirmar es que
la causa de la muerte fué una conmo-
ción... una conmoción nerviosa muy in-
tensa, debida a una fuerte impresión
física o mental, acaso ambas a la vez.

El fiscal adoptó un tono irónico.

— Pero, doctor..., aquí no podemos en-
trar en disquisiciones psicológicas. En
un tribunal sólo deben tenerse en cuenta
los hechos.

El doctor Tracy miróle de hito en hito.

— Puesto que plantea usted el pro-
blema de ese modo, declaro resuelta-
mente que a mi juicio la solución de este
enigma sólo puede encontrarse en la
psicología. Vacilaba en decirlo...

El juez sonrió escéptico mientras el
fiscal seguía interrogando extensamente
al testigo.

— La señal posterior del cuello a que
se refería usted, doctor, ¿por qué ha
seguido siendo roja?

— También es muy difícil contestar
a esta pregunta. Parecía la cicatriz de
una herida antigua...

— ¿Cree usted que pudo ser producida
por el roce de un cuello alto y apretado?

— Me parece que no. El difunto lleva-
ba cuello flexible, bajo...

— ¿Entonces se inclina usted a creer
que el rasguño del cuello fué debido a
alguna acción humana?

— Sí, señor.

— ¿Y que esa otra lesión, debida a
una conmoción violenta de origen físico
o mental, siguió inmediatamente?

— Esta es la hipótesis que juzgo más
probable.

— Está bien. Gracias, doctor. Eso bas-
ta por ahora.

Al salir el doctor Tracy se oyó en el
auditorio un murmullo de profundo asom-
bro... La señora Coombes inclinó leve-
mente la cabeza y apretó las manos.

El testigo siguiente fué el Reverendo
Entisttel. Sus declaraciones no aportaron
ningún nuevo esclarecimiento. Limitóse
a repetir lo que había dicho antes: que
durante la oración había oído como un
gemido o grito ahogado que parecía par-
tir del fondo de la iglesia.

El sacristán expuso las circunstancias
del hallazgo del cadáver.

Accediendo a mi petición, llamóse a
declarar a continuación a la señora Coom-
bes. Era una mujer bellísima, esbelta,
de ojos pardos, cabellos castaños, casi
negros y tez marfileña. Sus facciones
tenían la finura característica de las
personas de alcurnia. Con voz firme y
clara pronunció el juramento.

Me pareció una mujer que sabía disi-
mular el dominio de los impulsos ardo-
rosos de su temperamento impresionable.
Era imposible sospechar de ella... y,
sin embargo, todos los indicios parecían
acusarla. Me esforcé en sobreponerme a
la instintiva simpatía que su persona
inspiraba para concretarme así al cum-
plimiento de mi deber como instrumento
de la ley.

El fiscal empezó a interrogarla. A sus
preguntas respondió que tenía veintinue-
ve años y que hacía seis se había casado
con Federico Coombes.

— ¿Fué usted feliz durante su vida
conyugal?

— Muchísimo — contestó reprimien-
do un sollozo.

— ¿Tuvieron ustedes alguna disputa?

— No, señor. Aunque diferíamos de
opinión acerca de muchas cosas, esa dis-
crepancia sólo daba ocasión a discusio-
nes sin importancia, y aun no muy fre-
cuentes.

— ¿Es verdad, señora Coombes, que
su marido era poco sociable?

— Sí, señor.

— ¿Qué profesión tenía?

— La de ingeniero de minas, que ejer-
ció con éxito durante algunos años, hasta
a muerte de su padre, cuya fortuna
heredó.

— ¿Ocurrió eso más o menos cuando
ustedes resolvieron venir a vivir aquí?

— Sí, señor. Hará unos tres años. A él
le gustaba mucho la vida de campo por
lo tranquila.

— ¿Y a usted?

— También.

— ¿Esa vida tranquila no llegó nunca
a pesarles?

— Nunca. Ya habíamos viajado mu-
cho y sólo de cuando en cuando íbamos

a Nueva York. Además, teníamos entretenimientos suficientes para ocupar las horas ociosas.

— ¿Qué entretenimientos eran esos, señora Coombes?

— Los paseos a caballo, la horticultura, los libros y muy especialmente el teatro.

— ¿Dicen que su marido era escritor...?

— Sí, lo era, aunque él no quería pasar por tal. Intentó escribir comedias, una de las cuales tuvo gran empeño en que se representase.

— ¿Lo consiguió?

— No, señor; pero un empresario de Nueva York le alentaba en su empeño.

— Ya... ¿Y qué edad tenía su marido, señora Coombes?

— Treinta y siete años.

— ¿Tenían ustedes hijos?

— Ninguno.

— ¿Vivían ustedes felices?

— Mucho...

De nuevo se notó en su voz como un sollozo reprimido.

— Y ese domingo, seis de julio — prosiguió el fiscal, — ¿qué hizo su marido?

— Se afeitó, se vistió y pasó una hora en su despacho antes de ir a la iglesia.

— ¿Y usted?

— No pude ir. Como a mi sirvienta le tocaba ir a casa de sus padres, pues lo tiene autorizado cada dos domingos, tuve yo que quedarme en casa para hacer la comida. A Federico, mi marido, le gustaba mucho cierto guiso; y como había estado enfermo, quise prepararle algo que le apeteciera.

— Comprendo. ¿Y se quedó usted en casa?

— Sí, señor. Sólo le acompañé hasta la puerta para darle el sombrero y el bastón.

— ¿No fué usted a la iglesia?

— No, señor.

— ¿Salió usted de casa?

— Sólo una vez..., para coger algunas flores en el jardín. Volví a entrar casi en seguida. No estuve fuera más que un momento.

— ¿Aquella mañana no estuvo usted en la iglesia?

— No, señor.

— ¿A qué hora salió su esposo?

— A eso de las once menos cuarto. La iglesia está a poco menos de un kilómetro de nuestra casa...

— Y aquella mañana, ¿se hallaba, como siempre, en su estado normal?

— Lo parecía. Me besó al marcharse.

— ¿Tenía alguna preocupación..., algo que le pudiera disgustar?

— Que yo sepa, no. Siempre me lo confiaba todo. Sólo... que nuestro perrito no había parecido desde hacía tres días, y su ausencia nos apenaba un poco.

— ¿Se había ausentado alguna vez su esposo? ¿O, mejor dicho, pasó alguna noche fuera de la casa?

— No, señor.

— ¿Se fué solo a la iglesia?

— Sí... hasta que yo le perdí de vista.

— ¿Tenía enemigos?

— Ninguno, que yo sepa. No conozco a nadie que estuviera resentido de él. Era la caballerosidad personificada...

— ¿Se le ocurre alguna explicación de su trágico fin?

— Ninguna — contestó con voz temblorosa.

— ¿De manera que aquella mañana sólo salió usted de la casa para coger unas flores en el jardín?

— Sólo para eso.

— ¿Está usted segura?

— Segurísima — respondió la señora Coombes con voz firme y sosegada, a la

vez que sus grandes ojos desmesuradamente abiertos delataban el penoso asombro que le causaba la sospecha envuelta en la insistencia de aquel interrogatorio.

Seguidamente fué interrogado Riley Smith. Dijo que el domingo, a eso de mediodía, había visto a una mujer — estaba seguro de que era la señora Coombes — corriendo desde la iglesia a la vivienda de los Coombes. La mujer estaba a alguna distancia de él.

Hice una seña al fiscal para que volviera a llamar a la señora Coombes.

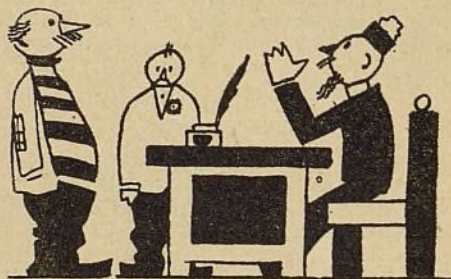
— ¿Ha oído usted lo que ha dicho el joven Smith; que la vió correr a usted desde la iglesia hasta su casa a eso de las doce, antes de que terminara el acto religioso?

— Sí, lo he oído.

— ¿Y qué dice usted a eso?

— ¡Que es una mentira! — exclamó furiosa. — ¡Una mentira cruel!

No pudo hablar más... porque cayó desfallecida. Su médico, que estaba junto a ella, acudió en su auxilio, mientras el público hacía apasionados comentarios. Al cabo de diez minutos la señora Coombes recobró el sentido.



— ¿Es cierto que llamó a este caballero idiota y canalla?

— Sí, señor juez.

— ¿Es cierto que le llamó granuja y sátiro?

— También es cierto.

— ¿Es cierto que le llamó ladrón?

— No, señor juez. Se me olvidó.

Entonces demostró aquella mujer la imperturbabilidad de su espíritu, pues no se acobardó ni se inmutó por la hostilidad con que la miraban casi todos los concurrentes.

— Yo amaba a mi esposo entrañablemente — gritó mientras el fiscal consultaba sus papeles. — Es una crueldad, una infamia, sospechar de mí.

El juez, nervioso, no hacía más que golpear su pupitre con la pluma. Algunos miembros del jurado miraban indiferentes a la presunta autora del crimen.

— Señora — dijo el fiscal fríamente, — nuestro propósito es sólo aclarar los hechos. Ahora bien; dígame... ¿le pertenece o le ha pertenecido a usted este objeto?

Y le presentó el abanico en forma de estilete que había encontrado yo entre las hierbas.

Tanto el fiscal como yo suponíamos que al verlo ella quedaría confundida. Únicamente nosotros dos conocíamos aquel hallazgo. El mismo juez lo ignoraba. Pero la señora Coombes, en lugar de sobresaltarse como un culpable descubierto, pareció serenarse. En su rostro se reflejó una impresión de asombro más que de temor. Siguió mirando el objeto que el fiscal levantaba en alto, y que a los ojos de todos aparecía como una daga mortal... No contestó.

— ¡Vamos, señora! Haga el favor de responder. ¿Le pertenece a usted este objeto? — insistió el fiscal.

— Me había pertenecido.

— ¿Y qué hizo usted de él?

— Fué mío durante varios años.

— No es eso lo que le pregunto. ¿Qué se hizo de este objeto?

El fiscal seguía exhibiendo el extraño abanico.

De nuevo reflejó el rostro de la señora Coombes una expresión de asombro doloroso. Quedóse muda, como desconcertada.

El fiscal se quitó las gafas. Y, volviéndose de espaldas, repitió:

— Le ruego me conteste...

— Yo... yo...

La señora Coombes iba a hablar, pero calló de nuevo. Con los ojos buscaba una cara entre la muchedumbre que llenaba la sala. Por fin la halló: era la de una joven. Con aire inquisidor clavó en ella la mirada, que la muchacha rehuyó ruborosa.

— Iba usted a decir algo... ¿qué? — preguntó el fiscal.

Nuevamente la señora Coombes miró a la muchacha. Pero ésta, como avergonzada, había bajado ya la cabeza. Nadia más que yo había advertido la expresión de la señora Coombes mientras miraba a aquella joven.

— No tengo nada que decir — contestó la señora Coombes con voz que la delataba.

— ¡Nada que decir! — exclamó el fiscal con acerba ironía.

— Nada — insistió la señora Coombes.

— ¿No puede usted decir nada de este objeto, de este abanico-puñal, si puede llamarse así?

— Nada.

— ¿Está usted decidida a ello?

— Completamente decidida.

— Le advierto, señora, que no la favorece mucho su intento de desviar el curso de esta investigación. Su silencio puede interpretarse mal.

Ella, en silencio, permaneció sentada como presa de ira mal reprimida.

El testigo llamado a declarar fuí yo. Expuse el resultado de mis investigaciones y la imposibilidad de entrevistarme con la señora Coombes.

— ¿Y halló usted huellas de tacones altos?

— Sí, señor. Delante de la puerta de la iglesia y en el camino que conduce a la casa de la señora Coombes.

— ¿Qué indican esas huellas?

— Que son de un zapato caro, de los de moda...

— ¿Y hasta dónde pudo usted seguir esas huellas? — preguntó el fiscal con aire casi de triunfo.

— Hasta la mitad del camino, poco más o menos, entre la iglesia y la casa de los Coombes, hasta desaparecer cerca de unas matas.

— Y allí... ¿qué?

— Después de buscar entre las hierbas, hallé ese objeto de forma de puñal.

— Perfectamente... ¿Este objeto que tengo yo en la mano?

— Sí, señor.

— ¿Lo encontró usted cerca de un montón de hierbas, detrás de las matas?... ¿Es decir, halló usted algo que una persona, viniendo de la iglesia, había intentado ocultar cuidadosamente?

— Eso es.

El doctor Tracy fué llamado nuevamente.

— Este objeto, doctor — dijo el fiscal — es un abanico, aunque, cerrado, como usted ve, parece una daga. Tiene

los bordes cortantes, como si fuese una arma verdadera. Fijese, examínelo detenidamente.

El doctor Tracy lo examinó muy despacio.

— Dado el examen que usted hizo del cadáver, doctor... ¿Cree usted que las lesiones pudieron inferirse con este objeto? —

El doctor Tracy, tras unos momentos de hondas reflexiones, contestó:

— No lo creo. No me parece concebible. Como ya dije, la índole de las lesiones y las causas que las produjeron me parecen un misterio... Jamás me he encontrado ante un caso como éste.

— Está bien, doctor. Pero al menos el rasguño del cuello, ¿lo pudo causar el objeto que tiene usted entre manos? —

De nuevo hubo una pausa inquietante mientras el médico reflexionaba.

— Tal vez, aunque en conciencia no puedo afirmarlo. Si contestara que sí, daría como cierta una hipótesis algo fantástica...

El fiscal quedóse algo perplejo. Vuelto a mí, conferenciamos en voz baja durante unos momentos. Habíamos examinado, sin omitir ningún detalle, cuanto podía constituir la base de una acusación. Habíamos interrogado a todas las personas que podían aclarar algo el extraño suceso. No obstante, como no tardamos mucho en descubrir, hasta los fiscales y los detectives más avisados están expuestos a equivocaciones y aun a sufrir negligencias.

El fiscal dirigióse al tribunal con estas palabras:

— No podemos presentar más testimonios que éstos, a no ser que la señora Coombes cambie de actitud y consienta en decir lo que se calla.

La aludida tenía la cabeza inclinada y las manos entrelazadas, en actitud de resignación. Parecía agobiada por una nueva pena, por una duda atormentadora.

— No tengo nada que decir — afirmó después de una pausa.

El juez, quitándose los lentes de oro, dijo:

— Señores del jurado, por lo visto este es un caso... — y un rumor extemporáneo interrumpió su discurso.

— ¡Orden! — gritó un ujier.

Una joven, apretujada entre la multitud, avanzaba penosamente. Cuando ya estuvo delante del juez, le miró recelosa. Su rostro estaba encendido y sus ojos tenían trazas de haber llorado copiosamente, y sus labios, sus manos, todo su cuerpo era presa de nerviosísimo temblor. Todas las miradas fijáronse en ella.

— ¿Qué?... — dijo el juez.

Ella, inclinando la cabeza y enjugándose los ojos, con un pañuelo ya empapado, no contestó nada.

— ¿Quería usted decir algo? — preguntóle bondadosamente el juez.

La joven hizo al fin un gesto en señal de asentimiento. En el público se advirtió un movimiento de intensa expectación.

Acompañada a la sala de los testigos, hicieronla jurar. Entre tanto, la señora Coombe se deshacía en penosos sollozos.

La testigo era una muchacha de unos diecisiete a dieciocho años, rubia y delgada. Su semblante, cubierto de vergüenza, de confusión y de temor me pareció que expresaba sinceridad.

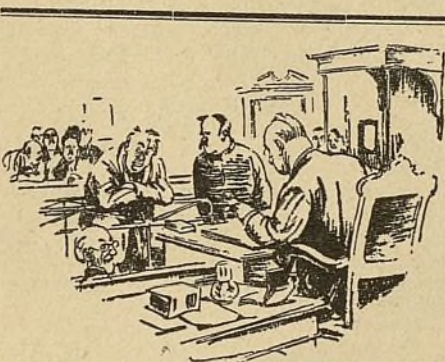
Dijo llamarse Pepita Hathaway y era camarera en la casa de los Coombes.

— ¿Sabe usted algo de ese suceso? — le preguntó el fiscal.

Balbuciente al principio, menos ner-

viosa después, hizo su declaración, que fué extensa, clara, sin omisión de pormenor alguno.

— El señor Coombes y su esposa — dijo — estaban algo disgustados con motivo de la desaparición de su *fox terrier*. No se le había visto desde el miércoles anterior al domingo, 6 de julio. El señor Coombes temía que lo hubiera envenenado alguien. Como el domingo era mi día de salida, salí de la casa a eso de las diez y media para encaminarme a la de mis padres, distante unos cinco kilómetros, y, según mi costumbre cuando no llovía, pasé por un atajo que atraviesa el bosque Snaley. Antes de marchar me dijo el señor Coombes que mirase si estaba por allí el perrito... Caminaba por el bosque, que está a medio camino de la casa de mi padre, cuando me pareció oír como un gemido o un grito. Me detuve... escuché... y lo volví a oír. A pocos pasos, junto al borde de un estanque, encontré el perro cogido en una trampa de las que suelen poner allí para las alimañas. Traté de libertarle, pero viendo que quería mordirme, tuve miedo... Busqué una lata o cacharro para darle al menos de beber.



El magistrado. — *Verdaderamente, es usted incorregible. ¿Desde 1890, setenta y ocho condenas? ¿A qué se puede atribuir esa vida de crímenes?*

El reo. — *A las fotografías de los periódicos.*

Después que hubo bebido intenté de nuevo levantar la trampa, pero una de las patas del pobre perro, por estar muy lastimada, era imposible sacarla de ahí sin hacerle daño... Parecía que estaba rabioso de dolor; me cogió otra vez miedo y no supe qué hacer. Entonces se me ocurrió que lo mejor era correr a la iglesia y avisar al señor Coombes, pues la iglesia estaba más cerca que la casa, donde sabía ya que la señora, en aquel momento, estaría ocupada en preparar la comida. Me dirigí, pues, a la iglesia; en cuyos alrededores no había nadie cuando entré. El señor Entisttel estaba rezando. Los asistentes permanecían silenciosos, con la cabeza inclinada. Vi al señor Coombes en uno de los bancos últimos. Estaba encorvado hacia adelante con la cabeza apoyada en las manos... Yo me quedé junto a la entrada aguardando a que terminase su oración el señor Entisttel... pero como transcurrió mucho tiempo, pensé en el pobrecito perro. De puntillas me dirigí muy quedo: «señor Coombes... Jip ha caído en una trampa en el bosque de Snaley.» No me contestó. Se lo volví a decir; pero parecía estar durmiendo. Entonces le di un golpecito con el abanico, detrás del cuello, inmediatamente se estremeció

y exhaló un gemido... Asustada, salí corriendo de la iglesia y me dirigí a la casa, con el propósito de enterar a la señora Coombes de todo, pues me daba cuenta de que algo horroroso había ocurrido. Al llegar a las matas tuve miedo y tiré el abanico, corriendo luego a campo traviesa al bosque. No sin gran esfuerzo logré sacar de la trampa al perro que me llevé a casa en brazos. Allí está todavía... No dije nada a nadie. Cuando aquella noche volví a casa de la señora Coombes me enteré de lo ocurrido... Yo sabía que había hecho algo reprehensible... y tenía miedo de que me castigasen. Eso es todo lo que sé, señor.

Después de haber hablado, Pepita Hathaway prorrumpió en llanto amarguísimo con la cara oculta entre las manos.

Yo vi que el rostro de la señora Coombes sufría una transformación extraña y que la expresión sombría, de frío desengaño, se convertía en otra más consoladora, de dulce melancolía y fe...

Siguió el interrogatorio. Pepita dió explicaciones detalladas que aclaraban mucho lo sucedido. La señora Coombes y su esposo la trataban bondadosamente. La señora, sabiendo cuánto le gustaba vestir bien, le regalaba trajes y zapatos suyos, lo cual explicaba aquellas huellas de tacones altos y el hecho de que, desde lejos, el joven Riley la confundiera con su ama... En cuanto al abanico en forma de puñal, la señora Coombes lo usaba pocas veces, a causa de su siniestro aspecto, y acabó un día por regalárselo a la muchacha.

Muy bien — me decía yo. — Mas ¿cómo se explicaba aquella muerte repentina?

El caso parecía interesarle mucho al doctor Tracy, el patólogo, muy aficionado a la psicología. Tuvo con el juez, el fiscal y conmigo una rápida consulta... Se llamó de nuevo a la señora Coombes. Parecía otra mujer...

— ¿Dijo usted, señora Coombes, que su esposo era escritor?

— Hasta cierto punto, sí. Era el escribir uno de sus entretenimientos.

— ¿Y qué escribía?

— Comedias, principalmente.

Expuso entonces a qué trabajo se dedicaba su esposo cuando le vino a sorprender la muerte... Había estudiado extensamente, según parecía, la revolución francesa, que consideraba como una de las fuentes más ricas en todo género de tragedias. La obra la tenía ya casi terminada.

— Trabajaba con fe, con apasionamiento verdadero — siguió diciendo la señora Coombes, — tanto, que llegué a temer por su salud. Aquella mañana, antes de ir a la iglesia, escribió durante una hora. El desenlace del drama era una ejecución con la guillotina... Se levantó muy cansado porque, además, la noche antes había velado hasta muy tarde. Me dijo que le serían muy saludables los apacibles cánticos y las oraciones del señor Entisttel... Las últimas páginas que escribió están todavía sobre el escritorio. ¡Me faltó ánimo para tocarlas!

El doctor Tracy indicó sería conveniente que se leyeran esas últimas cuartillas. En un automóvil del juzgado fueron por ellas la camarera y uno de los policías, trayéndolas al poco rato.

La última página que había escrito Coombes era la diatriba apasionada de Vandelmonde — joven aristócrata francés — proferida desde el cadalso con la cabeza erguida y un ademán de desa-

fio contra el fúnebre artefacto. Los términos violentísimos en que se expresaba el personaje, retando a sus verdugos, inspiraron al médico una ingeniosa hipótesis.

— El señor Coombes — dijo, — según acaban ustedes de apreciar, era de temperamento impresionable... de genio exaltado. Tenía alma de artista. Se identificaba con sus personajes, con sus propias creaciones; vivía, como suele decirse, su obra. Cuando salió para la iglesia, aquella mañana, se me figura que Vandemonde reinaba por completo en sus pensamientos, le dominaba hasta el extremo de sugerirle ciertas sensaciones que no correspondían a ninguna circunstancia externa.

Mientras estaba allí sentado en el banco de la iglesia, la personalidad del joven aristócrata francés predominaba indudablemente en él... anulaba por completo las palabras de paz y consuelo pronunciadas por el señor Entisttel. Tal vez quedó dormido... obsesionado por su visión... o por lo menos sumido en meditación profunda. Estuviera o no despierto, a su imaginación debió presentársele el espectáculo de la muchedumbre sanguiñaria y del condenado que iba a guillotinar... ¿Y quién nos asegura que no fué en ese preciso momento cuando Pepita Hathaway le rozó levemente el cuello con el abanico? Para Coombes aquel contacto con el borde cortante de ese objeto fué como si sobre su nuca hubiera caído el acero de la cuchilla de la guillotina... La conmoción le mató. Quizás parecerá fantástico... Pero tengo el convencimiento de que sucedió así.

No había más que hablar. El jurado, después de deliberar durante veinte minutos, publicó el veredicto siguiente:

«Consideradas las circunstancias que acompañaron el fallecimiento de Federico Coombes, fallamos que su muerte, ocurrida en un banco de la iglesia de este pueblo, en la mañana del domingo, día seis de julio, se debió a un artefacto manejado por Josefa Hathaway, sin que por eso pueda atribuirse a ésta ninguna clase de responsabilidad.»



—Pide, hijo mío, lo que quieras en tu última hora, y se te concederá.

—Padre, quiero fresas.

—¿Fresas en enero? No puede ser, hijo. Pide otra cosa.

—No importa, padre; yo no tengo prisa.

El Secreto de Blakelock

(Continuación de la página 38)

— Probablemente, Blakelock, como todo médico de alguna categoría, llevará un registro con la ficha clínica de cada uno de sus enfermos. Si usted lo intenta, en ese registro es muy posible que halle usted la ficha correspondiente a su propia esposa. De haberla, como estará expresada en fórmulas técnicas, usted sólo tiene que sacar una copia a la ligera y traérmela. Creo que este procedimiento es el que mejor nos puede poner en camino de la verdad. Hágalo usted.

ATENTO a las indicaciones que acababa de hacerme el médico de la Jefatura, en cuanto tuve una ocasión penetré en el despacho del doctor y, en efecto, entre las fichas de sus clientes también estaba la de su propia esposa. Saqué rápidamente una copia de ella y corrí a la Jefatura en busca del médico oficial, a quien se la entregué.

Apenas le pasó la vista por encima, su semblante se contrajo en una mueca de indignación.

— ¿Sabe usted cuál es la enfermedad de origen que padece la esposa de Blakelock? — preguntó, estrujando el papel entre sus manos.

Ante mi silencio, añadió:

— Blakelock no dosificaba en los dulces regalados a su señora ningún veneno específico; pero Blakelock sabe perfectamente que esos dulces son un veneno mortal contra la naturaleza de la enferma. Ha venido matándola lentamente. ¡Lo que padece la señora Blakelock es diabetes crónica! Ya lo sabe usted.

Quedé estupefacto, pero al propio tiempo reconocí que el sagaz asesino había sabido colocarse en un terreno invulnerable contra la acción de la justicia. Aunque es evidente el daño que se le causa a un diabético haciéndole ingerir azúcar, no se podía, sin embargo, formular una denuncia criminal a base de este argumento. La justicia necesitaba, para obrar, otra prueba más sólida. El doctor Blakelock estaba en condiciones de escudar su conducta con subterfugios y explicaciones que ante la ley tendría un carácter de legal validez, aun cuando particularmente se pensara lo contrario.

Bastante desorientado a causa de estas reflexiones, me despedí del médico de la Jefatura y regresé al domicilio del doctor Blakelock, en mi papel de pariente de la familia.

NO tenía ningún plan preconcebido, ni me era posible pensar en otra cosa que evitar rigurosamente que la enferma tomase la menor cantidad de productos dulces.

Entregado a esta mera misión de vigilancia, vi transcurrir lentamente algunas semanas sin esperanza de nada concreto.

Mas un día ocurrió un acontecimiento que vino a desenlazar inesperadamente el drama.

Estaba yo en mi cuarto, cuando sentí que en la habitación inmediata se quejaba una persona. Salí al corredor y desde allí pude ver a Alice tendida sobre un canapé, con los ojos cerrados y un estado de abandono tal, que creí que estaba muerta.

Iba a dirigirme a la habitación, cuando vi que entraba en ella el doctor con

un vaso en la mano y se inclinaba hacia su esposa para dárselo.

Un presentimiento repentino iluminó mi cerebro y de un salto me planté ante el doctor, quien se irguió sobresaltado, tratando de sustraer el vaso. Esta maniobra me dió la medida exacta de mi certidumbre, y antes de que pudiera hacer un solo movimiento, le apresé la muñeca, le arrebaté el vaso y le grité con voz decidida.

— ¡Ha llegado su hora, doctor Blakelock!

Sin darle tiempo a reponerse de la sorpresa, había sacado la pistola y le encañonaba con ella, a medio metro de distancia.

Su rostro expresaba una serie de emociones distintas y profundas, aunque sin atreverse a balbucir una palabra siquiera. Sin embargo, cuando le dije mi nombre, intimándole a que se entregase, empezó a protestar con la misma energía que pudiera hacerlo un inocente. Se escudó en la confianza de su esposa, pero ésta le aconsejó que, no habiendo cometido ningún delito, lo mejor era no oponer resistencia a mi intimidación.

Le conduje a la Jefatura con la facilidad que a uno de esos malhechores de oficio, cuya costumbre de ir presos les priva de todo gesto de protesta. Estrechado a preguntas en los hábiles interrogatorios de que se hace objeto a delincuentes de esta categoría, Blakelock concluyó por confesar plenamente sus delitos. Sus dos primeras mujeres habían sido, en efecto, víctimas de sus maquinaciones monstruosas.

El doctor Blakelock tenía un ojo clínico maravilloso; elegía por esposas a mujeres bonitas y ricas, pero que tenían una tara fisiológica, y ya una vez casado, se esforzaba en hacer que el mal empeorase, sometiéndolas a regímenes o a ejercicios que favorecían el desarrollo de la enfermedad, y, una vez muertas, las heredaba, para volver a casarse otra vez.

En el caso de su última mujer, Alice Alhen, sabía perfectamente el daño terrible que le causaba; pero como vió que su muerte se retardaba más de lo que convenía a sus planes, se arriesgó a un procedimiento más expeditivo... Y aprovechando el ligero desmayo que había acometido a su víctima, intentó hacerle beber el arsénico del vaso que yo le arrebaté con tanta oportunidad.

Hoy ya no tiene necesidad de preocuparse en preparar su porvenir con las fortunas de sus víctimas. Aunque no pudo llevarse a la silla eléctrica, el número de años de presidio que comprendió su sentencia es suficiente para privarle mientras viva de ninguna otra ocupación.

Su última víctima, Alice Alhen, pudo salvarse todavía milagrosamente.

DICCIONARIOS MANUALES CUYAS

Francés-Español.....	3' - ptas.
Español-Francés.....	3' - ptas.
Los dos tomos en uno.....	5'50 ptas.
Inglés-Español.....	3' - ptas.
Spanish-English.....	3' - ptas.
Los dos tomos en uno.....	5'50 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

Latude, el Evadido de la Bastilla

(Continuación de la página 42)

Una colección recomendable de obras de

HIGIENE Y GIMNASIA

Para el campo y el hogar



Salud, Fuerza y Belleza por medio de la Gimnasia Sueca, por el Doctor Saimbraum.

Un tomo de 149 páginas, 2 pesetas.

Teoría y Práctica de la Gimnasia Respiratoria, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 152 páginas, 2 pesetas.

Gimnasia de las Profesiones, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 155 páginas, 2 pesetas.

Higiene Moderna, por el Doctor Juan Bardina.

Un tomo de 339 páginas, 5 pesetas.

Los Baños de Aire, de Luz y de Sol en Casa, por el Dr. Monteuuis.

Un tomo de 324 páginas, 5 pesetas.

Para ser Fuertes, por William Blaikie.

Un tomo de 417 páginas, 5 pesetas.

La Higiene Sexual, y sus Consecuencias Morales, por el Dr. Ribbing.

Un tomo de 509 páginas, 5 pesetas.

La Vida Sexual Normal y Psicopatológica, por el Dr. Mesonero Romanos.

Un tomo de 200 páginas; en tela, 4 pesetas; en rústica, 2'50 pesetas.



De venta en las buenas librerías de España y América y en las siguientes, que las remiten franco de portes anticipando por giro postal o en sellos de correo el importe de las obras:

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — BARCELONA
LIBRERIA «EL HOGAR Y LA MODA»
Valverde, 21 dup. — MADRID

— ¡Adelante! — se decía a sí mismo.

Y, ayudado poderosamente por la esperanza, consiguió sacar la cabeza al aire libre.

Esto le fortaleció bastante. Sin perder tiempo, apoyado en el caballete o montante de la chimenea, descolgó una cuerda a cuyo extremo fué atando D'Alegre los útiles que habían quedado en el cuarto, hasta que no quedó uno.

Después trepó él por la escala con más facilidad que lo había hecho Latude, y así se encontraron ambos en la plataforma, habiendo conseguido transportar hasta allí la carga de dos caballos.

Tanto un preso como otro sudaban copiosamente y demostraban cansancio, pero como ya no se podían entretener, Latude, comprendiendo el peligro que corrían, se ató al muslo la cuerda que servía de sostén y se lanzó heroicamente a descender por la escala. Todo fué bien hasta que llegó a la cornisa, pues al salir de ella notó, horrorizado, que su cuerpo se bamboleaba aparatosamente sobre el abismo.

Para no ser víctima del vértigo, cerró los ojos y continuó el peligroso descenso hasta llegar, por fin, al foso.

Aquí D'Alegre volvió a utilizar la cuerda por medio de la cual hizo llegar hasta Latude la maleta, las barras de hierro y la escala de peldaños; y todo quedó colocado en el sitio más seco que se pudo encontrar en la ciénaga del foso. Latude desde abajo pudo sostener la escala, hasta que el compañero llegó a sus brazos. Ya estaban los dos juntos otra vez.

Sin decirse ni una palabra, pero entendiéndose con las miradas, descansaron algunos minutos. La noche continuaba oscura, y se oían perfectamente los pasos del centinela a muy corta distancia.

No había tiempo que perder. Latude, esperó a que se alejara el centinela y entonces le hizo una seña al compañero que tomara una de las barras de hierro, cargó él con otra y los dos se metieron en las heladas aguas hasta la cintura.

Palpando el muro que daba al interior, encontró al fin Latude una junta de dos bloques de piedra, bastante desunida para que la punta de las dos barras entraran perfectamente.

Los pasos del centinela volvieron a oírse cada vez más cerca, obligando a los presos a que suspendieran el penoso trabajo, y que hundieran sus cuerpos en el agua. La situación no podía ser más comprometida: un acceso de tos les hubiera denunciado.

Mas el soldado volvió a alejarse y ellos hicieron prodigios con sus palancas. En menos de media hora, lograron que cediera no sólo la piedra que empujaban, sino también la que había debajo. Esta cayó al otro lado al impulso del agua, que se escapaba del foso lo mismo que los presos.

A estos ruidos ya estaban acostumbrados los centinelas, y esto les valió para poder salir del cenagoso estanque, sin que se dieran cuenta los que vigilaban.

— ¡A salvo? — preguntó D'Alegre lo más quedo que pudo.

— Aun no — contestó Latude sin soltar la maleta.

Y tenía razón, pues por el estrecho camino que rodeaba el castillo apareció una ronda de soldados.

Ayuntamiento de Madrid

— ¡Habrán descubierto nuestro escape! — volvió a preguntar D'Allegre.

— No hay tiempo; pero pueden descubrirla éstos.

— ¿Qué hacemos?

— ¡Al agua otra vez... pronto!

Y aquellos infelices volvieron a sumergirse en el agua hasta el cuello.

En este momento se detuvo la tropa casi sobre las cabezas de los presos.

Fueron unos momentos de espantosa angustia; mas al fin lograron pasar.

EMPEZABA a amanecer cuando los dos compañeros se hallaron a bastante distancia de la Bastilla.

Iban tan desastrosamente vestidos, que Latude se decidió a abrir la maleta sacando de ella dos trajes que habían tenido la precaución de envolver con otras prendas de ropa sucia y esto les había preservado del agua del foso. Amparados en unos matorrales, cambiaron de vestidos, para que, cuando el sol alumbrara, no les tomaran por sospechosos.

De nuevo reanudaron la marcha y lograron llegar a París, donde fueron muy bien atendidos por un sastre amigo de Latude, llamado Ruit.

En su casa se ocultaron y allí supieron a los dos días el efecto que en la Bastilla había producido su evasión.

Cuando vieron colgada en una torre la escala que tan bien les sirviera, se creyó que sólo se trataba de una fuga frustrada, mas no tardaron en comprobar que se había verificado y que los fugados eran Latude y D'Allegre. También supieron por el sastre lo alarmada que estaba madame Pompadour y los trabajos que efectuaba la policía para echarles el guante.

Unos veintiséis días estuvieron ocultos en aquella casa, pero como no se creían seguros, decidieron buscar otro asilo que les ofreciera más garantía. D'Allegre partió disfrazado de mendigo y llegó a Bruselas sin tropiezo alguno.

Y allí cometió el gran disparate de escribirle a su amigo, participándole el feliz éxito de su viaje.

Pero aun hizo más el atolondrado mozo, y esto fué escribir a la Pompadour, expresándole todo el resentimiento que tenía con ella.

Cuando Latude recibió la carta de su amigo, abandonó la casa del sastre para ir a reunirse con D'Allegre.

No tenía más que siete luises. Disfrazado de sirviente y provisto de algunos documentos de Ruit, que era de su misma edad, se fué andando unas dos leguas hasta la primera posada de la diligencia de Valenciennes.

Allí encontró un asiento en el coche y sufriendo lo indecible por el camino a causa de los interrogatorios a que le sometían en todas las paradas, llegó a Bruselas.

En la posada no encontró a su amigo ni pudo obtener noticias suyas.

— ¿Pero no ha estado aquí D'Allegre? — le preguntó al posadero.

— No sé de quién me habláis.

— El mismo me ha escrito diciendo que se hallaba en esta posada.

— Pues ni sé ni quiero saber nada de él.

— ¿Os debe algo? Yo os lo pagaré.

— No me debe nada; y lo mejor que

podemos hacer es no hablar más de este asunto.

Y dando media vuelta se alejó de Latude. Este comprendió que a su amigo le había ocurrido algo desagradable, por lo cual se apresuró a salir de la posada para ver si podía tener noticias sin comprometerse.

Una vez en la calle se acordó de que su padre tenía un amigo militar en Bruselas llamado M. Achard.

Logró indagar su domicilio y se presentó al caballero diciendo quién era. El militar lo recibió amablemente, pero algo sospechó en el joven, que le obligó a hacerle varias preguntas.

— ¿Sabe vuestro padre que estáis aquí?

— Aun no.

— ¿A qué habéis venido?

— Huyo de una injusta persecución.

— Lo creo; pero estoy obligado a preveniros.

— No quiero comprometeros en lo más mínimo.

— Ahora no tratamos de eso. Habéis venido a mi casa y en ella estáis relativamente seguro.

— ¿Nada más que relativamente?

— Os diré. Hace poco se fugaron dos presos de la Bastilla, uno de ellos pudo llegar aquí y se hospedó en la posada que hay junto a las casas consistoriales.

Latude logró disimular su emoción, porque no dudó en creer que aquel desdichado era su amigo D'Allegre.

El militar continuó:

— Aquí estaba seguro, por la ley de tradición; pero no sé cómo se arregló la policía francesa para llevarlo engañado a la frontera y allí fué detenido por un exento que le esperaba.

— Debe de tratarse de un soborno — dijo Latude precipitadamente.

— No lo sé, pero vos no podéis seguir aquí mucho tiempo.

— ¿Qué me aconsejáis que haga?

— Que os embarquéis para las Indias lo antes posible.

— Lo haré, pero antes debo participarlo a mi padre.

— Escribidle en seguida.

Así lo hizo Latude.

Primero le escribió dándole las señas de su amigo para que le contestara. Después otra carta dándole cuenta del largo viaje que se proponía hacer. Y por último, una tercera carta en la que le pedía dinero para los gastos del viaje.

Las primeras cartas quedaron sin contestación, pero la tercera no quedó como las otras. Latude recibió la ansiada carta de su padre.

¡Pero ya demasiado tarde!

El gobierno francés, sin saber por qué medios, había conseguido de los Estados la extradición de Latude.

Era precisamente la época en que el abate de Berniz y la marquesa de Pompadour iban a firmar con Austria un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Sea como quiera, el fugitivo había sido seguido cuidadosamente.

AL día siguiente de recibir la carta con un crédito para uno de aquellos banqueros, se presentó Latude a las diez de la mañana para hacer efectiva la letra... y en aquel momento fué detenido y preso por la policía francesa.

Cuando entró de nuevo en la Bastilla se dió cuenta de la importancia que tenía su captura al ver a la guarnición entera sobre las armas. Una vez reconocido escrupulosamente, fué conducido a uno de los calabozos subterráneos, dejándole bien amarrado con grilletes y tendido en un montón de paja.

Aquella especie de tumba no tenía apenas sitio para poderse mover. La atmósfera que se respiraba era sumamente húmeda; y en el fangoso suelo corrían ratones y asquerosos reptiles.

No había más mueble que un saliente de piedra para sentarse o para que sirviera de mesa.

El mayor tormento del infortunado Latude en los primeros meses no fué ni la falta de luz y de aire, sino la multitud de ratones.

Si se dormía, corrían por encima de sus manos y hasta de su rostro. Al tratar de ahuyentarlos solía recibir dolorosos mordiscos que le ponían fuera de sí. No había modo de poder vivir de aquella manera, por lo cual se dispuso a familiarizarse con aquellos animales.

Aquí volvió de nuevo a poner a prueba su paciencia.

Un ratón enorme, que por su corpulencia parecía dominar a los demás, fué el primero que se hizo tratable, llegando a tomar los pedacitos de pan de la mano de Latude. Cuando el roedor tuvo bastante confianza de las buenas intenciones del preso, vino el *patriarca* a establecerse con sus hijuelos en un agujero cerca del camastro.

Todos los días partía Latude su almuerzo con aquellos animales, y se divertía viendo cómo roían con sus carrillas de mona los pedazos de pan y carne que les distribuía.

En muy poco tiempo se reunieron diez grandes ratones, perfectamente domesticados, teniendo cada uno su nombre. Los ratones intrusos eran fieramente arrojados de allí por los que ya se creían con derecho a vivir en compañía de una persona.

Y por este medio tuvo el preso el doble placer de crearse una pequeña sociedad y verse libre de mordiscos y otras molestias.

Cierta día, al renovar la paja del calabozo, vió el preso un pedazo de saúco; y en el acto resolvió hacer una flauta pastoril, para amenizar un tanto su soledad.

Esto no era fácil, porque además de tener las manos sujetas carecía de útiles para llevar a feliz término su trabajo.

Entonces se acordó de la hebilla de acero que tenía en la pretina de sus pantalones. Consiguió arrancarla, y sirviéndose de los grillos la encorvó, la afiló y pudo obtener una especie de tijera.

Mucho trabajo le costó labrar la sencilla flauta, mas al fin lo consiguió, dada su especial perseverancia. Así y todo, no se podía borrar de la imaginación del preso la idea de la libertad.

De aquí que pensara aprovechar su talento para algo que fuera provechoso para su patria.

Pero no conocía bien a los hombres que gobernaban entonces a Francia.

Intentó unas sencillas reformas en el ejército y pensó exponerlas al rey, a ver si por este medio ablandaba su corazón.

Mas para esto era preciso escribir una Memoria.

¿Cómo hacerlo?

A Latude se le negaba la tinta y el papel.

Entonces recurrió a otra invención.

Amasó con los dedos y unas gotas de agua algunas migas de pan haciendo una especie de galleta muy delgada, que al secarse quedaba bastante consistente y dura. De pluma le sirvió una larga espina de carpa, haciéndole las puntas con sus especiales tijeras.

No le faltaba más que la tinta y la suplió con su sangre; mas las continuas

Ayuntamiento de Madrid

COMO DEBO COMPORTARME EN SOCIEDAD

MANUAL DE PRÁCTICAS SOCIALES

por la

DOCTORA FANNY

Utilísimo manual para el trato en bodas, bautizos, lutos, invitaciones, comidas de etiqueta, bailes, cambios y ofertas de domicilio, reuniones, correspondencia y, en general, para cuanto se refiera al trato de sociedad.

La educación. — El traje. Las modas. — La habitación. Los criados. — En la calle. En viaje. — En la mesa, etc.

Un tomo de cerca de 200 páginas 2 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración de

GRAN PROYECTOR

Diputación, 211. — BARCELONA

Valverde, 21 dup. — MADRID

Si no lo encuentra en su localidad, utilice el siguiente cupón, que le da derecho a recibirlo franco de portes en su domicilio.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de *Cómo debo comportarme en Sociedad*, por la Doctora Fanny, cuyo importe de 2 pesetas remito por giro postal n.º — adjunto en sellos de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

DICCIONARIO TECNICO DE BOLSILLO EN TRES LENGUAS

Español-Alemán-Inglés

por H. OFFINGER

Cuidadosamente revisado y
ampliado por competentes es-
pecialistas.

Obra utilísima para conocer
la equivalencia en cada una de
dichas lenguas de las palabras
de uso más frecuente en la
técnica mecánica, eléctrica,
química, física, metalúrgica,
industrial, farmacéutica, agrí-
cola, etcétera.

Cada tomo empieza por el idio-
ma que primero se enuncia y
da la equivalencia, en forma
clara y simplificada, en los dos
restantes idiomas.

TOMOS DE QUE CONSTA LA OBRA:

Tomo I. Alemán-Inglés-Es-
pañol. (En prensa)

Tomo II. Inglés-Alemán-Es-
pañol. .. 7'50 ptas.

Tomo III. Español-Alemán
Inglés. .. 7'50 ptas.

De venta en todas las librerías de
España y América

Sociedad General de Publicaciones
Sociedad Anónima

Diputación, 211. BARCELONA

EL HOGAR Y LA MODA

Valverde, 21 dupl.º MADRID

picaduras que se hacía con el clavo de
su hebilla le produjeron molestias e in-
chazones en los dedos de la mano iz-
quierda.

A cada letra que escribía se cuajaba la
sangre y tenía que volver a apretar para
obtener algunas gotas más. Entonces
se le ocurrió recoger de una vez las gotas
de sangre que pudiera mezclándolas en
un vaso con otras gotas de agua.

Así consiguió una tinta más pálida,
pero más fluida.

Terminada esta gran obra de paciencia,
era preciso copiarla en papel para poderla
presentar al ministro.

—¿A quién encargaría de este asunto
tan delicado?

También encontró el medio.

Le dijo al llavero, que era el único que
entraba en su calabozo, que manifes-
tara al mayor que tenía que hablar con
él con toda urgencia, porque se trataba
de la salvación de su alma.

El empleado no tardó en presentarse
en el inhumano calabozo.

— Señor mayor — le dijo Latude —
piensa la señora marquesa de Pompa-
dour entregarme al diablo en cuerpo y
alma?

—¿Qué queréis ahora?

— Que se me conceda lo que no se
le niega al más malvado de los hombres:
los auxilios de la religión.

Esta era una palabra omnipotente en
la Bastilla.

EL confesor de la famosa cárcel era
en aquella época el padre Griffet, his-
toriador y teólogo bastante distinguido.

Latude le hizo una narración de sus
evasiones tan detallada como exacta, y
el sacerdote acabó por simpatizar con
aquel modelo de paciencia y abnegación.

Supo también la Memoria que había
escrito con su propia sangre y le admiró
la sencilla y valiosa reforma que pro-
ponía para la milicia.

Pero conocía muy bien a la Pompadour
y no creyó nunca que aquello le sirviera
al preso para que le concedieran la li-
bertad. Sin embargo, quiso hacer algo en
favor de Latude, y obtuvo el permiso
para que le dieran recado de escribir.

De este modo pudo el preso copiar
su preciosa Memoria y el día 14 de abril
de 1758 fué presentada al rey.

No sabemos si se la hizo suya algún
intrigante o si el preso de la Bastilla
apareció más peligroso; pero el caso fué
que la reforma propuesta por Latude
fué introducida en el ejército, y que su
celo no fué recompensado.

Y siguió el infortunado Latude pu-
driéndose en el agujero que tan inhumana-
mente le habían destinado.

De esto resultó que poco a poco fué
perdiendo la salud y la vista. A con-
secuencia del intenso frío se le partió
el labio superior dejando al descubierto
los dientes. Perdió el bigote y se quedó
calvo por completo.

Padecía también fuertes dolores reu-
máticos, y de vez en cuando le daban
unos ataques a la cabeza que le dejaban
sin sentido. De aquí que tuviera que
hacerle varias visitas el honrado médico
de la cárcel, el cual dictaminó que la
única medicina para el preso era el aire
libre y puro, el sol y frecuentes paseos.

Pero como esta medicina no se le
podía aplicar a Latude, siguió aún en el
calabozo infernal bastante tiempo, has-
ta que se le trasladó a otro más confor-
table, pero no por caridad, sino porque
un desbordamiento del Sena inundó la
cueva y no hubo más remedio que sa-
carlo de allí, debido a las quejas del

carcelero que le entraba la comida, el
cual se negaba a mojarse los pies en el
subterráneo.

Algo había mejorado la situación de
Latude con aquel cambio, pues ahora
podía ver el cielo por una alta ventana
del cuarto y el aire que respiraba era
algo más puro.

Sólo notaba la falta de la familia de
ratones que tanto le entretenía, pero,
en cambio, tenía tinta, papel y plumas,
sirviendo esto para que pudiera desahogar
su rabia contra la mujer que tanto le
hacía sufrir.

Y le escribió una extensa carta in-
crepándola por su mal proceder y ame-
nazándola, no directamente, porque en-
tre cuatro paredes como estaba nada
podría contra ella, pero recordándole
que tenía numerosos enemigos y que
éstos se encargarían de vengarle.

Para qué esta carta fuera a su destino,
se valió del carcelero que le servía la
comida al cual le dió las botellas de vino
de dos semanas.

Esta carta fué otra de las graves im-
prudencias de Latude, mas a pesar de
ello, M. de Lartines no le había retirado
el permiso de pasearse.

Todos los días se le dejaba salir a la
plataforma desde donde descubría el
admirable panorama de París.

Estas dos horas de paseo consolaban
al preso y le daban nuevos ánimos para
esperar.

Un día, hablando con un centinela que
había servido a las órdenes de su padre,
supo rudamente la noticia de su muerte.
Y sin fuerzas para sufrir aquel golpe,
perdió el sentido y cayó al suelo como
herido por un rayo.

Vuelto en sí el infortunado Latude,
se encontró con que había perdido al
único ser que trabajaba desinteresada-
mente en su favor.

Esta última esperanza se había eclipsa-
do. Mas aun le quedaba su madre, que
no cesaba un momento de pedir la liber-
tad de su amado hijo, recurriendo, hasta
a madame Pompadour, con las más
tiernas cartas.

También fueron inútiles las justas re-
clamaciones de una desolada madre. Ma-
dame de Pompadour no tuvo ni el menor
consuelo para aquella desventurada mu-
jer.

Al mismo tiempo se interesaban por
el preso algunos amigos y parientes;
pero las imprudentes amenazas de La-
tude lo echaron todo a perder en un
instante.

Ya hemos dicho muchas veces que
el preso tenía una voluntad de hierro,
y esta condición le hacía vivir con la
esperanza de hallar la libertad.

No es, pues, de extrañar que cuando se
paseaba por la plataforma pensara en
su salvación al observar la vida y ale-
gría que reinaba en el populoso barrio
que tenía a sus pies.

¿Cómo podría llegar a entenderse con
alguna de las personas que veía conti-
nuamente?

Aquello parecía imposible.

Sin embargo, Latude empezó por
aislarse de los que paseaban con él y
tomó un ángulo de la plataforma, como
sitio de observación.

No tardó en ver que dos mujeres jó-
venes acostumbraban a trabajar junto
a una ventana. Le parecieron lindas y
de dulce fisonomía.

Una de estas muchachas levantó la
vista hacia donde estaba el preso, el
cual le hizo un respetuoso saludo con
la mano. La joven se lo advirtió a su com-
pañera, y ésta miró a su vez a Latude.



—¿De modo que usted ha sido tes-
tigo ocular de la reyerta?

—Sí, señor juez. ¡Y tan ocular! ¡Mi-
relo usía!

Saludó éste de nuevo y las muchachas
correspondieron en la misma forma. Ya
no pasó un día sin que las jóvenes acu-
dieran a la ventana a la hora del paseo.

Latude, al percatarse de la buena vo-
luntad de las mujeres, les mostró un
paquete diciéndole por señas que se lo
iba a arrojar.

—Bien — le contestaron del mismo
modo.

Y valiéndose siempre de la mímica,
les manifestó que aun no era tiempo.
El preso se había cansado ya de recri-
minar al rey, lo mismo que a la Pom-
padour, y pensó ahora contar sus cri-
menes al pueblo por medio de sus escri-
tos. Quizás así lograra levantar la opi-
nión y más tarde los ánimos, encomen-
dando al pueblo su defensa.

EL preso trabajó sin descanso varios
días en terminar la historia de sus
padecimientos y por fin hizo una bolsa
rompiendo uno de sus pantalones, donde
introdujo la extensa memoria, incluyendo
dos cartas. Una para un caballero llamado
Meahegan, y otra para una de las per-
sonas más interesantes en Francia en el
siglo XVIII.

Este caballero era Auglivid de la Bau-
melle, escritor distinguido, de talento li-
bre y de los que se permitían en aquella
época más atrevimientos que la mayoría
de los que cultivaban las buenas letras.

Esta segunda carta no fué recibida
por el escritor debido a que había sido
desterrado desde hacía algunos meses.

Pero volvamos a reanudar los hechos.

Cuando Latude creyó que se había
presentado la ocasión, hizo señas a sus
protectoras y una de ellas no tardó en
salir a la calle. El preso lloró de emoción,
arrojó el paquete con fuerza, el cual fué
a caer muy cerca de la joven. Lo tomó,
lo ocultó debajo del delantal y entró en
su casa.

Minutos después salieron las dos a la
ventana vestidas para salir a la calle.
Así le querían decir a Latude que se
hallaban dispuestas para servirle.

Algún tiempo después, cuando espe-
raba de sus protectoras una señal de
esperanza, las vió hacer ademanes sa-
tisfactorios.

Cada vez se acentuaban más estos
ademanes.

Ya iba Latude perdiendo la paciencia
cuando a eso de las nueve de la mañana

del día 18 de abril de 1764 desplegaron
las jóvenes desde la ventana un enorme
cartel en el que estaban dibujadas estas
dos líneas:

*Mad. la marquesa de Pompadour murió
Ayer XVII*

La alegría de Latude no tuvo límites.

Por fin se iba a ver libre habiendo fa-
llecido su mayor enemiga.

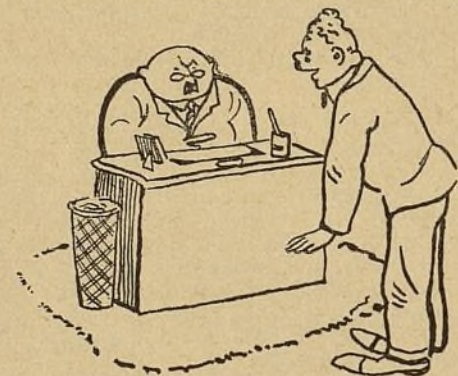
Entre tanto experimentaba una sen-
sación agradable arreglando su pobre
maleta.

Mas la libertad no llegaba; y es que
Latude ignoraba que sus tormentos no
radicaban en la Pompadour, sino en el
sistema arbitrario de gobierno de aquella
época. Estaba preso y así debía seguir
por la sola razón de estar preso.

Otra vez perdió Latude la paciencia
y pasado un mes escribió a M. de Lartines,
diciéndole que habiendo muerto la mar-
quesa de Pompadour el 17 de abril, de-
bían ya concederle la libertad.

Lartines se presentó en la prisión.

Estando terminantemente prohibido,
¿cómo supo Latude la noticia? ¿Fué un
empleado el que faltó a la ley comuni-
cándose con un preso?



—¿De modo que sólo violentó usted
la puerta del estanco para adquirir un
puro de veinte céntimos? Entonces, ¿qué
hacía andando en la caja?

—¡Señor juez, por Dios!... Dejar los
veinte céntimos del puro.

—Quiero saber — le dijo al preso —
quién os ha comunicado la noticia del
fallecimiento de la marquesa.

— Señor, soy honrado y no incurriré
en la debilidad de descubrir a quien se
me ha confiado.

Lartines insistió y Latude continué
negando con verdadero tesón.

— Confesadlo — siguió Lartines —
y a ese precio se os concede la libertad.

Aquí Latude protestó con una de sus
enfáticas frases.

— Me parece — le dijo con aire de
soberbia indignación — estar viendo a
Mahomet II mandando abrir el vientre
a doce pajes para saber cuál de ellos se
había comido cinco higos que faltaban.

Lartines no debió de enfurecerse, puesto
que el mismo Latude manifiesta en su
Memoria que salió del calabozo diciendo:

— Me ocuparé de vos.

LAS cartas que en lo sucesivo recibió
M. Lartines no eran ya las de una per-
sona sensata, sino las de un loco.

Y este loco, según el mismo Lartines,
dada la furia de que se hallaba poseído,
era capaz de cometer los más espantosos
crímenes.

Por esta razón se le volvió a cargar
de cadenas y medio desconyuntado por

aquellos tormentos fué trasladado a las
prisiones de Vincennes.

El gobernador tuvo compasión de él
y le concedió dos horas de paseo cada día
para fortalecer su perdida naturaleza.

Otra vez volvió a aprovecharse de las
circunstancias y escapó el 23 de noviem-
bre de 1875, desarmando a un centinela.

Latude corrió a París y allí fué reci-
bido cordialmente en casa de las seño-
ritas Lebrun, que eran las oficiales a
quienes les arrojó el paquete desde al
Bastilla.

Ya no temía la persecución de la
Pompadour y el 18 de diciembre se dirigió
a pie a Fontaineblau donde estaba el
ministro para pedirle audiencia. Sin em-
bargo, allí fué preso de nuevo y conduci-
do al peor calabozo de Vincennes. Tan
insano era aquello, que un día le hizo
salir el médico, porque el cuerpo del in-
feliz aparecía hinchado y salpicado de
manchas precursoras de úlceras.

También se consiguió que lo trasla-
daran a un calabozo más sano, hasta
que, en 1774, vió Latude cambiar de re-
pente su situación.

Luis XVI había subido al trono.

Por fin le trasladaron a Charenton
bajo el nombre de Panges.

Los hermanos de la caridad que lo
vigilaban se convencieron bien pronto
de que no estaba loco.

Al contrario, al verse rodeado de per-
sonas con las cuales podía hablar libre-
mente, se mostraba alegre y razonaba
perfectamente. De aquí que cada día se
le fueran teniendo más consideraciones.

Una mañana, paseando por la parte del
jardín a donde daban las jaulas de los
locos furiosos, vió a uno de éstos, que
más bien parecía un esqueleto; reconoció
en él a su amigo D'Allegre, al cual llamó
por su nombre.

— ¡Yo no soy ése! — gritó el desdi-
chado agarrándose con furia a los barro-
tes de la jaula. — ¡Yo soy Dios!

EL día 5 de junio de 1777 una real
orden devolvió a Latude la liber-
tad. Y otra vez siguió con su manía de
pedir indemnizaciones, molestando hasta
las más elevadas personalidades.

Hasta se dirigió al rey, siendo otra vez
detenido, encerrándosele no ya como a
criminal, sino como a un loco. Pero no



— Al primero que vuelva a gritar "Bra-
vo" le mando echar a la calle.

El procesado (gritando). — ¡¡Bravoll

le pusieron en un hospital, sino en otra cárcel.

Los que se interesaban en su favor, consiguieron que visitara al preso el superintendente de policía.

He aquí el interrogatorio que sostuvo Latude con M. Lenoir.

M. LENOIR. — ¿Está segura vuestra cabeza? ¿No experimentáis de cuando en cuando algunos accesos de locura?

LATUDE. — Jamás he dado pruebas de haber perdido el juicio.

M. LENOIR. — Pero os habéis escapado de la Bastilla y de Vincennes; y éstas son locuras.

LATUDE. — Si llamáis locuras a esas acciones propias del entendimiento, eso ya es diferente: pero ¿quién tendrá por loco al hombre que huye de los tormentos de esas prisiones? Al contrario, se necesita una buena cabeza y un juicio muy cabal para hacer lo que yo he hecho.

M. LENOIR. — ¿Habéis procurado escapar de esta casa?

LATUDE. — No, señor.

M. LENOIR. — ¿Por qué?

LATUDE. — Si me escapé de otras prisiones, fué porque tenía que habérmelas con un mal adversario.

M. LENOIR. — ¿Con quién?

LATUDE. — Permitid que calle su nombre.

M. LENOIR. — ¿Estáis obligado a decirlo.

LATUDE. — Era la marquesa de Pampadour.

M. LENOIR. — Pero no negaréis que habéis tenido muchos ataques de locura.

LATUDE. — Os han engañado.

M. LENOIR. — ¿Conocéis a vuestros enemigos?

LATUDE. — Ni les conozco, ni quiero.

M. LENOIR. — ¿Sospecháis de alguno?

LATUDE. — Pues bien, creo que el que me persigue es vuestro amigo, M. de Lartines.

M. LENOIR. — Sí que lo es. Pero en fin: ¿a dónde pensáis ir? El rey tiene a la vista vuestros papeles.

LATUDE. — Si eso es así, debo abrigar buenas esperanzas, porque nada contienen que no sea justo; y no ceso de dirigir al cielo mis oraciones para que conserve sus preciosos días y de toda la real familia.

DEFINITIVAMENTE obtuvo Latude su libertad el 18 de marzo de 1784.

Su verdadero libertador fué la opinión pública.

La orden de libertad imponía a Latude la condición de ir desterrado a Montagne con 400 libras de pensión.

Pero madame Legraz, que era su más ferviente defensora, logró levantar el destierro y recabar otra pensión más espléndida.

En 1792 una nueva petición hizo obtener a Latude un socorro de 3,000 francos.

En 1795, presentó una demanda contra los herederos de madame Pompadour sobre indemnización de intereses; y por sentencia del tribunal del sexto distrito, fecha 11 de septiembre, se le concedieron 60,000 libras, de las cuales sólo recibió Latude 10,000.

Desde esta fecha no se volvió a hablar del famoso preso, hasta su muerte que ocurrió en 1805.

El nombre de Latude figurará siempre en primer lugar entre otras muchas víctimas de la arbitrariedad.

Sus admirables aventuras lo han identificado, por decirlo así, con la historia de la Bastilla.

También nos recuerda de un modo más sensible los crímenes de la arbitrariedad y de la razón de Estado.

¿Venganza o Locura?

(Continuación de la página 47)

de hombre, la había yo matado en resumen de cuentas, queriendo descubrir al autor de un crimen que se me imputaba malévolamente, me había convertido yo mismo en asesino.

En un paroxismo de terror aparté el cuerpo de mi lado y eché a correr hacia a la puerta. Era preciso huir lejos y cuanto antes mejor. No había tiempo de ver ni a Marta ni a Margarita. Era preciso desaparecer por completo.

En el momento en que con cierta precaución cerraba la puerta de la cabaña, un diabólico chillido me detuvo de repente. Loco de miedo, me volví rápido y me encontré frente a frente con una mujer que me miraba con ojos extraños. La Pepa había conseguido levantarse y estaba allí de pie, en plena crisis de locura.

Haciendo un esfuerzo para sosegarme, grité:

— ¡Pepa! ¡Pepa!

No contestó. Sólo me miraba con ojos estúpidos, de brillo insoportable. Luego, como presa de un espasmo, prorrumpió en estridentes carcajadas, en una risa de demente, que hacía estremecer hasta las mismas paredes de la misera cabaña.

— ¡Calla, Pepa! — clamé exasperado, aunque, por otra parte, sentía inmenso alivio.

— ¡Los vecinos te van a oír!

Al percibir el timbre de mi voz, callóse repentinamente. Una expresión extraña se reflejó en sus ojos.

— ¡Vecinos! — exclamó en tono chillón — ¿A mí qué me importan los vecinos? Ahora no pueden ya cogerme y usted tampoco me cogió, aunque se lo figure... Lo que me ha cogido es esto — y se golpeó el pecho con despiadada furia. — ¿Qué le parece a usted? — añadió con expresión astuta al ver que yo no le contestaba.

Yo había recobrado ya el equilibrio necesario para hablar con algo de sosiego y comprendí que bastaría una sola palabra desconsiderada para convertirla nuevamente en loca furiosa...

— Pues nada, Pepa.

Se encogió de hombros con aire de incredulidad, mientras sus ojillos se clavaban en mi rostro. ¿Usted cree que yo maté a Simmons?

— No. ¡Qué voy a creer! — me apresuré a responder.

De nuevo prorrumpió en carcajadas demoníacas.

— ¡Pues sí que le maté! — dijo al fin, después de haber recobrado aliento.

La miré desconsoladamente. Estaba loca de remate.

— Pero, Pepa...

Le sobrecogió un espasmo de tos y se oprimió el pecho con sus manos esqueléticas.

— ¿Quieres que te ayude a tenderte en la cama? — le propuse, convertido ya mi enojo en conmiseración. — Allí estarás mejor.

Movió la cabeza con enfado.

— ¡En ningún sitio estaré mejor!

Le ayudé a acomodarse y me senté a su lado.

— Bueno — dijo. — Así podré pasar. Anoche di casualmente con usted y tuve un susto, ¿sabe? Yo no quería matarle, sólo quería hacerle miedo para que no volviese por allí. Pero a Enrique Simmons ¡sí que le quise matar!

— Pero, Pepa, ¿por qué?

Me interrumpió rabiosamente.

— Porque me robó cuanto yo tenía en este mundo. Y volvería a matarle si estuviese aquí.

¿Qué le podía haber robado el viejo jardinero a Pepa para justificar un odio como ése?

— Yo le diré quién era Enrique Simmons. Pronto dejará de existir, de manera que no importa.

Se agitó angustiosamente, sin saber cómo empezar.

— No crea que vaya a contarle que en otros tiempos fui una gran señora. Nada de eso. Siempre fui pobre y fea, que es lo peor. Tanto, que cuando pequeña hasta me hacían mofa.

Al hablar me miraba de reojo, con la cabeza ladeada, a modo de cangrejo.

— Figúrese, señor, nunca tuve novio.

Usted no puede imaginar lo que esto significa para una mujer. Y conste que hubiera sido yo una buena esposa. En cambio, tenía una hermanita, hermosa como un ángel, a la que nunca le faltaban novios. Su cabello era como de oro y sus ojos azules como un pedazo de cielo. Ella era todo lo que yo tenía en este mundo. Y un día se presentó ese Enrique Simmons. A mí no me hizo gracia, ni llegó nunca a serme simpático. Era uno de esos chicos que se las echan de conquistadores y huyen cuanto pueden del trabajo. Mi hermana no veía en él más que la buena figura, y acabaron por fugarse. Sí, señor, ella se fugó dejándome sola a mí, a su Pepa, que se hubiera dejado matar por ella.

Tras una pausa para cobrar aliento, siguió explicando:

— Volvió al cabo de algún tiempo. El, harto de ella, la abandonó cuando estaba a punto de tener un hijo. Ella volvió al lado de su vieja Pepa, y estaba yo tan contenta, que hasta la deshonra me parecía llevadera. Más valía eso que la soledad. Yo trabajé como una negra para que no le faltase a ella nada. No es que me queje, pues le habría dado hasta mi sangre. Ella era todo cuanto yo tenía. Pero murió, señor, y el niño murió también, y otra vez me quedé yo sola. Y no hacía más que pensar en ese Enrique Simmons que andaba por el mundo tan fresco y tan contento.

Me daba pena ver la expresión de rencoroso encono que adquiría el semblante de la vieja.

— Desde entonces, señor, han pasado muchos años. No le volví a ver, si bien acechaba sin descanso. Por último, renuncié. Pero cuando Simmons se presentó en su casa, hace dos meses, sentí que algo se desgarraba en mí. Al principio no pudo creer que fuese él, pero cuando le vi los ojos no tuve duda ya. Entonces, recordé de golpe cuánto nos había hecho sufrir a mí y a ella, y le maté, sin más. Fué muy fácil. Estaba husmeando en el despacho; le vi desde el huerto. El la mató, señor. Ella era todo lo que yo tenía y así yo también le maté a él.

— ¡Oh justicia primitiva! — dije entre mí.

Había algo en aquella lógica precisa y clara que me atraía a pesar mío.

— Me encuentro mejor, señor. Estoy cansada nada más. Voy a tenderme aquí para dormir.

Hasta muy entrada la noche perma-

necé sentado allí, velando el sueño de aquella infeliz, sin darme cuenta del tiempo que pasaba, sin pensar siquiera en Marta ni en mi propensión al reuma. Por otra parte, tenía en cierto modo el regreso. ¿Qué explicación iba a dar? ¿Hasta qué punto podía revelar lo que había averiguado? Unas palabras mías hubieran bastado para librarme de toda sospecha, confiriéndome, además, cierto prestigio como hombre perspicaz. Pero al mismo tiempo me parecía cruel valarme de la lastimosa confesión de Pepa, confesión que, puesta en boca de los aldeanos, perdería su poética emoción y dejaría al descubierto toda su sordidez.

Me levanté penosamente y después de echar un último vistazo al rostro demacrado de la pobre vieja, salí de la miserable vivienda, cuando ya empezaba a amanecer.

Algunas horas después, había dejado ya mi habitación y me sentaba a la mesa para tomar el desayuno. Marta, al entrar yo en el comedor, estaba entretenida en la lectura del periódico. No me dijo nada, aunque se dió cuenta de mi aspecto fatigado. Cuando hube terminado, me comunicó la siguiente noticia:

— El lechero dice que Pepa, la loca, se ha muerto esta noche. Ha muerto según dicen mientras dormía. Más vale así. ¿Qué hacía en este mundo? Estaba loca de remate.

Yo no contesté.

¿Estaba realmente loca Pepa Briggs cuando me refirió su historia?

La Pista del Bolso Ensangrentado

(Continuación de la página 51)

mes obtenidos por medio de la agencia teatral.

— Ya veremos si los refiere cuando nos cuente su historia — repuso en voz baja.

Penetramos juntos en la sala. La primera impresión que me causó la señora Bow fué la de ser una mujer dueña de sí misma. Era joven, rubia y elegantísima. Aunque en su rostro había huellas de una vida bastante desordenada, su perfil redondeado y su cabello rubio conservaban la belleza de otros tiempos.

El fiscal del distrito me entregó una copia de la relación de la autopsia, según la cual los médicos encontraron tres fracturas graves en el cráneo, laceraciones en la mano izquierda, en el antebrazo y en los hombros y otras heridas de menor importancia en la cara, en la cabeza, en los brazos y en la espalda.

— La noticia de la muerte de Clara ha sido una sorpresa horrible para mí — decía la señora Bow cuando yo entré en la estancia. — No me explico quién puede haberla asesinado, a no ser un ladrón. Clara era muy imprudente al exhibir un fajo de billetes cuando iba de compras.

Ignoro si María Bow era una buena actriz, pero se mostró sinceramente indignada cuando el fiscal le preguntó lo que hizo el día del crimen. Hay que

confesar, sin embargo, que esta pregunta es capaz de indignar a la persona más inocente y más aún cuando la hace una autoridad.

— No puedo recordar todos los detalles de lo que hice — replicó. — ¿Y por qué me lo pregunta usted? Yo no estaba en casa en el momento de la muerte de Clara.

Y al ver que un detective se aproximaba a ella, retrocedió como perro apaleado y dejó asomar a sus ojos una mirada de espanto.

— Desde luego, haré cuanto pueda para ayudarles a encontrar al... asesino de mi amiga, y les diré todo lo que yo hice, si eso puede servirles de algo.

Aunque vaciló al pronunciar la palabra *asesino*, carecía, en realidad, de importancia este detalle, pues podía deberse al doloroso sobresalto que le causara el crimen cometido en la persona de su mejor amiga. Tras una pausa, añadió:

— Me levanté temprano para ir a Nueva York en busca de un empleo. Desperté a Clara y le rogué que me prestase dinero. Ella me dijo que no se encontraba muy bien y me encargó que fuese a la farmacia a comprarle una medicina. Le prometí hacerlo y me marché. Esto ocurría a las ocho de la mañana. Cuando iba a buscar el tranvía eléctrico encontré a la señorita Horey, con

Gran Proyector Mensual

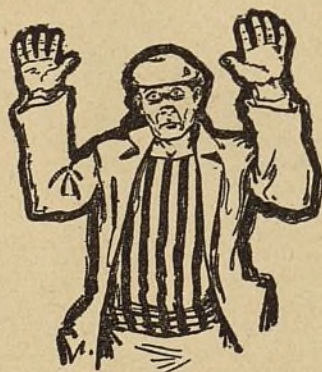
publicará, entre otros interesantes trabajos, en su número de septiembre:

¿Vive Mata-Hari? (Sensacional reportaje a propósito de un encuentro, un libro y una entrevista)

El crimen de la calle de Oriente (Un crimen de hace veinte años reproducido de un diario de aquel tiempo)

Los siete que murieron (Aquí termina el maravilloso relato de la vida del inventor de los gases asfixiantes)

Los descuidados (Segundo artículo de la serie «La gente del hampa»)



En todos los quioscos
1'25 ptas.
EJEMPLAR

El asesino del Cairo (Se trata de un doble asesinato, descubierto por un detective egipcio)

El espionaje alemán (Cómo funciona en tiempo de paz y de guerra, con algunas anécdotas célebres)

Cartouche (Nueva versión de la vida del famoso bandido francés)

La firma del cheque, sí; pero la cantidad, no (Es decir, la firma era auténtica, pero la cantidad, falsificada)

Concurso, novela en folleto encuadernable, fotografías cinematográficas, historietas cómicas, etcétera

quien habló unos momentos. Luego tomé el tranvía.

Hizo una nueva pausa y continuó explicando con cierta precaución:

— Decidí ir a visitar a una amiga, que me habló de un empleo en una agencia de detectives, pero ella me contestó que sólo había sido una broma. Me encontré, pues, en Nueva York sin trabajo y sin medios de encontrarlo. En vista de eso, telefoneé a otra amiga para saber si estaba en casa. Al contestarme afirmativamente le prometí ir a visitarla. Pasamos el día charlando y cosiendo. Por la tarde fuimos al teatro donde su marido representaba una obra. Luego tomamos una limonada y un poco de mantequilla y volvimos a su casa, porque su marido tenía que asistir a una fiesta que el empresario daba a la compañía.

Nos levantamos tarde y cuando desayunábamos, la criada dejó en la mesa un periódico de la mañana. Lo cogió mi amiga para leer la noticia de la representación teatral y, en la primera página, encontró la historia del asesinato de Clara. Mi amiga exclamó: «¡Oh María! Han asesinado a tu amiga.» Me sobresalté sobremanera. Ella misma me dijo que se sospechaba de dos hombres desconocidos a quienes alguien vió cerca de la casa, hacia las tres de la tarde. Al mismo tiempo que leía el relato del periódico, iba comunicándome los detalles y por fin me dijo que me estaban buscando, pero que no tenía que temer nada, puesto que a las tres de la tarde estábamos juntas. Por esta razón me apresuré a telefonear — continuó María Bow volviéndose al fiscal. — Eso es todo cuanto sé.

Por fortuna, los periodistas no se habían enterado de la opinión del médico forense, quien aseguraba que la señora Branch había muerto siete u ocho horas antes de su llegada. Por consiguiente, este detalle no se había publicado y María Bow consideraba perfecta su defensa.

— De modo que pasó el día entero con sus amigos y se dirigió a casa de ellos sin haber comprado el medicamento que le encargó su amiga.

— Creí que podría adquirirlo al regresar — contestó algo preocupada.

Plant conversó unos momentos con el fiscal y, muy pensativo, se puso a contemplar a la joven.

— Puesto que fué usted la última en ver viva a su amiga, tendremos que retenerla como testigo — dijo Plant lentamente. — Esta tarde a las dos se incoará el sumario. En cuanto haya terminado esta formalidad creo que le permitirán volver a su casa.

Estas palabras hicieron perder el aplomo de la joven, que protestó con violencia.

— ¿Para qué me prenden ustedes? — preguntó. — Clara era para mí como una madre. Me daba dinero cuando lo necesitaba y me ayudaba en todas las cosas. Si la pobre Clara pudiese hablar ahora, les diría que yo no sé ni remotamente quién la ha matado. Y Dios sabe que soy inocente por completo.

SALÍ de la casa siguiendo a dos policías que se llevaban a María Bow. Me quedaban dos horas para comprobar la veracidad de su historia antes de que el fiscal empezase a realizar diligencias.

Como no tenía tiempo para ir a Nueva York a comprobar si, en efecto, María Bow estuvo en casa de su amiga, llamé por teléfono y averigüé que en el lugar

**USTED es aficionado
al cine, asiste a la re-
presentación, admira las
películas y actores, pero
no queda enteramente
satisfecha su curiosidad,
porque quisiera saber
cosas que no se las
pueden decir las cintas
cinematográficas.**

**Todo cuanto pueda
interesarle del cine
lo encontrará en
la revista semanal
cinematográfica**

Films selectos

**cuyo primer número
se publicará el
4 de octubre**



**Estamos a su disposi-
ción para darle cuantos
detalles le interesen acer-
ca de lo que publicará**

Films selectos

**y del precio de suscrip-
ción. Escribanos a**

**Diputación, núm. 219
= BARCELONA =**

Ayuntamiento de Madrid

indicado no existía ninguna persona de nombre de la amiga de María, y, antes de que pudiese hacer más preguntas, me cortaron la comunicación. Pero por la rapidez con que se me contestó, deduje que la respuesta estaba ya preparada, lo cual me hizo comprender que sería inútil seguir indagando más en aquella fuente de información.

Almorcé de prisa y me dirigí a la oficina del fiscal.

Allí declararon varios testigos. Juan Lawson, piloto de la embarcación del capitán Warren, dijo que su jefe regresó a su casa a las tres de la tarde y no a las cuatro, según aseguraba él. Un vecino declaró haber visto a una mujer muy parecida a María Bow en las cercanías de la casa a eso de las tres de la tarde, aunque la descripción del traje que llevaba la desconocida no concordaba con el de María.

Los detectives declararon haber visitado a la señora Adela Warren, la cual confesó que su marido y ella se habían separado tres años antes por causa de la señora Branch, la asesinada, a quien ella no llegó a conocer.

Al terminar la declaración del último testigo había oscurecido ya. El fiscal declaró procesada a la señora Bow, quien para gozar de libertad tenía que presentar una fianza de 2,500 dólares, y ordenó que la encerrasen en la cárcel del condado de Nassau. La joven, al salir, parecía estar anonadada.

A mí se me ocurrió ir a visitar a los amigos de la joven Bow, porque tal vez eso sería bastante para que la pusieran en libertad. Es cierto que no existían bastantes razones para procesarla, pero yo estaba convencida de que ella había declarado en falso y que conocía detalles que nos habrían sido muy útiles. Mientras era conducida a la cárcel, la señorita Bow parecía haber perdido por completo su fuerza y su presencia de ánimo; pero al llegar a su destino se reanimó un tanto y pidió hablar por teléfono. La ley se lo permite para pedir auxilio financiero, pero a este propósito la señorita Bow aseguró que la muerta era la única persona en la tierra a quien habría podido recurrir para obtener el dinero de la fianza.

Fingiéndolo estar distraído me fijé en el número que pidió para hablar con sus amigos, el mismo que yo había utilizado en vano. Escuché su conversación. Hablaba de un modo desesperado y mientras le contestaba su interlocutor meneaba la cabeza con desaliento y profería ahogados sollozos.

Después de algunos minutos, supuse, por sus respuestas, que su amiga se disponía a acudir en su socorro, lo cual no resultaba conveniente, porque la historia fingida que sin duda referiría contribuiría a enredar el caso. A juzgar por su actitud, María sospechaba que conocíamos algún detalle perjudicial para su seguridad.

— Permítame hablar con su amiga para explicarle que no está usted acusada de haber cometido el crimen — le dije. — No hay necesidad de que se trastorne usted de ese modo.

Me miró con rara expresión y me entregó el receptor.

Después de presentarme dije ante el aparato:

— No hemos detenido a la señorita Bow, ni ha sido acusada de haber cometido el crimen. La retenemos sólo como testigo, porque fué la última persona en ver viva a la señora Branch. Está un poco nerviosa a causa del interrogatorio,

GRAN PRO- YEC- TOR



Para mayor comodidad,
cóplese el siguiente cupón

Regala a sus dos mil primeros sus- criptores una de las siguientes novelas, a elegir, de la interesante **COLECCION AVENTURA**

publicada por

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

Calle Provenza, 216

BARCELONA

James Oliver Curwood

El regreso. El fósforo. La fuerza de los hombres. El ratón.
Corazones de hielo.



Peter B. Kyne

Los tres padrinos. El valle de los gigantes.
El solitario. El más feo. El Sheriff.

Sapper

El capitán Drummond.

Frank L. Packard

De ahora en adelante.

C. N. y A. M. Williamson

La dama del aire.



Henry Allorge

El gran cataclismo.

Zane Grey

Tappan y su burro. Cazando Pumas.
Tigre. El Santa Rosa

Paul D'Ivoi

Los compañeros del loto blanco.

Un viaje extraordinario.

Gouraud d'Ablancourt

El drama de Maison Dieu.

Francis Lynde

Un legado original.

Alfred Machard

El fugitivo.

Hans Richter

El canal.

El suscriptor, al hacernos el envío del importe de su suscripción, puede mandarnos el título de la obra que desee, y la recibirá a vuelta de correo franca de portes, en su domicilio.

GRAN PROYECTOR

Calle de la Diputación, 211

BARCELONA

Agradeceré me suscriban por

..... meses a la revista

GRAN PROYECTOR (7'50 ptas.
semestre).

cuyo importe de ptas. remito por giro postal núm.
adjunto en sellos de correo (certificando la carta), debiendo remitirse como regalo
la novela

Nombre

Domicilio

Población

Provincia

Fecha

—ero aquí será atendida debidamente. Ahora ya es tarde. ¿Por qué no viene usted mañana a verla?

Mi interlocutor, al consentir en ello, manifestó su pesar por lo que le ocurría a la señorita Bow, a quien calificó de buena muchacha.

Satisfecho, colgué el receptor, creyendo que no era probable que el domingo por la tarde ofreciesen la fianza por la libertad de la señorita Bow.

A la mañana siguiente me dirigí a Nueva York a la casa de los señores Grawford, una vivienda espléndida cuyos porteros uniformados anunciaron por teléfono mi visita, pero contestaron que la familia no deseaba recibirme. Comprendiendo que la señora Grawford estaría muy excitada, me expliqué su actitud.

Al salir de aquella casa fui a un teléfono público inmediato desde donde traté de comunicar de nuevo con la familia Grawford cerca de la cual investigaba en cooperación con el fiscal del distrito.

—No quiero hablar de este asunto por teléfono — añadió cuando me contestó la señora. — Si no quiere recibirme ahora, me verá obligado a hacerla llamar para que vaya a declarar.

Entonces me invitó a ir a su casa.

Al encontrarme cerca de la puerta del piso, divisé a un caballero muy bien vestido, que me preguntó si yo era el señor De Martini. Al contestarle afirmativamente, me invitó a entrar en un piso espléndidamente amueblado. Nos dirigimos a una habitación espaciosa donde encontré a una mujer de treinta y ocho a cuarenta años, de ojos vivos, que estaba sentada ante una chimenea.

—¿Por qué han prendido ustedes a María? — preguntó con voz refinada. — Ella no tiene nada que ver en el asunto. Aquí estuvo a las tres de la tarde cuando aquellos dos desconocidos rondaban la casa del capitán.

—¡Oh! Es que queremos comprobar su declaración — expliqué.

—Pues siéntese y dígame qué puedo hacer por ella. — añadió señalándome un sillón inmediato al fuego. — Esa pobre muchacha no tiene nada que ver con el asesinato. La policía da pruebas de ser estúpida reteniéndola.

—Límitese usted a contestar a sus preguntas — aconsejó el caballero en tono seco.

Comprendí que no era su marido, tal vez fuera el abogado de la señora Bow.

—Sólo deseo la confirmación de la historia de la señora Bow — dije con suavidad. — Salí de Lynbrook por la mañana del día del asesinato, telefoneó a usted...

Hice una pausa y mi interlocutora replicó:

—No me telefoneó a mí, sino a la señorita Murray, que es una amiga mía que vive conmigo. ¡Oh! aquí está — exclamó poniéndose en pie en el momento que entraba en la estancia una mujer alta y de aspecto masculino.

Muy excitada, la señora Crawford le explicó los motivos de mi presencia.

—Sí, señor. Desde la parte baja de la ciudad me llamó a las once y media o las doce — intervino la señorita Murray.



—¿Y no tiene el cadáver alguna señal personal por la que pueda ser identificado?

—¡Vaya! El probe era sordo como una tapia.

—Eso concuerda con lo que me ha dicho — mentí.

—Me dijo que telefoneaba desde la oficina de su abogado — continuó. — Un empresario teatral retenía un baúl suyo y fué a pagarle algún dinero para sacar unos papeles que su abogado necesitaba.

—La pobrecilla ha sufrido mucho — interrumpió la señora Crawford. — No le faltaba más que eso. Los muy ladrones le hicieron pagar veinticinco dólares por permitirle abrir el baúl. Y cuando ese abogado vió que tenía dinero, la obligó a entregarle cincuenta dólares. María es muy generosa. Por eso no tiene nunca un céntimo. Y a causa de lo ocurrido, indiqué a la señorita Murray que la trajera aquí.

—Eso es — dije mintiendo de nuevo.

—Naturalmente. Pero ustedes los detectives se figuran que todo el mundo miente hasta que pueden probar lo contrario — replicó sin comprender el peligro que corría María. — En fin, vino aquí hacia las tres de la tarde y entonces ella y la señorita Murray salieron a buscar piso. María deseaba hallar uno de setenta y cinco a ochenta dólares al mes, pero los más baratos que vieron costaban cien dólares.

—Todo eso concuerda hasta ahora — murmuré.

Era evidente que María tuvo dinero, pero cuando la registró la matrona sólo le encontró unos cuantos centavos.

Así, pues, mintió con toda intención. Era preciso buscar los billetes de banco desaparecidos y mientras las dos mujeres continuaban charlando me preparé. Esperé a que llegaran a referir el desayuno del sábado por la mañana cuando el periódico les informó del crimen.

—Este relato concuerda muy bien — continué confirmando.

Las dos mujeres parecían triunfantes, pero su compañero, en cambio, me miraba de un modo muy raro. Continué observando la misma conducta y haciéndome el tonto por espacio de una hora, de modo que la entrevista resultaba muy satisfactoria por ambas partes. Mis interlocutores parecían divertirse conmigo y esto les hizo perder la necesaria prudencia.

Pero al abandonar aquella lujosa casa tenía ya en mi mano el lazo que arrastraría al culpable ante el tribunal.

NOVELAS DE CINCO PESETAS A PRECIOS ECONOMICOS CON encuadernación ESPECIAL EN RÚSTICA

El rosario, por Florencia L. Barclay. **3'50 ptas.**

Lil de los ojos color del tiempo, por Guy Chantepleure **3 ptas.**

Dosia, por H. Greville **2 ptas.**

Mi primo Gerardo, por Guy Chantepleure **3 ptas.**



De venta en todas las librerías de España y América

Ediciones de Colección Novelas Hogar publicadas por
Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — BARCELONA

Librería "El Hogar y la Moda"
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

Volví a casa y telefoneé a la oficina del fiscal. Díjele que iría a la cárcel el lunes por la mañana temprano con suficientes pruebas para descubrir al asesino e la desgraciada Clara Branch.

Al día siguiente temprano fui a visitar al fiscal, quien en el acto ordenó que trajeran a la detenida a mi presencia.

Pálida como una muerta, apareció María Bow tambaleándose al andar. Estaba anonadada y, sin embargo, no parecía sentir miedo alguno cuando se sentó en el sillón que le ofrecí.

— Ahora, María, deseo dirigirle algunas preguntas. Ante todo, hágame el favor de repetir la historia que refirió usted al fiscal.

Obedeció y volvió a contar lo mismo que había dicho con ligeras discrepancias y en voz débil.

— Muy bien, María, pero voy a demostrarle que ha mentido usted — dije sacando de mi bolsillo un objeto envuelto en papel. — Como usted dice que ha sido detective sabrá la diferencia que hay entre una declaración falsa y otra verdadera. Sé que usted ha sido la asesina. He aquí la prueba.

Y desenvolví el paquete poniéndoselo ante los ojos. Ella lo miró un instante, llena de terror. Yo, moviendo aquel monedero de ganchillo, que estaba lleno de billetes de banco, le pregunté:

— ¿De dónde sacó usted ese dinero? ¿Quién le dio los cincuenta dólares que entregó a su abogado y los veinticinco que pagó para poder abrir el baúl?

Ella, por toda respuesta, se limitó a menear la cabeza.

— Dejó usted este monedero debajo

de un colchón en casa de los Crawford. Pregunté allí si había dejado algún dinero y la señorita Murray me contestó que su doncella había encontrado esto. Aquí hay manchas de sangre, María, de la sangre de Clara Branch. En cuanto leyó usted que se sospechaba de dos hombres que rondaban la casa, se creyó segura y no tuvo inconveniente en presentarse. Sepa ahora que aquellos dos hombres no han existido nunca y que este detalle es tan falso, como toda la historia que usted nos ha contado.

DURANTE largo rato reinó un silencio absoluto en la estancia, porque la acusada y yo nos limitamos a mirarnos fijamente. Yo esperaba a que se decidiese a hablar, mientras pensaba en los detalles acusadores que había ido recogiendo. Las manchas de sangre en el bolso eran muy pocas y eso explica que no se diesen cuenta de ellas los amigos de María.

— Vale más que confiese, María — dije por fin. — Y como en toda historia hay dos aspectos, dígame si Clara Branch la agredió a usted. Hemos encontrado un martillo y un revólver — añadí ofreciendo este medio de defensa. — Cuénteme la verdad de lo ocurrido.

Aquella mujer recobró el ánimo de pronto y se puso en pie. Yo oprimí el botón de un timbre, como señal para el fiscal y su taquígrafo de que la detenida se disponía a hablar y ellos entraron con tanto silencio, que la acusada ni se dió cuenta de su presencia.

— Por lo que más quiera deme un cigarrillo — exclamó. — Si no fumo, perderé el sentido.

Le entregué lo que pedía y entonces

con voz ronca y entrecortada explicó que desde hacía tiempo solía tomar cocaína y que había hecho, aunque inútilmente, los más grandes esfuerzos para corregirse de ese vicio. Cuando hubo terminado su primer cigarrillo empezó a hablar de su crimen.

— ¡Sí, la maté! — confesó con voz tranquila e indiferente, después de encender otro pitillo. — Aquella mañana fui a pedirle a Clara unos dólares que a mí me hacían mucha falta y a ella no le hubieran hecho ni más rica ni más pobre. ¡Y pensar que yo, que estaba acostumbrada a gozar de todo lo que puede proporcionar el dinero, me vi obligada a acudir a esa mujer! Me ofreció un dólar para el tranvía, pero se negó a darme más.

Hizo caer la ceniza del cigarrillo y prosiguió:

— Me llamó ladrona y me mandó salir de la casa para no volver más a ella. Dijo que si no me marchaba me pegaría un tiro. Y luego, levantándose, me dió un bofetón.

Y a continuación relató minuciosamente el crimen. Según dijo, bajó la escalera y, con un martillo en la mano, volvió a subir al primer piso y, antes de que su víctima se diese cuenta del peligro que la amenazaba, la golpeó repetidas veces con una ceguera frenética. Luego cogió el dinero y emprendió la fuga.

POCOS meses después se celebró el juicio y fué condenada a cadena perpetua.

Y así terminó su carrera una de las más hermosas mariposas de la vida frívola del Broadway. El vicio la había arrasado, como a tantas otras, a presidio.

NIDO DE CIGÜEÑAS

DE

S. GONZALEZ ANAYA



LA ORACIÓN DE LA TARDE convirtió a González Anaya en autor de gran público. (En seis meses se han vendido 8.000 ejemplares). LAS BRUJAS DE LA ILUSIÓN le acreditó de gran novelista.

Pero sólo

Nido de cigüeñas

ha satisfecho plenamente a críticos, público y al propio autor. De este libro que todos unánimemente proclaman novela excepcional, acaba de ponerse a la venta una nueva edición vestida con lujoso ropaje, como LA ORACIÓN DE LA TARDE, al precio usual de 5 ptas.

UN BUEN LIBRO

nada de sueños disparatados.

los viajes interplanetarios son posibles y no tardarán en realizarse.

l c a :

un disparo al infinito

de otto willy gail

nueva e interesantísima novela de la «colección aventura», y comprenderá que el dominio del universo por el hombre será pronto una bella realidad :: ::

precio del libro:

2 pesetas

editorial juventud, s. a.

provenza, 214

barcelona

LECTURAS

entre otros interesantes trabajos
publica en su número de AGOSTO

Pesetas
1'35
ejemplar

Rayo de Luz, por Hernández Catá. **La huella simbólica**, por Martínez Olmedilla. - Otros varios cuentos, entre ellos dos de concurso. - **Manos de plata**, comedia en tres actos de Serrano Anguita. - **Schubert**, por Mariano Tomás. - **Conchita Piquer**, por Romero Cuesta. - **El cuerpo del delito**, argumento y fotos de esta película. - Música autógrafa de **Moreno Sanz**. - Otros trabajos de Manuel Abril, José Baeza, etc. - **La Asunción**, reproducción del famoso cuadro del Tiziano. - Fotos, historietas, caricaturas, novelas, folletín, etc.

ALGO

SEMANARIO ILUSTRADO

* * ENCICLOPÉDICO * *

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

IMPRESO EN HUECOGRABADO

Da, en forma amena, Inventos y Novedades en Ciencias, Artes e Industrias; Vistas, Usos y Costumbres de todos los Países de la Tierra, Vidas y Costumbres curiosas de Animales y Plantas, Historias de los Hombres y de las Cosas, etc. Numerosas caricaturas. Abre Concursos con premios en metálico y en objetos valiosos, como bicicletas, mobiliarios, etc.

EN CADA NÚMERO REPARTE ENTREGAS ENCUADERNABLES DE

LA TIERRA Y SUS POBLADORES

Geografía Universal del Dr. Willi Ule, ilustrada con gran profusión de fotografías, láminas y mapas en colores, obra que se ha hecho célebre en Alemania por ser la mejor y la más moderna que hoy existe. Actualmente la Unión de Editores Alemanes de Stuttgart, Berlín y Leipzig tiene en curso de publicación una edición puesta al día, y ésta es la que hemos escogido.

PANORAMA PINTORESCO

Magnífico y lujoso portafolio de vistas de todo el mundo, impresas en huecograbado, reproduciendo paisajes, maravillas de la naturaleza, costumbres típicas, monumentos, curiosidades, etc.

TEATRO CLÁSICO ESPAÑOL

La más extensa y escogida colección de obras teatrales que se ha publicado desde hace muchos años. Nuestra intención es ofrecer a los lectores de ALGO una compilación en que figuren las mejores obras, escritas para el teatro iberoamericano desde Calderón de la Barca y Lope de Vega, entre los antiguos, hasta Benavente y los Alvarez Quintero, entre los modernos.

UNA NOVELA

fin a interesante, de las que usualmente se venden a cuatro o cinco pesetas y que a nuestros lectores, con sólo recoger los folletines, les resultará por la quinta parte de su precio.

Todo por 30 céntimos número

Precios de suscripción

	España y Posesiones	América y Portugal	Demás países
Por un semestre <small>(mínimo plazo)</small>	7 ptas.	8 ptas.	11 ptas.
Por un año.	14 »	16 »	22 »

Para que los nuevos suscriptores puedan tener completas las obras que actualmente publicamos en folletín encuadernable LA TIERRA Y SUS POBLADORES y TEATRO SELECTO ESPAÑOL, servimos los pliegos atrasados a precios realmente módicos.

DE VENTA EN TODOS LOS
QUIOSCOS DE PERIÓDICOS

Para suscribirse, llene el adjunto cupón
y remítalo a

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

Diputación, 211, Barcelona
Valverde, 21 dupl.º, Madrid

ADMINISTRACIÓN DE "ALGO"

Don
Domicilio
Población
Provincia
Fecha.....

se suscribe a la revista **ALGO**, y remite por giro postal
en sellos adjuntos
el importe de un semestre, 7 ptas.,
un año, 14 pesetas, que debe recibir en
su domicilio, sin más gastos, con derecho a los
folletines y concursos.

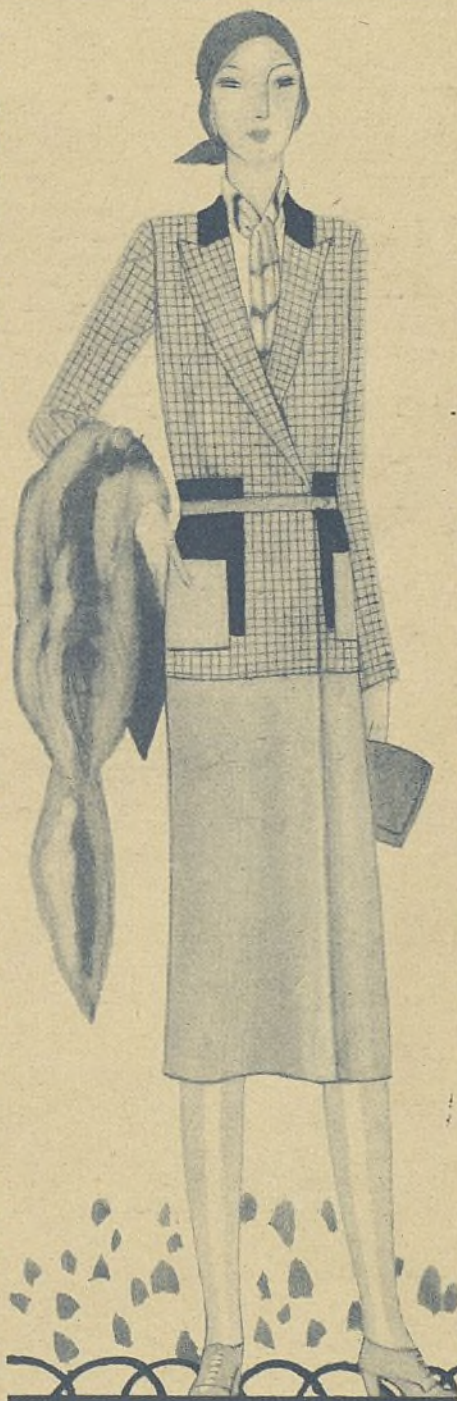
El Hogar y la Moda

REVISTA FEMENINA DECENAL (SE. PUBLICA
LOS DIAS 5, 15 Y 25 DEL MES) DIRIGIDA POR
Tomás Gutiérrez Larraya

Está considerada esta revista como la más popular de España y la más moderna en su clase, al mismo tiempo que la más recomendable para la madre de familia, tanto por la información que le ofrece sobre las modas más recientes, como por las ideas que le proporciona para la vida en el hogar.

Los principales temas que en sus diversos números van desarrollándose son:

LECCIONES SOBRE LA MODA.—LA CASA GRATA Y BELLA.—PARA EDUCAR EL NIÑO.—MUJERES DE AYER Y HOY.—LABORES FEMENINAS.—PLANTAS, FLORES Y PÁJAROS.—HIGIENE Y BELLEZA.—LA COCINA PRÁCTICA.—COMENTARIOS DE ACTUALIDAD.—LA VIDA Y LA PANTALLA.—SERVICIO DE PATRONES.—«DE TODOS A TODOS.»—«DICEN QUE...» (miscelánea).—Caricaturas, &



GRAN PROFUSIÓN DE FIGURINES DE PARÍS Y LONDRES. PÁGINAS DE FIGURINES A TODO COLOR. — PRECIOSOS MODELOS DE LABORES Y BORDADOS. MULTITUD DE ILUSTRACIONES PARA TODOS LOS TRABAJOS.—PUBLICACIÓN EN FOLLETÍN DE INTERESANTES OBRAS PRÁCTICAS.—ORIGINALES CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS.—A CADA NÚMERO ACOMPAÑA EL SUPLEMENTO INFANTIL «KI-KI-RI-KI».

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . 0'40 pta.
Por un mes . . . 1'— pta.
Por un semestre. 6'— ptas.
Por un año . . . 12'— ptas.

Para suscripciones diríjase a
El Hogar y la Moda

Diputación, 211 Valverde, 21 dup.
BARCELONA :: MADRID ::

ENCICLOPEDIA COLUMBUS

EDICIÓN DEFINITIVA

REDACTADA POR REPUTADOS ESPECIALISTAS BAJO LA DIRECCIÓN DE
DON ALBERTO DEL CASTILLO YURRITA
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA



C U A D R O D E Z U L O A G A
MUESTRA DE LAS ILUSTRACIONES EN COLOR DE LA OBRA
Ayuntamiento de Madrid

5 GRANDES TOMOS, 5

ENCUADERNADOS EN TELA Y ORO

En más de cinco mil páginas
de texto el resumen de todos
los conocimientos humanos.



Gran profusión de ilustraciones



Láminas en negro y color



Última edición puesta al día



Precio de la obra
completa, 180 ptas.



**VENTAS AL CONTADO
Y A GRANDES PLAZOS**

PIDA HOY MISMO FOLLETO
EXPLICATIVO GRATIS A

**SOCIEDAD GENERAL
DE PUBLICACIONES, S. A.**

Diputación, 211 Valverde, 21 dup.
BARCELONA MADRID